



LLENAS *de* GRACIA

Las
Mujeres y
la Vida
Abundante

JOHNNETTE S. BENKOVIC

*Ahora correlacionado con la Serie de Estudio
Fundacional de Mujeres de Gracia*



**Llenas de
Gracia**

*Las Mujeres y
la Vida Abundante*

EDICION REVISADA

Johnnette S. Benkovic



SIMON PETER PRESS, INC.
Oldsmar, Florida

"Un hermoso libro, de mujer a mujer, sobre el camino a la santidad para las mujeres católicas. Un libro para todas las épocas."

–Ronda De Sola Chervin, Ph.D., autora y conferenciante

"Johnnette Benkovic combina magistralmente las enseñanzas de la Escritura y de la Iglesia con un programa realista, con los pies en el suelo, para el camino a la santidad, apoyando la misión de la mujer cristiana en el mundo de hoy."

–Padre George T. Montague, S.M., autor de *The Woman and the Way* (La Mujer y el Camino)

"Bien escrito, bien documentado y lleno de discernimiento espiritual, este manual espiritual es una verdadera ayuda para aquellas que buscan la santidad."

–Monica Migliorino Miller, Ph.D., autora de *The Authority of Women in the*

Catholic Church (La Autoridad de las Mujeres en la Iglesia Católica)

"Un brillante testimonio fluyendo de un corazón maternal que ilumina la gloriosa misión que Dios ha conferido a las mujeres en el mundo y en la Iglesia."

–Alice von Hildebrand, Ph.D., autora y conferenciante

Nihil Obstat: Reverendo David J. Davis
Censor Deputatus

Imprimatur: Reverendísimo Fabian W. Bruskewitz, D.D., S.T.D.
Obispo de Lincoln
10 de marzo de 2005

El *nihil obstat* y el *imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o panfleto está libre de errores doctrinales o morales. Dichas declaraciones no implican que aquellos que han otorgado el *nihil obstat* y el *imprimatur* estén de acuerdo con los contenidos, las opiniones y las declaraciones allí expresadas.

Todas las citas de la Sagrada Escritura en este libro provienen de la *Sagrada Biblia*, edición de EUNSA (Pamplona: EUNSA, 2004); o de la *Biblia de América: Edición Popular* (Madrid: PPC, Sígueme, Verbo Divino, 1997). Las citas del *Catecismo de la Iglesia Católica* provienen de la edición de San Pablo (Santiago, Chile: San Pablo, 2007).

Las citas de *The Three Ages of the Interior Life* de Reginald Garrigou-Lagrange, O.P., fueron utilizadas con el permiso del publicador, TAN Books and Publishers, Inc. Derechos reservados.

Las citas de *Hablar con Dios* de Francisco Fernández Carvajal y de varias obras de San Josemaría Escrivá de Balaguer fueron utilizadas con el permiso de Scepter Publications. Derechos reservados.

LIBRARY OF CONGRESS CATALOGING-IN-PUBLICATION DATA

Benkovic, Johnnette S.
Llenas de Gracia: Las Mujeres y La Vida Abundante
p. cm.
Incluye referencias bibliográficas.
ISBN 0-89283-960-0 (papel alk.)
1. Mujeres católicas-vida religiosa. 2. Mujeres (teología cristiana) I. Título.
BX2353.B45 1998
248.8'43-dc21

Diseño de la portada por Steve Eames.

Publicado en versión electrónica por Simon Peter Press, Inc.
Convertido por <http://www.eBookIt.com>

ISBN-13: 978-1-9361-5962-8
© 2013 por Johnnette S. Benkovic. Derechos reservados.

Simon Peter Press, Inc.
P.O. Box 2187
Oldsmar, Florida 34677
www.simonpeterpress.com

*Dedico con amor este libro a mi esposo,
Anthony,
cuyo respaldo consistente
y comprensión constante
me dieron la
libertad, fortaleza, y fe
para escribirlo.*

Reconocimientos

Traducción al Español
(Página añadida al libro *Llenas de Gracia*)

Con la publicación en español de *Full of Grace: Women and the Abundant Life*, se cumple un deseo que he tenido por mucho tiempo. Desde su primera publicación en inglés en 1998, este libro ha servido de ministerio para miles de mujeres y las ha ayudado a descubrir el camino de la vida sagrada. El poder ofrecer ahora este libro a mis hermanas hispanas en su lengua nativa es de gran alegría para mí.

Esta traducción no hubiera sido posible sin la ayuda, asistencia, y amorosa atención de tres personas bien dedicadas. Primero deseo reconocer y dar gracias a Luis Galanes, el traductor principal de *Llenas de Gracia, Las Mujeres y la Vida Abundante* y de todos los textos que componen la Serie de Estudio Fundacional® de Mujeres de Gracia. Luis ha logrado hacer una hermosa traducción de los textos originales. De hecho, una mujer que leyó los textos antes de su publicación comentó que la traducción evoca sentimientos tan profundos que la hizo llorar. A ti, Luis, te estoy profundamente agradecida. Irma Lozano revisó la traducción como sólo una profesora de español sabe hacerlo. Con ojo entrenado y atento, ella diligentemente detectó los más mínimos errores y logró un texto tan perfecto como es posible. Muchas gracias a ti, Profesora Lozano.

Finalmente, quiero agradecer a Marie Colón, mi querida amiga y consuegra. Marie me conoce bien, conoce mis libros y, más importante aún, conoce mi corazón. Habiendo participado en un Estudio de Mujeres de Gracia® en inglés, ella comprendía bien mi intención y los sutiles matices que hacen la obra de un autor verdaderamente suya. Su experiencia en la revisión del borrador de la traducción y los pocos pero importantes cambios que ella sugirió han contribuído a que este texto sea verdaderamente mío, a pesar de mi desconocimiento de la lengua española. Mi querida Marie, que Dios te bendiga.

Y ahora, mis oraciones para ti, querida lectora, es todo lo que queda. Que la luz del Espíritu Santo caiga sobre ti. Que los rincones interiores de tu corazón se iluminen con la gracia. Que alcances a ver la belleza de quién eres ante los ojos de Dios. Que la Santa Virgen María repose su manto gentilmente sobre tus hombros. Y que la vida abundante de Jesucristo sea tuya en y a través de todas las cosas.

Con sincero afecto,
Johnnette S. Benkovic

Traducido por Luis Galanes
Asistido por
Profesora Irma Lozano
Marie Colón

PRIMERO



El Llamado Especial y Don de la Mujer



LLAMADA POR DIOS

*E*lla era una humilde servidora, joven en edad pero sabia en los caminos del Señor. Los días de su juventud habían estado llenos de plegarias, anticipación y fiel adherencia a la Ley de Moisés. María (o “Miriam”, como ella era llamada en hebreo) sabía que el Mesías vendría. Aunque el momento de Su llegada permanecía un misterio, ella esperaba con paciencia y fiel expectación, llevando a cabo las tareas propias de su estado, ansiosa por que se cumplieran las palabras de los profetas.

Durante esos años de esperanzadora anticipación, mientras ella se dedicaba a sus rezos, alabando al Señor, cuidando de aquello que le había sido encargado, ella no tenía manera de saber que figuraría de manera tan profunda en la realización de la profecía Mesiánica. No tenía manera de saber que había sido específicamente escogida por Dios el Padre como *Theotokos*, o “Portadora-de-Dios”, aquella cuyo vientre se llenaría de la Palabra de Dios. No tenía manera de saber que, como consecuencia de su “sí” a Dios, las puertas del cielo se abrirían mediante el don de la gracia redentora.

Debió haber sido un día como cualquier otro, ese día específico en que la plenitud del tiempo llegó. Quizás cayó lluvia del cielo como tantas bandas de cintas grises. O quizás el sol azotó con una intensidad salvaje, capaz de penetrar las frías capas del corazón de la humanidad. En ese día ordinario el fulgor de los cielos encendieron el día y un ser angelical se le apareció.

Llena de Gracia.

No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará eternamente sobre la casa de Jacob y su Reino no tendrá fin... El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nacerá Santo será llamado Hijo de Dios. (Lc 1: 31–33, 35).¹

Y fue así como esta humilde niña-mujer vino a saber que ella era la elegida de Dios desde todos los tiempos para portar la redención al mundo. Los primeros Padres de la Iglesia nos dicen que todo el cielo contuvo la respiración en espera de su respuesta, pues la salvación del mundo dependía de ella. Y con qué gratitud y alivio suspiró el cielo

cuando la Virgen María respondió, “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1:38). Su respuesta afirmativa, proclamada en humilde sumisión a la voluntad del Señor, permitió que la gracia redentora entrara en el mundo y alterara el destino de la humanidad.

Llamada por Dios para Traer la Salvación al Mundo

Sabemos que en el momento de la Anunciación, la Santísima Virgen María había sido comisionada para traer a Jesús al mundo. Ella se convertiría en el medio perfecto para el más grande de los regalos de Dios. Es por esto que se le estima por encima de todos los santos, dado que Dios encomendó este singular y sagrado honor exclusivamente a María.

Sin embargo, en cierto sentido, Dios también extendió a cada una de nosotras este llamado que Él hizo a María. *¿Traerías tú mi hijo al mundo? ¿Lo llevarías en el vientre de tu corazón al igual que María lo llevó en el vientre de su cuerpo? ¿Lo harías nacer en las vidas de otros, para que todos puedan beneficiarse de la gracia de la redención y la vida eterna?*

Al igual que María Bendita, tú y yo tenemos la libertad de elección. Podemos responder que “sí” al pedido de Dios, o podemos decir que “no”. Y, al igual que en el caso de la Virgen María, nuestra respuesta tiene consecuencias para toda la eternidad, tanto para nuestras vidas como para la de los demás. Si, como María, decimos que “sí”, Dios nos otorgará el poder de su Espíritu Santo y nosotras, también, nos llenaremos de la vida de Jesucristo. Al igual que María, nos convertiremos en el conducto de gracia por el cual el amor de Dios entre al mundo. Y dado que las necesidades espirituales de nuestros días son tan grandes, todo el cielo contiene su respiración en espera de nuestra respuesta.

María, Nuestra Madre de Gracia

Debido a que Dios eligió a María desde todos los tiempos para dar a luz a su Hijo Jesucristo, ella figura de manera prominente en la redención de la raza humana. Su papel en la historia de la salvación comienza con la concepción de Jesús, y continúa a través de los tiempos. Los Padres del Concilio Vaticano Segundo nos dicen, “De manera totalmente singular ella [María] cooperó con su obediencia, su fe, su esperanza, y su ardiente caridad en la obra del Salvador de restaurar la vida sobrenatural a las almas. Por esta razón, ella es nuestra madre en el orden de la gracia”.² De la misma manera que María dio a luz a Jesucristo a través de su vientre, así ella continúa trayendo vida espiritual al pueblo de Dios a través de su Inmaculado Corazón. Ella es la “Madre de Gracia” para los hijos de Dios.

En la época contemporánea, una de las formas que podemos evidenciar que la Santísima Virgen María trae vida espiritual al pueblo de Dios es a través de sus múltiples apariciones que están siendo reportadas a través de todo el mundo. Aunque muchas de ellas están aún bajo investigación por la Iglesia Católica Romana, otras ya han recibido aprobación eclesiástica. En muchas de estas apariciones, María nos habla de nuestra vida en Dios, nos instruye sobre la manera de llevar vidas centradas en Dios, y nos inspira a proseguir por el camino de la rectitud. En otros casos, la Santísima Madre permanece en silencio o sumida en llanto o rezando. En todos los casos, se nos presenta como una

madre que ahora otorgar vida espiritual a sus hijos guiándonos hacia su Hijo, Jesucristo, el Salvador del Mundo.

El número tan elevado de estas apariciones nos indica cuán espiritualmente desesperados son los tiempos en que vivimos. El mundo actual es tan espiritualmente corrupto que Dios envía a la madre de Su Hijo alrededor del mundo como una guía que nos dirige por el camino de la verdad. ¡Cuán grande debe ser el amor de Él por nosotras! Y dado que María nos guía hacia su Hijo, sus apariciones deben ser interpretadas como una efusión de misericordia, alertándonos que *ahora* es el momento de aceptar la gracia redentora. Además, dado que María es mujer y madre, sus apariciones sugieren que en estos días las mujeres que sigan su ejemplo se le unirán en la tarea de dispensar la misericordia de Dios sobre Sus hijos, guiándolos hacia Aquél Quien es la Salvación, Jesucristo.

EL MOMENTO DE LAS MUJERES HA LLEGADO

En los Mensajes de Clausura del Concilio Vaticano Segundo, los Padres del Concilio envían un llamado urgente a las mujeres para que acepten el llamado de Dios:

La hora se acerca, de hecho ha llegado, en la cual la vocación de las mujeres está siendo reconocida en toda su plenitud, la hora en que las mujeres adquieren en el mundo una influencia, un efecto y un poder nunca antes alcanzado. Por eso, en este momento en que la humanidad está experimentando una transformación tan profunda, las mujeres llenas del espíritu del Evangelio pueden ayudar tanto a la humanidad a no degenerar.³

Esta petición de los Padres del Concilio nos conduce a formularnos las siguientes tres preguntas:

1. *¿Cuál es la vocación de la mujer?*
2. *¿Cuál debe ser la influencia de la vocación de la mujer en el mundo?*
3. *¿Qué significa estar impregnada con el espíritu del Evangelio?*

Descubrir las respuestas a estas preguntas nos mostrará cómo las mujeres han sido favorecidas por Dios de manera especial para hacerle frente al reto del mundo contemporáneo de “ayudar a la humanidad a no degenerar”.

¿Cuál es la Vocación de la Mujer?

Dios ha creado a la mujer de tal forma que ésta comparte con Él de forma singular su acto más soberano—el poder de otorgar vida.

Lección de la Naturaleza

A medida que escribo estas palabras, puedo observar a través de mi ventana que cae lluvia de los cielos. A pesar de que este humilde acto parezca tan cotidiano que pueda parecer insignificante, esta suave lluvia es un agente que posibilita el misterioso desarrollo de la vida.

El latido rítmico de las gotas nos habla de la vida más allá de lo que la visión humana nos revela, una realidad más allá de lo que nuestras mentes finitas pueden captar, una verdad profunda y misteriosa pero accesible a todos. Esa gentil cadencia no es más que un heraldo de todo lo visto y lo no visto, de la vida que conocemos y la vida que aún estamos por descubrir.

A medida que el suelo se entrega a las caricias de las gotas, se une con ellas, las asimila y se convierten en una sola. El exterior rudo de la tierra deja de ser duro y frío, para suavizarse y dar paso a algo más, algo repleto de posibilidades. En un acto de auto-donación mutua, lluvia y agua desatan el potencial de fertilidad que yace en la naturaleza.

Como hilos de vida, riachuelos de agua fluyen a través del suelo hasta la semilla que yace escondida justo debajo de la superficie de la tierra. El carapacho crujiente de la semilla es empapado en un baño suavizador; absorbe el agua y el tejido interior de la semilla retoña. En el momento indicado, el carapacho de la semilla revienta y la nueva vida se introduce en el suelo. Las propiedades del suelo nutren al nuevo retoño, hasta que, al fin, la pequeña vida se asoma por encima de la tierra, y lo que antes permanecía oculto ahora emerge a la luz del día. Lluvia, tierra y semilla – símbolos de vida, de la vida real, sobre la vida real.

El Potencial de Dar Vida de la Mujer

Siendo mujeres, nuestro llamado es a la vida real. Pero, de la misma manera que la semilla permanece oculta debajo de la superficie de la tierra, de esa misma manera nuestra vida real permanece a menudo discreta e invisible. Profundamente inmerso en los confines de nuestro ser interior, nuestro potencial de concebir vida necesita de la suave lluvia de la gracia y de la suave y rica tierra de la verdad para crecer y florecer. A medida que nos abandonamos a la empapadora presencia de la gracia de Dios que, como la lluvia, está activa en nosotras, el don de nuestra feminidad da paso no sólo a la vida física, sino también a la vida espiritual. Éste es el llamado que se le hace a las mujeres: *infundir al mundo entero de vida.*

¿CUAL DEBE SER LA INFLUENCIA DE LA VOCACION DE LA MUJER?

Todo acerca de la mujer ha sido creado por Dios para otorgar vida. Desde las complicadas delicadezas del cuerpo femenino hasta la complejidad artística de su estructura emocional, las mujeres han sido elegidas por Dios para participar en Su exquisito y soberano acto de crear, nutrir y sostener la vida.

Vemos esto de forma tan evidente en la magnífica composición del cuerpo femenino. Al igual que el ejemplo de la naturaleza nos muestra el esfuerzo armonioso de la semilla, la tierra y la lluvia en su función de dar vida, los componentes individuales del cuerpo femenino funcionan con milagrosa precisión en la producción de vida.

El Milagro de la Maternidad Física

Con una precisión que inspira asombro, las hormonas femeninas dirigen el proceso de producción de vida. Una vez que los ovarios liberan los huevos, tan pequeños como la

punta de un lápiz, su camino hacia la vida da comienzo. Huevo y espermatozoide se unen en un acto de auto-donación mutua, dando así paso a algo más—una nueva vida, elegida por Dios.

El vientre se entrega a la nueva vida, creciendo y expandiéndose a medida que la criatura en él crece y se expande. Y en el momento adecuado, el vientre comienza a contraerse, suave e insistentemente al principio, pero avanzando e intensificándose de manera consistente, hasta que, en un momento explosivo de agonía y éxtasis, la criatura nace. Dios eligió encerrar dentro del cuerpo de la mujer el espectro entero de la humanidad. En los ovarios de la mujer han residido y residirán los orígenes de todas las generaciones de seres humanos que hayan vivido y vivirán. Así, en el microcosmos del cuerpo femenino yace la totalidad de la realidad humana creada.⁴ A pesar de que el hombre participa en el proceso creativo, éste es simplemente el medio por el que la posibilidad de vida atraviesa. Es en el interior de la mujer que la semilla de la vida germina, sienta raíces, y crece. En un acto de auto-donación, la mujer entrega toda su persona para el beneficio del otro que crece dentro de su vientre. Primero, ella entrega su cuerpo para que sirva de resguardo y albergue a la nueva vida. Ella experimentará sus cambios de apariencia, su expansión física, su reorganización interior. Su piel se estirará; sus órganos internos se moverán; su tejido se hinchará a medida que su cuerpo se vaya acomodando a la nueva vida que crece en su interior.

La mujer también entrega su estructura emotiva. Navegando en una corriente de hormonas cambiantes, ella intenta mantenerse firme a medida que los impredecibles flujos y reflujos la empujan de estados de anticipación nerviosa a estados de exaltación voluble, luego a estados de complacencia pacífica, y luego a estados de tristeza inexplicable.

En medio de todos estos cambios físicos y emocionales, la mujer da aún más. Le da a su criatura el regalo del amor—un lazo que une a madre y criatura más íntimamente que lo que cualquier conexión física jamás podría unirles. Todo lo que la mujer elige hacer es visto a la luz de este amor. Sus dietas, actividades e itinerarios pueden cambiar. Sus prioridades se reordenan. Sus planes, presentes y futuros, son reconsiderados. Se interesa por la salud y el bienestar de la criatura, y por su nacimiento y su futuro.

A medida que pasa el tiempo, la mujer está cada vez más involucrada con esta criatura que en su cuerpo engendra. Ella llega a conocerla, y a conocerla bien. Ella conoce sus hábitos y sus maneras. La mujer sabe cuando su criatura está inquieta, y cuando está en paz. La mujer le habla a su criatura, arrullando su hinchado vientre para ofrecerle palabras y canciones confortantes. Ella reza por su criatura, invierte esperanzas y sueños en ella, y solicita la ayuda de Dios para que la ayude a criar el bebe y para nutrirlo hasta la plena madurez.

Ella ama a su bebe de forma completa y total. Ella vive no ya para sí misma, un ser autónomo, sino para otro, su criatura. Meses antes de que el bebe le sea depositado en sus brazos, la mujer, que ya se ha convertido en madre, descubre que su relación con su criatura, su descendencia, el fruto de su vientre, es única y especial.

Las Capacidades Físicas de la Mujer Emulan una Realidad Espiritual

El *Catecismo de la Iglesia Católica* establece que “la persona humana, creada a imagen de Dios, es un ser a la vez corporal y espiritual” (#362). Es decir, que estamos compuestos de un cuerpo y un alma. “A menudo, el término *alma* designa en la Sagrada Escritura la *vida* humana o toda la *persona* humana en su totalidad” (#363). Se trata de “la sustancia espiritual real creada por Dios”,⁵ el aspecto más interior de la persona humana, aquello que es de más inmenso valor por estar hecho a imagen de Dios. Nuestra alma es la verdadera esencia de quiénes somos y quiénes podemos llegar a ser. Es también inmortal.

Una profunda unidad existe entre el alma y el cuerpo. No son dos naturalezas separadas pero juntadas en la persona humana, sino por el contrario, es una unión integrada que forma una sola naturaleza. Tan incorporados están el alma y el cuerpo que el Concilio de Viena (1311–12) declaró que nuestras almas son la forma “inmediata sustancial” de nuestros cuerpos. Esto significa que nuestra feminidad es tan inherente a nuestras almas como lo es a nuestros cuerpos. Nuestro género nos define no sólo físicamente, sino metafísicamente también.⁶ Nosotras somos completamente mujeres—en cuerpo y alma. Por tanto, nuestro género revela y define el aspecto más interno de quiénes somos.

La Realidad de la Maternidad Espiritual

Dado que “*Todo en el ser femenino* está dominado por su constitución, que le hace capaz de crear y formar otro ser que comienza dentro del suyo”, la realidad espiritual de nuestra feminidad nos habla de la influencia en el mundo que Dios tiene en mente para la mujer.

Si la función preeminente de nuestro cuerpo femenino es dotar de vida, como ya hemos argumentado, la función preeminente de nuestra alma femenina—nuestro espíritu y psiquis femenino —debe ser también dotar de vida. Nuestro ser completo está creado para ser dador-de-vida, productor-de-vida. Nuestro llamado para dar vida a otros, por tanto, no se restringe al nivel físico, sino que es ahí donde comienza.

Por virtud del regalo de nuestro género, cada una de nosotras está destinada a ser “madre”. Al igual que nuestros cuerpos han sido creados con la capacidad de dotar vida a nivel físico, nuestras almas han sido creadas de forma especial por Dios para dotar de vida *espiritual* al mundo. Por tanto, nuestro llamado a la maternidad en ninguna forma se ve disminuido o negado por la vida en celibato o una inhabilidad física de tener hijos. *Todas las mujeres están destinadas a dotar vida.*

De la misma manera que una vida física hecha raíces y crece en el interior del cuerpo femenino cuando el espermatozoide y el huevo se juntan, de esa misma manera la vida espiritual hecha raíces y crece en el interior del alma femenina cuando la semilla de la fe es plantada en el sacramento del bautismo.

De la misma forma que nuestros cuerpos son impregnados de vida nueva cuando concebimos una criatura, así nuestras almas deben ser impregnadas de la vida de Dios. De la misma forma que nuestra matriz se agranda y crece con el crecimiento y desarrollo

de la criatura, así la matriz de nuestro corazón se expande con el amor y la misericordia de Dios. De la misma forma que vida nueva emerge de nuestros cuerpos en un asombroso momento de misterio y maravilla, así cada una de nuestras palabras y actos deben ser un conducto de gracia y nueva vida para otros.

Y de la misma manera que nosotras amamos a nuestra criatura desde lo más profundo de nuestro ser, así el amor de Dios debe fluir a través de nosotras hacia el mundo, como si fuera un bálsamo curativo y reconfortante. De esta forma, nuestras almas y corazones se convierten en conductos de vida espiritual.

Munus: El Llamado Divino a Toda Mujer

Nuestro llamado divino a la maternidad espiritual puede ser mejor descrito a través de la palabra griega *munus*, una palabra rica en significado.⁸ Resumido brevemente, la palabra *munus* es una tarea divina, una misión divina o un deber divino que Dios nos pide que hagamos realidad. Aunque un gran sentido de responsabilidad es inherente a este llamado, es un honor el ser llamado para hacerlo realidad.

Nuestra naturaleza femenina tiene los atributos necesarios para cumplir con el *munus* divino de dotar de vida espiritual al mundo. “La mujer de forma instintiva busca abarcar todo aquello que tenga vida, que sea personal, que sea íntegro. El apreciar, guardar, proteger, nutrir y permitir el crecer es su anhelo natural, maternal”.⁹ Todo en la mujer está destinado a esa finalidad. Su cuerpo, su psiquis y su alma la equipan para ser una fomentadora influencia nutritiva en la vida familiar, en la vida profesional, a través de su vocación religiosa, y en el mundo en general. Quizás fue por esto que los Padres del Concilio emitieron su llamado a las mujeres del mundo en los Mensajes de Clausura del Concilio Vaticano Segundo:

Reconciliad a los hombres con la vida. Y, sobre todo, velad, os lo suplicamos, por el porvenir de nuestra especie. Detened la mano del hombre que en un momento de locura intentará destruir la civilización humana... Mujeres del universo todo..., a vosotras, que os está confiada la vida, en este momento tan grave de la historia, vosotras debéis salvar la paz del mundo.¹⁰

¿QUE SIGNIFICA ESTAR “IMPREGNADA CON EL ESPIRITU DEL EVANGELIO”?

El diccionario define la palabra *impregnada* como estar “saturada, permeada, penetrada”. Si es que vamos a durar hasta el final viviendo el llamado que Dios tiene en mente para nosotras, tenemos que primero estar saturadas del espíritu del Evangelio, permeadas de las verdades que nos revela el Evangelio, y llenadas de la vida del Evangelio. Como la tierra empapada de lluvia en nuestro ejemplo, tenemos que entregarnos y ser sumisas a Jesucristo, que es la Semilla de la Vida.

Y aún así, este proceso no es uno simple, porque el camino está repleto de retos inesperados y trampas. ¿Quién, entonces, puede mostrarnos el camino? ¿Quién puede guiarnos en nuestra búsqueda? ¿Quién puede enseñarnos cómo desempeñar nuestra misión?

La Santísima Madre: El Modelo Perfecto de Feminidad

La Santísima Virgen María, aquella que fue impregnada de la vida misma de Dios, es quien nos provee el mejor modelo de cómo vivir la plenitud de nuestra naturaleza femenina. Es ella quien nos enseña cómo permear nuestra cultura de la Palabra viviente de Dios. La Santa Madre demuestra de forma ejemplar tanto la maternidad física como la espiritual.

Tan sólo hace falta que miremos al periodo de su maternidad. ¿Qué fue lo que ocurrió en el interior de María durante esos nueve meses de embarazo? El Cardenal Joseph Ratzinger (ahora Papa Benedicto VI) se refiere a esta etapa de la maternidad de María como una en la que ella se transforma en “tierra fértil para la palabra”.

Ser tierra fértil para la palabra significa ser tierra que permite ser absorbida por la semilla, que se asimila a sí misma a la semilla, renunciando a sí misma de tal suerte que la semilla pueda germinar. Con su maternidad, María traspasa a la semilla su propia sustancia, cuerpo y alma, para que la nueva vida pueda emerger... *María se hace completamente disponible, al igual que la tierra, y permite ser usada y consumida para así transformarse en Él.*¹¹

María, al igual que toda madre, abdica su vida a favor de la Criatura que lleva en su interior, de tal manera que la vida que yace en su vientre pueda germinar y llegar a feliz término. Durante su periodo de embarazo, María se hace a sí misma completamente accesible al Niño que se desarrolla en su vientre, nutriendo a la criatura hasta que llegase el momento de Su nacimiento.

Y aún así, la totalidad de la entrega de María debió haber sido cualitativamente diferente a la entrega puramente natural de una madre hacia su hijo. Ella debió haberse entregado a la Criatura en su vientre con la misma sumisión con la que se entregó a Dios en el momento de la Anunciación—dado que era, de hecho, Dios mismo al que llevaba en su vientre. En respuesta a la lluvia de gracia de Dios, que la había preparado para recibir al Dios-hombre en su vientre, María se asimiló a la Semilla de Vida que llevaba dentro, y fue impregnada con el Espíritu del Evangelio.

Para nosotras poder cumplir con el llamado a la maternidad espiritual, nosotras también debemos asimilarnos a Jesucristo. Y al así hacerlo, nos convertiremos en una bendición para el mundo.

María Lleva la Bendición de Dios

La tradición del Viejo Testamento nos enseña que cuando una persona es bendecida por Dios, esa persona transporta la bendición de Dios a otros. La presencia misma de esa persona se convierte en fuente de sanación, de esperanza, de nueva vida.

Esto se hace evidente en el momento en que María visita a Isabel. San Lucas nos dice que cuando Isabel escuchó la voz de María, exclamó: “Bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde a mí tanto bien, que venga la madre de mi Señor a visitarme? Pues en cuanto llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi seno; y bienaventurada tú, que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor”. (Lc 1: 42–45)

En esta exhortación, Isabel confirma las palabras del Arcángel Gabriel de que María

cargaba en su vientre la bendición de Dios. Y de hecho, el Dios Encarnado se hizo carne en el vientre de María. Nótese que el saludo de María a Isabel no aparece en el texto; es la mera presencia de María la que provoca la bendición de Isabel. María, impregnada de la Palabra de Dios, irradia la presencia de Jesucristo.

Hoy María permanece como la misma imagen de su Hijo, Jesucristo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. Dondequiera que ella esté presente, Él lo estará también. Ella permanece siempre llevando a su Hijo a otros, y llevando a otros a su Hijo. Éste es su *munus*, su llamado divino. Ella es la Madre Espiritual *por excelencia*, siempre dotando de Salvación al mundo. Llena de gracia, María está impregnada del Espíritu del Evangelio, e irradia esa energía divina que inicia a los otros en la vida de Dios.

Igual que María, nosotras también estamos llamadas a entregarnos a la vida de Dios, que permanece activa dentro de nosotras a través de la gracia. Nosotras, también, tenemos que entregarnos a nuestro Señor y Salvador, ser impregnadas del Espíritu del Evangelio, y conformarnos a Su Imagen, que crece en el vientre de nuestros corazones. Nosotras, también, tenemos que estar llenas de gracia para que la vida abundante de Jesucristo viva en nosotras y a través de nosotras. Es así que nosotras cumpliremos con nuestro *munus* de maternidad espiritual de “ayudar tanto a la humanidad a no degenerar”.

LLAMADA PARA IRRADIAR LA VIDA DE CRISTO

La gente siempre nos dice, a mi esposo y a mí, que podrían reconocer a nuestros hijos en medio de una multitud, pues se parecen mucho a nosotros. *Como cristianos, deberíamos de ser igual de reconocibles como hijos del Padre. Nuestro propio aspecto debería irradiar Su presencia.* Las palabras que pronunciamos, nuestras actitudes, nuestras acciones, deberían enaltecer Su vida divina dentro de nosotras.

Debemos sobresalir como luces en medio de la oscuridad, convertirnos en señales del amor de Dios en una nación seducida por el humanismo y hechizada con mentiras. Tenemos que ser portadoras de vida en una cultura tan fascinada con la muerte. Portando la vida de Dios en nuestro interior, nosotras debemos ofrecer amor en la imagen de nuestro Padre para aquellos que aún no han escuchado. Ésta es nuestra misión como mujeres. Éste es nuestro llamado a la maternidad espiritual. Ésta es la feminidad auténtica.

La Belleza Secreta de la Feminidad Auténtica

En su escrito “Madre del Redentor”, el Papa Juan Pablo II nos dice lo siguiente sobre el llamado de la mujer en el mundo contemporáneo:

La figura de María de Nazaret arroja luz sobre la feminidad como tal por el simple hecho de que Dios, en el sublime evento de la Encarnación de su Hijo, se encomienda a sí mismo al ministerio libre y activo de una mujer. *Cabría decir entonces que las mujeres, al mirar a María, encuentran en ella el secreto para vivir su feminidad con dignidad y para alcanzar su verdadero y propio progreso. Iluminada por la imagen de María, la Iglesia ve en el rostro de las mujeres el reflejo de una belleza que representa los sentimientos más altivos de los que el corazón humano es capaz:* la completa auto-ofrenda de amor; la fuerza que es capaz de sobrellevar el mayor de los dolores; la fidelidad sin límites y devoción incansable al trabajo; la habilidad de

combinar una intuición penetrante con palabras de apoyo y estímulo.¹²

Escribiendo más de sesenta años antes, Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein) dice lo siguiente sobre el modelo de feminidad que presenta la vida de la Santa Virgen María:

Si tuviéramos que representarnos... la imagen pura y plenamente desarrollada de una esposa y madre, tal como debe ser de acuerdo con su vocación natural, nuestra mirada se tendría que posar sobre la Virgen María. En el centro de su vida se encuentra su hijo. Ella aguarda su nacimiento con feliz expectación; vela por Él durante su infancia; le sigue y le obedece a Él y a Sus Designios, de lejos o de cerca, y de hecho, en la manera que Él predisponga; sostiene en sus brazos Su cuerpo crucificado; observa obediencia a Su voluntad una vez Éste ya ha partido. Pero ella hace todo esto no como actos *suos*: ella es en todo esto la Sierva del Señor; ella cumple con aquello que Dios le ha encomendado.¹³

Una vez más, María, nuestra Madre Espiritual, nos demuestra cómo cumplir con nuestro llamado. Si vamos a estar impregnadas del Espíritu del Evangelio, y reflejar “los sentimientos más sublimes de los que el corazón humano es capaz”, Jesucristo debe erguirse como el centro de nuestras vidas y debemos convertirnos en siervas del Señor.

Siervas del Señor

Una sierva del Señor está impregnada del amor de Dios, está lista para servir a Dios de acuerdo a Su voluntad, y desea despertar y nutrir la Vida Divina en otros.¹⁴ Estas características y esfuerzos no se adquieren mediante las buenas intenciones y el esfuerzo humano de la sierva, sino mediante el regalo de auto-donación que ellas hacen a Dios, demostrado mediante su completa cooperación con Sus iniciativas divinas de gracias.

Existen tres disposiciones internas esenciales que tenemos que desarrollar si, como la Virgen María, deseamos ser siervas en el mundo contemporáneo:

1. Tenemos que estar **receptivas** a la acción de Dios;
2. Tenemos que **confiar** en su providencia, que nunca falla, a pesar de las circunstancias;
y
3. Tenemos que **rendirnos** a Su santísima voluntad en todas las cosas.

Al así hacerlo, podremos adentrarnos con abandono real a nuestro llamado de traer vida al mundo y “ayudar tanto a la humanidad a no degenerar”. En su carta apostólica, “Sobre la Dignidad y Vocación de la Mujer”, el Papa Juan Pablo II exalta el vasto número de mujeres santas que han cargado la antorcha de la fe en servicio apostólico a lo largo de la historia:

En cada época y en cada país encontramos numerosas mujeres “perfectas” que, a pesar de las persecuciones, dificultades y discriminaciones, han participado en la misión de la Iglesia... También ante graves discriminaciones sociales las mujeres santas han actuado “con libertad”, fortalecidas por su unión con Cristo. Una unión y libertad radicadas así en Dios explica, por ejemplo, la gran obra de Santa Catalina de Siena en la vida de la Iglesia, y de Santa Teresa de Jesús en la vida monástica. También en nuestros días la Iglesia no cesa de enriquecerse con el testimonio de tantas mujeres que realizan su vocación a la santidad. Las mujeres santas son una encarnación del ideal femenino, pero son también un modelo para

todos los cristianos, un modelo de la “*sequela Christi*”—seguimiento de Cristo -, un ejemplo de cómo la Esposa ha de responder con amor al amor del Esposo.¹⁵

Dios ha elegido para nosotras el ser mujeres “perfectas” en nuestro día y época. Si nosotras deseamos cumplir con el plan que Dios ha trazado para nosotras, entonces nosotras también debemos de aspirar a la santidad, y debemos desear ser “revestidas en Jesucristo y reconfortadas por Su Espíritu”.¹⁶ Nuestros corazones tienen que estar fijados en las cosas más elevadas—en santidad y verdad, gracia y obediencia, compromiso y amor. Y así, llenas de gracia, podremos irradiar el esplendor del amor del Novio a Su pueblo. Cada faceta de nuestro ser se transformará en un prisma de la imagen de Dios viva en nosotras, reflejando un aura divina de gracia y amor. Y al así hacerlo, Santa Teresa Benedicta de la Cruz escribe que nos convertiremos en vasijas del amor de Dios que es,

un amor sobrecogedor que no desea nada para sí mismo, sino que se entrega libremente; misericordiosamente, se pone a disposición de quien quiera que tenga la necesidad, curando a los enfermos y despertando a la vida a los muertos, protegiendo, fomentando, nutriendo, enseñando, y formando; es un amor que sufre con el que sufre y se regocija con el que está alegre; ayuda a cada ser humano a alcanzar la finalidad que el Padre le ha destinado. *En una palabra, es el amor del Sagrado Corazón.*¹⁷

Y Así Comienza la Jornada

Al vivir hasta el final esta misión, mediante el don de la feminidad auténtica, nosotras podemos ayudar a la humanidad a no degenerar, y haremos mucho para sanar el mundo. Al modelarnos al patrón de la Santísima Virgen María, la sierva perfecta del Señor, descubriremos lo que significa abandonarse a la gracia de Dios mediante la receptividad, la confianza, y la entrega.

El resto de este libro delinearé para nosotras un sendero espiritual que nos conducirá por el camino de la entrega. Un sendero que nos llenará del *poder* espiritual que necesitamos para vivir hasta el final nuestro llamado especial y nuestro don de mujer. Si proseguimos por este sendero, nos convertiremos en mujeres impregnadas con el Espíritu del Evangelio. Seremos mujeres llenas de gracia que podrán señalar el camino a la vida en abundancia en Jesucristo. Seremos mujeres que “ayudaremos a la humanidad a no degenerar”. Seremos mujeres que otorgarán vida al contestar nuestro llamado a la maternidad espiritual. Y en el proceso descubriremos lo que las mujeres sagradas a lo largo de la historia siempre han sabido:

El anhelo más profundo del corazón de la mujer es el de entregarse amorosamente a sí misma, de pertenecer a otro, y de poseer a este otro ser de forma completa... *Sólo Dios puede acoger la rendición total de una persona de tal forma que una no pierda su alma en el proceso, sino que la gane. Y sólo Dios puede entregarse a Sí mismo a una persona de tal forma que colme a este ser por completo sin perder nada de Sí mismo en el proceso.* Es por ello que la rendición total... [es] la única realización adecuada y posible para los anhelos de la mujer.¹⁸

Ven, te invito a que juntas encontremos el sendero hacia la realización total.

SEGUNDO



La Oración: La Fuerza de la Vida Abundante



EL PODER DE LA ORACION

A medida que escribo este capítulo, yo contemplo la asombrosa belleza de la creación. Un cielo azul, sin nubes, se sumerge en la eternidad. Un follaje frondoso pinta el panorama con tonos de esmeralda. Los pinos fuertes y sólidos se mecen levemente, sus alargadas agujas respondiendo a la sensual caricia de la brisa. Las ramas más capaces se estiran hacia el cielo y abrazan el calor del sol, absorbiendo su radiante energía para dar comienzo al proceso de producir vida que llamamos fotosíntesis. Fuera de mi ventana, la creación refleja la majestuosidad y esplendor de un Dios que añora una relación de intimidad dadora de vida con Sus criaturas.

Sólo mediante una relación con Él llegamos a descubrir quiénes somos en verdad. Al ser hijas del Más Alto, nosotras somos llamadas a la misma vida de Su Único Hijo Engendrado, Jesucristo. Su nacimiento, Su pasión, Su resurrección. Como tal, nosotras somos llamadas a una santidad que es un reflejo de la majestuosidad de Dios aún mayor que la majestuosidad de la belleza de la naturaleza.

Yo he aprendido a lo largo de mi propia vida, sin embargo, que nosotras no podemos comenzar a reflejar la Majestuosidad Divina, o a responder a Su llamado divino, a menos que primeroelijamos conocerlo. Tenemos que anhelarlo a Él de la misma manera que Él nos anhela a nosotras—libremente y completamente, sin reservas y sin condiciones. Dios, en Su amor por nosotras, nos ha otorgado el libre albedrío para que nuestro anhelo por Él pueda ser genuino y puro. Él anhela que nosotras elevemos nuestro corazón hacia Él, aceptemos Su voluntad divina, y permitamos que Su presencia llene nuestras almas. Dios desea que abramos las puertas de nuestros corazones para que Él pueda entrar y tener comunión con nosotras; y ahí, en nuestros momentos más íntimos, como el primer rocío de una mañana de primavera, Su gentil amor ablande las partes más endurecidas de nuestra tierra, imbuyéndola de la gracia dadora de vida. Su semilla de amor, plantada en nosotras de forma tan gentil, echa raíces; y nosotras, como reflejo del Padre, rendimos nuestra fructífera cosecha de amor.

El Poder Transformador de la Oración

No conozco ningún otro camino que conduzca a conocer al Padre excepto a través del

Hijo. Y no conozco ningún otro camino que conduzca a conocer al Hijo que no sea a través de la oración. De hecho, en el silencio de nuestros corazones, nosotras experimentamos “toda clase de bienes espirituales” (Ef 1:3) Cuando permanecemos en Su presencia, nos habla Su voz, nos tocan sus manos, nos abraza Su amor. La agonía de nuestra condición de caídas se sosiega. Desaparecen los escombros de nuestra alma. Y nuestros corazones se remontan hacia la eternidad y saborean un regocijo ilimitado. En Efesios, San Pablo nos dice que incluso antes de que Él creara el mundo, Dios nos eligió para que fuéramos santos y sin mancha en Su presencia, por el amor. (ver Ef 1:4)

En la oración, nosotras nos aventuramos por un camino sagrado hacia la exculpación y el amor. Nuestra propia condición mísera, nuestras flaquezas y debilidades se atenúan ante la luz de Su presencia. Cuando la mano de Dios nos toca, nuestros dolores y sufrimientos adquieren la brillantez de la gracia redentora. Nuestras circunstancias son oro probado al fuego brillando en el crisol del Sagrado Corazón. Y, en la luz radiante del Lucero de la Mañana, la voz de Dios habla. Nuestros corazones permanecen apacibles. Y el Verbo se hace carne dentro de nosotras. Por ello, proclamamos junto a San Pablo: “Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí”. (Gal 2:20)

De hecho, la oración es la fuerza de la vida en abundancia. Independientemente de que permanezcamos en silencio adorando a Aquél que nos creó, o tocando insistentemente en las puertas del cielo con nuestras peticiones más urgentes, o leyendo meditativamente la Sagrada Escritura, la oración es el agente transformador de nuestras vidas. Es tan esencial para nuestras vidas en Dios que tanto este capítulo como el próximo lo dedicaremos a este tema.

La Intimidad de la Relación

Recuerdo claramente cuando me enamoré de mi marido. Cuando empezamos a salir, yo sabía que había algo especial en este hombre, y en nuestra relación. Yo deseaba pasar todo el tiempo con él; y los períodos entre fines de semanas me parecían una eternidad.

Al principio, nuestros momentos juntos eran delicados. Aunque la atracción era mutua, existía también el temor a ser rechazado, como es natural. Pero, a medida que nuestra relación fue progresando, comenzamos a sentirnos más a gusto cuando estábamos juntos. Queríamos saber todo lo del otro, y pasábamos innumerables horas hablando de nuestros sueños y ambiciones, nuestras ideas y actitudes, nuestros planes futuros y aspiraciones, nuestra visión del mundo y nuestro lugar en él.

Cuando esa primera luz trémula del interés empezó a estallar en llama de amor, nuestra relación alcanzó un nivel más profundo de intimidad. Ya no importaba de qué habláramos o a dónde fuéramos. El estar juntos era suficiente. Nos *conocíamos* el uno al otro, nos *entendíamos* el uno al otro, nos *amábamos* el uno al otro. Desarrollamos una relación de confianza entre nosotros. Habíamos entregado nuestros corazones, y permanecíamos receptivos el uno al otro. Gradualmente, las tardes juntos se convirtieron en momentos de confortable quietud y silencio. Una caricia, una sonrisa gentil, una expresión de los ojos era lo único que hacía falta para transmitir las intenciones de nuestros corazones. Y cuando caía la noche y nos dábamos el beso de buenas noches, el

calor de nuestro corazón permanecía como un carbón ardiente dentro de nosotros. Con fe expectante, aguardábamos al momento en que pudiéramos expresar la totalidad de nuestro amor como esposo y esposa.

La relación con Dios se desarrolla más o menos de la misma manera. No podemos comenzar a conocer a Dios a menos que no pasemos algún tiempo con Él. Y la forma en que pasamos tiempo con Él es mediante la oración.

¿Qué Es la Oración?

La oración no es otra cosa que simplemente una respuesta hacia el amor incondicional de Dios hacia nosotras, y una invitación de Su parte para que experimentemos ese amor. En la oración, Dios eleva nuestros corazones y mentes hacia Él a la vez que nosotras anhelamos rendirnos completamente ante Su acción en nosotras. A través de la oración, Dios nos llama a entrar en intimidad con Él, en una intimidad que nos transforma, una intimidad que nos infunde de su presencia, una intimidad que es dadora de vida.

Mediante la oración, nosotras entramos en la esencia misma de la vida Trinitaria, y alcanzamos una experiencia de la llama divina del amor dentro de los confines más íntimos de nuestro ser. En unión con Dios, a través de la oración, nosotras nos convertimos en una imagen radiante de Su vida activa en el mundo, encendiéndolo con el fuego de Su presencia y sanándolo con Su amor.

La madurez espiritual se alcanza a través de la oración y de la aplicación de sus frutos en nuestras vidas cotidianas. Un tiempo al día que separemos para la oración nos ayudará en nuestro compromiso de ser sinceras y fervientes con nuestro crecimiento espiritual.

Los maestros espirituales a lo largo de los siglos han recomendado que uno seleccione un tiempo específico del día para la oración, que consistentemente pueda formar parte de la rutina diaria de nuestras vidas. Mucha gente prefiere las horas tempranas de la mañana, mientras que muchas otras encuentran que el momento más conveniente para rezar es hacia finales del día, cuando el ajeteo y bullicio del diario vivir ha terminado. Mientras que otras encuentran que cualquier momento apacible que se pase en un espacio aislado en medio del día les provee una buena pausa para reenfocar sus inclinaciones interiores hacia los asuntos de Dios. Aquellas que permanecen en casa con los hijos podrían encontrar que sus horas de oración tienen que ser flexibles de acuerdo con las actividades diarias. En cualquier caso, debemos ser fieles a nuestra hora de oración, no importa qué momento del día elijamos para ella.

¿Cómo Rezamos?

Cada una de nosotras posee la capacidad de rezar. Ya que Dios desea que entremos en relación con Él, Él no hace la oración tan difícil y complicada que sólo las más brillantes y diligentes puedan tener éxito. En Su misericordia y amor, Él nos otorga a todas la habilidad de orar.

Existen tres tipos principales de oración—la oración vocal, la meditación y la contemplación. Las tres son de suma importancia en cada etapa de nuestra vida espiritual. Pero, a medida que progresamos en el camino de la oración, las iremos

experimentando en diferentes niveles. De la misma forma que un alpinista asciende una montaña y puede observar el paisaje que ha dejado atrás desde una perspectiva diferente, quizás observando matices que antes habían pasado desapercibidos, o apreciando aún más el escenario habiendo obtenido una perspectiva más amplia de la que antes había podido tener, de esa misma manera aquella que se mantenga constante en sus oraciones podrá observar una experiencia cada vez más amplia de las diferentes categorías de la oración. La buena meditación resultará en oraciones vocales cada vez más fervientes; el fruto de la contemplación nos conducirá hacia momentos de meditación cada vez más fructíferos; y la oración vocal más ferviente, junto con la meditación fructífera, nos preparará para experimentar momentos más íntimos y profundos de contemplación.

Observemos ahora detenidamente cada una de estas categorías de la oración para así ver cómo podemos implementarlas en nuestras vidas.

LA ORACION VOCAL

La primera categoría de oración puede ser subdividida en dos subcategorías: la oración vocal formulada y la oración vocal espontánea.

La oración vocal formulada: Las oraciones vocales formuladas son aquellas oraciones en las cuales se usa una serie de palabras que han sido formuladas de antemano. Ejemplos de este tipo de oración lo son el Ave María, el Padre Nuestro, las oraciones del Santo Sacrificio de la Misa, el Rosario y la Liturgia de las Horas. Las oraciones vocales formuladas pueden ser recitadas a solas o con otras personas. Estas oraciones, cuando son ofrecidas a Dios con reverencia, devoción y atención, despertarán en nosotras un deseo irreprímible de adentrarnos más y más en la vida de Dios.

Una actitud pensativa y reverente del corazón es de suma importancia durante la oración vocal. Jesús mismo advertía a Sus discípulos sobre la importancia de rezar con el corazón, y no sólo con la boca: “Y al orar no empleéis muchas palabras como los gentiles, que piensan que por su locuacidad van a ser escuchados. Así pues, no seáis como ellos” (Mt 6:7–8).

Tenemos que evaluar por nosotras mismas si verdaderamente estamos rezando, o si simplemente estamos recitando palabras. Si nuestro deseo de conocer de forma más cercana a Dios no crece de forma paulatina, tenemos que unirnos de forma más ferviente con las palabras que estamos recitando. A medida que aumenta nuestro deseo por Dios, nuestro anhelo natural será hacia invertir más tiempo con Él y llegar a conocerlo de manera más íntima. Este deseo creciente por Dios nos indicará que nuestro amor por Él va creciendo, y será indicativo de que nuestra vida de oración se va expandiendo. Es a menudo en este punto que experimentamos el segundo tipo de oración vocal, la oración vocal espontánea.

La Oración Vocal Espontánea: A medida que nuestro amor por Dios crece y se desarrolla, crece también nuestro deseo de expresarle ese amor en sentimientos y emociones que surgen espontáneamente de nuestras mentes y corazones. Estas

oraciones, expresadas en nuestras propias palabras, se les conocen como oraciones espontáneas. En algunas ocasiones, las oraciones espontáneas se articulan en jaculatorias breves en intervalos de nuestra vida diaria, como cuando decimos - *Gracias, Jesús; Ten misericordia de mí, Señor; Querido Dios, dame paciencia y gracia*. En otras ocasiones, las oraciones espontáneas forman parte de la porción de nuestro tiempo de oración en la cual alabamos a Dios o le damos gracias por favores que hemos recibido. En escenarios grupales, como grupos de oración, o en momentos de alabanza en una conferencia, nuestras oraciones espontáneas se pueden unir a las de otros.

A medida que nos sentimos más cómodas con las oraciones espontáneas, muy pronto comenzaremos a experimentar un mayor deseo de pasar más tiempo en conversación con Dios. Deseamos compartir con Él nuestras pruebas y nuestras luchas y deseamos consultar con Él las decisiones de mayor importancia que tengamos que tomar. Deseamos comunicarle nuestros pensamientos más íntimos, hacerlo partícipe de lo más profundo de nuestros corazones, compartir con Él aquellas áreas dentro de nosotras que están rotas y necesitan de Su toque sanador. Y a medida que oramos de esta manera, descubrimos que nuestro tiempo invertido con Dios produce un fruto preciado: una certeza profunda de Su gran amor para con nosotras, así como una conciencia creciente de nuestro amor hacia Él.

Gradualmente, nuestras conversaciones con Dios serán menos verbales y más interiores. Aunque continuamos utilizando palabras para expresar nuestros pensamientos, notaremos que nuestros períodos de oración están marcados por cada vez más largos períodos de silencio, mientras esperamos calladamente escuchar la voz de Dios que nos hable. Esto es lo correcto, pues nuestra conversación con Él debe aspirar a ser un diálogo, no un monólogo. Si aspiramos a escuchar la voz de Dios susurrando en nuestro interior, debemos aquietarnos. Debemos cultivar el don de escuchar. Y, a medida que nuestras habilidades de escuchar se desarrollan, seremos capaces de escuchar la voz de Dios en lo más profundo de nuestros corazones, aún en medio de un ambiente de actividad y ruido.

El intercambio interior entre nosotras y Dios es a veces denominado *oración mental*. A propósito de esto, Santa Teresa de Jesús (de Ávila) nos dice: “La oración mental es, según yo lo veo, simplemente un intercambio amistoso y una conversación solitaria frecuente con Aquél que, como ya sabemos, nos ama”.¹ La oración mental representa un avance significativo de nuestra experiencia de oración, y que nos guía a lo largo del camino ascendente hacia la oración profunda.

Al igual que en la oración vocal formulada, en la oración vocal espontánea tienen que verse involucradas la mente, el corazón, y la voluntad. De nada vale “recitar” oraciones o decir frases piadosas y sentimentales. Nuestras oraciones deben caracterizarse por nuestro anhelo de conformar todos los aspectos de nuestro ser con el movimiento de la gracia de Dios en nuestro interior. Por lo tanto, en la oración debemos hacernos presentes ante Dios en cuerpo, mente y espíritu, mientras Él nos mueve hacia adelante, hacia la realidad central de una vida de fe - Cristo habitando dentro de nosotras. Es esto a lo que estamos siendo llamadas. Y es sólo a medida que la gracia de Dios efectúa este

objetivo en nuestro interior que alcanzamos la plenitud espiritual en Jesucristo.

MEDITACION

El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos enseña que la meditación es una búsqueda espiritual en la cual la mente desea comprender la vida cristiana, para así poder responder y conformarse con lo que el Señor nos pide (#2705). La meditación cristiana involucra cuatro facultades del ser humano—su capacidad de pensar, su imaginación, su emoción y su deseo (#2708). Toda meditación verdaderamente cristiana conlleva la Palabra de Dios en su centro. La Sagrada Escritura es la revelación de Dios de Sí Mismo, y por ello es uno de los mecanismos más importantes mediante el cual Él nos habla a nosotras. Con cada lectura, Dios nos instruye, nos guía, nos dirige, y responde a nuestras más profundas necesidades.

Un escritor cristiano explica la centralidad de la Escritura de este modo: “A pesar de que su fraseología ha permanecido fija por miles de años, Aquél que hace que nosotros la escuchemos en el presente ya nos tenía en mente cuando la inspiró en la antigüedad, y Él está siempre presente para dirigirse a nosotros a través de ella, como si fuera en este instante pronunciada por primera vez”.²

¿Cómo, entonces, podemos utilizar la Sagrada Escritura como un medio para adentrarnos en oración?

Primero, prepárate para el encuentro con Dios. Asiste a tus momentos de oración con fe expectante, a sabiendas de que esta meditación piadosa sobre la Palabra de Dios rendirá frutos en tu vida, aún cuando no lo sea inmediatamente aparente. Elevamos nuestros corazones y mentes al Señor, ofreciéndole humildemente nuestras fortalezas y debilidades, nuestras habilidades y flaquezas, nuestras heridas y temores.

Antes de comenzar, es importante que nos libremos de toda posible distracción. En Mateo 6:6, Jesús nos dice: “Cuando te pongas a orar, entra en tu aposento y, con la puerta cerrada, ora a tu Padre, que está en lo oculto; y tu Padre, que ve en lo oculto, te recompensará”. Debemos cerrarle la puerta a toda posible interferencia innecesaria—teléfonos, televisores, radios, y otras interrupciones—y liberarnos de toda actitud interna que pueda obstaculizar la oración.

Luego, selecciona un pasaje de la Escritura sobre el cual meditar. No existe ninguna manera correcta o incorrecta de elegir un pasaje. Algunas personas prefieren elegir la lectura litúrgica del día. Otras pueden utilizar una guía a la Escritura recomendada en algún taller de estudio. Y otras pueden elegir leer algún libro de la Biblia de forma secuencial, eligiendo un capítulo diferente cada día. Y, finalmente, otras pueden preferir abrir la Biblia al azar, y comenzar a leer en la página que toque.

El Pasaje que seleccionemos no tiene que ser necesariamente extenso, ya que nuestro objetivo no es progresar en la lectura de la Biblia, sino progresar en nuestra relación con Dios. Debemos aspirar a saborear cada palabra del pasaje, como si ésta viniera directamente de la boca de Dios solamente para nuestros oídos.

Pídele al Espíritu Santo que te guíe y te muestre el camino en este momento de lectura piadosa. Pídele que remueva cualquier obstáculo interior o bloqueos que puedan impedirte escuchar la Palabra de Dios. Solicítale que te permita que el pasaje de la Escritura te conduzca a adentrarte de manera cada vez más profunda en el Corazón Divino. Y luego, procede a leer el pasaje de forma lenta y cuidadosa, haciéndote completamente presente a la Palabra en un acto de fe. Como nos recuerda un maestro espiritual:

Mientras leemos, debemos ser todo adherencia, todo abandono, todo auto-entrega, en esta fe, a lo que escuchamos y a Aquél a Quién escuchamos detrás de las palabras que leemos y releemos... Si creemos, como debemos creer, que la Palabra está dirigida a nosotros, a cada uno de nosotros, en una realidad continua aquí y ahora, tenemos entonces también que creer que toma en consideración todo lo que somos, todos nuestros problemas, nuestras necesidades, nuestras deficiencias, y nuestras alegrías también, todo lo que nos oprime o lo que nos agrada, todo lo que hacemos o dejamos de hacer... La palabra que leemos no fue escrita para que permanezca en la cabeza, sino para que descienda al corazón, ...ese santuario íntimo en el que nuestra eternidad entra en juego, dado que es allí donde se tejen y se toman nuestras decisiones fundamentales.³

Debemos permitirnos ser penetradas por la Palabra Divina, ser tocadas hasta el fondo de nuestro ser con el Amor Divino, ser infundidas con la presencia misma de Dios. Tenemos que suplicar a Dios que nos revele con Su luz aquello que ha permanecido en la oscuridad dentro de nosotras. En fin, tenemos que permitir que el Espíritu de Dios fluya en nosotras y a través de nosotras, releyendo el pasaje cuantas veces sea necesario para que todo su significado pueda echar raíces en nuestro corazón.

Cuando la Palabra de Dios es “silenciosa”. La mayoría de los cristianos experimentan momentos de “sequía” en su andar de la mano del Señor, momentos en que Su mensaje les elude. Si esto ocurre, podemos sacar del pasaje todo lo que Dios propone haciéndonos, a lo largo de la lectura, las siguientes preguntas:

- ¿Qué significado tiene este pasaje?
- ¿Qué ocurre en este pasaje?
- ¿Qué está diciendo Dios? ¿A quién se lo está diciendo?
- ¿Qué me está diciendo Dios a mí, en el contexto de mis circunstancias o situaciones actuales? ¿Qué gracia me está ofreciendo a través de estas palabras? ¿Una promesa? ¿Una resolución? ¿Una esperanza?
- Finalmente, ¿Qué sentimientos o emociones despiertan este pasaje en mí? ¿Qué es lo que me causa sentir lo que yo siento? ¿Cómo deseo responder a la generosidad de la gracia de Dios?

Utilizando estas preguntas como punto de partida, vendremos a ser absortas por la Palabra de Dios, y su vida comenzará a generar vida nueva en nuestro interior.

El documento en torno a la Revelación Divina emitido por el Vaticano Segundo nos dice que “en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma,

fuente pura y perenne de la vida espiritual”.⁴

CONTEMPLACION — LA VIDA DIVINA INTERIOR

San Francisco de Sales dice que “a la oración se le llama meditación hasta que ha producido la miel de la devoción; una vez alcanzado este objetivo, se transforma en contemplación”.⁵ Sabremos que nuestras meditaciones han logrado producir “la miel de la devoción” cuando nuestras oraciones vengan marcadas por impulsos de amor a Dios, que crecen en intensidad y frecuencia. Estos impulsos de amor señalan la profundización de nuestra vida de oración, y son precursores de una unión más íntima y amorosa con Dios. Esta unión de amor encuentra su culminación en la contemplación, que es la meta fundamental que persigue el alma en su búsqueda de Dios.

En esta forma de oración mental, “la mente no se ocupa tanto de razonar sobre Dios, sino en observar a Dios en simple fe y adoración... Contemplar es mirar a Dios con los ojos de la fe”.⁶ Como puede suceder en cualquier relación amorosa, mientras más tiempo dediquemos contemplando los ojos del ser amado, más enamoradas estaremos de esa persona. El padre Thomas Dubay se refiere a esta profundidad de la devoción como “un conocimiento del amor que no podemos producir, sino simplemente recibir... Es una conciencia sin palabras y un amor que nosotros no podemos iniciar o prolongar”.⁷

La contemplación difiere de la meditación en tres maneras distintas. La meditación es un tipo de oración que utiliza nuestro intelecto para estimular nuestro afecto hacia Dios. En este sentido, la meditación es una preparación para la acción de amar a Dios. La contemplación, por el contrario, presupone nuestro amor y nos mueve a partir de ese punto hacia delante.

Segundo, en la meditación tomamos en consideración los más pequeños detalles a medida que progresamos en amor a Dios, tal como cuando una que se está enamorando enumera los atributos que la atraen al otro—su bondad, su sabiduría, su fidelidad. En la contemplación, sin embargo, nuestra mirada de amor descansa sobre el Ser amado, sin entretenerse en este detalle o aquél. En la contemplación, sólo importa una cosa—estar con el Ser amado.

Finalmente, mientras que la meditación requiere mucha cooperación y esfuerzo de nuestra parte, en la contemplación todo depende de Dios. San Francisco de Sales nos recuerda que: “Nosotros no podemos despertar esta experiencia por elección, dado que no poseemos el poder de obtenerla cuando deseamos; no depende de nuestro esmero; es Dios quien la produce en nosotros cuando le place, a través de su gracia divina”.⁸

Santa Teresa de Jesús (de Ávila) contrasta la diferencia entre meditación y contemplación con un ejemplo de la naturaleza misma. Ella compara la meditación con regar un jardín con agua de un pozo. El jardinero tiene que ir al pozo y laboriosamente extraer el agua de la profundidad del pozo para llenar el cubo, el cual luego debe acarrear al sembrado y con mucho esfuerzo verter sobre las flores. Aún así, y a pesar de todo este esfuerzo, el jardinero está consciente de que hará falta que el agua de la lluvia se vierta del cielo para asegurar que la cosecha reciba agua en la abundancia que necesita.

La oración contemplativa, escribió Santa Teresa, es como un manantial que emerge en

medio del jardín de nuestra alma, regando agua de vida a lo largo y a lo ancho del terreno de nuestro corazón. “Flores” espirituales de belleza, gracia, santidad, verdad y amor crecen bien y crecen saludables en este jardín de nuestra alma al recibir su sustento del agua de vida de este manantial. Más aún, este manantial de la contemplación produce resultados de manera más efectiva, y con menos esfuerzo, que el “agua del pozo” de la meditación. En la meditación se invierte gran cantidad de tiempo en aceptar y recibir el amor de Dios, y en dilucidar formas apropiadas de reciprocidad ese amor. En la contemplación, el amor de Dios habita en el alma, transformando en gracia y vida nueva todo lo que toca en su camino. El alma percibe que es este amor al que ha sido llamado a experimentar desde sus comienzos, y que todas sus oraciones y todos sus esfuerzos han estado encaminados a culminar con este momento.

A pesar de que Dios puede otorgar y otorga este favor a cualquiera que Él elija, parece ser más usual que Él le conceda este favor de la contemplación a aquellos que han permanecido fieles a una vida de oración meditativa y a una vida virtuosa por algún tiempo.

El Poder Transformador de la Unión Mística

En su escrito *Fire Within (El Fuego Interior)*, Thomas Dubay, S.M., nos dice que la experiencia de la oración contemplativa puede variar. Él dice: “A veces es una atención amorosa y encantadora, a veces es un anhelo árido purificante y otras veces es una gran sed de Él. Al principio es usualmente delicada y breve, pero a medida que se desarrolla se transforma en ardiente, poderosa, absorbente, prolongada. Siempre resulta transformadora para la persona”.⁹

Lo que esta cita nos enseña es que las infusiones divinas de gracia otorgadas a través de la contemplación pueden variar en calidad, intensidad y duración. La infusión de contemplación puede ser delicada o fuerte, sutil o intensa. Puede durar por unos segundos fugaces o puede elevarnos a las alturas por una hora, un día, una semana. A lo largo de una vida, todos los grados de variación pueden ser experimentados. Es siempre el Señor el que decide qué es lo que se necesita, cómo es necesitado, y hasta qué punto es necesitado.

Independientemente de las fluctuaciones en experiencia, la contemplación tiende hacia el progreso, transportándonos a una experiencia cada vez más profunda de oración. Eventualmente, puede conducirnos a una unión mística—una “unión secreta” con Dios que ocurre en el mismo centro de nuestra alma.

Un buen número de santos nos han descrito sus propias experiencias poderosas de unión mística con Dios. Consideremos estas palabras de Santa Teresa de Liseux, mejor conocida como la “Pequeña Flor”. Ella nos relata su propia experiencia de contemplación y de matrimonio espiritual en su autobiografía, *Historia de un Alma*:

Pocos días después de mi oblación al Amor Misericordioso de Dios, había comenzado en el coro el Camino de la Cruz, cuando súbitamente me sentí herida por un dardo de fuego tan ardiente que pensé que me moría. No sé como describir este raptó; no existe ninguna comparación que pueda hacer a uno comprender la intensidad de esa flama. Un poder invisible pareció arrojarme por completo al fuego... ¡Pero, oh! ¡Qué fuego! ¡Qué dulzura!

Cuando su Madre Superiora le preguntó si era la primera vez en su vida que experimentaba este raptó, ella respondió:

Madre, yo he experimentado éxtasis de amor varias veces; especialmente, una de las veces durante mi noviciado, cuando permanecí una semana entera verdaderamente muy lejos de este mundo; para mí, parecía como si hubieran arrojado un velo encima de todas las cosas de la tierra. Pero no fui consumida por una llama real, fui capaz de sostener esas delicias sin creer que su intensidad causara que mis cadenas terrenales se partieran en dos, mientras que en el día del cual le hablo, un minuto más, un segundo más, y mi alma hubiera abandonado su prisión... ¡Ay!—¡y ya me encontré en la tierra, y la aridez inmediatamente retorno a mi corazón!¹⁰

El Llamado a la Contemplación

Todas nosotras hemos sido llamadas a experimentar la contemplación. Louis Bouyer, en su obra *Introduction to Spirituality (Introducción a la Espiritualidad)*, nos dice,

[la contemplación] está, en realidad, presente en estado germinal en los actos más elementales de la fe cristiana. Y podríamos decir que esta semilla se desarrolla hasta el grado en el que la fe nos conforma a ella misma mediante la obediencia... Desde una meditación cada vez más orientada hacia el misterio de Cristo, cada vez más absorta en Él, dado que toda la vida de aquél que medita aspira a conformarse con Él en fe, nace la contemplación, se podría decir, en cierto sentido, de forma bastante natural—sin que por ello deje de ser, por todo ello, gracia pura, ya que en realidad no es otra cosa que la gracia haciéndose sentir.¹¹

Thomas Dubay, S.M., nos dice que hay algunos rasgos que son comunes a todas las infusiones divinas de la contemplación. Entre ellas están:

- una experiencia de la presencia de Dios, ya sea en un estado de atención amorosa o de árido anhelo;
- la infusión divina de la contemplación llegándonos de forma absoluta, a través de la acción de Dios en nosotras;
- fluctuaciones en la intensidad de nuestra interacción con Dios, así como una diversidad de formas en las que Dios hace que Su presencia se haga saber o se haga sentir;
- una profundización de nuestro conocimiento y comprensión de Dios, y un discernimiento más agudo de los misterios divinos, y;
- un crecimiento en virtud y santidad.¹²

Es necesario, en este punto, proveer una nota de cautela. Nunca debemos aspirar a buscar la consolación de Dios; nuestra búsqueda es por el Dios de la consolación. Si descubrimos que nuestra búsqueda se ha tornado en un deseo por el fenómeno místico, por la experiencia espiritual o por el éxtasis, de seguro nos deslizaremos en un misticismo falso que pone en peligro nuestra alma y nos retrocede en el camino hacia la santidad. Toda verdadera contemplación infundida es puro don. No existe método o técnica que pueda forzar la mano de Dios a otorgárnosla. Pensar que eso es posible es falta de humildad y pernicioso.

El verdadero místico sólo desea estar unido a Dios, la Fuente de toda vida. Franz M. Moschner, en su texto clásico *Christian Prayer (Oración Cristiana)*, escribe estas palabras de aviso:

En nuestra jornada interior nunca debemos buscar descubrimientos, nunca por pura curiosidad estar en la espera de fenómenos, sensaciones o encuentros. Si hiciéramos esto, de inmediato sería disruptivo y falsificaríamos nuestra actitud hacia Dios, y por ello produciríamos en nosotros efectos que son directamente opuestos a lo que la contemplación desea alcanzar. Con firmeza categórica debemos suprimir todo anhelo de revelaciones, de verdades individuales, y mucho menos de revelaciones personales. El no hacerlo nos llevaría, en este punto, a exponernos a seducciones diabólicas.¹³

Santa Teresa de Jesús (de Ávila) nos dice que el único anhelo que debemos aspirar que nos acompañe durante la oración es el amor. Utilizando como analogía las diferentes habitaciones de un castillo como representando las diferentes etapas de la oración mística, ella nos dice: “Si es que progresas mucho en este camino y asciendes hasta las Mansiones de tus anhelos, lo importante es no pensar mucho, sino amar mucho”.¹⁴

LOS EFECTOS DE LA ORACION

Los encuentros con Dios cambian nuestra vida. Debido a que la oración nos hace entrar en una relación íntima con Dios, la oración es transformativa. Y sus efectos pueden ser vistos de inmediato.

Tómese, por ejemplo, el encuentro entre Jesús y el endemoniado de Gerasa, descrito en el octavo capítulo del Evangelio según San Lucas. Jesús había estado navegando en bote hacia el otro lado del Mar de Galilea. Cuando Él y sus discípulos desembarcaron en las costas de Gerasa, fueron recibidos por un hombre del pueblo que estaba poseído por demonios. El hombre, desnudo, se acercó a Jesús, y dando chillidos de dolor se desplomó al suelo y dijo en voz alta: “¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te suplico que no me atormentes”. Los demonios se habían apoderado del hombre en repetidas ocasiones en el pasado, lo que había incitado a otros a que lo atasen con cadenas y grillos. Pero el hombre lograba romper sus ataduras, y los demonios lo impulsaban a lugares solitarios. De hecho, había hecho de los sepulcros su hogar.

Mientras Jesús extirpaba los demonios, Él les pedía que se identificaran. “Legión”, fue la respuesta que recibió, indicando que los espíritus eran muchos. Debido a que le pidieron a Jesús que no les mandara de regreso al abismo, Él les ordenó adentrarse dentro de una gran piara de cerdos que estaba pastando en un cerro cercano. Los demonios salieron del hombre y entraron en los cerdos, que en ese instante huyeron en tropel y se precipitaron a un lago, donde se ahogaron.

Cuando los que cuidaban de los cerdos vieron lo ocurrido, huyeron corriendo hacia el pueblo para contar lo sucedido. Gentes de toda la campiña se acercaron para ver por sí mismos lo ocurrido. Al llegar al lugar de la escena, apenas podían reconocer al hombre que anteriormente estaba loco, sentado a los pies del Señor, vestido y en su sano juicio.

Al poco tiempo, la gente del pueblo le pidió a Jesús que se alejara de ellos. No sólo estaban sobrecogidos de temor por la cura en sí, sino que además les preocupaba que otras curaciones pudieran costarles más de lo que ya habían perdido con la piara que se había ahogado. El hombre que había sido exorcizado de los demonios, sin embargo, comprendía el gran favor que había recibido de la mano del Señor. Le pidió a Jesús que

le permitiera quedarse con Él, pero Jesús lo despidió diciéndole estas palabras: “Vuelve a tu casa y cuenta las grandes cosas que Dios ha hecho contigo”. El hombre se marchó, proclamando por toda la ciudad cómo Jesús lo había liberado. (ver Lc 8: 26–39)

Para el hombre endemoniado, este encuentro con Jesús cambió su vida y fue transformado. No sólo había sido liberado de los demonios que le atormentaban, sino que además había sido restituido a la plenitud de la dignidad ante los ojos de Dios. Ya no se encontraba desnudo ni fuera de juicio. Ahora se encontraba vestido y en control de sus sentidos. La Escritura nos dice que el hombre se sentó a los pies del Señor, una señal de sumisión y de intimidad. Aunque la Escritura no transcribe la conversación que aconteció entre los dos, sabemos que las palabras de Jesús tuvieron un profundo efecto en el hombre, tanto así que deseaba ser contado entre el número de Sus seguidores. Pero, en vez, Jesús envió al hombre de regreso a su pueblo natal a proclamar el poder curativo del amor del Señor a todos los que lo escuchasen.

El Toque Curativo de Jesús

Cada vez que nos encontramos con Él, el Señor nos concede sanación e integridad, de la misma forma que lo hizo con el hombre de Gerasa. El amor de Dios que todo lo sana impregna nuestro ser y nos libera de todo lo que nos mantenga cautivas, de todo lo que nos corrompe, de todo lo que nos roba nuestra dignidad como hijas de Dios. Él añora revestir nuestra desnudez espiritual con los ropajes reales de la gracia y el amor. Él ansía conducirnos fuera de las “tumbas” de nuestra soledad y desolación y llevarnos hacia la luz de Su presencia.

Liberándonos de la confusión del pecado, del tormento de la lujuria, de los escombros de los celos, la furia y el resentimiento, Él desea retornarnos a nuestras sensibilidades, sensibilidades que son fruto del Espíritu de Dios—amor, alegría, paz, paciencia duradera, bondad, generosidad, fidelidad, mansedumbre, y castidad (véase Gal 5:22). Dios desea restituirnos, hacernos íntegras, sanarnos, para que podamos ser señal de Su amor en el mundo. Él añora que nosotras, al igual que el hombre endemoniado, nos adentremos al mundo proclamando Su amor sanador a todos los que nos escuchen. Ésta es la transformación que la oración causa en nosotras. Éste es el “nuevo hombre” que es recreado en el esplendor radiante del amor de Dios. Y de esto es de lo que se trata la unión con Dios—conocer a Dios, aceptar Su amor, ser transformada por Su gracia y compartir Su presencia con los demás.

En el próximo capítulo, hablaremos de los cuatro movimientos de la oración, y cómo ellos desatan este poder de la vida de Dios en nosotras, haciéndose activo en nuestras vidas y en las vidas de otros.

TERCERO



Alabanza y Acción de Gracias, Súplica y Contrición: La Sinfonía de la Vida Abundante



LOS CUATRO MOVIMIENTOS DE LA ORACION

Nuestros momentos de oración y encuentros con Dios están supuestos a ser momentos transformadores en nuestras vidas. Su propósito es producir en nosotras gracia santificante y la habilidad de llevar una vida virtuosa. Cuando cooperamos con la gracia que recibimos en la oración, no sólo nos convertimos en la imagen y semblanza de Dios, sino que además nuestra mera presencia se convierte en un conducto a través del cual el amor de Dios fluye hacia el mundo.

Si es que vamos a experimentar la autenticidad de nuestra feminidad y cumplir con el llamado que nos hace Dios de “ayudar a la humanidad a no degenerar”, tenemos que cumplir con un horario regular de oración y desarrollar una actitud de oración a lo largo de todo el día. La oración tiene que convertirse en el “cántico de nuestro corazón”.

Pero, ¿cómo podemos estar en estado constante de oración y simultáneamente cumplir con los deberes del diario vivir? San Pablo sugiere la respuesta. Él nos dice: “llenaos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones, dando gracias siempre por todas las cosas a Dios Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo”. (Ef 5: 18–20)

Este pasaje nos insinúa cómo podemos convertir cada uno de nuestros días en una sinfonía de oración, una melodía de amor, que se eleva desde lo más profundo de nuestro ser hacia el trono del Padre en alabanza y adoración a Él. Como ocurre con la mayoría de las sinfonías, nuestra sinfonía de oración está orquestada por cuatro movimientos o inclinaciones del corazón.

LOS CUATRO “MOVIMIENTOS” DE LA ORACION

Muchos de los grandes maestros espirituales han recomendado que organicemos nuestras vidas diarias en torno a cuatro actitudes cardinales del corazón. Algunas personas encuentran útil recordar estas cuatro inclinaciones interiores mediante el conjunto de letras “ACAS”: adoración, contrición, acción de gracias y súplica.

Adoración

El primer movimiento de nuestra sinfonía de oración es la adoración. Este movimiento incorpora adoración y alabanza. Quizás cantamos alabanzas a Dios, o simplemente proclamamos con el Querubín y el Serafín: “Bendito, bendito, bendito sea el Señor”. ¿Cómo podríamos hacer otra cosa que no sea adorar a Aquél que nos invita a entrar en dulce comunión con Él? Nosotras adoramos a Dios, el Creador, el Ser Supremo, Aquél que nos concede vida. Le decimos que le amamos. Esto lo hacemos no porque Él tenga necesidad de escucharlo, sino porque necesitamos recordarnos a nosotras mismas en la presencia de Quién estamos. A medida que elevamos nuestras mentes y corazones a Dios, en adoración a Él, el ritmo de nuestro espíritu se acelera y se envigoriza con amor divino. Nueva vida surge en nuestro interior y nos alista para ser Su instrumento en el mundo.

Contrición

Mientras adoramos a Dios, y cada vez más conscientes de Su santidad y majestuosidad, nos damos tanto más cuenta de nuestras propias faltas, y de cuánto nuestros problemas son consecuencia de nuestra condición pecaminosa, nuestra debilidad y nuestra flaqueza. Un sincero arrepentimiento impregna nuestro ser a medida que imploramos a Dios que nos haga fuertes para sobreponernos a todas aquellas áreas de tentación que conocemos, al igual que a aquellas áreas de debilidad que aún permanecen ocultas para nosotras. Reconocemos aquellos actos indebidos intencionales, e intentamos hacer reparación por nuestros pecados para que no nos obstaculicen ya más ni afecten a otros.

Esta parte de nuestra sinfonía es de suma importancia, ya que sólo a través de un apenado llanto de arrepentimiento es que podemos alcanzar a experimentar la plenitud de la misericordia y el amor de Dios para con nosotras. Y, sólo entonces, podemos extender Su amor y misericordia a otros, refrescando sus almas con la armonía de amor de Dios.

Acción de Gracias

El tercer movimiento de nuestra sinfonía fluye de un corazón que ha sido bañado en la misericordia de Dios. La gratitud burbujea en nosotras con gozo efervescente. Gratitud real hacia Dios por todas las cosas que Él ha hecho por nosotras. Gratitud por Su misericordia y bondad. Por Su amor y por Su paz. Gratitud incluso por las cosas que ocurren en nuestras vidas que a primera instancia aparentan estar desprovistas de toda bendición. Incluso en estos momentos de oscuridad la mano providencial de Dios se puede palpar, porque “sabemos que todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios, de los que son llamados según su designio”. (Rom 8:28) La gratitud del corazón produce en nosotras el fruto divino de la alegría, del sobrellevar pacientemente, de la esperanza y de la confianza en Dios. Nuestro espíritu, finamente afinado con estos atributos, se convierte en el tema central que le trae una cadencia harmónica a la disonancia del mundo.

Súplica

Llenos de fe expectante y de confianza en Dios, alcanzamos el próximo movimiento en

nuestra sinfonía de oración. Con verdadera apreciación de cuánto Dios nos ama, le solicitamos a Él que escuche nuestras necesidades a medida que nosotras intercedemos por nosotras mismas y por otros. Le pedimos a Él que se apresure a ayudarnos cuando luchamos en momentos de dificultad, angustia y dolor; en momentos de tristeza, de aflicción y de opresión. Pero nuestra súplica ya viene infundida de triunfo, porque “en todas estas cosas vencemos con creces gracias a aquél que nos amó” (Rom 8:37). Sabemos que la ayuda y presencia continua de Dios la tenemos asegurada.

San Juan María Vianney, comúnmente conocido como el Santo Cura de Ars, nos dice: “Jamás Dios ha negado ni denegará nada a los que piden sus gracias debidamente. La oración es el gran recurso que nos queda para salir del pecado, para perseverar en la gracia, para mover el corazón de Dios y atraer sobre nosotros toda suerte de bendiciones del cielo, ya para el alma, o por lo que se refiere a nuestras necesidades temporales”.¹

Adoración, contrición, acción de gracias y súplica – estos son los cuatro movimientos de nuestra sinfonía de oración. ¡Que el cántico de nuestros corazones se escuche hasta en los más remotos rincones de la tierra!

ALABADO SEA EL SENOR, O MI ALMA

¿Qué significa alabar al Señor? Por encima de todas las cosas, la alabanza es un tipo de oración. Aunque a menudo puede expresarse con gran emotividad y fervor, ésta se arraiga en la voluntad – la decisión consciente de alabar al Dios - y no en las emociones. Alabamos al Señor porque Él merece que así lo hagamos. Como nos enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*: “[La alabanza] le canta [a Dios] por Él mismo, le da gloria no por lo que hace, sino por lo que Él es” (#2639).

Cuando adoramos a Dios, estamos haciendo una afirmación sobre Quién es Él, y sobre quiénes somos nosotras. Él es el Creador, nosotras las por Él creadas. Él es el Dador-de-Vida; nosotras las que de Él hemos recibido vida. Él es Aquél que salva, nosotras las que de Él necesitamos la salvación.

¿Por Qué Alabamos a Dios?

Nuestras alabanzas no añaden nada a la gloria de Dios, y Dios tampoco necesita de nuestras alabanzas. Sin embargo, las alabanzas desatan una dinámica interior que nos eleva por encima de nosotras mismas y nos posiciona en la relación correcta con nuestro Creador. Alabamos a Dios no porque Él lo necesite, sino porque *nosotras* lo necesitamos. Alabar a Dios nos beneficia grandemente.

Las alabanzas nos llevan ante la presencia de Dios. En Salmos 22:3 se nos dice que Dios habita sobre (o está “entronizado sobre”) las alabanzas de Su pueblo. Cuando alabamos a Dios, Él se hace presente a nosotras. Él reside en nuestra alabanza, y Su propia vida comienza a habitar en nosotras. La alabanza sincera hace que las puertas de nuestro corazón se abran, para que Dios pueda introducirse en él y entrar en comunión con nosotras. La alabanza es la forma más efectiva de dar comienzo a nuestro tiempo de oración.

San Agustín nos ofrece otra razón del porqué alabamos a Dios. Él nos dice: “Nuestros

pensamientos en esta vida deben dirigirse hacia la alabanza a Dios, porque es en la alabanza donde nos regocijamos eternamente en la vida venidera; y nadie puede estar preparado para la próxima vida a menos que se entrene para ello durante esta vida”.²

Al alabar a Dios ahora, lo que en realidad estamos haciendo es entrenándonos para la vida venidera, cuando nos postraremos ante el trono de Dios y proclamaremos: “*Gloria a Dios en la Alturas. Bendito, bendito, bendito sea el Señor*”. Entonces, nuestra voz se unirá a todas las otras voces en el cielo.

Pero, incluso en esta vida, nunca alabamos a Dios a solas. Porque somos parte del reino de Dios a través de nuestro bautismo, nuestra alabanza ya está unida a las alabanzas de la Corte Celestial, que eternamente le dan gloria a Dios. Nuestros cánticos de adoración, subiendo como incienso ante el trono de Dios, se entremezclan con los aléluys de los ángeles y de los santos, que poseen la Visión Beatífica.

¿Cómo, Entonces, Alabamos a Dios?

San Agustín nos dice que debemos cerciorarnos de que nuestras alabanzas provienen de la totalidad de nuestro ser. “Asegúrense que alaban a Dios no sólo con sus labios y sus voces, sino con sus mentes, sus vidas y todas sus acciones”.³ La alabanza tiene que constituirse en la actitud fundamental sobre la que basamos nuestras vidas y, como tal, debe permear todo lo que pensamos, decimos y hacemos.

En ese mismo discurso, San Agustín nos dice que debemos alabar a Dios no sólo cuando estamos reunidos en la Iglesia, sino también a lo largo de todas nuestras vidas. Nunca debemos cesar de alabar a Dios. Incluso cuando no brota de nuestros labios, ésta debe siempre fluir de nuestros corazones, “porque de la misma manera que nuestros oídos pueden escuchar las voces de los demás, de esa misma manera Dios puede escuchar nuestros pensamientos”.⁴ La Escritura nos muestra una diversidad de formas en las que podemos entrar en alabanza (ver Col 3:16).

Alabar al Señor en Canto. El canto siempre ha sido una de las mejores maneras de alabar a Dios. En muchas ocasiones, yo comienzo mis oraciones con un cántico. Se me ha escuchado cantando mis alabanzas mientras conduzco mi auto, mientras estoy cocinando, mientras restriego el baño. Aunque mi voz no es muy buena, Dios en su misericordia la recibe de cualquier forma, y hace que esta humilde ofrenda sea eficaz en mi relación con Él. Mediante canciones, yo experimento la presencia profunda de Dios y el toque sanador de Su amor.

Como nos dice San Agustín: “Aquel que canta reza dos veces”. Cantar con ánimo en la Misa, cantar al unísono con nuestros hermanos y hermanas en el Señor en grupos de oración, conferencias y reuniones —en todos los casos, el poder del Señor se desata cuando “elevamos nuestros corazones al Señor” en canto.

Orando con los salmos. Otra manera de adentrarse en alabanza es mediante el rezo de los salmos. Los salmos son cánticos de súplica, de acción de gracias, de adoración, y de alabanza. Aquellos salmos que particularmente expresan alabanzas a Dios incluyen los Salmos 33–34, 65–66, 95, 100, 103–4, 111, 113, 135 y 148–50. ¡Cualquiera de estos

pueden proveernos una fructífera contemplación de la gloria de Dios por muchos días!

La Liturgia de las Horas, la oración oficial de la Iglesia, usa los salmos a lo largo del día como medio para entrar en continua alabanza a Dios. A aquellas que nunca han usado este abundante recurso de los salmos en su vida diaria, les sugiero que descubran este magnífico tesoro.

Expresiones espontáneas de amor. Otra forma de alabar a Dios es simplemente decirle cuánto lo amamos. De la misma manera que nosotras nunca nos cansamos de escuchar palabras de afecto, de esa misma manera Dios tampoco se cansa de ello. Al decirle a Él cuanto le amamos, nos recordamos a nosotras mismas de nuestra dependencia de Él, de Su misericordia para con nosotras y de nuestro anhelo de que todo en nuestra vida entre en conformidad con Su voluntad divina.

Todos los grandes santos dedicaban una buena porción de su tiempo en alabanza y adoración a Dios. Tómese como ejemplo las siguientes oraciones de alabanza y amor dichas a Dios:

¡Últimamente te he amado, O Belleza siempre antigua, siempre nueva, últimamente te he amado! Tú estabas dentro de mí, pero yo estaba fuera, y fue allí donde te busqué... Tú llamaste, me gritaste, y rompiste mi sordera. Tú brillaste, tú relumbraste, y dispersaste mi ceguera. Tú soplaste tu fragancia sobre mí; yo aspiré, y ahora suspiro por ti. Yo te he probado, y ahora tengo hambre y sed de ti. Tú me tocaste, y ahora yo ardo por tu paz.⁵

SAN AGUSTIN

¡O abismo! ¡O Deidad eterna! ¡O mar profundo! ¿Qué pudiste haberme dado mejor que el regalo de Tu mismo ser? ...Con Tu luz hiciste que yo conociera Tu verdad... ¡Dios sobre todos los dioses, Dios gozoso, Dios más allá de todo lo medible y comprensible! Belleza más allá de todo lo bello... Tú que eres alimento de los ángeles te entregas a los humanos con ardiente amor. Tú, vestimenta que cubre toda desnudez, nutres a los hambrientos con tu dulzura, pues Tú eres dulzura sin rastro de amargura.⁶

SANTA CATALINA DE SIENA

¡Aleluya! ¡Alaben al señor desde los cielos,
alábenlo en las alturas!
¡Alábenlo todos sus ángeles,
alábenlo todos sus ejércitos!
¡Alábenlo sol y luna,
alábenlo estrellas lucientes!
¡Alábenlo cielos altísimos
y aguas que están sobre los cielos!
¡Alaben el nombre del Señor!

SALMOS 148: 1-5

El Sacrificio de la Alabanza

Muchas de nosotras estamos de acuerdo en que es fácil alabar al Señor cuando todo va bien en nuestras vidas. Pero, ¿qué hay de alabar a Dios en las dificultades, en las pruebas y en las tribulaciones? En momentos como estos, en lo último que probablemente pensemos es en alabar a Dios. Y es precisamente en estos momentos que las alabanzas

cobran especial importancia.

Hace muchos años, leí un libro que establecía como premisa que debemos alabar a Dios por todas las cosas. El autor afirmaba que cuando alabamos a Dios en circunstancias difíciles y en pruebas, nuestros problemas se podían transformar. Recuerdo que al leer este libro pensé que lo que decía no era razonable. ¿Quería él decir que debíamos alabar a Dios por enfermedad, problemas matrimoniales, dificultades económicas, o dificultades con los hijos, los miembros de la familia o los amigos? Y de hecho, esto era exactamente lo que se proponía en ese libro. La justificación era que todo lo que Dios permita que nos ocurra es para nuestro propio beneficio.⁷

A medida que fui progresando en mi desarrollo espiritual, comencé a comprender la sabiduría que se escondía en esas palabras. Descubrí que muchos de los grandes santos y místicos también aconsejaban dar gracias a Dios por todo. Pero lo que al fin descubrí es que nuestra alabanza a Dios no transforma tanto la situación, sino a *nosotras* mismas.

¿Qué es lo que hay en la alabanza a Dios en medio de pruebas que la hace ser tan transformadora? En primer lugar, y como ya hemos mencionado, Dios habita en las alabanzas de su pueblo. Cuando Dios está con nosotras, nuestros corazones, mentes y espíritus son elevados. Realzadas por el poder de Su Espíritu Santo, funcionamos por encima de las circunstancias, y no por debajo de ellas. A medida que la vida de Dios penetra nuestro ser, nuestra fe se aviva, nuestra confianza se enciende, y el propio amor de Dios arde en nuestro corazón. Y así, con plena certeza, proclamamos: “¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la espada?... Pero en todas estas cosas vencemos con creces gracias a aquél que nos amó” (Rom 8:35, 37).

En segundo lugar, a medida que alabamos a Dios por las dificultades que nos acechan, nuestro centro de atención no se enfoca ya en nosotras y en nuestros problemas, sino en la gracia y misericordia de Dios. Comenzamos a reconocer la inmensidad de Su amor por nosotras, y nos preguntamos cómo podemos quererle más. A través de las alabanzas, nuestro problema se convierte en un trampolín para una unión más profunda con Dios. Y a través de esta unión más profunda, nosotras somos transformadas.

San Agustín nos dice: “Nuestro peregrinar por la tierra no puede estar exento de aflicciones. Progresamos por medio de las aflicciones. Nadie se conoce a sí mismo sino por medio de las aflicciones, ni recibe una corona excepto después de la victoria, o batalla excepto en contra de un enemigo o de las tentaciones”.⁸ Alabamos a Dios porque nuestras luchas se convierten en oportunidades de gran crecimiento.

También alabamos a Dios en medio de la lucha porque nuestras aflicciones nos obligan a mirarnos con honestidad a nosotras mismas. Nuestras faltas y debilidades resaltan en absoluto relieve pues contrastan con el telón de fondo del dolor y las inconveniencias, las tensiones y presiones. ¿Podemos ofrecerle a Dios un sacrificio de alabanza arrepintiéndonos de estas faltas y pecados, de nuestros rencores y de nuestro mal genio? ¿Podemos alabar a Dios por traer estas flaquezas a nuestra atención, para que así podamos arrepentirnos de ellas? ¿Qué virtudes podemos practicar para mitigar estas faltas y debilidades? Nos preguntamos, *¿Puedo mostrar más valor en esta situación?*

¿Qué tal más confianza? ¿Necesito practicar la generosidad, en vez del egoísmo? ¿Tal vez la compasión en vez de la crítica? ¿Es Dios mismo El que crea esta prueba de tal modo que yo pueda ser cambiada, transformada, o sanada en un área determinada?

Nuestro Señor utiliza estos momentos de adversidad para ayudarnos a crecer en virtud y en fortaleza espiritual. “Considerad una gran alegría el estar cercados por toda clase de pruebas, sabiendo que vuestra fe probada produce la paciencia. Pero la paciencia tiene que ejercitarse hasta el final, para que seáis perfectos e íntegros, sin defecto alguno” (Sant 1:2–4).

Finalmente, alabamos a Dios por nuestras dificultades y adversidades porque ellas nos unen a los sufrimientos de Jesús. San Pablo nos dice que nosotras completamos en nuestra carne lo que le falta a los sufrimientos de Cristo (véase Col 1:24). Al aceptar nuestras tribulaciones con amor, esperanza y confianza, nosotras imitamos a nuestro Salvador, cuya pasión y muerte sirvió para ganarnos la vida eterna. Cuando las tormentas de la vida amenazan con destruirnos, nosotras necesitamos meditar en torno a la naturaleza profunda de este misterio. Al así hacerlo, podremos percibir nuestros sufrimientos como un regalo que nos une al acto redentor—un regalo que Dios utiliza para nuestra salvación y la salvación de otros. Esta comprensión es capaz de hacer que nuestras dificultades sean no tan sólo soportables, sino también gratificantes.

La Beata Mariam Baouardy, la monja Carmelita que estaba marcada con el estigma, escribió las siguientes palabras: “Yo sollozo, O Jesús, por no sufrir lo suficiente por ti... Yo anhelo sufrir, ser inmolada, aplastada, quemada, hasta el fin del mundo, por el triunfo de la Iglesia. ¡Mi Dios, bendito seas!”.⁹

Quizás nosotras aún no hayamos alcanzado el nivel de auto-donación de la Beata Mariam, pero cada una de nosotras puede comenzar a ofrecer a Dios todas las inconveniencias, desengaños, contrariedades, pruebas y dificultades que marcan nuestras vidas, para que Él las pueda utilizar para nuestro provecho y el provecho de otros.

ACCION DE GRACIAS: EL CANTICO DE UN CORAZON AGRADECIDO

Cuando pensamos en todas las ocasiones en que hemos evidenciado la gloria magnífica de Dios de forma tan evidente en nuestras vidas, nuestros corazones se llenan de acción de gracias y gratitud. Ningún problema práctico o dificultad espiritual podrá separarnos del amor de Dios (ver Rom 8: 38–39).

A diferencia del amor humano, que puede decepcionarnos, el amor de Dios es constante y seguro, infinito y eterno. El amor de Dios es un amor fiel y confiable. El amor de Dios es incondicional y gratuito. Lo único que nos pide Dios es que lo recibamos y permitamos que nos transforme.

Una vez que nos permitimos deleitarnos en esta verdad, las circunstancias de nuestra vida ya no tendrán poder sobre nosotras. Nuestra visión espiritual es restaurada, la mano de Dios es revelada, y lograremos esa libertad de espíritu, ese carisma de alegría que caracteriza al corazón centrado en Cristo. Lograremos ver que Dios, que es todo Bondad, irradia bondad a cada una de nosotras.

Habiendo cultivado un espíritu de verdadera gratitud, incluso en momentos de grandes

pruebas, nuestros corazones están en paz porque descansan en el abrazo amoroso del Sagrado Corazón. Las palabras *Te damos gracias Señor* emergen de nuestros labios con gran fervor, ya que, por ponerlo en palabras de San Agustín: “¿Qué cosa mejor podemos traer en el corazón, pronunciar con la boca, escribir con la pluma...? No hay cosa que se pueda decir con mayor brevedad, ni oír con mayor alegría, ni sentirse con mayor elevación, ni hacer con mayor utilidad”.¹⁰ ¿Cuáles son algunos de los efectos de cultivar un espíritu de gratitud? Veamos.

Pureza de Corazón

La gratitud enfoca nuestros corazones hacia Dios, en vez de hacia nosotras mismas. A través de una acción de gracias sincera, el alma se libera de la introspección, de la egocentricidad y de la vanidad. La gratitud engendra generosidad de corazón, la cual a su vez se convierte en catalizador para la acción en los asuntos de nuestra vida diaria. Así, a medida que nuestras motivaciones egoístas dan paso a la preocupación piadosa por los demás, la gratitud conduce a la pureza de corazón.

Creciente Sensibilidad a las Acciones del Espíritu Santo

Cuando cesa de estar absorto en sus querencias y sus anhelos egoístas, el alma agradecida es capaz de percibir claramente las muchas bendiciones que Dios le provee cada día. Las experiencias más comunes de la vida diaria se convierten en causa de alborozo, mientras que aún los momentos más oscuros resplandecen con la joya preciada de la alegría, encendida con el radiante esplendor del amor divino.

Gradualmente, el alma se vuelve dócil a la acción dentro de sí del Espíritu Santo, El que abanica las llamas de nuestra fe expectante, de tal forma que nos hace cada vez más sensitivas a los consuelos de Dios. “Quien cultive fielmente este tipo de oración... gozará de experiencias espirituales hasta ahora desconocidas”.¹¹

La Verdadera Gratitud Conduce a la Humildad

En su *Introduction to the Devout Life (Introducción a la Vida Devota)*, San Francisco de Sales nos dice: “la consideración enérgica de las gracias recibidas nos hace humilde, porque nuestro conocimiento de ellas estimula la gratitud”.¹²

A medida que vemos la mano de Dios intervenir en nuestra vida diaria y sentimos Su tierno consuelo en lo más recóndito de nuestra alma, nos volvemos cada vez más conscientes de nuestra propia pecaminosidad. La flaqueza e insignificancia de nuestra naturaleza humana contrasta de forma evidente con la perfección de Aquél que es Amor Máximo, Bondad Infinita, Majestuosidad Eterna. Reconocemos el abismo que separa al creado del Creador, y nuestros corazones languidecerían si no reconociéramos a la vez el Acto que crea un puente sobre ese abismo, el Acto máximo del Amor de Dios: la Pasión, muerte y resurrección de Su Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

Es de hecho el amor de Dios el que nos salva. Es de hecho la gracia de Dios la que nos redime. Es de hecho la Persona de Dios la que es nuestra salvación. Todo lo que somos, todo lo que poseemos, procede de Dios. Por nosotras mismas no somos nada, pero a través de Dios todas las bendiciones del cielo son nuestras.

¡Cuán profundo, cuán rico es el amor que Dios siente por nosotras! Él es el sustento de nuestra vida. Él es el Alma de nuestra alma.

¿Cómo, Pues, Cultivamos la Gratitud?

Un día recibí una carta en el Ministerio. La había enviado una mujer en respuesta a una postal que yo había incluido en la carta que mensualmente envío a los colaboradores de *Viviendo la Vida en Abundancia (Living His Life Abundantly©)*. La postal contenía un pasaje de la Escritura. En mi carta yo había sugerido que el Espíritu Santo le concedería una palabra especial a cada individuo a través del pasaje que recibiera. Esto fue lo que la mujer me escribió:

Querida Johnnette,

Sinceramente disfruté de su carta mensual y de la postal con el pasaje de la Escritura. Soy una viuda de sesenta y ocho años, madre de seis hijos, y tengo dieciocho nietos. Reconozco que he sido sumamente bendecida por Dios con esta bella familia. Yo crecí en una familia de diez hijos, y luego de criar a seis hijos míos, con ajetreo y bullicio toda mi vida, ahora vivo sola y en ocasiones me siento muy sola. Tengo que rezar con ahínco y de veras hacer un gran esfuerzo para no deprimirme.

El sábado recibí su carta mensual en mi casa. Ese mismo día recibí una llamada telefónica de una feligresa de mi parroquia que está incapacitada y por tanto permanece casi todo el tiempo en la casa. El ministerio mío en mi parroquia es llevar la Sagrada Comunión y visitar a esos feligreses en sus casas. Ella me preguntó que si la podía llevar a la Misa del sábado en la tarde. Le dije que “Sí”, que la llevaría.

Cuando regresé de la Misa de la tarde pensé, con el corazón algo abatido, “Gracias a Dios que alguien me necesitó esta noche. Mi familia ya no me necesita para nada”. En ese momento me percaté de que la correspondencia estaba en la mesa de la cocina, y fue entonces que abrí su carta. Lo primero que leí fue el pasaje de la Escritura. En la parte izquierda de la postal decía: “Yo soy necesitada”; y el pasaje de la Escritura leía: “Porque sólo Yo sé los planes que tengo para ustedes —planes de un porvenir lleno de esperanzas”—Jr 29: 11.

Este pasaje fue sin duda seleccionado especialmente para mí por el Espíritu Santo. Me sentí entonces reanimada, que Dios verdaderamente me ama y está velando por mí. Fue sin duda un momento de gracia para mí. De hecho, permanecí atónita por un momento. He leído y meditado este pasaje una y otra vez desde aquel día.

Agradecida,

La carta de esta mujer delinea la manera de crecer en la virtud de la gratitud.

Primero, ella reconoció las bendiciones que le habían sido otorgadas. Ella reconoció las bendiciones de Dios en sus hijos y nietos. “Ninguno hay que, a poco que reflexione, no halle fácilmente en sí mismo motivos que le obligan a ser agradecidos con Dios... Al conocer lo que Él nos ha dado, encontraremos muchísimos dones por los que dar gracias continuamente”.¹³ Dios nos ha bendecido a todas y cada una de nosotras de muchas formas. Y contar nuestras bendiciones es una manera segura de experimentar gratitud verdadera.

Segundo, ella prestó sus servicios a los demás. Ya sea llevándole la Santísima Comunión a los que no pueden salir de sus casas, ofreciéndose de voluntaria para enseñar en las catequesis, o sirviéndoles comida a los que sufren sin casa ni hogar, el participar en la vida de los demás a través de la caridad expande nuestros corazones, nos ayuda a ver a Dios en nuestro prójimo, y nos hace sentirnos más agradecidos por Su

presencia en nuestras vidas.

Tercero, la mujer buscó la intervención de Dios en su vida diaria. Ella fue capaz de reconocer que el pasaje de la Escritura que estaba en la postal era la propia voz de Dios hablándole a ella. En vez de descartarlo como mera coincidencia, ella meditó en estas palabras, tomándose las con seriedad y permitiendo que edificasen la esperanza y la fe dentro de ella. De hecho, ella cooperó con la gracia que Dios le concedió —incluso en momentos de dificultad. Tomar el tiempo para meditar en cómo Dios está revelando Su presencia en medio de momentos difíciles nos provee el valor y la perseverancia para seguir adelante.

Cuarto, sus días se caracterizaron por la oración. Es en la oración y a través de la oración que nosotras podemos llegar a conocer a la Persona de Dios y a los caminos de Dios. Es también en la oración que somos sanadas, restituidas, y hechas íntegras espiritual y emocionalmente. Nuestra conciencia de Dios aumenta cuando decimos oraciones breves y espontáneas durante el transcurso de nuestras actividades diarias. Estas jaculatorias elevan nuestras mentes y corazones hacia Dios, ayudándonos a sostener una actitud de oración a lo largo del día. Y, en muchos casos, nos dan la fuerza para perseverar. La mujer nos dice: “Tengo que rezar con ahínco y de veras hacer un gran esfuerzo para no deprimirme”. Como ya hemos discutido antes, la oración nos ayuda a lidiar con las circunstancias difíciles de nuestras vidas.

Finalmente, la mujer compartió conmigo su gratitud hacia Dios. Las acciones de Dios en nuestras vidas no están destinadas para nosotras exclusivamente. Están destinadas a ser compartidas con los demás, para que ellos también puedan llegar a conocer Su amor sanador. Recordemos la mujer samaritana en el pozo, quien, llena de gratitud después de su encuentro con Jesús, corrió por todo el pueblo proclamando el amor y la generosidad de Dios (ver Jn 4: 1–30). Sólo podemos imaginar la cantidad de personas que fueron a Él gracias a su testimonio.

Nuestra gratitud hacia Dios está destinada a ser un medio para atraer a otros hacia Él. Sin embargo, a medida que cultivamos un espíritu de gratitud—contando nuestras bendiciones, sirviendo a los demás, buscando la mano de Dios en la vida diaria, expresando de forma espontánea nuestra acción de gracias a Dios y compartiendo nuestra gratitud con los demás—obtendremos los beneficios nosotras también. El dar gracias como práctica diaria nos hace sensitivas a la mano del Espíritu Santo que nos sirve de guía—en las buenas y en las malas.

PETICION: EL GRITO DE NUESTROS CORAZONES

Ella estaba perturbada. Su ceño fruncido denotaba su preocupación e inquietud, y sus ojos se bañaban de lágrimas de miedo y dolor. Ella había escuchado que Él era un gran sanador, un hombre milagroso, el Mesías prometido de los israelitas. Desconocía como Él reaccionaría ante ella, una mujer cananea, pero estaba dispuesta a sacrificarlo todo por el bienestar de su hija. A Él se le había visto en días recientes por la región de Tiro y

Sidón, y ella sabía que tenía que al menos pedirle que ayudara a su hija. Con fe expectante, se lanzó a las calles en busca de Él.

Por fin encontró a Jesús y a Sus discípulos. Se presentó ante Él, y le exclamó: “¡Señor, Hijo de David, apiádate de mí! Mi hija está poseída cruelmente por el demonio”.

Jesús la miró, pero no le respondió. Los discípulos se mostraron molestos ante el llanto y las súplicas de la mujer. “Atiéndela y que se vaya”, le aconsejaban a Jesús, “porque viene gritando detrás de nosotros”.

Jesús le contestó a la mujer que su misión estaba dirigida sólo a “las ovejas perdidas de la casa de Israel”, y no a gentiles como ella. Pero la mujer no se daba por vencida. Ella sabía que Jesús podía sanar a su hija, y estaba determinada a recibir Su ayuda.

“¡Señor, ayúdame!”, exclamaba la mujer.

Jesús volvió a responder, esta vez de manera más firme: “No está bien tomar el pan de los hijos y echárselos a los perrillos”.

Pero la mujer insistió: “Es verdad, Señor”, suplicó, “pero también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos”.

Su fe y perseverancia lograron que se ganara el corazón de Jesús. Y, con gran ternura, Él respondió: “¡Mujer, qué grande es tu fe! Que sea como tú quieres” (ver Mt 15: 21–28). Y en ese mismo instante su hija se sanó.

Es mucho lo que podemos aprender de la mujer cananea acerca de la oración de súplica.

- ***Ella reconoció a Jesús y a la fuente de Su poder.*** Al dirigirse a Jesús como “Señor” e “Hijo de David”, ella admitió que la identidad de Él era la del Mesías, a pesar del hecho de que ella no era israelita. Por tanto, ella depositó fe en Él.

Nosotras también debemos reconocer a Aquél ante Quién estamos presentando nuestras peticiones. Debemos tener confianza en Su poder omnipotente, y reconocer que Él es completamente capaz de responder a todas nuestras necesidades. Al igual que la mujer cananea, la disposición de nuestros corazones debe reflejar confianza y fe expectante.

- ***Con claridad, simpleza y confianza, ella presentó su necesidad.*** La mujer no describió minuciosamente la calamidad que afectaba a su hija. Tampoco ofreció explicaciones al Señor de por qué ella “merecía” esta sanación. Por el contrario, con franca confianza ella simplemente expresó su necesidad.

En algún nivel, ella debió saber que Dios sólo desea cosas buenas para Sus hijos, incluso para aquellos que oficialmente no son parte del “rebaño”. Y estaba en lo correcto.

En el Evangelio de San Mateo, Jesús es enfático en que el deseo de Dios es otorgar a Sus hijos cosas buenas. “¿Quién de entre vosotros, si un hijo suyo le pide un pan, le da una piedra? ¿O si le pide un pez le da una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se lo pidan? (Mt 7: 9–11).

Cuando nosotras expresamos nuestras necesidades a Dios con confianza infantil, como la de una niña, estamos reconociendo que Él es un Padre amoroso que desea sólo cosas buenas para nosotros. Con la misma confianza infantil, como la de una niña, tenemos que confiar que Su respuesta a nuestra oración vendrá precisamente en la forma que es mejor para nosotras.

- ***La mujer humildemente perseveró, aún ante la presencia de obstáculos.*** Cuando la mujer no recibió inmediatamente la respuesta que ella esperaba escuchar, ella no se dio por vencida ni se retiró desalentada, triste, o furiosa. Por el contrario, ella persistió en pedirle al Señor que le concediera su favor. Ella continuó suplicándole con ahínco, aún cuando Él parecía mostrarse silencioso, desinteresado y desalentador. Ella confiaba en que Él conocía su corazón y le satisfaría su necesidad. Y, al fin, eso fue exactamente lo que Él hizo.

Nosotras, también, debemos asumir una actitud de perseverancia en nuestras oraciones. Cuando nuestras oraciones no reciben una respuesta con la rapidez que desearíamos, o en la forma que desearíamos, debemos recordar que los caminos de Dios son perfectos. Es muy poco lo que nuestras mentes finitas pueden entender, pero Dios ve las consecuencias eternas de todo. Tenemos que tener confianza en Su omnisciencia.

Malas Interpretaciones y Malentendidos en Torno a Rezar por Nuestras Propias Necesidades

La mayoría de nosotras no tiene problema en pedir la ayuda de Dios en beneficio de otro. Sin embargo, a muchos cristianos se les hace difícil pedirle a Dios por sus propias necesidades. En esta sección examinaremos algunos de los malentendidos que la gente alberga en torno a un aspecto importante de la oración.

Sentimientos de desmerecimiento pueden robar nuestra osadía en la oración. Tantas veces he escuchado a la gente comentar que ellas sólo le piden a Dios cuando se trata de necesidades de otros, pero nunca cuando se trata de necesidades de ellas mismas. Quizás piensan que sus necesidades no son merecedoras de la atención de Dios. Quizás piensan que son capaces de manejar sus asuntos por sí mismas, guardando su “cuota” de peticiones para ocasiones de extrema urgencia. Estas actitudes del corazón no provienen de Dios. Y muy probablemente están arraigadas en el orgullo, la arrogancia, o en un pobre entendimiento del amor que siente Dios por nosotras. Aunque interceder por los otros es parte de nuestras obligaciones como cristianos, *erramos cuando no le pedimos también al Padre por nuestras propias necesidades.*

En el Evangelio de San Mateo, Jesús nos dice: “Pedid y se os dará; buscad y encontrareis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá” (Mt 7: 7–8). Es difícil expresarlo más claro que eso. Dios *anhela* que le pidamos que satisfaga nuestras necesidades, y desea sanarnos de cualquier cosa que nos prevenga de pedirle.

¿Realmente algo cambia mediante la oración? Algunos individuos aseveran que, dado

que Dios ya sabe todo lo que va a suceder, la oración en realidad no cambiará nada. El ejemplo de la mujer cananea muestra cuán sensitivo es Dios a nuestras súplicas, aún cuando la probabilidad de una respuesta positiva parezca escasa. La mujer era una pagana, una que no tenía razones para esperar que el Dios de los israelitas escuchara su oración particular y la respondiera. Pero, debido a su fe, perseverancia y humildad, Dios respondió a su súplica.

En torno a este mismo asunto, Santo Tomás de Aquino nos enseña que dado que Dios antevé todas las cosas, también antevé nuestras oraciones y peticiones, y las incorpora en los movimientos de Su Espíritu en nuestras vidas diarias como causa o motivo para Su acción. Desde esta perspectiva, nuestras oraciones no cambian o modifican la voluntad divina tanto como que ellas ameritan las gracias que ya han sido preordenadas para nosotras, en caso de que las pidamos.¹⁴ San Pablo anima a los filipenses: “No os preocupéis por nada; al contrario: en toda oración y súplica, presentad a Dios vuestras peticiones con acción de gracia” (Flp 4: 6).

¿Si Dios ya lo sabe todo, entonces qué sentido tiene suplicar por nuestras necesidades —por qué Él no simplemente las contesta? Dios desea que oremos por nuestras necesidades, para que podamos interpretar las respuestas a nuestras oraciones como un signo de Su amor por nosotras. Un incidente extraído de mi propia vida sirve para ilustrar este punto de forma dramática.

Cuando nuestra hija menor tenía tres años, un perro que habíamos traído a casa del refugio de animales hacía tan sólo un día, más o menos, la mordió en el ojo. Yo no me había percatado que este perro había estado viviendo en las calles abandonado, rebuscando en la basura por su comida. Yo eché unos huesos de chuleta de cerdo en el trasto de la basura de la cocina. Al oler la carne, el perro se dirigió al trasto de la basura. Nuestra hija pequeña se acercó al perro y, en un gesto de afecto, abrazó su cuerpo. Pero el perro, instintivamente protegiendo su comida, se lanzó a lo que tenía más cercano. En este caso, el ojo izquierdo de mi hija.

Llamamos al 911, el número de emergencias, le aplicamos hielo en el ojo, y oramos para que estuviese bien. Yo también llamé a una buena amiga que era miembro de nuestro círculo de oración, le conté lo ocurrido, y le pedí que ella a su vez llamara a otros para que rezaran por nosotros.

Cuando llegamos al hospital, el doctor nos informó que, a pesar de que el ojo estaba intacto, el párpado había quedado casi completamente destruido. Nos informó que ella necesitaría someterse a cirugía, pero nos dijo que lamentablemente los resultados no serían buenos. Él podía usar piel de detrás de la oreja para sustituir el tejido que faltaba del párpado, pero los músculos habían quedado tan destruidos que no tendría control sobre el párpado, y que éste permanecería constantemente medio cerrado. Más aún, dado que todas las raíces de sus pestañas estaban expuestas, ella las perdería y no volverían a crecer.

A pesar de lo devastador de la noticia, mí esposo, mí hija y yo experimentamos una gran paz; yo sabía que Dios estaba trabajando. Nuestra hija incluso dijo que ella había perdonado al perro.

La agotadora micro-cirugía se demoró cuatro horas. Le tuvieron que administrar al párpado de nuestra niña más de 150 puntos de sutura, haciendo que el ojo se pareciera más a un rompecabezas que a una parte de su dulce y pequeña cara. Cuando el doctor salió del quirófano, la única buena noticia que nos pudo dar fue que no tuvo que injertar el tejido, dado que había logrado “entretejer” juntos los puntos de sutura.

Aún así, ya a la mañana siguiente un milagro había comenzado a ocurrir. El párpado había sanando tan rápidamente que el doctor logró remover algunos de los puntos de sutura inmediatamente. En unos pocos días, ya había logrado remover la mayoría de ellos. Los únicos que quedaban eran tres pequeños puntos de sutura a lo largo de la línea de la pestaña. Éste era el lugar donde faltaba el tejido y donde el doctor había entretejido los puntos de sutura para rellenar el espacio. Una pequeña bola de mucosidad se había formado alrededor de los puntos de sutura para proteger la córnea. Dada la localización de estos puntos de sutura, el doctor nos informó que tendrían que ser removidos bajo anestesia.

Una noche, mientras bañaba a nuestra hija, me percaté que la bola de mucosidad había desaparecido. ¡Volteando hacia atrás su cabeza para ver mejor, me percaté también que los tres puntos de sutura también habían desaparecido! Yo estaba exuberante para la hora en que mi esposo llegó a casa esa noche. Aunque él apreciaba mi entusiasmo, me aseguró que eso no era posible. La mañana siguiente, cuando la bebé se despertó, él pudo comprobar por sí mismo que lo que yo decía era absolutamente cierto. Los puntos de sutura habían desaparecido. Y lo que es más, el párpado ya no estaba medio cerrado y nuestra hija podía parpadearlo, abriéndolo y cerrándolo a voluntad.

Se podrán imaginar la sorpresa y maravilla del doctor cuando llevamos a nuestra hija para su cita médica. Estaba tan impresionado, que inicialmente nos acusó de haber removido los puntos de sutura nosotros mismos, y luego nos acusó de haberla llevado a otro médico. Le aseguramos que no habíamos hecho ninguna de las dos cosas, y que nosotros creíamos que había sido un milagro que nos había otorgado Dios. Él nos confirmó que la niña tendría uso completo de su párpado, y luego dijo: “Y, dicho sea de paso, todo aparenta que sólo ha perdido una pestaña. No creo que perderá más ninguna”. Y así fue. Si no hubiéramos rogado por la misericordia de Dios en esta situación, quizás no hubiéramos podido reconocer la mano de Dios en nuestro momento de necesidad. Y de haber sido así, hubiéramos dejado de ver una de Sus más grandes bendiciones para nosotros.

Dios desea demostrar Su amor por nosotras respondiendo a las necesidades que le presentamos. Y, al ver que Su amor ya nos ha respondido en una ocasión, tenemos la fe y la confianza de pedir nuevamente. “Mediante oraciones y súplicas, orad en todo tiempo movidos por el Espíritu, vigilando además con toda constancia y súplica por todos los santos”, nos dice San Pablo en Efesios (6: 18).

¿Por Qué en Ocasiones Dios Aparenta Demorarse en Responder a Nuestras Oraciones?

En el caso de nuestra hija (antes descrito), nuestras oraciones fueron contestadas

rápidamente. Pero no siempre es así. A veces tenemos que pedir a Dios por largo tiempo antes de recibir una respuesta. Dios no desea que perdamos la esperanza. Hay varias razones por las que Dios no responde a nuestras oraciones inmediatamente.

En ocasiones, lo que le pedimos a Él no es para nuestro beneficio, o en los mejores intereses de la persona por la que pedimos. Dado que no poseemos la mente de Dios, no siempre sabemos la mejor forma de rezar por una situación o circunstancia específica. Por tanto, nuestras oraciones siempre deben conformarse con la voluntad divina de Dios. En el Padre Nuestro oramos: “Hágase tu voluntad”. Tenemos que confiar en que Dios sabe lo que más nos conviene, y que Él satisfará todas nuestras necesidades, aunque su respuesta no venga en la forma en que esperábamos.

En segundo lugar, *Dios a veces demora en responder con el propósito de edificar nuestro nivel de fe.* En la historia de la mujer cananea, las respuestas iniciales de Jesús a ella parecen rudas y difíciles de aceptar. Sin embargo, miren lo que le ocurre a la fe de la mujer a medida que ella persistentemente continúa pidiéndole ayuda al Señor. Su fe crece —tanto así que se convierte en merecedora de alabanzas excepcionales por parte de Jesús: “¡Mujer, qué grande es tu fe!”, le dice Él a ella.

Dios desea que seamos persistentes. Recordemos la parábola en la que Jesús nos habla de la necesidad de orar siempre y de nunca perder la esperanza.

Había en una ciudad un juez que no temía a Dios ni respetaba a los hombres. También había en aquella ciudad una viuda, que acudía a él diciendo: “Hazme justicia ante mi adversario”. Y durante mucho tiempo no quiso escucharla. Sin embargo, al final se dijo a sí mismo: “Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, como esta viuda está molestándome, le haré justicia, para que no siga viniendo a importunarme”. Y el Señor dijo: “Prestad atención a lo que dice el juez injusto. ¿Acaso Dios no hará justicia a sus elegidos que claman a Él día y noche, y les hará esperar? Os aseguro que les hará justicia sin tardanza. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?”

SAN LUCAS 18: 2-8

Quizás nuestra oración ferviente de petición le reafirmará al Señor que cuando Él regrese nuevamente, Él al menos encontrará fe en nosotras.

Finalmente, *Dios nunca infringirá nuestro libre albedrío.* Es muy importante tener esto presente a la hora de comprender las respuestas que Dios da a nuestras oraciones. Cuando nuestras oraciones de petición parecen haber caído en oídos sordos, quizás podría deberse a que la persona por la que estamos intercediendo, en su testadurez u obstinación, esté rehusando la gracia y el amor de Dios. En estos casos, es de suma importancia que permanezcamos diligentes y cuidadosas en nuestra oración de petición.

Santa Mónica oró por muchos años para que su hijo, Agustín, se convirtiera. A menudo le pidió a Dios que enviara a otros a su hijo para que lo ayudaran a encontrar el camino. Debido a sus persistentes oraciones, ella logró vivir lo suficiente como para ver a su hijo entrar en la fe y utilizar su gran intelecto en beneficio de las enseñanzas de la Iglesia. Nosotras también debemos rezar de esta manera, especialmente cuando estamos rezando por la conversión del corazón de alguien. “Persevera en la oración. Persevera,

aunque tu labor parezca estéril. La oración es siempre fecunda”.¹⁵

CONTRICION: LA ACTITUD CORRECTA PARA TRAER A LA ORACION

En Salmos 51, el salmista declara adecuadamente que “un corazón arrepentido y humillado tú, oh Dios, no lo desprecias”.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos enseña que el arrepentimiento verdadero de nuestros pecados es un prerrequisito para la oración pura. “La humildad confiada nos devuelve a la luz de la comunión con el Padre y su Hijo Jesucristo” (#2631).

Llegadas a este punto, nos conviene considerar lo que dice San Ignacio de Loyola sobre los dos “estandartes”. En sus *Ejercicios Espirituales*, él nos presenta estos dos estandartes como medios para evaluar al mundo, y a nosotras mismas dentro del mundo.

El primer estandarte es **el camino del pecado**. Este camino está corrompido, debido a la Caída y a la lujuria del hombre. Este estandarte está gobernado por el Príncipe de la Oscuridad. El proseguir por este estandarte lleva a la muerte.

El segundo estandarte es **el camino de Cristo Rey**. Este estandarte se caracteriza por la gracia y el amor de Dios. Para proseguir por él, debemos hacer todo lo posible para que todo en nosotras se someta al Señorío de Jesucristo mediante la obediencia a los Mandamientos, el vivir las Beatitudes y la práctica de la virtud. La recompensa por este estandarte es la vida eterna.

Como hijas de Dios, estamos llamadas al estandarte de Cristo Rey. Debemos hacer todo lo posible para conducir todos nuestros pensamientos, palabras y obras a que estén en consonancia con Su voluntad. Debemos esforzarnos para erradicar, con la gracia de Dios, todo aquello que sea pecaminoso y desordenado en nuestras vidas. Dado que aún no hemos alcanzado la gloria de Dios, todas necesitamos experimentar la misericordia y la sanación de Dios al acercarnos a nuestro momento diario de oración.

Cuando reconocemos nuestra naturaleza pecaminosa y pedimos perdón por nuestros pecados, progresamos en la virtud de la humildad. Mediante el arrepentimiento nos rehacemos y reconstituimos en concordancia con el estandarte de Cristo, para que podamos ser una *luz para las naciones*.

Pero antes de poder arrepentirnos, debemos contestar la pregunta que Jesús le formuló a Pedro: “¿Quién dices tú que Yo soy?”, Él preguntó.

¿Quién Dices Tú Que Yo Soy?

Recuerdo bien mi propio momento de contestar esta pregunta. En el verano del 1981 yo decidí que era el momento para un cambio de profesión, e hice planes para asistir a una escuela de seguros. A la misma vez que yo planeaba asistir a las clases de seguros, una mujer a la que sólo conocía casualmente también se había matriculado en el mismo curso. Decidimos compartir nuestra transportación a las clases.

Fue así como descubrí que ella estaba atravesando por un divorcio difícil, uno que ella no quería. Mi amiga estaba perturbada con su matrimonio. Era una historia muy dolorosa, y mientras viajábamos las veinte millas de distancia a las clases, ella compartía sus penas conmigo. Mi corazón sentía mucha pena por ella, y muchas de esas mañanas

lloramos juntas mientras atravesábamos las aguas cristalinas de la Bahía de Tampa.

Era evidente que mi amiga estaba atravesando por un tremendo dolor emocional y que su futuro era incierto. Y aún así, cuando por fin llegábamos a nuestro destino, sus ojos sonreían detrás de las lágrimas, y ella me decía: “Pero, sabes una cosa, Johnnette, todo va a salir bien. Yo sé que Jesús está en medio de todo esto”. Ella estaba convencida de que Dios manejaría toda esta miserable situación para el bien. Yo me sentí intrigada por su nivel de fe.

Yo había nacido y me había criado como católica y tenía doce años de educación parroquial. En mi juventud, tenía una fe tremenda en Dios. Puedo recordar levantarme temprano el primer sábado de cada mes y caminar a la iglesia de mi parroquia, aproximadamente una milla y media de distancia, para asistir a la Devoción de los Sagrados Corazones de Jesús y María.

Yo había sido educada por las Hermanas de la Caridad Vicentinas y por las Dominicanas y, cuando niña, podía verme a mí misma vistiendo uno de esos hábitos. Santa Teresa, la Pequeña Flor, era mi santa favorita, con Santa María Goretti en un cercano segundo lugar. Recuerdo preguntarme si tendría el valor de perder mi vida por Jesús. Y rezaba que lo tuviera.

Pero cuando me gradué de escuela superior en 1968 y comencé a asistir a la Universidad del Estado de Pensilvania, mis sueños y aspiraciones cambiaron de forma dramática. Las protestas sobre la guerra de Vietnam dominaban el ambiente universitario y la vida en el recinto era tumultuosa. Las protestas, la resistencia y los amoríos eran la orden del día; las fiestas eran la orden de la noche.

Mis padres estaban mortificados porque la hija que ellos habían enviado a la universidad con un guardarropa hermoso volvió vestida con ropa que había comprado en la tienda del excedente de la Armada y la Marina. Los lentes de contacto cedieron su puesto a espejuelos de borde metálico, un corte de pelo estilo paje cedió su puesto a uno áspero y lanudo y mi fe católica cedió su puesto al relativismo. Al principio experimentaba una sensación de culpabilidad y vergüenza, pero yo siempre podía reprimir esos sentimientos asistiendo a otra demostración, fiesta o protesta.

Yo estaba comprometida en ese tiempo. Pero mi prometido se enlistó en el ejército luego de recibir la notificación de reclutamiento, y esto creó una tensión en nuestra relación. Nuestras visiones de mundo eran radicalmente diferentes, y aparentaban ser irreconciliables. Eventualmente, rompimos nuestro compromiso.

No fue sino hasta el verano antes de mi último año de universidad que empecé a poner mi vida nuevamente en orden. Me obsesionaba una extraña sensación de vacío. Un día me encontré en medio del día en un punto de encuentro de los colegiales. Me sentí deprimida y triste. La oscuridad del salón me proveyó un sentido de privacidad, y me encontré haciendo algo que no había hecho en mucho tiempo. Estaba rezando.

Amado Dios, estoy tan confundida. En una época de mi vida estaba tan segura de Ti, y ahora no estoy segura siquiera de que Tú existas. Por favor, envíame una señal. Si Tú existes y si Tú me amas, déjame saber. Te necesito.

Dicho esto, me levanté y salí a la calle. Era un espléndido día de primavera. Aspiré profundamente el aire plagado de aroma de flores, ingiriendo la aromática fragancia mientras caminaba por la avenida bajo un sol incandescente. *Quizás todo se resolverá*, pensé. Lancé hacia atrás mi cabeza para que el calor del sol secara mis mejillas empapadas de lágrimas, y fue entonces que me percaté.

Allí, en medio del cielo, en esta radiante tarde de primavera, había un suntuoso arco iris. No había llovido en todo el día. ¿Qué había causado que apareciera? Y entonces recordé mi oración. ¡Dios me había escuchado! ¡Él verdaderamente existía y Él me estaba demostrando Su amor!

Aunque me sentí increíblemente conmovida por esta experiencia, no regresé a los brazos de la Madre Iglesia. Pero sí tuvo un profundo efecto en mí. Cambié mis actividades diarias, vestí ropa más aceptable y comencé a ir a casa más a menudo. Mis padres estaban encantados.

Me enteré que mi ex-novio había sido licenciado del ejército, ya que período de reclutamiento había concluido, y pensé que quería llamarlo. Almorzamos juntos, y descubrimos que aún quedaba una chispa de interés del uno por el otro. Abanicamos esa chispa hasta convertirla en una llama: Anthony y yo nos casamos dos años más tarde.

Aunque nos casamos en la Iglesia Católica, ninguno de los dos practicábamos nuestra fe. Anthony había perdido su fe en un colegio católico masculino a la luz del Concilio Vaticano II. Mi propia experiencia de la fe no había revivido por haber estado expuesta a la escena universitaria. No fue hasta que nació nuestra primera hija que comenzamos a pensar seriamente sobre la religión. Aunque no estábamos completamente convencidos de que este “asunto-de-religión” era necesario, decidimos que nuestras propias dudas no deberían afectar el bienestar de esta preciada criatura—por si acaso. La bautizamos en la Iglesia católica local.

Érase ya el año 1981. Ya habíamos bautizado los tres hijos, pero, en términos generales, continuábamos siendo católicos no practicantes. Yo había comenzado a ir a misa los domingos de Cuaresma durante ese año. No sabía por qué, pero sentía que era mi deber. Aunque mi esposo no me acompañaba a misa, yo sí llevaba a mi hija de seis años conmigo. Cada domingo se hacía más difícil contestar todas sus preguntas sobre religión, especialmente cuando yo misma no sabía qué era lo que yo ya creía, pero continué yendo a misa y llevando a mi hija conmigo.

Ésta era la condición de mi fe cuando me dirigía cada día a la escuela de seguros con mi amiga. ¿Me intrigaba aún su historia? No cabe duda de ello. Yo estaba completamente fascinada con el hecho de que esta mujer realmente pensara que Dios podría obtener algún bien de su horrible situación. Me preguntaba: *¿De dónde saca una persona una fe como ésta?* Y un día hice la pregunta en voz alta. Ésta era la oportunidad que mi amiga había estado esperando.

Ella comenzó a hablarme de Jesús. Hablaba como si lo conociera a Él personalmente. Mientras más compartía conmigo, más experimentaba yo una añoranza de conocerlo de esa misma forma. El brillo de sus ojos y el tono excitado de su voz me daban a entender que bien valía la pena conocerlo.

Nuestros viajes de ida y vuelta a Tampa comenzaron a adquirir una nueva dimensión; y comencé a esperar con placer que llegara ese momento del día. Hasta que, en uno de esos viajes, la conversación marcó un punto crucial en mi vida. Le comenté a mi amiga que las conversaciones con ella me habían dado mucha materia en qué pensar. “Quisiera conocer a Jesús de la misma forma que tú lo conoces”, le dije.

“¿Deseas eso?”, ella me respondió.

“Sí. Eso es lo que deseo”.

“Entonces yo tengo un libro para que tú leas. Te lo traeré mañana”, me dijo con su entusiasmo característico.

En la mañana siguiente, mi amiga me entregó el pequeño y delgado volumen que me había prometido. El libro había sido escrito por una enfermera graduada que se había percatado de que, cuando rezaba con sus pacientes, ellos se curaban. Cuando le pregunté a mi amiga qué significaba eso, ella me respondió que Jesús continúa sanando a las personas hoy en día de la misma manera que lo hacía hace dos mil años. Pensé que eso era fenomenal.

Pero aún había más. Mi amiga me explicó que la sanación es sólo uno de los dones del Espíritu Santo; habían otros, ella me dijo, y todos gratuitos para aquel que los solicite. Ella parecía bastante convencida de todo esto. En lo que a mi concierne, no podía esperar por una oportunidad para leer este libro.

La oportunidad llegó ese fin de semana. La autora describía muchas de las experiencias que había tenido de personas que habían sanado a través de la oración. A medida que leía relato tras relato, mi asombro crecía. Ella también hablaba sobre el Espíritu Santo en una forma real y tangible—tal como si pudiéramos llenarnos de Su poder. Utilizaba palabras y frases como: “*sanación interior*”, “*dones del Espíritu Santo*” y “*oración de intercesión*”.

Yo ansiosamente tornaba página tras página, mi sediento corazón deleitándose en todo lo que leía. El libro finalizaba con una invitación a recibir el Espíritu Santo y a entrar en una relación con Jesucristo. Lo pensé por un instante. Y, entonces, cedí ante la invitación. Comencé a orar: *Señor, dice este libro que yo puedo entrar en una relación contigo y llenarme del Espíritu Santo. A medida que procedía con mi oración, me di cuenta de una profunda añoranza en mi interior. Señor, yo ni siquiera estaba consciente de cuánto yo anhelaba entablar una relación contigo, no hasta este momento. Quisiera todos los dones que se mencionan en este libro. También quisiera una fe verdadera y Tu perdón. Gracias te doy de antemano por escuchar esta oración, y ahora procederé a leer la oración contenida en el libro.*

Con lágrimas corriendo por mis mejillas, comencé a leer la oración de arrepentimiento del libro. Pensé en todo el tiempo que yo había desperdiciado, en todos los años que más bien podría haber tenido el poder otorgado por la presencia de Dios. Pensé en muchas de las decisiones que había tomado—decisiones de las que ahora me arrepentía. Mi corazón se sentía adolorido por todas las ocasiones en que mis decisiones fueron en contra del Señor. Y aún así, estaba consciente de la profunda misericordia de Dios. ¡Cuánto debe amarme para haberme otorgado esta oportunidad! Cuánto debe preocuparse por mí. Él

era Aquél que en tantas ocasiones yo había buscado. Y en esa tarde, entregué mi corazón y mi alma a Jesucristo.

El Hijo Pródigo

Mi experiencia no es sin igual. Nuestro Señor mismo contó a un grupo de pecadores y cobradores de impuestos una historia similar, de un hijo voluntarioso (ver Lc 15: 11–32).

En esta historia, un joven le pidió a su padre su porción de la herencia, para de esta manera liberarse de las restricciones que le eran impuestas en la casa de su padre, e irse en busca de su propia fama y fortuna. En poco tiempo el joven había malgastado todo el dinero de la herencia. Más aún, se encontraba hambriento. Completamente arruinado, comenzó a trabajar en el único trabajo que tenía disponible —cuidando de la pira de cerdos de un hombre rico. Incluso la comida de los cerdos le parecía un festín.

Un día, el joven evaluó su situación. Por primera vez en su vida se percibió a sí mismo de la misma forma que su padre le percibiría—un miserable fracasado, rechazado, y objeto de burlas. Decidió entonces escaparse, regresar a su hogar y pedir el perdón de su padre. Aunque no estaba seguro de si su padre lo recibiría con ira o con misericordia, estaba convencido que nada podía ser peor que su situación actual. “Al menos”, razonó el joven, “los jornaleros de mi padre tienen pan abundante”. Y así, se encaminó abatido hacia su casa.

Cuando aún estaba lejos, le vio su padre y se compadeció. Y corriendo a su encuentro, se le echó al cuello y le cubrió de besos. Comenzó a decirle el hijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo”. Pero el padre les dijo a sus siervos: “Pronto, sacad el mejor traje y vestidle; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo, y vamos a celebrarlo con un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado”. Y se pusieron a celebrarlo.

LUCAS 15: 20–24

La Historia del Hijo Pródigo Recontada

Cada una de nosotras es como el hijo prodigo. Hemos recibido una inmensa herencia de nuestro Padre. Primero, hemos recibido el don de la vida y de la humanidad. Hemos sido creadas a Su imagen y semejanza, y somos poseedoras de su majestuosidad y esplendor de forma única e individual. Él nos ha otorgado el preciado don de participar en Su acto divino de creación.

Pero más que nada, Dios nos ha otorgado a todas y cada una de nosotras el regalo de la salvación. A través de la Pasión, muerte y resurrección del único Hijo engendrado de Dios, Jesucristo, la gracia de la redención ha sido derramada sobre toda la que esté bautizada. Y a pesar de ello, nosotras, dando rienda suelta a nuestra voluntariedad, nuestra terquedad, nuestro orgullo y nuestra rebeldía, hemos malgastado de tantas maneras este don de la redención. Lo hemos malgastado dando rienda suelta a los chismes, la rabia, la envidia y la avaricia. Lo hemos malgastado dando rienda suelta a nuestra amargura y nuestro resentimiento y a nuestro deseo de hostilidad y venganza.

Lo hemos malgastado en una serie de “derechos” que nos hemos auto-otorgado. El “derecho” a sacrificar nuestra virginidad en nombre de la satisfacción pasajera de la

excitación sexual. El “derecho” de gobernar sobre nuestros cuerpos a través de los métodos anti-conceptivos y la esterilización. El “derecho” al aborto para deshacernos de una maternidad no deseada.

Todas nosotras, de tantas maneras, hemos mutilado la imagen de Dios en nosotras. Todas nosotras, de tantas maneras, hemos puesto en peligro nuestra salvación con nuestro pecado. Todas nosotras, de tantas maneras, hemos malgastado el invaluable don de la redención.

El Retorno del Hijo Pródigo

Quizás nosotras, al igual que el hijo pródigo, ya hemos hecho inventario de nuestra situación. Quizás ya hemos creado conciencia de la miseria y el dolor creado por nuestra condición pecaminosa. Quizás nos hemos percatado de los efectos devastadores que nuestros pecados ocasionan en otros. Y quizás, como el Hijo Pródigo, nos preguntamos si nuestro Dios nos recibiría nuevamente. Nos preguntamos si nos recibiría con ira o con misericordia.

Pero, al igual que el padre del Hijo Pródigo, Dios nuestro Padre siempre está a la espera de nuestro retorno. Él añora nuestro retorno de la misma forma que un amante anhela el retorno de su ser amado. Él nos dice en la Escritura que nos atrae hacia Sí mismo con lazos de amor (ver Os 11: 4), y que nunca se ha olvidado de nosotras (ver Is 49: 15). Y, de la misma manera que el padre del Hijo Pródigo recibe a su hijo con misericordia y júbilo, de la misma manera nuestro Padre en los cielos concede misericordia infinita y comprensión a nosotras, Sus hijas pródigas.

¡No existe pecado que sea más grande que la misericordia de Dios! Ninguno. Él nos abraza con gracia redentora, nos arroja con misericordia infinita y coloca un anillo de amor eterno alrededor de nuestro corazón. ¡Nuestro Padre en los cielos se regocija porque Su hija perdida ha retornado a casa!

¿Cómo debemos corresponder a semejante amor y misericordia? Debemos corresponder contestando la pregunta que formulara Su Hijo, Jesucristo: *¿Quién dices tú que Yo soy?*

De alguna manera, presentimos que nuestra identidad propia está íntimamente ligada a la de Aquél que formula esta pregunta. Y, casi instintivamente, sabemos que sin Él el vacío de nuestros corazones permanecerá, de la misma manera que la placenta permanece adherida de la matriz. Debemos responder “Sí” a este Amor Divino. Debemos responder “Sí” a Aquél que nos llama “Sus seres amados”.

Y de esta forma, nuestra respuesta a la pregunta de Jesús comienza a estremecerse dentro de nosotras. Primero, como un temblor casi imperceptible, que entonces va creciendo en intensidad, cada vez mayor y mayor, hasta que desde lo más profundo de nuestro ser estalla una respuesta: *¡Tú eres el Mesías! Tú eres el Hijo de Dios.* Y, a medida que estas palabras resuenan en nuestro interior, renacemos, somos recreadas y santificadas.

No puede haber crecimiento en santidad hasta que aceptemos a Aquél que personifica el amor incondicional del Padre—Jesucristo. Tomando un giro intencionado hacia Dios, a

través de Jesucristo, le damos la espalda a nuestro proceder pecaminoso, a aquellas actitudes que no se conforman a Su santísima voluntad y a nuestros propios deseos y anhelos egoístas. La *Metanoia*, la conversión de nuestros corazones, se convierte en el timón de nuestras vidas. El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos dice que “la llamada de Cristo a la conversión sigue resonando en la vida de los cristianos... Este esfuerzo de conversión no es sólo una obra humana. Es el movimiento del ‘corazón contrito’, atraído y movido por la gracia a responder al amor misericordioso de Dios que nos ha amado primero” (#1428).

La verdadera conversión del corazón significa que nosotras sometamos todos nuestros pensamientos, palabras y obras a la tutela del Espíritu Santo. Al así hacerlo, nos sometemos a un sistema de responsabilidad que nos conduce a la perfección. A menos que nos podamos someter a la disciplina de la santa perfección, nosotras nunca seremos capaces de encontrar nuestra verdadera identidad como mujeres, nunca lograremos alcanzar la plenitud de nuestro potencial como individuos y nunca podremos experimentar la unión íntima con Dios.

Dios nuestro Padre nos dice: “Santifíquense y sean santos, porque yo, el Señor, soy tu Dios” (Lv 20: 7). Cada una de nosotras está llamada a seguir los pasos de Jesucristo. Cada una de nosotras está llamada a la santidad.

A medida que nos acercamos al final de este capítulo, es conveniente que reflexionemos en torno a esta pregunta formulada por Jesús: ¿Quién es que decimos que es Él? ¿Es Él el Dueño de nuestras vidas? ¿Le hemos recibido? ¿Confiamos en Él? ¿Nos podemos entregar a Él? Si nuestras respuestas a estas preguntas son negativas, entonces quizás deberíamos aprovechar esta oportunidad para invitar a Jesús a adentrarse en lo más recóndito de nuestro corazón. Así podremos conocer en carne propia cuánto Dios nos ama, cuán específicamente Él nos ha elegido a nosotras y cuán dramáticamente Él desea usarnos como un instrumento de amor en el mundo.

Querido Jesús, en mi jornada a través de la vida yo altaneramente he seguido caminos que me han alejado de Ti.

Yo me arrepiento de mis pecados y anhelo retornar a Tu casa. Inspirada por Tu Espíritu Santo, yo confieso que Tú eres el único Hijo engendrado de Dios.

Te pido que seas el Dueño de mi vida. Perdona mis pecados mientras yo me entrego a Tu amor que todo lo sana.

Tú eres el Camino, la Verdad y la Vida. Dame fuerzas mientras yo aspiro colocar mis pies en Tus huellas.

Gracias por Tu gracia, que me ha traído a Casa y a Ti en el día de hoy. Amen.

CUARTO



Obediencia: El Poder de la Vida Abundante



AMOR: LA MOTIVACION PERFECTA PARA LA OBEDIENCIA

“La santidad”, nos decía el Papa Juan Pablo II, “...es un requisito fundamental y una condición insustituible para realizar la misión salvífica de la Iglesia”.¹

Para muchas de nosotras, la mera idea de la santidad parece una meta demasiado elevada de alcanzar. Y de hecho lo es—para nosotras. Pero, junto con Dios, todas las cosas son posibles. Los santos que están en el cielo dan testimonio no sólo de que podemos crecer en gracia, sino de que también podemos alcanzar la perfección espiritual a través de la acción de Dios en nuestras almas.

La santidad se da a través de una relación íntima con Dios en la que somos transformadas por Su presencia activa en nuestro interior. Es sólo cuando entramos al crisol del amor divino y permitimos que su fuego penetrante cauterice todos los confines más profundos de nuestro corazón, que comenzamos a experimentar Su poder salvador.

Actuando en la intimidad, la presencia sanadora de Dios pone vendas a las heridas de nuestra condición de caídas, las ata con cuerdas de amor, y las regenera a través de Su Espíritu Santo. Es a través de la oración que experimentamos esta nueva vida y la fortaleza para el diario vivir que la acompaña. Y es en la oración que nuestra relación con Dios crece y se desarrolla.

Aún así, como se desprende del comentario de nuestro Santo Padre, nuestra relación con Dios tiene un propósito que va más allá de nosotras mismas. Hechas integras por Su amor e imbuidas de Su propia vida, hemos de llevar la salvación al mundo entero. Como mujeres, nuestra misión de salvación dentro de la Iglesia consiste en impregnar el mundo con el aroma de Cristo a través del vivir nuestra feminidad de manera auténtica.

Como nos enseña nuestra Santa Madre, dicha autenticidad viene a través de la obediencia humilde a la voluntad de Dios. A través del poder del Espíritu Santo activo en nuestro interior, podemos entregarnos a la voluntad divina con docilidad y obediencia, siguiendo el ejemplo de la Virgen María, nuestra Madre en el orden de la gracia.

“Obediencia” es una palabra que roza con el espíritu de América. Nosotras hemos heredado una nación forjada en un espíritu de independencia, un orgullo nacional entrelazado con la auto-suficiencia y una cultura impregnada de individualismo y auto-

determinación. Estas características nacionales han sido a la vez una bendición y una maldición para nosotros como país, pero para el espíritu de aquella que aspira a crecer en una vida de fe, resultan ser fatales. “En la vida cristiana la obediencia es algo esencial; es el punto crucial, práctico y necesario para aceptar la soberanía de Cristo”.²

Si hemos de progresar en nuestra vida espiritual, sólo podremos lograrlo a través de un espíritu de obediencia que toma las riendas de nuestra terquedad y la refrena para conformarla con la voluntad de Dios. San Basilio nos dice que existen tres disposiciones del corazón por las cuales podemos obedecer: la primera es por miedo al castigo; la segunda es por deseo de obtener una recompensa; la tercera es por amor. Esta tercera razón es la actitud de los hijos e hijas.³

Como hijas adoptivas del Más Alto Dios, el amor ha de ser nuestro motivo para la obediencia, de la misma manera que el amor fue el motivo que impulsó la obediencia de la Santísima Madre en el momento de la Anunciación y lo que la mantuvo vigilante mientras estaba a los pies de la cruz en el Calvario. Deseando cumplir con la voluntad de Dios por encima de todas las cosas, Ella respondió a Su llamado con un “sí”, sin nunca detenerse a reparar en las consecuencias. Ella respondió: “Hágase en mí de acuerdo a tu palabra”.

El *fiat* de María hacia Dios ilustra una gran verdad en torno a la obediencia: que otorga vida nueva. Su obediencia tuvo como consecuencia que el Verbo se hiciera carne y habitara entre nosotros (ver Jn 1: 14). Ella trajo a Jesucristo al mundo. Y fue la obediencia de Jesucristo, a su vez, la que trajo vida eterna—salvación para la humanidad. Nuestra propia obediencia a Dios también traerá vida nueva a nuestras vidas y a las vidas de otros si respondemos sin reservas que “sí” a Su llamado.

¿Cómo, entonces, obedecemos? De la misma manera que la gracia redentora fluye por siempre del costado de Cristo, proveyéndonos cada día y en toda época la oportunidad de la salvación, así también la gracia de la obediencia fluye por siempre del monte del Calvario hacia nuestras vidas. La obediencia se da en nosotras a través de la fuente perfecta de la obediencia, Jesucristo.

Lo que necesitamos hacer es tomar la gracia de la obediencia y utilizarla como las riendas de control que domestiquen nuestra voluntariedad y logren subordinarla a la voluntad de Dios. A través de la gracia de la obediencia tenemos que primeramente erradicar de nuestra voluntad cualquier obstáculo que se interponga en el camino de la unión divina, y entonces emplear mecanismos positivos que fortalezcan la voluntad para que se mantenga en el camino correcto.

La Obediencia Nos Capacita para Recibir el Amor de Dios

Antes de entrar en una discusión sobre cómo purgar y fortalecer nuestra voluntad a través de la gracia de la obediencia, sería bueno que primero definiéramos la voluntad de Dios. La voluntad fundamental de Dios es que cada una de nosotras sea restituida al estado de relación que Adán gozaba con Él en el Jardín del Edén, antes de la Caída. Este estado de existencia era uno de unión sagrada, dado que no había ninguna mancha de pecado que separara a Adán de Dios.

Sin embargo, cuando Adán desobedeció, introdujo el pecado en el corazón de los hombres y creó esta ruptura en la relación del hombre con Dios. Como consecuencia de este primer pecado (pecado original), el hombre tiene una predisposición hacia el pecado —una debilidad de la voluntad que fue heredada y que le inclina a seguir sus propios caminos en vez de los caminos de Dios. Esta terquedad del corazón, arraigada en la voluntad, es el origen de todo pecado. Como nos dice San Bernardo: “Elimínese la voluntariedad, y con ella desaparecerá el infierno”.

En la medida en que seamos capaces de conformar nuestra voluntad a la voluntad de Dios, en esa misma medida podremos comenzar a experimentar el poder mismo de Dios activo en nuestras vidas. Y este poder es, principal y primordialmente, el poder del amor. “El objetivo de todo es, de hecho, lograr que la libertad humana regrese libremente a adherirse a Dios, para que sea una sola voluntad, la voluntad de Dios, la que reine nuevamente en el universo, como era el caso antes de que el pecado apareciera. A través de la obediencia logramos, en cierto sentido, ‘el retorno de las criaturas a Dios’. Y encabezando todas las motivaciones bíblicas para la obediencia... está la caridad”.⁴ Cuando obedecemos, el amor de Dios toma residencia en nuestro interior y nos convertimos en el conducto de gracia a través del cual Su amor fluye hacia el mundo, atrayendo a todos los hombres de vuelta a Él.

¿QUE DESEA DIOS DE NOSOTRAS?

“Es a través de la obediencia”, un Padre del desierto dijo, “que nosotros no sólo somos en la imagen de Dios, sino que somos a la semejanza de Dios”. Nosotros somos en la imagen de Dios por el mero hecho de existir, pero mediante nuestra obediencia a Él somos a la semejanza de Él, ya que a través de la obediencia nosotros nos conformamos a Su voluntad y a través de nuestro libre albedrío nos convertimos en lo que Él es por naturaleza. Somos a la semejanza de Dios debido a que nosotros deseamos lo mismo que Él desea.⁵

Dios anhela que nosotras estemos en unión de amor con Él, y que sirvamos como catalíticos de Su amor en las vidas de otros. La obediencia es el medio mediante el cual nos conformamos a la voluntad de Dios, pero: ¿cómo sabemos cuál es la voluntad de Dios para nosotras? Ésta es una buena pregunta, pues ¿cómo podemos aspirar a ser obedientes a menos que sepamos obedecer?

Para dar respuesta a esta pregunta, detengámonos a examinar la naturaleza de la voluntad de Dios. En la espiritualidad clásica, se hace una distinción entre la **voluntad manifiesta** de Dios, y Su voluntad de **buen placer**. La voluntad manifiesta de Dios constituye el timón moral de nuestras vidas. Se le denomina *manifiesta* porque ésta establece de forma clara lo que debemos hacer. La voluntad de *buen placer* de Dios, por el contrario, se refiere a observar la sabiduría de Dios en todos los eventos providenciales que acontecen en nuestras vidas—tanto los alegres como los tristes—y someternos a ellos como medios para alcanzar la vida eterna.

En su texto clásico *The Spiritual Life (La Vida Espiritual)*, Adolphe Tanquerey nos dice: “En la práctica, por tanto, conformidad a la voluntad de Dios significa hacer lo que dicte la voluntad de Dios y someterse a la voluntad de Dios”.⁶ En este capítulo nos detendremos a examinar la voluntad manifiesta de Dios, y en el próximo capítulo

exploraremos la voluntad de buen placer de Dios.

Podemos evidenciar una expresión de la voluntad manifiesta del Padre en la historia del joven rico que le preguntó a Jesús: “Maestro, ¿qué obra buena debo hacer para alcanzar la vida eterna?” (ver Lc 18: 18–25 y Mt 19: 16–22).

Jesús respondió: “Ya conoces los mandamientos: no cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no dirás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre”. El joven le dijo a Jesús que él había prestado obediencia a todos estos mandamientos desde que era adolescente. Jesús entonces le respondió: “Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos. Luego, ven y sígueme”.

Todos ya conocemos el fin de la historia. El joven rico, apegado a su tesoro terrenal, se marchó entristecido, “porque tenía muchas posesiones”.

Lo que Dios delinea aquí es la voluntad manifiesta del Padre. Hemos de obedecer sus mandamientos y seguir Su camino de amor. “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas... Amarás a tu prójimo como a ti mismo”, nos dice Jesús en Marcos 12: 30-31. Aunque obedecer los mandamientos de Dios es necesario para la salvación, actuar con caridad nos conduce a la perfección. San Francisco de Sales nos dice:

La doctrina cristiana claramente establece para nosotros las verdades que Dios desea que nosotros creamos, los bienes que Él quisiera que nosotros deseáramos, los sufrimientos que Él desearía que nosotros temiésemos, lo que Él quisiera que nosotros amáramos, los mandamientos que Él desearía que nosotros observáramos, y los consejos que Él desearía que nosotros acatáramos. Y esto se denomina voluntad manifiesta de Dios, dado que Él ya ha indicado y hecho manifiesto a nosotros que es Su voluntad e intención que todo esto debe ser creído, aspirado, temido, amado, y puesto en práctica.⁷

La voluntad manifiesta de Dios, por tanto, requiere obediencia en tres áreas principales:

- Obediencia a los mandamientos de Dios y a los preceptos de la Iglesia;
- Obediencia a los consejos evangélicos sobre la pobreza, la castidad y la obediencia, en conformidad con la condición de nuestras vidas; y
- Obediencia a las inspiraciones de la gracia, también conocidas como los impulsos del Espíritu Santo.

Para cumplir con la voluntad de Dios, esto es lo mínimo que podemos hacer. Veamos cada una de las áreas y examinemos cómo cada una aplica a nuestras vidas.

Obediencia a los Mandamientos de Dios y a los Preceptos de la Iglesia

Cuando estamos intentando saber cuál es la voluntad de Dios en nuestras vidas, tanto en general como en situaciones particulares, lo primero que tenemos que determinar es si estamos en plena obediencia de los mandamientos de Dios. Él nos ha dado los Diez Mandamientos no para reducir nuestra libertad, sino más bien para aumentarla.

Mediante el cumplimiento de los Mandamientos, nos aseguramos que no permanecemos esclavos del pecado. De esta manera, podemos apreciar de forma evidente la vida abundante que Dios anhela para nosotras. Siendo seres con mentes racionales, somos capaces de justificar nuestros comportamientos. Relaciones ilícitas,

hábitos dañinos, caminos pecaminosos, todos pueden encontrar justificación en nuestras mentes, que se debilitan con el pecado. Los Diez Mandamientos son nuestra póliza de seguros. Si aspiramos a permanecer fieles a ellos, nos aseguramos de estar conformes con la voluntad del Padre.

Es a medida que nos esforzamos por cumplir los Mandamientos de Dios, mediante la obediencia a ellos, que podemos comenzar a purgar nuestra voluntad propia. Recordándonos que el Bautismo en Cristo nos ha hecho criaturas nuevas, San Pablo nos dice: “Para abandonar la antigua conducta del hombre viejo, que se corrompe conforme a su concupiscencia seductora, para renovaros en el espíritu de vuestra mente” (Ef 4: 22)

¿Cómo era esta forma de vida pasada, el viejo ser, que se deteriora a través de la ilusión y el deseo? Se trata de cualquier acto singular o patrón de comportamiento que se arraiga en el pecado—”los malos pensamientos, las fornicaciones, los robos, los homicidios, los adulterios, los deseos avariciosos, las maldades, el fraude, la deshonestidad, la envidia, la blasfemia, la soberbia y la insensatez” (Mc 7: 21–22). Incluye además la inmoralidad, las conversaciones vanas y obscenas, la fornicación, la idolatría, el enfado, la cólera, la malicia, la mentira, la hipocresía y el engaño (ver Ef 5: 3–15; Col 3: 5–11; 1 Pe 2: 1–3). Todo aquello que se encuentre en oposición a los Mandamientos de Dios y a las Beatitudes de Cristo es pecado; crea una brecha en nuestra relación con Dios, por tanto, impidiendo conformarnos a Su voluntad.

Mediante la obediencia a los Diez Mandamientos y el uso de la Escritura como nuestra brújula moral, alcanzamos progresos significativos en nuestro empeño por encontrar y permanecer fiel a la voluntad manifiesta de Dios. Y aún así, Dios también nos ha provisto con otra fuente invaluable de guía y dirección: las enseñanzas de la Iglesia Católica Romana. Guiado por el Espíritu Santo, el Magisterio de la Santa Madre Iglesia nos provee sabiduría y discernimiento en torno a los asuntos que nos enfrentan en nuestra vida con Dios. Señala la herejía y las enseñanzas falsas, los abusos y excesos y provee orientación en asuntos de éticas e inquietudes sobre derechos humanos. Nos instruye a través de la predicación de la Palabra de Dios, la correcta interpretación de la Sagrada Escritura y la educación de catequesis. En todos los casos, mediante la adhesión a sus enseñanzas podemos estar seguros de que estamos actuando en conformidad con la voluntad de Dios.

Esto significa, por supuesto, que es nuestra responsabilidad tanto conocer lo que dice la Iglesia en torno a todas estas áreas, como luego aplicar esas enseñanzas en nuestras vidas. ¿Coincide mi posición en torno a los métodos contraceptivos, la esterilización y el control de la natalidad con las enseñanzas de la Iglesia? Si no coinciden, tengo que corregir mi posición. ¿Cuál es mi actitud en torno al aborto, la eutanasia y la muerte médicamente asistida? ¿Coincide mi posición con las enseñanzas de la Iglesia? Si no coincide, necesito corregir mi posición. Si soy un patrono, ¿estoy cumpliendo con las enseñanzas del Santo Padre sobre justicia social en el trato que doy a mis empleados, sus salarios, sus necesidades familiares? ¿No estoy cumpliendo? Entonces necesito corregir mi posición.

Y aún así, hay mucho más que necesitamos tomar en consideración. Tenemos que reconocer el hecho de que muchos aspectos de nuestra cultura actual, sus instituciones y

sus medios de comunicación están permeados por el secularismo y el relativismo ético. Tenemos que examinarnos a nosotras mismas de acuerdo a las enseñanzas de la Iglesia y los mandamientos de Dios, para saber en qué medida somos negligentes.

En su carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente* (Sobre la Llegada del Tercer Milenio), el Papa Juan Pablo II nos dice que los hijos e hijas de la Iglesia tienen que hacerse a sí mismos una pregunta seria: “¿En qué medida han sido ellos afectados por la atmósfera de secularismo y relativismo ético? ¿Y qué parte de responsabilidad tienen que reconocer ellos frente a la desbordante irreligiosidad por no haber manifestado el genuino rostro de Dios, ‘a causa de los defectos de su vida religiosa, social y moral’?”⁸

Ésta es una pregunta difícil y una que requiere integridad de corazón y espíritu si hemos de contestarla honestamente. Tenemos que orar por la luz del Espíritu Santo, para que podamos ver estas áreas. Y tenemos que orar por la gracia de la obediencia para que podamos erradicar estas áreas de nuestras vidas. En todos los casos, tenemos que ser extremadamente honestas con nosotras mismas para que no quede ninguna marca, imperfección o mancha en las ventanas de nuestra alma por causa de nuestra propia negligencia, terquedad u orgullo.

EL CAMINO HACIA LA TRIPLE ARMONIA CON DIOS: POBREZA, CASTIDAD Y OBEDIENCIA

Antes de la Caída, Adán (que estaba libre del gravamen del pecado) gozaba de unión sagrada con Dios. En esa época, había una armonía total y completa entre la voluntad de Dios y la voluntad humana. En Génesis leemos como Adán y Dios conversaban íntimamente y caminaban juntos en el sereno de la noche.

La naturaleza profunda de esta unión divina entre Adán y Dios era efectiva en producir armonía en otras dos áreas también. Dado que Adán aún no había pecado, no había ningún conflicto entre sus apetitos corporales y su alma. Dado que su alma estaba perfectamente sometida a Dios, era el alma el que controlaba las pasiones y deseos de sus sentidos, los cuales se encontraban sujetos a la razón y a la voluntad. Por tanto, Adán estaba en armonía dentro de sí. Y esta armonía en el interior de Adán era la fuente de una armonía exterior entre Adán y el resto de la creación.

Dado que el alma tenía control sobre los apetitos sensuales de Adán, existía una armonía entre el cuerpo y los bienes externos. Adán tenía supremacía sobre las cosas de la tierra, y dominio sobre toda la creación. Ningún deseo desordenado en Adán lo motivaba a abusar de, o entregarse con exceso a, los asuntos de la tierra, y la creación, por su parte, funcionaba de la misma manera—los animales eran dóciles y la tierra producía frutos sin necesidad de “el sudor de la frente” del hombre. Esta armonía triple—entre Dios y el hombre, entre el alma del hombre y el cuerpo del hombre y entre el cuerpo del hombre y los bienes exteriores—es conocida como *la triple armonía* en la espiritualidad clásica.⁹

Pero el hombre rompió esta armonía al rebelarse contra la más alta de las tres—su unión con Dios—y, como consecuencia, introdujo el conflicto y el desorden a todas las

áreas en las cuales antes habían disfrutado de unión. En su lugar, tres heridas morales ahora gobiernan sobre el corazón y la mente del hombre.¹⁰ San Juan describe éstas como las seducciones carnales (el deseo de la carne), las tentaciones de los ojos (el deseo de la vista) y la vida de vana ostentación (el orgullo en las riquezas) (ver 1 Jn 2: 16).

“Yo no serviré” se ha convertido en el grito de batalla del corazón humano. Y esta postura de desobediencia es responsable no sólo del desorden personal del hombre, sino también del desorden que existe entre los individuos y las naciones, y entre el hombre y el resto de la creación. Desaparecida la unión con Dios y desprovista de la luz de la verdad, el alma crea ahora sus propios criterios morales, falsos y oscuros, con un sentido de la realidad que está torcido y roto. Impulsado por su orgullo, el cuerpo rehúsa someterse a la autoridad de Dios y presta oídos sordos a la voz de la razón y a la influencia de la voluntad. De esta forma, sucumbe ante las pasiones de la carne y los apetitos de los sentidos. Finalmente, el cuerpo se torna en esclavo de sus deseos por los bienes externos. La codicia por riquezas, bienes materiales, comodidades y lujo se apodera del corazón humano, una búsqueda que frecuentemente conduce a más pecados, pero que siempre desemboca en desilusión, descontento y disgusto.

Estas tres heridas morales conducen a un apego a las cosas de la tierra, en vez de a las cosas de Dios. Eran estas áreas en las que el joven rico luchaba ante la propuesta de Jesús: “Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos. Luego, ven y sígueme”. El joven rico, apegado a su estado y a su puesto, a sus tesoros terrenales y a todo lo que con ellos podía adquirir, no fue capaz de responder a la invitación de Jesús. Él se marchó triste “porque tenía muchas posesiones”. Al llamarlo a que rompiera con esos apegos, Jesús le estaba pidiendo que retornase a la triple armonía que existía en el Jardín del Edén antes de la Caída. Y es también a esta armonía que Dios nos invita a cada una de nosotras.

Una experiencia personal con el apego. Como ya he compartido antes, mi regreso a Dios vino en un punto de mi vida en que yo me encontraba desilusionada. Externamente, todo parecía estar bien. Mi marido me amaba, mis hijos eran preciosos y estaban saludables, teníamos seguridad financiera y disfrutábamos de todos los placeres que el dinero podía adquirir. Pero, internamente, todo era un desastre. Mi vida estaba desordenada. No sólo estaba apegada a las cosas del mundo, sino que en varias áreas estaba esclavizada. Nunca fui capaz de realizar hasta qué punto estaba esclavizada por los apetitos de los sentidos, hasta que el Señor gentilmente fue mostrándomelos uno por uno. Algunos de ellos fueron más fáciles de erradicar que otros, y otros no lograré librarme de ellos completamente hasta el purgatorio. Pero hubo uno en particular que el sobreponerme a él dejó una impresión duradera en mi.

Era Miércoles de Ceniza, y hacía un hermoso día de primavera en la soleada Florida. Ocurrió en mi receso de almuerzo, mientras conducía mi automóvil por la Carretera Estatal 580 hacia mi destino favorito —el centro comercial. El ir de compras era mi pasión. De hecho, yo tenía que hacer al menos un viaje al día a las tiendas y comprar algo —cualquier cosa, no importaba. Yo tenía un amigo abogado en esa época que me decía que yo era la consumidora máxima—¡y yo tomaba ese comentario como un

halago!

En esta tarde particular de primavera, había sintonizado en la radio mi estación cristiana favorita. Los cristales del auto estaban bajados, mi brazo izquierdo estaba en alto alabando al Señor y yo estaba cantando a todo pulmón. Cuando se acabó la canción, comencé a decirle al Señor cuánto lo amaba. Le dije que haría cualquier cosa por Él. Una y otra vez le expresé, en canto, mi agradecimiento por Su misericordia y amor, por Su Pasión y muerte y por Su resurrección. Le di gracias por amarme tanto que dio Su vida por mí y por haberme traído de vuelta a establecer una relación con Él. Le dije que todo lo que deseaba era una unión más profunda con Él, y le pedí que removiera de mi vida todo aquello que pudiera obstaculizar esa unión. ¡Nunca me imaginé cuán literalmente Él se tomaría esas palabras!

Llegué al centro comercial y encontré un estacionamiento muy cerca de una de las entradas. Susurré ligeramente un “Gracias” a Dios por proveerme un estacionamiento tan ideal. Me estacioné, y apagué el motor. Instantáneamente sentí una voz en lo más profundo de mi espíritu que me decía: “¿Johnnette, verdaderamente Me amas?”

Reconocí que era la voz del Señor, hablándome en mi corazón. “Sí, Señor. Tú bien sabes que te amo. ¿No he estado diciéndotelo a lo largo de todo el camino hacia el centro comercial?”

“Johnnette, si Me amas”, me dijo la voz, “entonces no vayas de compras hoy”.

“¡Que no vaya de compras!”, yo exclamé. “Esto no puede ser. Hoy es Miércoles de Ceniza, Señor, y vi un traje ayer que deseo comprar para ponérmelo el Domingo de Pascua. Sólo iba a entrar para comprarlo”.

“Johnnette”, la voz continuó, “dijiste que harías cualquier cosa por mí. ¿Puedes, por favor, no ir de compras hoy?”

“O, Señor, nunca imaginé que Tú me pedirías que no fuera de compras. Pensé que quizás me pedirías que fuera a trabajar a una misión o algo por el estilo. ¡Pero, que no compre—no estoy segura de que yo pueda obedecerte en eso!”, me lamenté.

“Johnnette, es Mi deseo que no compres nada durante todo el período de Cuaresma”, Él insistió.

“¡Durante toda la Cuaresma!”, exclamé. “¡La Cuaresma dura cuarenta días, Señor—y todavía estamos por el Miércoles de Ceniza! ¿Cómo podría hacer lo que me pides por toda la Cuaresma? ¿Y qué vestido me pondré el Domingo de Pascua?”

“Johnnette, sé que no puedes cumplir con esta petición por ti sola, pero con Mi gracia todo es posible”.

¿Qué podía yo decir? Jesús me estaba exigiendo el cumplimiento de mi palabra. Le había prometido que haría cualquier cosa por Él. Y le había pedido que removiera de mí cualquier cosa que se interpusiera en mi unión con Él. Aunque no lo había realizado antes, estaba empezando a sospechar que el ir de compras se había convertido en una adicción para mí, en un apego que amenazaba por convertirse peligrosamente en idolatría. Sabía que Jesús me estaba ofreciendo en ese momento la gracia para sobreponerme a esta atadura en mi vida. Me estaba ofreciendo la oportunidad de devolverle a Él una parte de mí que había permanecido clausurada a Él debido a mi

apego a las cosas terrenales. Y si yo accedía, Él me sanaría de esa lujuria por posesiones y bienes materiales. En ese momento, comprendí que mi pasión por ir de compras no era otra cosa que un débil intento por llenar un vacío en mi corazón que sólo podía ser verdaderamente llenado con la presencia de Dios.

“Señor”, respondí, “sólo puedo decirte que esto va a ser difícil. Pero, si Tú me das la gracia, yo intentaré mantenerme fiel a Tu pedido. Pero, en este momento se me hace bien difícil hasta volver a encender el auto para marcharme”.

“Yo te estoy otorgando la gracia”, sentí que el Señor me decía. “Sencillamente, vuelve a introducir la llave en la ignición, pon la transmisión marcha atrás y dirígete de vuelta al trabajo. La gracia está ahí. Úsala.”.

Dicho esto, encendí el auto, di marcha atrás y me dirigí al trabajo. Al atravesar la entrada del edificio en el que trabajaba, me sentía triunfante. “Lo lograste, Señor”, exclamé. “¡Logré regresar sin haber comprado siquiera una caja de goma de mascar! Esto es fantástico”.

“Johnnette, gracias por haber usado la gracia que te ofrecí”, sentí que el Señor me decía. Y mis ojos se bañaron en lágrimas ante el profundo misterio de la acción de Dios en mi vida.

No puedo decirles que no me sentí tentada a ir de compras durante esa Cuaresma. Me sentí tentada. En ocasiones, extremadamente tentada. Sin embargo, Dios, en toda su bondad, continuó suministrándome la gracia para resistir. Y cuando por fin llegó el Domingo de Pascua, tanto mi necesidad como mi deseo de ir de compras habían desaparecido. Jesús me había sanado, llenando ese espacio vacío en mi corazón con Su amorosa presencia.

Dios desea sanarnos de cada apego desordenado para que sea posible que estemos completamente llenas de Él.

BALSAMO PARA EL ALMA HERIDA: LA PRACTICA DEL DESPRENDIMIENTO

El antídoto espiritual para las tres heridas morales del alma son los tres consejos evangélicos—pobreza, castidad y obediencia. Al ponerlos en práctica, se reestablece la triple armonía en nuestras vidas. Mediante la pobreza interior entramos en la relación correcta con Dios. Mediante la castidad, el alma es capaz de controlar nuestros apetitos del cuerpo. Y, mediante la obediencia, nuestros anhelos y deseos egoístas dan paso a una soberanía prudente sobre las cosas del mundo. A través de estos consejos evangélicos logramos desarrollar un espíritu de desprendimiento de los anhelos y deseos terrenales, permitiendo que el corazón quede libre para crecer en santidad.

Para los hombres y mujeres que son llamados a la vida religiosa, estos tres consejos adquieren la forma de promesas y votos, donde el individuo ofrece su vida a Dios en forma de una oblación o sacrificio. Los consejos se ponen en práctica mediante moderación en la posesión de bienes materiales, a través de un voto de castidad que incluye el celibato y mediante la obediencia a Dios y a la autoridad de los superiores.

No resulta práctico para una laica intentar vivir los consejos evangélicos de la misma forma que aquellas que han sido llamadas a la vida religiosa. Sin embargo, las laicas sí están llamadas al *espíritu del desprendimiento* que engendran los consejos evangélicos. Dios nos pide que valoremos la vida humana por encima de las riquezas materiales, a la persona humana por encima de la comodidad y el lujo, al reino de Dios por encima de los deseos de la carne, a la voluntad de Dios por encima de la conveniencia y los anhelos egoístas. Debemos mortificar nuestros sentidos, resguardando nuestros oídos y ojos y protegiendo los rincones recónditos de nuestro corazón de todo aquello que pueda tomar prioridad sobre nuestro amor a Dios o que pueda comprometer nuestra habilidad de obedecerle a Él en amor.

¿Cómo Cultivar un Espíritu de Desprendimiento?

Para cultivar un espíritu de desprendimiento debemos examinar críticamente nuestros deseos y anhelos, nuestros pensamientos y nuestras acciones a la luz del Espíritu Santo y de la santa voluntad de Dios. Hacernos ciertas preguntas difíciles nos estimulará a desprendernos de aquellas cosas que son espiritualmente dañinas y adherirnos a aquellas cosas que nos ayudan a profundizar nuestra relación con Dios.

1. *¿Existe algo a lo que yo tenga un apego desordenado? ¿Cuál es mi actitud hacia mi trabajo o profesión? ¿Hacia la comida o bebida? ¿Hacia el juego por dinero o ir de compras, la limpieza del hogar o las funciones sociales? ¿Es que el ministerio mismo se ha convertido en un ídolo—es decir, es que ha reemplazado el lugar de Dios como la más alta de mis prioridades?*
2. *¿Practico la caridad a través del diezmo, de donativos y de generosidad con mi tiempo y talento? ¿Dedico algún tiempo a trabajos de voluntariado, ofreciendo mis talentos y habilidades para edificar el reino de Dios a través del servicio? ¿Comparto mi tesoro con aquellos que lo necesitan —organizaciones o individuos? ¿Cuándo hago donaciones, es mi actitud una de gozo y gratitud, o es de mala gana?*
3. *¿Las cosas que percibo a través de mis sentidos tienen el efecto de acercarme más a Dios, o de alejarme de Él? ¿Qué cosas me gusta mirar en la televisión? ¿Qué cosas leo? ¿Qué tipo de películas me gusta ver? ¿Cómo invierto mi tiempo libre? ¿Tengo un problema con la pornografía? ¿Visto de forma modesta? ¿Estoy envuelta en alguna relación inmoral? ¿Es mi matrimonio uno casto?*
4. *¿Cuál es mi posición con relación al tema de la obediencia? ¿Acepto las órdenes que recibo de mis patronos, de los directores de comités, del sacerdote de mi parroquia, de mi esposo, como si fueran mandamientos que provienen de Dios mismo—claro está, hasta el punto que sus órdenes no entran en conflicto con los criterios de Dios? ¿Cumplo con esas órdenes con apertura de corazón o a regañadientes? ¿Busco cumplir con la voluntad de Dios cuando tomo decisiones importantes en mi vida, o me apresuro a seguir adelante con mis propios planes? ¿Practico la docilidad de espíritu, o lucho para que todo salga a mi manera?*

Si aspiramos honestamente cultivar un espíritu de desprendimiento a través de la observación de los consejos evangélicos, alcanzaremos verdadero progreso espiritual a medida que buscamos la unidad con la voluntad divina. El Padre Tanquerey nos dice: “Mientras más generosos seamos en cumplir con las prácticas que dictan aquellos consejos compatibles con las obligaciones de nuestro estado, más nos acercamos a Nuestro Señor, dado que esos consejos son la expresión de Sus designios para con nosotros”.¹¹

OBEDIENCIA A LOS IMPULSOS DEL ESPIRITU SANTO

Nuestro llamado como mujeres es a vivir nuestra feminidad auténticamente, para “ayudar a que la humanidad no degenera”, y al así hacerlo convertirnos en las sanadoras del mundo. Para nosotras llevar a cabo esta misión, Dios a menudo nos brinda inspiraciones, sugerencias e impulsos interiores que nos estimulan hacia actos de caridad u obras apostólicas. Ocasionalmente, Él nos inspirará a hacer actos extraordinarios de servicio en Su nombre. Cuando nosotras respondemos a estos impulsos, éstos se convierten en momentos de gracia para nosotras y para otros.

Recordemos la visita de la Santísima Virgen María a su prima, Isabel. Incitada por Dios a través del anuncio del ángel de que Isabel estaba embarazada en su avanzada edad, María viajó a la casa de su prima para prestarle sus servicios. A través de la obediencia a la Palabra de Dios, María se convirtió en una bendición no sólo para su prima, sino también para el niño que yacía en el vientre de Isabel.

Cuando nos decidimos a vivir nuestras vidas en obediencia a la voluntad del Padre, entonces, resulta aparente que debemos escoger el obedecerle a Él en todas las cosas, incluyendo las inspiraciones de gracia e impulsos del Espíritu Santo. Sin embargo, es importante para nosotras el discernir el origen y la causa de una idea o pensamiento, para no caer víctimas de nuestro propio entusiasmo, pasión o imaginación —o, peor aún, de un engaño del Maligno. ¿Cómo, entonces, podemos saber si un impulso proviene de Dios?

En términos generales, si el impulso está en concordancia con los actos de caridad usuales en personas en nuestro estado de vida, y que a su vez están intentando vivir una vida de santidad, y si no hay nada de inmoral o cuestionable en el acto, debemos cumplirlo con agradecimiento de que Dios nos ha pedido que le sirvamos a Él de esa manera. Si, por el contrario, el impulso es algo fuera de lo ordinario o requiere potencialmente cambios de vida, entonces debemos de someterlo a prueba, evaluándolo con relación a ciertos criterios.

1. *Primero que nada, ¿está completamente en línea con la Sagrada Escritura, los Diez Mandamientos, y las enseñanzas de la Iglesia?* No existe la contradicción en Dios— Él nunca irá contra Sus propios preceptos. Si una acción en particular está en oposición a la Sagrada Escritura, no proviene de Dios. Si una acción está en contra de los Mandamientos, no proviene de Dios. Si se contrapone a las enseñanzas de la Iglesia, no proviene de Dios. Si es un acto no caritativo, no proviene de Dios. Si se

contrapone a la ley natural, no proviene de Dios. Si viola la autoridad civil *legítima*, no proviene de Dios.

2. *Segundo, ¿procede el impulso de la virtud o de la carne?* Otra forma de formular la misma pregunta es: “¿Qué me motiva a cumplir con el impulso?”. Si la motivación proviene de un deseo de beneficio egoísta, orgullo u ostentación, existe un alto grado de probabilidad de que este impulso provenga de la carne y no del Espíritu de Dios. Si, por el contrario, podemos honestamente contestar que la motivación emerge de la virtud de la caridad y el amor a Dios, entonces podemos sentirnos seguras de que nuestra intención es honorable.
3. *Tercero, ¿ha sido el impulso confirmado por otros medios?* Dios desea que estemos seguras de Su llamado. Él no desea que padezcamos de confusión, desaliento o incertidumbre. Por lo tanto, Él nos confirma a nosotras Su voluntad en una variedad de maneras. A menudo, el mismo impulso que estamos experimentando nos será sugerido también por alguna otra persona. Ocasionalmente, alguien nos lo dirá directamente. En otras ocasiones, surgirá durante el curso normal de una conversación, de una homilía de la Misa, de un comentario que escuchemos en la radio o la televisión. En cada ocasión, reconoceremos la voz de Dios. Dios también usa la Escritura para confirmarnos Su palabra. Al leer un pasaje, algunas palabras nos parecerán que saltan de la página y arden en nuestros corazones aún mucho después de que cerremos la Biblia. Además, otra de las formas en que Dios nos habla es a través de los eventos del día. Ocurrencias suceden que parecen coincidir perfectamente con la palabra que estamos recibiendo en nuestros corazones.
4. *¿Ha logrado el impulso superar la prueba del tiempo?* A veces nuestro entusiasmo nos empuja a tomar una decisión, sin antes haber dedicado suficiente tiempo a evaluarla adecuadamente. Sin embargo, Dios no se olvida de Su voluntad para con nosotras y ese impulso permanece en nuestro ser. Él no nos lo quita. Si hemos experimentado una inspiración por mucho tiempo y supera las pruebas en todas las otras áreas, entonces debemos tomar la inspiración en serio. Un director espiritual una vez me dijo que existe un mundo de diferencia entre el entusiasmo y el ardor. El entusiasmo está arraigado en las emociones, mientras que el ardor está arraigado en el Espíritu. Debemos aguardar el tiempo que sea necesario para permitir que el entusiasmo se convierta en ardor, pues sólo entonces servirá de conducto de gracia en la vida de otros.
5. *¿Estoy atravesando por un momento emocionalmente difícil, o padezco de inestabilidad mental?* Si estoy atravesando por un momento emocionalmente difícil—debido a una enfermedad seria, la muerte de un ser querido, un problema financiero serio, una separación o un divorcio, una desilusión o revés mayor—o padezco de alguna enfermedad o desorden mental y no estoy recibiendo ningún tratamiento, es poco probable que el impulso que estoy experimentando provenga de Dios. Usualmente, el deseo de Dios en momentos como estos es que nosotras seamos

sanadas por Él a través de otros—doctores, pastores, consejeros, directores espirituales. Todas las tomas de decisiones importantes deben suspenderse, en la medida de lo posible, hasta que hayamos superado esas situaciones. Esto aplica al trabajo ministerial también. Es un momento en que somos nosotras las que debemos recibir ayuda ministerial, más que un momento de estar activas en trabajo ministerial.

6. *¿He buscado el consejo de otros?* Son pocas las personas que están en posición de tomar decisiones importantes por sí solas; e incluso en los casos en que la persona *sí está* en esta posición, no es usualmente sabio hacerlo. Para aquellas que están en la vida religiosa, deben buscar y obtener dirección y permiso de superiores, provinciales u obispos. Aquellas que están casadas deben llegar a un acuerdo con sus esposos, tomando cuidadosamente en consideración los efectos que esa decisión pueda tener sobre otros miembros de la familia. Sin embargo, teniendo presente que Dios frecuentemente nos pide que hagamos sacrificios, el hecho de que la decisión implique sacrificio no debe ser tomado como causa para descartarlo. La dirección espiritual es absolutamente necesaria cuando se trata de decisiones que conllevan un cambio de vida, aunque debemos ser capaces de juzgar impulsos ordinarios mediante los criterios arriba mencionados.
7. *¿Está el supuesto impulso o la inspiración de gracia en conformidad con nuestro estado de vida?* Debemos evaluar los impulsos que recibimos en base a nuestro estado de vida. Si sentimos que Dios nos está pidiendo que participemos en ciertas actividades, que tomemos parte en determinado ministerio o que nos hagamos miembros de un determinado apostolado, estos no deben impedir que cumplamos con las obligaciones de nuestra vida en otras áreas. Puede que el impulso conlleve sacrificio, como ya hemos dicho, pero nunca debe existir conflicto. Si existe un conflicto, debemos evaluar con mayor detenimiento la inspiración. Si el impulso es de Dios y aparenta haber un obstáculo o conflicto, entonces nuestra actitud de corazón debe ser una de paciente espera—todo ocurrirá a Su tiempo.

Una vez logremos determinar que un impulso efectivamente proviene del Espíritu Santo y es una inspiración legítima de gracia, entonces necesitamos hacerle caso con fe y confianza, a sabiendas de que Dios nos está dirigiendo y llevándonos de la mano, y que “quien comenzó en vosotros la obra buena la llevará a cabo hasta el día de Cristo Jesús” (Flp 1: 6). Y a menudo, cuando nosotras le hacemos caso a un impulso que Dios nos está dando, se convierte en un momento de gracia y conversión en nuestras vidas al igual que en las vidas de otros.

Una Experiencia Con la Obediencia

Yo tuve una experiencia que ilustra cuán necesario es hacerle caso a los impulsos del Espíritu Santo. Después de entrar en una relación más profunda con Jesucristo, mi sed por la Sagrada Escritura se tornó insaciable. Tanto amaba la Palabra de Dios que quería leerla en variedades de traducciones y parafraseos. Un día decidí comprar una copia de una traducción particular en una librería cristiana local. Dado que la librería no era

católica, no tenían una edición católica en existencia. Pero la dependienta me informó que estaría encantada de encargármela.

Le di mi nombre y número de teléfono al que me podía llamar durante el día, y no pensé más en ello hasta que una tarde recibí una llamada en mi trabajo. Era la dependienta de la librería llamando para informarme que mi Biblia ya había llegado. Había demorado en llegar mucho más de lo que yo había anticipado, así es que estaba complacida de haber recibido su llamada.

Tan pronto como pude salir del trabajo fui a la librería a recoger mi nueva Biblia. Estacioné mi auto, me apresuré al interior de la tienda, me acerqué al mostrador e indiqué a la dependienta el propósito de mi visita. Ella me entregó una Biblia preciosa, verde, de forro duro y con bordes de oro. Era mucho más fina que la edición que yo tenía en mente. “Pero, caramba, es preciosa”, pensé. Miré en la carátula y, para mi sorpresa, me percaté que decía *Die Reilige Bibel*. ¡La Biblia estaba escrita en alemán!

“Señorita”, le dije, “debe haber algún error. Yo ordené una edición católica de la Biblia, no una edición *alemana*”.

“No, Sra. Benkovic. Esto fue lo que usted ordenó. Tengo su pedido aquí mismo. ¿Ve? Dice ‘*Biblia Alemana—Cantidad—Una*’”.

“Señorita, yo no entiendo como puede haber ocurrido esto. Yo nunca hubiera ordenado una Biblia en alemán. Yo no sé hablar alemán —y mucho menos sé leerlo”.

“Pues, yo lo siento. Ésta era una orden especial, como usted se podrá imaginar. Por eso fue que se demoró tanto en llegar. Y su pedido dice que esta fue la que usted ordenó”.

Francamente, no tengo idea de cómo este malentendido ocurrió. Yo tenía muy claro lo que yo había pedido el día que puse la orden de la Biblia. Yo observé cuando la mujer tomó la orden. ¿Podría haber sido que algo diferente salió de mi boca de lo que yo estaba pensando? ¿O sería que yo dije una cosa y la dependienta escuchó otra? No lo sé. Pero lo que sí sé es que, en ocasiones, el Espíritu Santo permite que circunstancias ocurran por razones que están más allá de nuestra comprensión.

¿*Qué me está pidiendo Él que haga en esta ocasión?*, yo me pregunté. Aunque no sabía la respuesta a esta pregunta, decidí comprar la Biblia de cualquier modo.

“Envuélvala, por favor. Me la llevo”, le indiqué a la dependienta.

Puse la Biblia Alemana en el asiento trasero de mi auto, y ahí se quedó durante meses. Cada vez que la veía le pedía al Señor que, en el momento que Él lo considerara apropiado, me indicara qué era lo que se suponía que yo hiciera con ella.

Una tarde, finalmente, Él me proveyó una respuesta. Cuando regresaba de mi trabajo a casa, decidí detenerme en una pequeña tienda que me había llamado la atención, pero que nunca había visitado. Vendían una variedad de cosas para la decoración del hogar, y los colores brillantes de su vitrina ya habían captado mi atención. Entré en la tienda anticipando momentos deleitosos de curioso. Era ya tarde en el día y había tan sólo unos pocos clientes en la tienda. Al poco tiempo de estar ahí, una mujer grande y rubia se me acercó.

“¿Le puedo ayudar en algo?”, me preguntó con un acento decididamente alemán.

Instantáneamente supe que la Biblia en alemán estaba destinada para ella. Mi corazón empezó a latir vigorosamente; ahora que tenía de frente a la persona que estaba destinada a recibir la Biblia, me sentía un poco nerviosa. Nunca pensé que estaría ofreciéndosela a alguien en un sitio público.

“Señor”, oré, “¿estás seguro que ella es la persona a la que debo entregar la Biblia? ¿Y qué tal si me echa fuera de la tienda? Hay otras personas aquí en la tienda, Señor. Éste no parece ser el momento ideal para evangelizar. ¿Qué tal si no le agrada la situación o no le agrada lo que yo le diga? No quiero ofenderla, Señor”.

“Ella es la persona escogida, Johnnette”, sentí que me respondía el Señor.

“Señora”, volvió a repetir la dependienta, esta vez un poco más irritada, “¿puedo ayudarla en algo?”

“Sí, por favor”, yo balbuceé. “Pero antes de eso, yo tengo algo que quisiera obsequiarle”, le dije mientras retrocedía hacia la puerta. “Vuelvo enseguida”. La mujer alemana me miró con cara extraña, y podía sentir como me siguió con su mirada hasta mi auto. Mi corazón estaba latiendo aceleradamente.

“Señor”, me quejé, “esta mujer no parece ser muy amigable. Y creo que la he contrariado. Apuesto que ella piensa que estoy loca. Tendré suerte si no llama a la policía. Indícame qué palabras debo usar, Señor. ¡Por favor, prepara su corazón para recibir esta Biblia!”

Cuando volví a entrar en la tienda, la mujer alemana me frunció sus cejas pintadas. No estaba sonriendo. “Mas vale que haga esto rápido”, yo pensé, “antes de que me arrepienta”.

“Señora”, comencé como si esto fuera una ocurrencia cotidiana, “da la casualidad de que tengo esta Biblia en alemán en el asiento trasero de mi auto, y como usted tiene un acento alemán y debe ser alemana, pensé que quizás le gustaría tenerla. Tome, es suya”. Y le entregué la Biblia. Ella la tomó, la hojeó, me miró, pegó un grito y salió corriendo hacia el cuarto trasero de la tienda. Yo estaba mortificada. ¿Qué había yo hecho?

“Ésta no era la reacción que yo esperaba, Señor”, me lamenté. “¿Qué está ocurriendo?” Los pocos clientes que estaban en la tienda me miraron fríamente. Me sentí intimidada. A los pocos segundos un joven se asomó por la puerta del cuarto trasero y me hizo señales para que fuese allí. Todo tipo de pensamientos corrieron por mi mente. *¿Qué pasará si la mujer vuelve a gritar? ¿Qué debo decir? ¿Quién es este joven y para qué me quieren en el cuarto trasero de la tienda?*

Consideré cuales eran mis opciones. Podía salir corriendo de la tienda o podía proseguir hasta el final con este asunto. Me decidí por lo último. Revistiéndome de la poca dignidad que aún me quedaba, seguí las señales del joven y me escurrí por la esquina hacia dentro del cuarto trasero.

Allí, en una pequeña mesa, estaba sentada la mujer grande, rubia y alemana. Su gran tamaño empequeñecía el ambiente, sin embargo, había algo en ella que la hacía verse diminuta y frágil. Me pidió que me sentara. Yo me senté. El joven que nos acompañaba —su hijo— se sentó también.

“¿Por qué me ha traído usted este libro?”, me preguntó, mientras con su dedo índice

golpeaba la portada de cuero verde de la Biblia alemana.

Tenía el corazón en la garganta. “Bueno, como ya le indiqué, simplemente daba la casualidad que tenía esa Biblia en alemán en mi auto y pensé que quizás a usted le gustaría tenerla. Eso es todo.”

Ella frunció una ceja mientras cerraba el ojo opuesto, y me preguntó: “¿Cómo sabía usted?”

¿*De qué me estaba hablando ella?*, me pregunté. Yo no *sabía* nada. Y dije en voz alta: “Estoy segura que no sé lo que usted quiere decir”.

“Hace un par de días descubrí que mi socio había desfalcado el dinero de este negocio. Estoy en bancarrota. Sin dinero. Anoche tomé una decisión. Decidí tomar el asunto en mis propias manos. Yo me encargaré de él, a *mi* manera”, dijo mientras apretaba el puño.

No podía creer lo que estaba escuchando, y tenía la esperanza de que mi cara no delatara mi sobresalto. Podía sentir mi sien pulsando. Ella continuó hablando: “Hoy comencé a tramar lo que iba a hacer. Y ahora aparece usted. ¡Y me entrega esto!” Volvió a golpear la Biblia una vez más. Fue entonces que comencé a entender de forma más clara qué exactamente quería decir ella con tomar el asunto en sus manos.

De pronto comencé a oír mi propia voz hablando. Asombrosamente, la voz sonaba segura de sí misma. “Los planes que usted ha tramado no son la solución a sus problemas”, le dije. “Estoy segura que Dios desea que usted resuelva este asunto de alguna otra manera”.

La fatiga comenzó a relucir en la cara de la mujer, como si las nubes de una tormenta se precipitaran sobre una tarde de verano. El peso de su carga finalmente estaba haciéndose evidente en ella. “Eso lo veremos, eso lo veremos”, respondió. Y levantando la Biblia, dijo: “Leeré esto y luego veremos”.

Le di mi tarjeta de presentación y le dije que me llamara si deseaba hablar. A los pocos días me llamó. Me dijo que había comenzado a leer los salmos y que le habían proporcionado mucho consuelo. También me dijo que un ministro luterano, que era nuevo en el área, le había llamado a la casa por equivocación. Comenzaron a conversar y ella decidió dejar a un lado su plan malévolo. Me dio las gracias por haberle obsequiado la Biblia. La había recibido en un momento crítico de su vida, me dijo, y ella sabía que Dios estaba involucrado en todo esto.

Cuando colgué el teléfono, no podía más que maravillarme ante el poder y el misterio de Dios. Él ya sabía, con meses de adelanto, cómo esta Biblia sería usada. Sabía exactamente el momento en que esta mujer estaría receptiva para recibirla. Y Él sabía cabalmente el impacto que ésta tendría sobre ella. Y *yo* sabía que, de no haber sido por Su gracia, nunca me hubiera atrevido a dársela.

Dios sólo pide que nosotras le hagamos caso a Sus impulsos, ya que cada acto de obediencia a Él nos brinda nueva vida. Cuando decidimos obedecer, ayudadas por la gracia de Dios, reflejamos Su amor al mundo entero. Tú y yo somos llamadas a ser dadoras de vida cumpliendo con la voluntad de Dios. Sabemos que no existe felicidad duradera aparte de ésta. Creadas a Su imagen y semejanza, añoramos cooperar con Su

gracia para que Su imagen pueda ser perfeccionada en nosotras.

Mediante el don de Su Espíritu Santo y la sumisión a Su voluntad manifiesta, la Vida Divina toma residencia en nuestro interior, y alcanzamos a llegar a un conocimiento infundido de Dios y Sus caminos. Éste es el don de la sabiduría. En nuestro próximo capítulo exploraremos este don del Espíritu Santo, y cómo éste interactúa además con otro aspecto de la voluntad de Dios, Su voluntad de *buen placer*. Que podamos, en paz y agradecimiento, continuar en el camino hacia la santidad, estimuladas como siempre por la comunión de los santos, especialmente María, nuestra Madre en el orden de la gracia.

QUINTO



Sabiduría: Una Visión para la Vida Abundante



SABIDURIA DIA A DIA

*L*a vida espiritual es una aventura de cooperación entre Dios y la humanidad. Debido a Su amor por nosotras, Dios nos otorga la gracia de cumplir Su sagrada voluntad. Y en respuesta a ese amor, nosotras aceptamos, recibimos y actuamos sobre esa gracia. El grado con que respondemos a esa iniciativa de gracia de Dios es el grado con que progresamos en nuestra vida espiritual. A medida que crecemos en santidad, comenzamos a obtener un cierto conocimiento de Dios a través del cual ganamos un mejor entendimiento de Él y de Sus actos en nuestras vidas y en el mundo que nos rodea.

El comprender el mundo y el lugar que ocupamos en él a través de la luz de este conocimiento es una manifestación de sabiduría y un don del Espíritu Santo. La sabiduría “es un saber que no se aprende en libros sino que es comunicado por Dios mismo al alma, iluminando y llenando de amor a un tiempo la mente y el corazón, el entendimiento y la voluntad. Mediante la luz que da el amor, el cristiano tiene un conocimiento más íntimo y gustoso de Dios y de sus misterios”.¹ La sabiduría, pues, es fruto del amor—el amor de Dios por nosotras, que nosotras a su vez aceptamos y sobre el cual obramos.

Como ya discutimos en el pasado capítulo, nosotras respondemos al amor de Dios mediante la obediencia a Su voluntad *manifiesta*. Inicialmente, nuestra obediencia a la voluntad manifiesta de Dios puede que esté motivada por un sentido de obligación, deber o temor. Pero, a medida que continuamos creciendo en santidad, el ímpetu de nuestra obediencia cambia de uno de necesidad a uno de amor, un deseo de complacer al Amado. A través de este movimiento del corazón, nos disponemos a recibir el don de la sabiduría, y a medida que continuamos obedeciendo fielmente la voluntad de Dios, desarrollamos una perspectiva sagrada de la vida. Los ojos de nuestra alma, una vez nublados por las cataratas del pecado, la voluntad propia y la lujuria por posesiones materiales, riquezas u honores, son ahora capaces de reconocer los eventos y las circunstancias de la vida diaria con verdadera claridad y visión.

A medida que la Vida Divina toma residencia en nosotras, comenzamos a ver el

mundo desde la perspectiva de Dios, y encontramos que todo en la vida está cargado con valor sobrenatural. Vemos que los hilos dorados y plateados de la gracia de Dios tejen la tela de nuestras vidas y el tapiz del mundo, haciendo que toda la creación reluzca con Su santa presencia. En fin, nuestra visión del mundo cambia de una perspectiva puramente sensata o natural—una que está centrada en sí—a una que está formada por el conocimiento y el entendimiento de Dios—una que está centrada en el amor divino. Este “conocimiento íntimo y gustoso de Dios y de sus misterios”, al que llamamos *sabiduría*, fluye de la amorosa conformidad con la voluntad de Dios.

La Sabiduría en Momentos Turbulentos

La sabiduría, la habilidad de ver la mano de Dios en acción en y a través de todas las circunstancias, transforma nuestra perspectiva. A través del don de la sabiduría nos podemos regocijar en medio de las tribulaciones, podemos ser prudentes en medio de la alegría y podemos ser fervorosos en medio de lo mundano, porque estamos llenos del entendimiento y el conocimiento de Dios. Todos los eventos y situaciones pueden ser evaluados desde esta posición ventajosa, y esto da como fruto una vida influenciada por el sano juicio y las buenas decisiones.

El don de la sabiduría... permite al alma experimentar la bondad de Dios, verla manifestada en todos los eventos, incluso en los más dolorosos, ya que Dios permite el mal sólo por un bien superior... El don de la sabiduría, por tanto, hace que evaluemos todo en relación a Dios... Nos recuerda que no todo lo que brilla es oro y que, por el contrario, las maravillas de la gracia se pueden encontrar dentro de los exteriores más humildes.²

Dios desea que Sus hijas puedan llegar a ver toda la creación—el mundo y sus eventos, sus vidas individuales, circunstancias y situaciones—desde Su perspectiva. Sólo a través de esta visión de la vida es que seremos capaces de experimentar la plenitud del amor de Dios por nosotras, y Su presencia permanente en y a través de todas las cosas.

Sin embargo, cuando luchamos con problemas, pruebas, tribulaciones y pesares del corazón, nuestra visión puede nublarse y la voluntad de Dios se nos puede ensombrecer. En momentos como estos, esos hilos dorados y plateados de la gracia de Dios aparentan estar manchados, sin lustre, sin vida. De hecho, nos preguntamos si Dios está presente después de todo, pues las circunstancias indican ausencia, no presencia; frustración, no paz; traición, no respaldo; abandono, no amor.

Pero incluso en esos momentos en que la vida nos abruma, la gracia de Dios está con nosotras. Su sabiduría está siempre disponible para nosotras. Lo único que tenemos que hacer es cooperar con Su gracia a través de la obediencia. Es en estos momentos que Dios nos pide que seamos sumisas a Su voluntad de *buen placer*, también conocida como *voluntad permisiva*.

La Voluntad de Dios de Buen Placer

La voluntad de buen placer es “el principio imperante que *gobierna* todas las cosas con sabiduría, dirigiendo el curso de los eventos de tal manera que ambos se muevan conjuntamente hacia Su gloria y la salvación de los hombres”.³

En momentos de prueba y desaliento, nosotras cooperamos con la voluntad de buen placer de Dios al invertir en la circunstancia o situación la certeza absoluta de que nuestro Dios nos ama y de que cualquier acto que Él permita que ocurra en nuestras vidas tiene como propósito final nuestro bien y nuestra santificación. Por tanto, nos conformamos a la voluntad permisiva de Dios.

Esta conformidad “descansa sobre la base de que nada ocurre sin ser ordenado o permitido por Dios, y que Dios, siendo Perfección infinita y Bondad infinita, no puede desear o permitir nada que no sea por el bien del alma que Él ha creado, aunque esto no sea siempre evidente ante nuestros ojos”.⁴ El someterse a la voluntad de buen placer de Dios hace que surja en nosotras todo lo aprendido acerca de la confianza, todo lo aprendido acerca de la fe y todo lo aprendido acerca de la esperanza. Y así, esta sumisión nos conduce a la madurez espiritual.

Cultivando la Sabiduría en el Jardín del Alma: Las Tres Etapas Hacia la Perfección Cristiana

San Bernardo establece tres etapas de conformidad con la voluntad de Dios, que a su vez corresponden con los tres estados de la perfección cristiana: “El principiante, motivado por el temor, carga pacientemente la Cruz de Cristo; el que ya ha logrado hacer algún progreso en el camino de la perfección, inspirado por la esperanza, carga la Cruz jubilosamente; el alma perfecta, consumida por el amor, abraza la Cruz con entusiasmo”.⁵

Siguiendo esta misma línea de pensamiento, Louis Colin, C.S.S.R., escribe lo siguiente acerca de la sumisión a la voluntad de Dios:

La conformidad activa: hacer todo lo que Dios desea que hagamos —eso es obediencia. La conformidad pasiva: soportar todo lo que Dios desea que soportemos—eso es paciencia. Conformidad de total entrega: arrojarnos a los Brazos de Dios y permitir que Él actúe—eso es abandonarse a la Providencia. Estos tres términos expresan la unión perfecta de nuestra voluntad con la de Dios.⁶

En momentos de prueba, estamos llamadas a la “conformidad de total entrega”, donde abrazamos apasionadamente nuestro sufrimiento y nos arrojamos con total abandono en los brazos de amor de Dios. Esto es la sumisión a la voluntad permisiva de Dios: una sumisión no caracterizada por la resignación o la futilidad, sino más bien, una sumisión proactiva que está investida con la fe, reforzada con la confianza e informada por el principio formativo del conocimiento y la sabiduría de que “todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios, de los que son llamados según su designio” (Rom 8: 28)

Como ya hemos dicho, la vida espiritual requiere de nuestra cooperación con la gracia que Dios nos da. Por lo tanto, aunque la sabiduría es un don que nos otorga el Espíritu Santo, hay mucho que podemos hacer nosotras para disponernos a recibirlo.

Este proceso de preparar nuestros corazones para recibir la sabiduría se puede comparar con los esfuerzos que hacemos al cultivar un jardín. Primero, hay que “preparar la tierra”. De la misma manera que nosotras diligentemente removemos las hierbas malas del terreno, de esa misma manera extirpamos de nuestro corazón cualquier

tendencia y actitud que no glorifique a Dios. Esta “extirpación” se logra a través de la obediencia a las leyes de Dios y de Su Iglesia. Luego, procedemos a labrar la tierra, preparándola para recibir la semilla. Cuando acatamos los consejos evangélicos y tomamos acción ante las inspiraciones de gracia que recibimos, la tierra de nuestro corazón se ablanda y se hace receptiva.

Luego, sembramos la semilla que necesitamos para producir el fruto deseado. Para rendir el fruto de la sabiduría, sembramos la semilla de la renovación, la semilla de la virtud y la semilla de la sagrada meditación. Estas tres semillas producen frutos en abundancia.

Finalmente, regamos nuestro jardín con la lluvia empapadora de la dirección espiritual. Esta dulce lluvia de la gracia impulsa a las semillas a echar raíces—fuertes y profundas—en el suelo fértil de la verdad. Y, de esta manera, nuestro jardín produce un fruto bueno y nutritivo que crece hasta la madurez y que puede ser compartido con otros.

LA SEMILLA DE LA RENOVACION - - - - RENOVANDO LA MENTE DE ACUERDO A LOS ESTANDARTES DE DIOS

En la Carta de San Pablo a los Romanos leemos lo siguiente: “Y no os amoldéis a este mundo, sino, por el contrario, transformaos con una renovación de la mente, para que podáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, agradable y perfecto” (Rom 12: 2). Hasta cierto punto, todas hemos sido influenciadas por la cultura prevaleciente. Sin embargo, en este pasaje San Pablo nos llama a un ideal más alto, a un estandarte mayor. Él nos dice que no nos debemos conformar con la corriente de la opinión popular, sino que, por el contrario, debemos renovar nuestra mente. Sólo con una mente renovada de acuerdo a los estandartes de Dios es que podemos discernir cuál es Su voluntad, qué es lo correcto hacer en cada situación, qué es lo que le sería agradable a Dios en cada circunstancia, y qué nos conduciría hasta nuestro objetivo final—la perfección de la caridad cristiana. Sólo como mujeres renovadas de acuerdo a los estandartes de Dios seremos capaces de llevar a cabo nuestra misión, nuestro “munus” divino de “*ayudar a la humanidad a no degenerar*” y convertirnos en sanadoras en el mundo.

No hace mucho tiempo mi esposo y yo estábamos hablando sobre las diferencias entre la información, el conocimiento y la sabiduría de Dios. Gracias a las maravillas de la tecnología moderna, podemos obtener información de cualquier parte del mundo en cuestión de segundos. Cualquier cantidad de hechos y datos diversos pueden ser nuestros en el tiempo que toma apretar un botón. Pero esto no nos convierte en una cultura inteligente, o siquiera en una cultura concedora. Para que esa información sea útil, debe ser recopilada para formar un cuerpo de conocimiento. De otra manera, no son más que datos y hechos aislados, incapaces de producir un conocimiento coherente sobre una materia, categoría o área de disciplina.

A través del estudio exhaustivo de un área en particular—la medicina, la ingeniería, la teología, la carpintería—podemos adquirir conocimientos. Nuestra información ha sido

recopilada para formar un conocimiento que se convierte en útil a nosotras y a otros. Sin embargo, aunque podamos llegar a ser una estudiante aventajada, una académica brillante, graduarnos summa cum laude, alcanzar honores y distinciones, recibir reconocimientos y premios, la sabiduría puede que aún se nos escape.

La razón es que la sabiduría no tiene que ver con hechos y datos, ni con información e ideas, ni con conocimiento y logros; por el contrario, la sabiduría es una visión del mundo que ha sido infundida con la mente misma de Dios. Es la capacidad de ver todas las cosas a través de los ojos de la Sabiduría Eterna. Es adquirir una visión divina del mundo, de nuestro lugar en él, y de los eventos y circunstancias que tienen un impacto en nuestras vidas. Para alcanzar la sabiduría, debemos hacerle caso al consejo de San Pablo y ocuparnos en el quehacer de renovar nuestras mentes con la guía y dirección del Espíritu Santo.

En el capítulo anterior hablamos de la necesidad de desprendernos de las cosas de este mundo para así poder ser libres para aspirar a las cosas de Dios. A medida que nos liberamos de patrones de comportamiento, de anhelos y deseos excesivos por cosas materiales y de actitudes del corazón y de la mente que han ocupado una posición primordial en nuestro interior, nosotras podemos comenzar a reemplazarlas con actividades y prácticas, pensamientos e ideas, aspiraciones y deseos que nos encaminen en la dirección de la voluntad de Dios. De esta forma, nuestras mentes serán renovadas y nosotras seremos transformadas (ver Rom 12: 2). Las siguientes son algunas de las esenciales prácticas santas que nos ayudan a adquirir sabiduría.

El Sacramento de la Reconciliación

La piadosa recepción del Sacramento de la Reconciliación es esencial si deseamos mantener bajo vigilancia la condición de nuestras almas. Debemos recibir el sacramento con integridad—siendo honestas con nosotras mismas y siendo honestas con Dios a través de Su sacerdote—si deseamos cosechar los beneficios espirituales de esta ocasión de gracia. Debemos ir al sacramento preparadas para encontrar el corazón misericordioso de Jesús, para ser limpiadas mediante el poder de la gracia redentora, y para ser fortalecidas con nueva vida. El Sacramento de la Reconciliación es también un sacramento sanador, capaz de cauterizar las heridas de nuestros corazones que nos causan dolor y nos impiden experimentar el amor divino que Dios siente por nosotras.

El Sacramento de la Eucaristía

Si deseamos renovar nuestras mentes, debemos acudir a la mesa eucarística en completo recogimiento espiritual y conscientes de Aquél a Quien estamos a punto de recibir. Jesucristo está presente completamente en la Sagrada Hostia—en cuerpo y sangre, alma y divinidad. Y Él ha tenido a bien, en el acto más humilde posible, confiarse a Sí mismo a nuestras manos, a nuestros labios, a nuestros corazones. Es a través de la Presencia Eucarística que Jesús permanece con nosotras hasta el final de los tiempos, y nuestros corazones deberían temblar de temor reverencial al considerar el privilegio supremo que nos está siendo ofrecido. (Estaremos discutiendo este más santo de los sacramentos de manera más profunda en el próximo capítulo).

Renovando la Mente a Través de la Oración Personal

Es sólo a través de un tiempo regular y consistente de oración que nosotras verdaderamente podemos experimentar el poder transformador de una relación con Dios.

La oración debe ser lo que dé firmeza a nuestra vida espiritual. Ella suple la forma y la condición de todo lo que ocurre en nosotras. En nuestros tiempos de oración, todo nuestro ser—nuestro corazón, nuestra mente y nuestra voluntad—debe estar preparado para encontrarse con Dios en un momento íntimo de sagrada conversación, plenamente receptivo a cualquier inspiración o gracia, palabra o directriz que Él nos otorgue. Pero, más que nada, debemos acudir a nuestro tiempo de oración de la misma manera que iríamos a recibir al Amado —listas para pasar sencillamente un tiempo con Él, contemplando Sus ojos de amor.

La Sagrada Actividad de Lectura y Estudio Espiritual

La lectura y el estudio espiritual incluye, claro está, la Sagrada Escritura, la cual retiene la posición de prioridad sobre otros textos. Pero, nuestras lecturas deben incluir también la vida de los santos, los libros escritos por los santos, así como literatura contemporánea que ofrezca un enfoque auténtico a la búsqueda de Dios.

Debemos incluir también el *Catecismo de la Iglesia Católica* y las encíclicas, cartas y escritos de nuestro Santo Padre. Estas lecturas sagradas incitan nuestra mente con inspiración y verdad, a la misma vez que llenan nuestros corazones de anhelos por las cosas de Dios.

En Búsqueda de Oportunidades de Crecimiento Dentro de la Comunidad de Fe

La participación en servicios religiosos, así como la asistencia a conferencias y retiros espirituales que nos proveen una experiencia de Dios auténticamente católica, nos ayuda a crecer robustas en nuestro camino de fe.

Nuevamente, la disposición de nuestro corazón es esencial cuando tomamos parte en estas actividades. Debemos asistir con un corazón dócil, uno que ambicione estar en conformidad con la voluntad de Dios. Debemos acudir también con fe expectante, convencidas de que Dios, en Su amor por nosotras, nos revelará Su santísima voluntad.

De todas estas maneras podemos comenzar a cumplir con las instrucciones que San Pablo le diera a los romanos para que transformaran sus mentes. Mediante una renovación proactiva de nuestras mentes con las cosas de Dios, comenzamos a evidenciar que el conocimiento mundano le abre el paso al entendimiento sobrenatural, que el entendimiento convencional le abre el paso a la sabiduría de Dios y que la sabiduría humana le abre el paso al juicio espiritual. San Pablo lo pone en estos términos a los corintios:

Ahora bien, enseñamos sabiduría entre los perfectos, pero una sabiduría no es de este mundo ni de los gobernantes de este mundo que son pasajeros; sino que enseñamos la sabiduría de Dios, misteriosa, escondida... y enseñamos estas cosas no con palabras aprendidas por sabiduría humana, sino con palabras aprendidas del Espíritu, expresando las cosas espirituales con palabras espirituales. El hombre no espiritual no percibe las cosas del Espíritu de Dios, pues son necedad para él y no puede conocerlas, porque sólo se pueden enjuiciar según el Espíritu. Por el contrario, el hombre espiritual juzga de todo, y a él nadie es capaz de juzgarle. Porque ¿quién conoció la mente del Señor, para darle lecciones? Pues bien, nosotros tenemos la

San Pablo no está abogando por una postura juzgadora, farisaica o arrogante. Tampoco está sugiriendo que la sabiduría está reservada para unos selectos pocos. Más bien, está hablando acerca de la condición de todos los que han sido bautizados, que están llamados a entrar en conocimiento absoluto del Hijo de Dios. Al renovar nuestras mentes, nosotras estamos cooperando con nuestra gracia bautismal para que se nos pueda incluir entre el número de las espiritualmente maduras.

LA SEMILLA DE LA VIRTUD: OBRANDO SOBRE LA GRACIA DE DIOS

En su serie de libros bajo el título de *Hablar con Dios*, Francisco Fernández Carvajal nos dice:

Aunque la santificación es enteramente de Dios, en su bondad infinita, Él ha querido que sea necesaria la correspondencia humana, y ha puesto en nuestra naturaleza la capacidad de disponernos a la acción sobrenatural de la gracia. Mediante el cultivo de las virtudes humanas —la reciedumbre, la lealtad, la veracidad, la cordialidad, la afabilidad... —disponemos nuestra alma, de la mejor manera posible, a la acción del Espíritu Santo.⁷

¿Qué son las Virtudes?

¿Qué son las virtudes y por qué son necesarias para nuestro progreso en la vida espiritual y para nuestra búsqueda de la santidad? El *Catecismo* define la virtud como “una disposición habitual y firme de hacer el bien” (#1803).

Para que una buena acción se convierta en una virtud, debe ser practicada de manera consistente y con resolución. Esto empieza a establecer una disposición interna—un “buen hábito”, si se quiere. Mientras más se practica una virtud, mayor es la probabilidad de que se convierta en parte nuestra, produciendo un comportamiento que identificará nuestro carácter y resaltará nuestra vida diaria.

La vida virtuosa no es un concepto que nació con la Cristiandad. De hecho, los filósofos morales de la antigüedad argumentaban que sólo mediante la adherencia a las virtudes podía un individuo alcanzar su máximo potencial humano y lograr una armonía en su vida. Aristóteles, en particular, identifica cuatro virtudes relacionadas con la vida diaria y la interacción con el prójimo, las cuales él llamó virtudes “cardinales”.

Las Virtudes Cardinales

La palabra “cardinal”, en este contexto, se deriva de la palabra “cardo” (gozne), porque todo en la vida moral, y todas las otras virtudes, giran sobre éstas. Las virtudes cardinales son *la fortaleza, la justicia, la prudencia y la templanza*.

Santo Tomás de Aquino enseñó cómo las virtudes morales de los antiguos se revisten de poderes sobrenaturales cuando son infundidas con la gracia de Dios. Cuando esto ocurre, las virtudes no sólo nos permiten vivir vidas meritorias, sino que además se convierten en ayudas indispensables para nosotras y para nuestro prójimo en nuestro camino hacia la salvación. Y así, a través de nuestra cooperación con la gracia de Dios

para vivir una vida virtuosa, nuestra práctica de las virtudes cristianas se convierte en un conducto de acción sobrenatural en el mundo.

La fortaleza es una virtud que nos provee valor moral. Desarrolla fuerza de resolución y nos ayuda a mantenernos resueltos al enfrentar dificultades y pruebas. La fortaleza nos ayuda a resistir la tentación y a permanecer firmes al enfrentar persecución. Cuando la fortaleza se practica de forma regular, cumplimos con el llamado a ser “soldados de Jesucristo”. Hablar la verdad aunque nos cueste perder en posición o estado, mantener convicciones religiosas en momentos de desacuerdo, mantenernos en posiciones aceptables a Dios cuando nos confrontamos con la injusticia, elegir la verdad en medio de conflicto moral—en todos estos casos la fortaleza nos da fuerzas.

La justicia se practica cuando damos a Dios lo que es de Dios, y a nuestro prójimo lo que es de nuestro prójimo. El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos dice: “La justicia... para con los hombres... dispone a respetar los derechos de cada uno y a establecer en las relaciones humanas la armonía que promueve la equidad respecto a las personas y al bien común” (#1807).

La justicia requiere que respetemos los derechos del individuo, su reputación, y todo lo que él posee. Las leyes terrenales deben ser justas y razonables, deben reflejar la dignidad y el valor de la persona humana, y deben ser equitativas para todos—el indefenso, el débil, el pobre, el indigente y el viejo. La justicia requiere que los patronos traten a sus empleados con lealtad, justicia, y honestidad. De igual manera, las mismas disposiciones aplican a la actitud del empleado hacia su patrono y hacia su trabajo. Éstas son sólo unas pocas de las formas en que se demuestra la justicia social. A través de la virtud de la justicia, las relaciones interpersonales reflejan la faz de un Dios justo y santo.

La prudencia nos predispone hacia el juicio correcto en materias prácticas y espirituales. Una acción prudente se toma en tres pasos —deliberación, decisión y ejecución. Primero, reflexionamos sobre la decisión a tomar y la evaluamos de acuerdo a los estandartes de Dios, buscando consejos de ser necesario. Luego, juzgamos sabiamente—dejando a un lado preferencias personales, prejuicios, y nociones preconcebidas—y tomamos nuestra decisión con determinación. Finalmente, ejecutamos nuestra decisión sin procrastinar, sin vacilación y sin duda.⁸

Cultivar la virtud de la prudencia nos ayuda a mantener un balance tanto en nuestro diario vivir como en nuestra vida espiritual. Como nos indica el *Catecismo*: “Gracias a esta virtud aplicamos sin error los principios morales a los casos particulares y superamos las dudas sobre el bien que debemos hacer y el mal que debemos evitar” (#1806).

La templanza, la última de las virtudes cardinales, es la virtud del auto-control. Sin la templanza, sucumbiríamos ante las pasiones del mundo y las pasiones de la carne. La templanza nos llama a moderar los placeres sensuales y evita que descendamos a la lujuria sexual, la gula y todas las otras formas de adicción, incluyendo el alcoholismo, las apuestas y el consumismo.

La templanza crea un escudo alrededor de los cinco sentidos, y nos ayuda a ordenarlos

hacia un final noble. Esta virtud es ampliamente necesaria en el mundo de hoy, donde el exceso es promovido, aplaudido y alabado. A través de la virtud de la templanza, podemos dar el buen ejemplo y convertirnos en faros de luz que incitan a otros a vivir una vida de auto-control.

De las Flores de la Virtud, el Fruto del Espíritu

Cuando comenzamos a practicar las virtudes cardinales de la fortaleza, la justicia, la prudencia y la templanza, otras virtudes comienzan a florecer en nosotras. De la fortaleza nace la paciencia, la capacidad de soportar el sufrimiento y el servicio a otros; de la justicia brota el auto-sacrificio, la obediencia, la fidelidad a las prácticas religiosas; de la prudencia se engendra la precaución, la circunspección y la fidelidad; y de la templanza florece la castidad, la mansedumbre, la pobreza de espíritu y la mortificación.

De las virtudes cardinales nace la fruta nutritiva del Espíritu Santo—el amor, el gozo, la paz, la resistencia paciente, la bondad, la generosidad, la fe, la apacibilidad y el auto-control.

Recordemos, sin embargo, que a pesar de que las virtudes cardinales nacen como un árbol precioso y nutritivo en el jardín de nuestro corazón, éstas no vienen de por sí. Por el contrario, las virtudes cardinales están arraigadas profundamente en la vida de aún otras virtudes. Y estas virtudes encuentran su origen en Dios mismo. Éstas son las virtudes teologales.

Las Virtudes Teologales

Las virtudes teologales son “teologales” porque participan en la vida misma de Dios. El *Catecismo* nos enseña que estas virtudes son infundidas en nuestra alma a través del Sacramento del Bautismo, y “fundan, animan y caracterizan el obrar moral del cristiano. Informan y vivifican todas las virtudes morales. Son infundidas por Dios en el alma de los fieles para hacerlos capaces de obrar como hijos suyos y merecer la vida eterna. Son la garantía de la presencia y la acción del Espíritu Santo en las facultades del ser humano” (#1813). Las virtudes teologales son la fe, la esperanza y la caridad.

La fe nos permite creer en Dios y aceptar Su revelación como verdadera. Por tanto, la fe es el fundamento de nuestra vida espiritual. La fe nos justifica; la fe nos santifica; la fe nos une a Dios. La fe nos justifica porque es el mecanismo que utiliza Dios para atraernos hacia una relación con Él. San Pablo nos dice en Hebreos 11: 6: “el que se acerca a Dios debe creer que existe y que premia a quienes le buscan”. Dios planta la semilla de fe en nuestra alma en el Bautismo, para que a lo largo de nuestras vidas ésta continúe encaminándonos cada vez más cerca de Su Vida Divina.

La fe también nos santifica. En su libro *La Vida Espiritual*, el Padre Adolphe Tanquerey escribe: “La fe es la raíz de la santidad... Las raíces, si profundas, dan solidez al árbol al que sustentan; y así el alma, sumergida en la fe, soporta las tormentas espirituales. Por tanto, la fe profunda es de vital importancia para poder alcanzar un alto grado de perfección”.⁹ Finalmente, la fe nos une a Dios porque es una participación en la vida misma de la Trinidad. A través de la fe, podemos ver con los ojos de Dios.

La esperanza produce confianza en Dios, de la misma manera que la fe nos permite creer en Dios. “La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo” (CCC, #1817).

Aunque tenemos la esperanza de encontrar muchas respuestas a la oración en esta vida, nuestra esperanza máxima es disfrutar toda la eternidad en el cielo con Dios. Por esta razón, cultivamos la esperanza a través de la meditación en el poder de Dios y las promesas de Dios de las cuales está repleta la Sagrada Escritura. Cuando leemos devotamente sobre la consistente fidelidad de Dios para con Su pueblo, crece nuestra expectativa en la esperanza de que veremos Su fidelidad manifestada en nuestras vidas, y de que esta fidelidad conducirá nuestra estancia terrenal a su destino final, que es el cielo. La esperanza en Dios es muy diferente a la esperanza que proviene del deseo o del anhelo humano, porque depositamos nuestra esperanza en Aquél que ha prometido que Él completará en nosotras el trabajo bueno que Él ha comenzado.

La caridad, la tercera de las virtudes teologales, es el amor de Dios Mismo activo en nosotras. Pero dado que la caridad es una participación en la vida misma de Dios, ésta difiere del amor humano. Mientras que el amor humano es condicional, la caridad (el amor de Dios) no lo es. Jesús nos dice que debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, y tenemos que amar a nuestro prójimo como a nosotras mismas. Este mandamiento sería imposible de cumplir si no fuera por la virtud de la caridad.

A través de la virtud teologal de la caridad, el amor de Dios Mismo toma residencia en nuestro interior y, por lo tanto, nos hace posible el amar *a través de Su amor* en vez de a través del nuestro. Mediante la caridad amamos a los que no pueden ser amados, perdonamos a los imperdonables, mostramos misericordia a los despiadados. Mediante la caridad los corazones son enmendados, los espíritus son restaurados y las almas hechas íntegras. Sólo a través de la caridad podemos nosotras, como mujeres, cumplir con nuestra misión de ser las sanadoras del mundo.

Viviendo las Virtudes

¿Dónde y cuándo debemos practicar las virtudes? No tenemos que ir muy lejos en nuestra búsqueda por obtener una respuesta a esta pregunta, ya que todos los días se nos proveen amplias oportunidades. De hecho, cuando miramos los eventos de nuestro día a la luz de la voluntad de Dios de buen placer, reconocemos en cada circunstancia la oportunidad para crecer en santidad, haciendo surgir de nosotras una respuesta virtuosa en cooperación con la gracia de Dios. A medida que nos acostumbramos a reconocer la mano de Dios actuando en y a través de todas las cosas, nosotras dejamos de percibir las pruebas como obstáculos que tenemos que superar y las vemos, más bien, como bendiciones repletas de gracia esperando a ser descubiertas. Las circunstancias difíciles se convierten en la prensa de la oliva de la santidad, de la cual emerge el unguento del amor de Dios.

Y, a pesar de que trabajamos dentro de los confines de lo humanamente posible y de la oración para resolver cada problema, obtenemos gran beneficio espiritual mientras perseveramos durante las pruebas, hasta que nos llegue la respuesta. La virtud no se practica en un vacío, sino dentro del contexto de nuestras vidas diarias.

Dios nos hace el llamado a la santidad de vida, y las virtudes nos ayudarán a alcanzar ese objetivo. ¿Cómo, entonces, es que nosotras agudizamos nuestra visión espiritual para descubrir el gran regalo que esconden las circunstancias que ocasionan dicho regalo? Lo hacemos a través de la reflexión espiritual—una mirada contemplativa a las acciones de Dios dentro de nosotras, a nuestro derredor, y entre nosotras.

LA SEMILLA DE LA REFLEXION SAGRADA: DESCUBRIENDO LA MANO DE DIOS EN LA VIDA DIARIA

El regalo de la sabiduría es un regalo “contemplativo”. Si deseamos cultivar la sabiduría, entonces tenemos que discernir la acción de Dios en las circunstancias y en las situaciones de nuestras vidas. Esta contemplación no es auto-absorción o introspección desordenada, sino más bien una contemplación sagrada a través de la cual percibimos la voluntad de Dios para nosotras. La práctica espiritual de evaluar los eventos que acontecen en nuestras vidas a través de los ojos de la fe nos ayudará a alcanzar verdadera sabiduría y comprensión, y nos permitirá obtener los beneficios espirituales que Dios nos ofrece a través de cada circunstancia.

Nuestra Madre en el orden de la gracia, la Santísima Virgen María, es un maravilloso ejemplo de una mujer que practicó este tipo de reflexión. En su Evangelio, San Lucas establece en dos ocasiones que la Santísima Virgen María “*ponderaba acerca de todas estas cosas en su corazón*”. Lo que San Lucas nos dice con esta descripción de nuestra Madre es que ella evaluaba todos los eventos de la vida a la luz de la Palabra de Dios.

Recordemos que María era una fervorosa muchacha judía, criada en la religión de su pueblo. Era una muchacha de oración que había desarrollado una relación íntima con Yahweh. Los salmos y las palabras de los profetas le eran familiares, y los había convertido en el objeto de meditación de su corazón.

Por tanto, ella comprendió que Dios estaba hablando a través de Gabriel cuando el ángel le pidió que fuera la madre del Mesías, a pesar de que María no podía comprender cómo esto era físicamente posible. El mensaje del ángel se hacía eco de las palabras expresadas por los profetas, quienes anunciaban Su venida. Su comprensión de los caminos de Dios y de las promesas que Él hiciera a través de los profetas le proporcionaron la fe para confiar y entregarse en este momento tan importante de su vida.

Esta piadosa percepción clara de evaluar los eventos de la vida a la luz de la Palabra de Dios no cambió para María, nuestra Madre, cuando nació Jesús. De hecho, su estrecha unión con el Hijo de Dios, *en útero* y después de Su nacimiento, deben de haberle proporcionado a ella un discernimiento más agudo de los caminos de Dios. Siendo una criatura humana, María no era omnisciente. Sin embargo, a través de su

unión íntima con Dios, ella fue infundida de conocimiento espiritual. Y partiendo de tal sabiduría sagrada, María interpretó todos los eventos de su vida—el nacimiento de su Hijo, la profecía de Simeón, la huida a Egipto, el encuentro del niño en el templo, el milagro de la boda de Cana, el ministerio de enseñanza y sanación de Jesús, Su Pasión, muerte y resurrección, Su ascensión a los cielos, el día de Pentecostés—e invirtió en estos eventos su fe y confianza en la revelación de Dios *aún en el momento en que estaba siendo revelada*.

Llamadas a Ponderar

Siguiendo el ejemplo de nuestra Madre en el orden de la gracia, estamos llamadas un tipo similar de contemplación piadosa. Debemos aprender a evaluar todos los eventos de la vida, todas las circunstancias y situaciones del mundo a la luz de la Palabra de Dios y la revelación como telón de fondo. Si hemos de evaluar con la mente de Dios, nosotras también debemos “*ponderar todas las cosas en nuestros corazones*” en nuestro tiempo diario de oración.

A medida que practicamos este tipo de reflexión piadosa, podremos identificar la mano de Dios actuando en todas las circunstancias de nuestras vidas—tanto en los momentos jubilosos como en los dolorosos. Nuestro conocimiento de Dios crecerá, nuestra visión y comprensión humana será infundida de la Vida Divina y alcanzaremos verdadera sabiduría, verdadera percepción clara y verdadero juicio espiritual. Y así, al igual que nuestra Madre, investiremos nuestra fe y confianza en la revelación de Dios para con nosotras, *aún en el momento en que está siendo revelada*, y con completo abandono nos arrojaremos a los brazos de amor de Dios.

Una reflexión para los momentos de oración. Recuerdo de mi propia experiencia un rezo en meditación que me mostró el valor de ponderar los eventos de nuestras vidas a través de los ojos de Dios—incluso en tiempos de prueba. Mateo 2: 1–12 describe la jornada de los Reyes Magos hacia el Niño Jesús. Mientras reflexionaba sobre este pasaje, pude ver a los Reyes Magos con los ojos de mi mente. Ellos atravesaban la región, su paso marcado por los movimientos pausados de los camellos, cada uno de sus pasos iluminados por una luz brillante que hondeaba desde los cielos.

En mi imaginación les podía escuchar hablando excitadamente de la maravillosa estrella que se apareció por el este—una estrella que obviamente significaba el nacimiento de un niño que cambiaría el curso de la historia del mundo. Podía imaginarles diciendo: *Ésta debe ser Su estrella, la estrella del Niño a Quién los judíos esperan que sea su nuevo Rey, su Mesías*. Podía escuchar a estos astrólogos comentando sobre la maravillosa estrella y cuán grande el privilegio que conllevaba haberla descubierto, viajar bajo su brillante resplandor y seguirla con la intención de rendir homenaje a este nuevo rey. Casi podía escucharles diciendo: *¡Que gran honor!*

Les seguí con el ojo de mi mente a lo largo de su travesía. Les observaba cuando miraban con desilusión al cielo cuando la estrella desapareció, obligándolos a detenerse en Jerusalén para consultar a los judíos sobre el paradero del niño rey. Imaginaba su profundo júbilo al ver la estrella reaparecer, conduciéndolos directamente al lugar donde

se encontraba el Niño Jesús.

¡Cuánto respeto reverencial deben haber sentido cuando contemplaron al Hijo de Dios! ¡Cómo sus sentidos deben haberse sobrecogido ante la escena de la Palabra Encarnada! ¿Se enternecieron sus corazones ante Su tierna sonrisa? ¿Se saturaron sus almas de paz y alegría y esperanza mientras Le miraban? ¿Podrían haberse imaginado tan maravilloso encuentro?

Estas preguntas inundaban mi mente mientras dejaba mi imaginación seguir libremente a los Reyes Magos hasta su destino final. A medida que oraba, contemplaba sobre el significado de esta historia en mi propia vida. ¿Por qué el Espíritu Santo me había dado esta lectura en este momento? Una y otra vez mi atención se dirigía de nuevo a la estrella.

La estrella gloriosa era la brújula de Dios, que orientaba a los Reyes Magos de Oriente—gentiles—hacia el Niño Jesús. Sin duda, ellos fueron transformados por la experiencia, atraídos hacia un encuentro transformador de vida con el único Hijo engendrado de Dios. Arriesgaron sus propias vidas para proteger a este Niño, retornando a casa por una ruta diferente en vez de reportarse de nuevo ante Herodes, como el rey les había instruido.

A medida que continuaba orando, consideraba las “estrellas” en mi propia vida: las personas y las circunstancias que Dios utilizó para conducirme hacia Jesús. Ciertamente mis padres, que me criaron en un hogar católico, eran “estrellas” reconocibles en mi travesía hacia Cristo. Así también la educación católica que me impartieron las Monjas Vicentinas de la Caridad y las Monjas Dominicas. El estudio continuo de la fe brilló con una fuerza iluminativa que me condujo aún más cerca del corazón de Dios.

Mi esposo, que tanto me ama, y nuestros hijos, fruto de nuestro matrimonio, han sido radiantes estrellas, iluminándome el camino. Amigos buenos y santos que me han dado el apoyo y el amor profundo de ellos hacia Dios también han sido estrellas obvias, brillantes y duraderas. El ejemplo de fe demostrado tan vividamente por fieles sacerdotes y religiosos irradia un brillo estelar de gracia sobre mi camino.

Y, así, otras estrellas fueron prontamente apareciendo. Estas estrellas eran tan gloriosas que sus rayos dorados casi cegaban mi vista. Los sacramentos resplandecían como diamantes ante un cielo negro aterciopelado. El Santo Sacrificio de la Misa relucía con la brillantez del sol de mediodía. La Eucaristía y la Adoración del Santísimo Sacramento radiaban con un esplendor demasiado esplendoroso como para ser mirado a simple vista. Y la oración privada, ese tiempo personal y sagrado de conversación con Dios, fue una luz constante y fiel iluminando mi camino hacia Jesucristo.

Entonces pude advertir aún más estrellas... estrellas que aparecían oscuras y monótonas, su esplendor oculto tras una niebla densa y espesa. Nubes siniestras oscurecían su luz, y los caminos bajo ellas estaban ensombrecidos y oscurecidos. Yo me preguntaba: *¿Qué o quiénes eran estas “estrellas” en mi vida?*

Casi inmediatamente, las nubes se deshicieron y la neblina se disipó, para revelar la grandeza sin igual de estas estrellas. Estas estrellas representaban los momentos difíciles de mi vida—las pruebas y tribulaciones, los momentos de tristeza intensa y dolor intenso, los tormentos y las desilusiones, los malentendidos y las heridas. Éstas eran las

circunstancias y eventos que yo siempre categorizaba como de “purificación” y “prueba”.

Ahora el Espíritu Santo me estaba mostrando que estos en realidad fueron momentos de gran bendición y de luz, momentos repletos de iluminación celestial. Pues, fueron estos los momentos en que yo más dependía de Dios, buscando Su orientación y dirección. Fueron estos los momentos en que los ángeles me suministraron auxilio y los santos intercedieron por mí. Eran estos los momentos en que Jesús amorosamente me cargó de minuto a minuto en sus brazos capaces y amorosos. Estos eran los momentos en que, aunque me sentía privada de Su presencia, estaba más cerca de Su Sumo Sagrado Corazón. Sin duda, eran estos los momentos en que torrentes gloriosos de luz irrumpieron la oscuridad de mi conciencia con la luz del amor de Dios.

De repente, estas estrellas tomaron un aspecto más brillante que todas las demás, pues fue en estos momentos cuando la luz fructífera de cada otra “estrella” de mi vida aportó su esplendor para conducirme más profundamente en la misma Vida Divina.

A lo largo del curso de la vida, todas nosotras experimentamos muchas “estrellas”—personas, circunstancias, eventos y situaciones —que nos pueden encaminar a Cristo. Algunas de estas estrellas brillan con iluminación divina. Otras están cubiertas por el velo oscuro de las tribulaciones. Y aún así, en medio de todo esto, Jesús está con nosotras, llamándonos hacia Sí Mismo y esperando para introducirnos más profundamente en la Vida Trinitaria.

Al igual que la Santísima Virgen María, debemos “ponderar en nuestros corazones” cada circunstancia, cada situación, evaluándola a la luz del amor de Dios. Nuestra santa reflexión podrá irrumpir la oscuridad, y la brillantez del plan de Dios para nosotras saldrá a relucir. Podremos percibir cada evento y cada suceso como una estrella cuya brillante luz nos llama hacia el Niño Jesús.

Pidámosle a Dios que nos provea visión para reconocer nuestras “estrellas”, gracia para aceptarlas y verdadera alabanza y alegría mientras las adoptamos, a sabiendas de que Su divino propósito para nosotras nunca puede ser frustrado cuando nuestro único deseo es servir Su Santa Voluntad.

DIRECCION ESPIRITUAL: NUTRIENDO LA VIDA DIVINA EN NOSOTRAS

El progreso espiritual no avanza en línea recta. Por el contrario, se mueve a lo largo de una ruta tortuosa, con giros y curvas en el camino que parecen conducirnos en direcciones opuestas, a veces *alejándonos*, luego *acercándonos*, a nuestro ideal. Nosotras tomamos pasos largos, retrocedemos, adquirimos discernimiento, nos movemos hacia delante —y cada vez encontramos que estamos un poco más adelantadas de donde estábamos al comienzo. Las mismas lecciones se nos presentan una y otra vez—lecciones de confianza, de esperanza, de perseverancia, de fe—pero en cada ocasión, nosotras penetramos más profundamente el misterio y nos conformamos más cercanamente a la voluntad de Dios.¹⁰

De forma gradual, logramos ver que con cada paso hacia adelante crecemos en sabiduría, en madurez y en gracia. Las virtudes de la fe, de la esperanza y de la caridad

se están desarrollando en nosotras. Nuestros pensamientos, nuestras acciones y las inclinaciones de nuestros corazones son imbuidos con la vida de Dios. Y así, con el tiempo, nosotras alcanzamos madurez espiritual.

En todas las etapas del progreso espiritual, nosotras continuamos siendo personas que son inherentemente pecaminosas, quebrantadas, débiles, y en necesidad de sanación. Por tanto, nuestras insinuaciones en la oración, nuestros discernimientos en asuntos relacionados con los demás y nuestra relación con Dios se pueden nublar o deteriorar. En ocasiones encontramos que, a medida que nos acercamos a Dios, no siempre sabemos como responderle; o podemos sentir que hemos perdido nuestro camino o que nos hemos desviado de la trayectoria hacia la santidad. La calidad de nuestra oración puede cambiar, y nuevos valles y montañas aparecer en el paisaje de nuestra alma. Dudas, escrúpulos, confusión o tentación pueden comenzar a infestar nuestra trayectoria. Por todas estas razones, cuando nos tomamos en serio el seguir en el camino de la vida espiritual, tenemos que tener un director espiritual. Aunque la dirección espiritual no es necesaria para la santificación, es una forma normal de hacer progreso en la vida espiritual y de crecer en el don de la sabiduría.

¿Qué es la Dirección Espiritual?

En cada etapa de la vida espiritual, aquellas que se toman en serio la vida de oración y de crecimiento espiritual necesitan los consejos y asesoramientos sabios de otro que pueda ofrecer la necesaria dirección y orientación a lo largo del camino hacia la perfección espiritual. Thomas Dubay, en su libro *Seeking Spiritual Direction: How to Grow the Divine Life Within (En Busca de la Dirección Espiritual: Cómo Cultivar la Vida Divina en Tu Interior)*, define la dirección espiritual como “el encaminar a una persona hacia una vida verdaderamente bajo el dominio del Espíritu Santo, El Cuál es el director principal”.¹¹

Tanto el propósito como los beneficios de la dirección espiritual son diferentes de otras prácticas y disciplinas cristianas. No es lo mismo que la “conversación sagrada” con otros o las directrices y correcciones ofrecidas por el sacerdote en el confesionario. La dirección espiritual no es psicoterapia; y tampoco sigue las líneas de tendencias populares y culturales como el Misticismo oriental o la tipología de las personalidades. Más bien, es un programa sistemático y consistente establecido por el director para encaminar un alma a la perfección cristiana.

La Historia de la Dirección Espiritual

La dirección espiritual ha sido practicada desde antaño en la Iglesia como un medio de ayudar a las almas a crecer en comprensión espiritual y sabiduría divina. Quizás el primer ejemplo de dirección espiritual que conocemos en la Iglesia principiante tiene lugar con San Pablo en el camino a Damasco. Aunque nuestro Señor mismo se le apareció a Pablo en el momento de la conversión del apóstol, Él luego lo envió a Ananías para recibir instrucción (ver Hch 9: 3–9).

En referencia a la conversión de Pablo, el Papa Leo XIII dice:

Dios, en Su infinita Providencia, ha decretado que la mayor parte de la salvación de los hombres debe recaer sobre otros hombres; por ello Él ha determinado que aquellos a los que Él llama a un grado más elevado de santidad deben ser conducidos a esa santidad por otros hombres, “de tal manera que”, como dice Crisóstomo, “Dios nos instruya a través de los hombres...”. Aquellos que rechacen [esta doctrina], de seguro lo hacen imprudentemente y corriendo peligro.¹²

Las dos últimas oraciones de esta cita del Papa Leo XIII hacen referencia a los consejos que nos dan los grandes santos en materia de dirección espiritual. San Francisco de Sales aconseja: “¿Anhelas seriamente viajar por el camino de la devoción? Si es así, busca un hombre bueno para que te guíe y de dirección. Éste es el más importante de todos los consejos”.¹³ De forma similar, San Juan de la Cruz dice: “El alma sola y sin maestro, y que tiene virtud, es como el carbón encendido que está solo; antes se irá enfriando que encendiendo”.¹⁴

Otro santo de la vida espiritual, San Juan Clímaco, nos dice: “De manera semejante a como una nave que tiene buen timonel llega sin peligro a puerto, así también, el alma que tiene un buen pastor lo alcanza fácilmente, aunque haya cometido muchos errores”.¹⁵ Y Santa Teresa de Jesús les aconseja a sus hermanas:

Independientemente de cuantas consolaciones y promesas de amor el Señor os dé... nunca debéis estar tan seguras de vosotras mismas que perdáis el miedo a una recaída, y debéis absteneros de situaciones que os conduzcan al pecado. Haced todo lo posible por discutir estas gracias y favores con alguien que os pueda iluminar y no tengáis secretos para ese alguien.¹⁶

La dirección espiritual nos ayuda a hacer progreso en la perfección cristiana de diversas maneras. Dubay enumera los siguientes beneficios como los más aparentes:

La dirección espiritual nos ayuda a:

- Detectar mediocridad o debilidad interior
- Sobrellevar períodos de oración dificultosa y seca
- Hacer penitencia de forma apropiada
- Moderar cuidadosamente el entusiasmo por fenómenos extraordinarios
- Discernir una vocación
- Ejercitar la sabiduría en el material de lectura
- Detectar matices en las virtudes y los vicios
- Identificar problemas psicológicos
- Evaluar el progreso, o ausencia de progreso, espiritual
- Adquirir responsabilidad y experimentar apoyo¹⁷

En su obra clásica *Las Tres Edades de la Vida Interior*, Reginald Garrigou-Lagrange resume éstas de la siguiente manera:

Cualquiera comprende sin dificultad que para realizar la ascensión de una montaña es necesario un guía; lo mismo sucede cuando se trata de la ascensión espiritual...; y tanto más, cuanto que en este caso hay que evitar los lazos que nos tiende alguien (el demonio) muy interesado en impedir que subamos.¹⁸

Con todos estos beneficios, la pregunta que se sigue es: ¿Quién sirve para ser un buen director espiritual?

Las Cualidades a Buscar en un Director Espiritual

San Francisco de Sales resume en tres palabras las cualidades necesarias de un director espiritual—caridad, conocimiento y prudencia. “Si carece de una de éstas”, dice San Francisco, “hay peligro”.¹⁹ Santa Teresa de Jesús (de Ávila) coincide con él. En su autobiografía ella escribe:

Es de suma importancia que el director sea prudente – es decir, de entendimiento sensato—y un hombre de experiencia. Si, en adición a esto, es un hombre educado, entonces mucho mejor. Pero si estas tres cualidades no se pueden encontrar simultáneamente, las dos primeras son las más importantes, ya que hombres educados con los que nos podamos comunicar se pueden encontrar cuando sea necesario. Es decir, que para los principiantes los hombres educados son de poca utilidad, si no son hombres de oración. No quiero decir con esto que ellas no tengan nada que ver con hombres educados... Conocer es una gran cosa... ¡De devociones absurdas, Dios nos libre!²⁰

Hoy en día, las devociones “absurdas” abundan. Todo tipo de novedades y ejercicios superficiales se hacen pasar como dirección espiritual o métodos útiles para la vida espiritual. Hace falta un director conocedor, prudente y amoroso para guiarnos a través de los campos minados del disparate espiritual que abunda en muchas casas de retiro, universidades y parroquias hoy en día. Al igual que San Francisco y Santa Teresa, San Juan de la Cruz recomienda que el director espiritual posea conocimiento, experiencia y discreción.²¹ Con estas tres características, un discípulo puede sentirse confiado sabiendo que le será dado consejo sabio y buen asesoramiento.

Thomas Dubay recomienda una cualidad adicional en un director espiritual valioso, en su libro *Seeking Spiritual Direction (Buscando Dirección Espiritual)*. Él dice: “No debe haber ni credulidad ingenua ni escepticismo de mente cerrada cuando uno escucha ocurrencias extraordinarias narradas por un discípulo. Nos referimos especialmente a ocurrencias divinas de iluminación de diversos tipos... así como oraciones absorbentes y extáticas”.²²

Los directores espirituales hábiles saben cómo reconocer una experiencia espiritual auténtica y pueden alejarnos de decepciones e ilusiones que puedan distraernos de nuestro propósito – o incluso seducirnos para apartarnos de la verdad.

El Director Espiritual: Elijan Sabiamente

Conocimientos, prudencia y caridad son las cualidades que deseamos en un director espiritual. Debemos buscar a personas que posean esas cualidades.

¿Posee esta persona conocimientos? Si el director no se adhiere a los criterios del Evangelio, o los interpreta desde una perspectiva “relativista”, o si el director no promueve las enseñanzas de la Iglesia Católica Romana, éste queda automáticamente descartado.

Más aún, el director espiritual debe tener entrenamiento teológico formal, o estar certificado como director espiritual por una institución reconocida por la calidad de su educación y por su ortodoxia. El director espiritual debe también poseer experiencia tanto en asuntos de dirección como de oración personal. Los matices que se nos presentan en la vida espiritual son muchos, y sólo una persona experimentada en discernir los

movimientos del alma puede asesorarnos adecuadamente.

¿Es esta persona prudente? ¿Cómo sabemos si un director espiritual no es prudente? Esto se sabe por la calidad de la dirección que nos imparte.

Si la preocupación principal del director espiritual es otra cosa que no sea la de alinear nuestra voluntad con la voluntad divina, debemos ser cautelosas.

Si la visión de Dios del director es otra cosa que no sea monoteísta (un sólo Dios), entonces debemos ser cautelosas.

Si nos insiste en que practiquemos técnicas orientales de oración tal como el Zen, la meditación trascendental o el yoga, debemos ser cautelosas.

Si el director nos recomienda que busquemos auto-conocimiento a través del eneágono, de la tipología de las personalidades, o de la psicología jungiana, entonces debemos ser cautelosos. Si nos sugiere cualquier técnica “New Age” (“Nueva Era”) u ocultista, debemos ser cautelosas.

Finalmente, si el director espiritual se apresura a llegar a conclusiones, hace evaluaciones rápidas, sugiere respuestas sencillas o menosprecia nuestras preguntas e inquietudes, debemos ser cautelosas. Todas éstas son buenas indicaciones de que esa persona puede no poseer prudencia y sano juicio.

¿Es esta persona caritativa? ¿Cómo sabemos si un director espiritual actúa motivado por la caridad? La manera en que nos trata es el primer indicador. ¿Nos trata con aprecio a nuestra individualidad, o intenta “atarugar” nuestras respuestas dentro de un molde preconcebido? Sobre este particular, Dubay nos dice:

Dios tiene innumerables maneras de intervenir con cada alma. Algunos directores cometen el error de echar a un lado la mayoría de las normas y los patrones con exagerada flexibilidad, mientras que otros aplican principios como si no existieran diferencias individuales en la capacidad y el desarrollo de sus discípulos.²³

Existen otras maneras de determinar si nuestro director espiritual practica la caridad. ¿Está interesado en lo que nosotras tenemos que decir? ¿Cuán desarrollada está su habilidad de escuchar? ¿Se muestra compasivo y simpático?

Sin embargo, hay que hacer una nota de cautela. Aunque nuestro director espiritual debe practicar la caridad verdadera, su labor no es estar de acuerdo con nosotras, o ser poco estricto con nosotras o hacer concesiones para con nosotras. La labor del director espiritual es conducirnos por el camino de la santidad y la perfección cristiana. La vida espiritual no es un camino fácil. Es un camino estrecho y riguroso. Debemos esperar que se nos hable con la verdad, pero sí debemos esperar que se nos diga con amor.

¿Cuál Debe Ser Mi Actitud Ante Mi Director Espiritual?

Aunque ciertamente existen expectativas que tenemos que tener para con nuestro director espiritual, también hay expectativas que tenemos que tener para con nosotras mismas, si es que esperamos hacer uso pleno del proceso de dirección. En su libro *The Spiritual Life (La Vida Espiritual)*, el Padre Adolphe Tanquerey nos ofrece una guía clara.²⁴

Primero, debemos respetar nuestro director de la misma manera que respetaríamos a un embajador de Cristo, ya que eso es exactamente lo que es. Por ello, debemos

abstenernos tanto de crítica excesiva como de afecto immoderado. San Francisco de Sales nos dice: “En una palabra, esta amistad debe ser fuerte y dulce, santa, toda sagrada, totalmente divina y enteramente espiritual”.²⁵

Segundo, debemos entrar en esta relación con confianza y apertura de corazón, dispuestos a revelar a nuestro director los movimientos internos de nuestro corazón, nuestros pensamientos e ideas, las indicaciones que recibimos a través de la oración, y las debilidades y flaquezas que reconocemos. San Francisco de Sales dice:

Abre tu corazón a él con toda sinceridad y fidelidad, dile claramente y sin decepción o disimulo sobre lo bueno y lo malo que hay en tí. Por este medio lo bueno será examinado y aprobado, y lo malo será corregido y reparado... Debes tener confianza sin límites en él, acompañada de reverencia sagrada, de tal manera que la reverencia ni reduzca la confianza, ni la confianza obstaculice la reverencia.²⁶

Tercero, debemos ser dóciles. Nuestros corazones tienen que ser enseñables y nosotras tenemos que estar dispuestas a aprender. La docilidad se practica obedeciendo fielmente las instrucciones de nuestro director espiritual, tomando en serio sus palabras de dirección y dando seguimiento a cada sugerencia que recibamos de él. Si nos adentramos en la dirección espiritual con dureza de corazón ejercitada por un fuerte sentido de voluntad propia, podemos estar seguras de que haremos poco progreso. Pero si nos adentramos verdaderamente buscando la faz de Dios y con docilidad de espíritu, encontraremos que creceremos fuertes en la vida espiritual.

¿Qué pasa si descubrimos que tenemos diferencias irreconciliables con nuestro director espiritual, aún cuando él o ella puede que cumplan con todas las cualidades necesarias? La naturaleza humana es la naturaleza humana. En algunas ocasiones hay personalidades que no congenian una con la otra. En estos casos, debemos explorar todas las posibles opciones para resolver estas diferencias. A menudo, la causa del roce es la misma área en la que necesitamos sanación, arrepentimiento, crecimiento o virtud. Como dice Tanquerey: “Sólo después de una razón grave o de una reflexión juiciosa debemos determinar buscar otro director espiritual”.²⁷

¿Cuáles, entonces, serían razones legítimas para cambiar de director espiritual? Tanquerey nos ofrece las siguientes razones: (1) A pesar de todos nuestros mejores esfuerzos, no logramos apertura con nuestro director porque no lo respetamos o no confiamos en él o ella. (2) Tenemos dudas razonables de que nuestro director no puede conducirnos a la santidad debido a sus creencias, predisposiciones, o sentimientos hacia nosotros. (3) Descubrimos que nuestro director carece de caridad, conocimiento o prudencia. Todas éstas son razones legítimas para cambiar de director.²⁸ Recuerden, sin embargo, que la consistencia en la vida espiritual es importante; el beneficio de la continuidad en la dirección espiritual no se debe sobrestimar.

¿Qué Pasa Si Yo No Puedo Encontrar un Director Espiritual?

Ésta es una pregunta importante, porque en todas las épocas aparenta haber una escasez de hombres y mujeres santos que puedan conducir a otros por el camino de la santidad y les puedan ayudar a nutrir la Vida Divina interior. San Francisco de Sales, Santa Teresa de Jesús (de Ávila) y San Juan de la Cruz, todos se lamentaban de una escasez de

directores espirituales competentes en sus épocas; y los fieles católicos laicos se quejan de lo mismo en nuestra época. ¿Qué, entonces, debemos hacer si hemos hecho todos los intentos posibles por conseguir un director espiritual pero no hay ninguno disponible, o los que están disponibles parecen ser cuestionables?

Dubay ofrece algunas posibles soluciones, advirtiendo al lector de no apresurarse a elegir estas opciones sin el esfuerzo requerido para encontrar un director adecuado.²⁹

Primero, hacer uso del Sacramento de la Reconciliación. Aunque el propósito principal del sacramento es el absolvernos de nuestros pecados y sanar las heridas del alma, el sacramento también provee una oportunidad para la búsqueda de consejos. Dubay recomienda que elijamos una pregunta y la formulemos de forma sucinta. En la mayoría de los casos, el confesor estará dispuesto a ayudarnos en nuestro camino espiritual.

Segundo, amar la verdad y buscarla de forma apasionada. Aunque muchas de nosotras creemos que somos diligentes en nuestra búsqueda por la verdad, la realidad es que a menudo lo que buscamos es la concordancia y la complicidad de otros. Debemos aspirar a reconciliar nuestra mente con la realidad, no con la novedad o el placer o la voluntad propia. “Buscad y encontraréis”, nos dice Jesús (Mt 7: 7). Si buscamos la verdad, la encontraremos, ya que Dios nos otorga los deseos de nuestro corazón (ver Sal 37: 4).

Tercero, persigue la santidad. En una sección anterior de este libro, ya discutimos cómo crecer en santidad. La oración es absolutamente esencial, así como el deseo de librarnos de los vicios, de los apegos y de cualquier otro obstáculo que impida nuestra unión con Dios. También debemos practicar la obediencia a la voluntad de Dios. Sin la obediencia, nosotras nunca podremos siquiera comenzar a introducirnos en la vida espiritual, y mucho menos crecer en la santidad.

Cuarto, debemos aceptar las circunstancias de nuestras vidas y abrazar la voluntad de Dios de buen placer. Es a través de la cruz de Cristo que alcanzamos la luz que necesitamos para la vida espiritual. Y es viviendo conforme a la Pasión en nuestras propias vidas que somos capaces de experimentar la resurrección, el poder y la felicidad que conlleva el unirnos al sufrimiento de Cristo. Como dice Dubay: “Podemos estar seguros de que estamos obedeciendo la voluntad divina tanto cuando nos esforzamos por refrenar el curso de lo que está mal, como cuando aceptamos sin quejas el sufrimiento por aquello que no puede ser prevenido”.³⁰

Quinto, tenemos que orar. La oración es la dinámica de la relación que nos conduce a una unión con Dios. A través de nuestro tiempo de oración, nosotras crecemos en sabiduría, madurez y gracia ante el Señor, a medida que Su propia vida se vierte en los confines humildes de nuestros corazones. Descubrimos Su amor por nosotras, y es a través de este reconocimiento que podemos confiar en, abandonarnos a y recibir todo lo que Él desea para nosotras.

Finalmente, podemos buscar dirección espiritual mediante la lectura sagrada y

mediante el estudio de la vida de los santos. Mucho de lo que se vende hoy bajo la categoría de “literatura espiritual” nos puede conducir por el camino de la perdición, en vez de por el camino de la santidad. Por esta razón, debemos ser selectivas en lo que seleccionamos para leer. Es mejor adherirse a publicadores reconocidos por su ortodoxia. Y aún en estos casos, debemos ser prudentes, eliminando de nuestros anaqueles de libros todo aquello que aparente reducir la vida espiritual a una fórmula, o que trivialice las verdades de nuestra Fe.

Debemos ejercitar la sabiduría a la hora de seleccionar qué libros leer. “Por sus frutos los conocerás”, se nos suele decir; ésta es una buena manera de evaluar el mérito de los diferentes autores. Si hay alguna duda, entonces es mejor evitarlos. Los clásicos y los escritos de los santos son material de lectura seguros, y pueden ayudar mucho a conducir nuestras vidas por el camino de la santidad. Y lo mismo ocurre con la Sagrada Escritura, el *Catecismo de la Iglesia Católica*, y otras lecturas establecidas, como los escritos de los Padres de la Iglesia. Un texto que yo particularmente recomiendo es *Hablar con Dios*, de Francisco Fernández Carvajal. Este conjunto de siete volúmenes utiliza las lecturas diarias de la liturgia para proveernos con alimento espiritual que nutre nuestras mentes, que alimenta nuestras almas y satisface nuestros corazones. Sin duda es una excelente fuente de dirección espiritual para el diario vivir.

Mediante la lectura y el estudio de las vidas de los santos alcanzamos a conocer estas lumbreras de la fe, cuyos propios caminos hacia la santidad han alumbrado el camino a un sin fin de almas. Santa Teresa de Jesús (de Ávila), San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Liseux y Santa Catalina de Siena, son sólo un pequeño número de aquellos santos que se han convertido en faros de luz para la vida espiritual. El estudiar cómo rezaban, cómo lidiaban con el sufrimiento y cómo unían sus voluntades a la de Dios, nos provee una guía clara y una dirección que no engaña.

Dubay nos dice que la “lectura sagrada” consiste de tres elementos que la convierte en distinta a otros tipos de lecturas: (1) “nutre a una persona con la palabra de Dios, aún cuando el contenido no sea explícitamente bíblico”; (2) “ilumina al lector con la verdad divina”; y (3) “es una experiencia de oración, un diálogo con el Señor que habita en los confines de su Iglesia y con cada miembro en los confines de su templo”.³¹ Ciertamente, los escritos de los santos y las vidas de los santos cumplen con todos los tres propósitos.

Palabra Final Sobre la Sabiduría

El Papa Juan Pablo II nos ofrece un consejo sabio sobre el crecimiento en la vida espiritual. Él nos dice:

Y para descubrir la concreta voluntad del Señor sobre nuestra vida son siempre indispensables la escucha pronta y dócil de la palabra de Dios y de la Iglesia, la oración filial y constante, la referencia a una sabia y amorosa dirección espiritual, la percepción en la fe de los dones y talentos recibidos y al mismo tiempo de las diversas situaciones sociales e históricas en las que se está inmerso.³²

Si vamos a cumplir con el llamado que se nos ha hecho como mujeres de “*ayudar a la humanidad a no degenerar*” y ser las sanadoras del mundo, es esencial que cultivemos el

don de la sabiduría en nuestras vidas. Aspirando a vivir la plenitud de nuestra misión, debemos afrontar cada día con la mente de Cristo. Conformando nuestra voluntad con la de Dios, renovando la mente a través de la obediencia, practicando las virtudes, reflexionando contemplativamente, recibiendo dirección espiritual y siendo dóciles con los movimientos del Espíritu Santo—de todas estas formas crecemos en sabiduría y hacemos progreso en la vida espiritual.

A medida que nos acercamos al final de este capítulo sobre la sabiduría, haremos bien en considerar las siguientes palabras de Sirácida (Eclesiástico). Ellas nos ofrecen un repaso sucinto de este capítulo, y nos dan instrucciones específicas de cómo alcanzar sabiduría, “la visión espiritual” de la vida abundante:

Hijo, si quieres, serás instruido,
y si te aplicas con toda el alma, llegarás a experto.
Si eres amante de escuchar, aprenderás;
si aplicas tu oído, serás sabio.
Frecuenta las reuniones de ancianos;
sigue la sabiduría de ellos.
Escucha con gusto toda explicación que venga de Dios,
y no te pierdas las sentencias atinadas.
Si ves a alguien prudente, madura a su lado;
que tus pies desgasten el umbral de su puerta.
Medita en los preceptos del Señor,
y ejercítate siempre en sus mandamientos;
Él dará firmeza a tu corazón,
y tus anhelos de sabiduría serán satisfechos.

SIRACIDA (Eclesiástico) 6: 32–37

SEXTO



La Eucaristía: El Corazón de la Vida Abundante



VEN Y ADOREMOSLE

Al igual que María, nuestra Madre, hemos sido llamadas por Dios para llevar la vida de Jesucristo al mundo. Y como nuestra Madre, nosotras también debemos estar impregnadas por el espíritu del Evangelio, infundidas de Aquél cuyo nombre es Jesucristo. Ya hemos visto el grado supremo hasta el cual nuestra Santísima Madre, unida a la Palabra de Dios, se convirtió en un reflejo de Aquél a quien dio a luz. Ella sirve como modelo del grado de transformación a la que cada una de nosotras ha sido llamada.

La oración, la obediencia y el actuar con la sabiduría de Dios, nos conducen por el sendero de la transformación. Pero, es cuando recibimos en el interior de nuestros cuerpos a Aquél de cuya imagen anhelamos convertirnos en un reflejo que somos más poderosamente transformadas. De la misma manera que María concibió a Jesús en los confines de su cuerpo, de esa misma manera nosotras, también, hemos de concebirlo a Él en el vientre de nuestros corazones. A través del regalo de la Eucaristía recibimos a la verdadera persona de Jesucristo, y al así hacerlo nos convertimos en un cáliz de Su vida.

En la medida en que recibimos la Eucaristía con fe y convicción y adoramos el Corazón de nuestro Señor según se nos es dado en el Santísimo Sacramento, en esa misma medida fomentamos el proceso de transformación que Dios ha iniciado en nosotras. El Papa Pablo VI nos dice que “todos los que se acerquen a este augustísimo sacramento con especial devoción... pueden experimentar cuán grandioso es el valor de estar en comunión con Cristo..., ya que no hay nada más efectivo para avanzar en el camino a la santidad”.¹

Encuestas recientes sugieren que menos de la mitad de los católicos en los Estados Unidos que van a misa creen en la Verdadera Presencia de Jesús en la Eucaristía. Estos no son católicos de los que se suele denominar “N & P”, es decir, de los que van a misa sólo en Navidad y Pascua. Tampoco pertenecen al grupo de los que van a misa sólo para ser “empollados, emparejados, y despachados”. Por el contrario, se trata de maestros en nuestras escuelas católicas, directores de educación religiosa en nuestras parroquias, diáconos, monjas, instructores de catecismo, madres, padres, abuelos y sí, ¡incluso

sacerdotes de parroquias! Básicamente, representan una muestra al azar de la población católica entera de América. ¡Qué pena! En cada momento del día alrededor del mundo Jesús se ofrece a Sí Mismo en la forma de pan y vino, para que podamos ser alimentadas con Su propio Cuerpo y Sangre. Y nosotras, sufriendo de ceguera espiritual, no Le reconocemos a Él Su presencia al comulgar.

Por penoso que sea este hecho, sin embargo, no debe de sorprendernos. San Pablo le dijo a los romanos: “¿Cómo creerán, si no oyeron hablar de él? ¿Y cómo oirán sin alguien que predique?... la fe viene de la predicación” (Rom 10: 14, 17) Por décadas, mucha gente no ha escuchado la Buena Nueva de que Jesús está plenamente presente — cuerpo y sangre, alma y divinidad—en la hostia consagrada.

Una auténtica catequesis sobre la Verdadera Presencia ha estado ausente en muchas clases de religión por muchos años. Esta omisión se extiende desde la catequesis en las escuelas elementales hasta la catequesis en seminarios religiosos. Muchas personas menores de cuarenta años nunca han asistido a algún tipo de adoración de la Eucaristía. Sin embargo, la culpa no es de ellas. Ellas sólo necesitan ser instruidas para que los beneficios espirituales de la Eucaristía puedan convertirse en un agente transformador en sus vidas.

Yo Soy el Pan de la Vida

Si deseamos obtener la plenitud de la gracia que la Eucaristía nos ofrece, entonces tenemos primero que *creer* que estamos recibiendo el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo. Para fortalecer nuestra propia creencia, o para ayudar a aquellos que no creen, debemos saber lo que Jesús Mismo nos dice del regalo que Él nos ofrece.

Si leemos el capítulo sexto del Evangelio según San Juan (versículos 25–71), descubrimos que la crisis de fe en torno a la Verdadera Presencia no es algo nuevo. De hecho, fue la causa de la primera división en el cuerpo de Cristo. En esta ocasión, Jesús se refirió a Sí Mismo como el *Pan de Vida*: “Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Si alguno come este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne” (Jn 6: 51). Los discípulos, que encontraron esta enseñanza difícil de aceptar, murmuraron entre sí, preguntándose los unos a los otros: “¿Cómo puede Éste darnos a comer su carne?” (Jn 6: 52).

Al oír estas palabras, los judíos se enfadaron, y sus murmuraciones estallaron en un altercado. Jesús respondió: “En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros... Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” (Jn 6: 53, 55–56). Y para que no quedara ninguna duda sobre lo que Él quería decir, Jesús enfatizó esta declaración diciendo: “En verdad, en verdad os digo”, una y otra vez (Jn 6: 26, 32, 47, 53).

La confusión de los discípulos eventualmente degeneró en afrenta. “Es dura esta enseñanza, ¿quién puede escucharla?”, se quejaban (Jn 6: 60). “¿Cómo puede alguien tomársela en serio?”. Sin duda, ellos interpretaban esta práctica como un ritual caníbal. Y reconociendo esto, Jesús quiso tranquilizar sus mentes, por lo que profetizó acerca de su

propia ascensión e hizo alusión a la Última Cena, donde Él convertiría el pan y el vino en Su propio Cuerpo y su propia Sangre.

“¿Esto os escandaliza?”, Jesús les preguntó. “Pues, ¿si vierais al Hijo del Hombre subir adonde estaba antes? El espíritu es el que da vida, la carne no sirve de nada: las palabras que os he hablado son espíritu y son vida. Sin embargo, hay algunos de vosotros que no creen” (Jn 6: 61–64). Su cuerpo *ascendería adonde estaba antes*, les aseguró Jesús a Sus seguidores, y ellos evidenciarían este evento. Sin embargo, *a través del poder del Espíritu Santo dador de vida*, Él daría su cuerpo y sangre en una forma sobrenatural y misteriosa.

Incluso después de esta explicación, Jesús sabía que muchos no le creerían. También sabía que uno de esos incrédulos lo traicionaría. La Escritura dice: “Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién era el que le iba a entregar. Y añadió: ‘Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí si no se lo ha concedido el Padre’” (Jn 6; 64–65). Y, de hecho, inmediatamente después de decir estas palabras, muchos de los discípulos de Jesús le abandonaron. La Escritura dice: “Desde ese momento muchos discípulos se echaron atrás y ya no andaban con él” (Jn 6: 66). Y así, fue el discurso sobre el Cuerpo y la Sangre lo que causó el primera cisma, la primera protesta, la primera rebelión entre los seguidores de Cristo. Cada vez que negamos la realidad central de la Eucaristía—que es, de hecho, el Cuerpo y la Sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo nuestro Señor—nosotras, al igual que los discípulos incrédulos, rechazamos al Mesías que está entre nosotras. Como ellos, negamos la verdad y el poder de Aquél que está frente a nosotras.

La creencia que Jesucristo esta verdadera y sustancialmente presente en la Eucaristía es una señal de verdadero discipulado. En los versos finales de San Juan 6, Pedro demostró poseer esta marca del verdadero discípulo cuando respondió a la pregunta de Jesús. Mientras los discípulos incrédulos se retiraban, Jesús se dirigió a los Doce y preguntó: “¿También vosotros queréis marcharos?” Simón Pedro respondió: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios” (Jn 6: 67-69).

Que nosotras, como Pedro, seamos verdaderas discípulas, que reconozcamos a Jesucristo, verdaderamente presente en la Eucaristía, y que podamos, como Pedro, expresar nuestra confianza en Él a otros.

LA IGLESIA PRINCIPIANTE CREIA EN LA VERDADERA PRESENCIA

La creencia en la Verdadera Presencia de Jesús en la Eucaristía era universalmente sostenida y enseñada por la Iglesia en sus inicios. En el año 50 aproximadamente, sólo diecisiete años después de la muerte, resurrección y ascensión de Jesús, San Pablo escribió a la Iglesia en Corintio:

Porque yo recibí del Señor lo que también os transmití: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y dando gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo, que se da por vosotros; haced esto en memoria mía”. Y de la misma manera, después de cenar, tomó el cáliz, diciendo: “Este cáliz es la nueva alianza de mi sangre; cuantas veces lo bebáis, hacedlo en memoria mía”. Porque cada vez que coméis este

pan y bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga. Así pues, quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Examínese, por tanto, cada uno a sí mismo, y entonces coma el pan y beba el cáliz; porque el que come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propia condenación. Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y débiles, y mueren tantos.

1 CORINTIOS 11: 23–30

En este pasaje, San Pablo le dice a los corintios que Jesús mismo instituyó la Eucaristía. Luego les dice que si una persona recibe el Cuerpo y la Sangre de forma indigna, él peca en contra del Cuerpo y la Sangre. Por ello, una persona debe examinarse a sí misma para asegurarse que no está en un estado de pecado mortal, *y también para asegurarse que cree en la Presencia Eucarística*. Si una persona come y bebe sin reconocer la Presencia de Jesús, San Pablo dice que él bebe un juicio en contra de sí mismo. Este juicio causa enfermedad, fragilidad y muerte.

Existe aún más evidencia sobre el entendimiento de la Presencia Eucarística en la Iglesia en sus inicios. San Ignacio de Antioquia escribió a los esmirnitas alrededor de 110 acerca de aquellos que sostenían creencias heterodoxas. Él les dijo: “Ellos se abstienen de la Eucaristía y de la oración, porque ellos no reconocen que la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo, carne que sufrió por nuestros pecados y que el Padre, en su bondad, la elevó nuevamente”.²

Y apenas cuarenta años después de San Ignacio, San Justino Mártir escribió:

Nosotros llamamos a esta comida Eucaristía, y a nadie más le está permitido participar de ella, excepto aquél que crea que nuestras enseñanzas son verdaderas... Porque no recibimos estos como pan común y bebida común; pero ya que Jesucristo nuestro Salvador se hizo carne por la Palabra de Dios, y tenía tanto cuerpo como sangre para nuestra salvación, así también, hemos sido enseñados, la comida que ha sido transformada en la Eucaristía a través de la oración eucarística establecida por Él... es tanto la carne como la sangre de ese Jesús encarnado.³

Hacia finales del siglo segundo, San Ireneo de Lión escribió en su libro *Contra los Herejes*: “[Cristo] ha declarado que la copa, una parte de la creación, es su propia Sangre... y el pan, una parte de la creación, ha establecido que es su propio Cuerpo”.⁴ En 373, San Atanasio, Obispo de Alejandría, dijo: “Pero después de que las magníficas y maravillosas oraciones han sido completadas, en ese momento el pan se ha convertido en el Cuerpo, y el vino en la Sangre, de nuestro Señor Jesucristo”.⁵ Y en medio del siglo cuarto, San Cirilo de Jerusalén les dijo a los que escuchaban su sermón: “No, por ello, consideren el Pan y el Vino como simplemente eso; pues ellos son, de acuerdo con las declaraciones del Maestro, el Cuerpo y la Sangre de Cristo... permite que tu fe te haga firme”.⁶ Y más aún, en el siglo quinto, San Agustín, doctor de la Iglesia, escribió copiosamente sobre la Verdadera Presencia de Jesús en la Eucaristía. En sus *Sermones*, él escribió: “Debes conocer lo que has recibido, lo que vas a recibir, y lo que deberías de recibir diariamente. Ese pan que ves en el altar, luego de haber sido santificado por la Palabra de Dios, es el Cuerpo de Cristo. El cáliz, o más bien, lo que hay en ese cáliz, habiendo sido santificado por la Palabra de Dios, es la Sangre de Cristo”.⁷ Y en el siglo decimotercero, Santo Tomás de Aquino escribió que a través del poder divino “la

substancia completa del pan se convierte en la substancia completa del cuerpo de Cristo, y la substancia completa del vino en la substancia completa de la sangre de Cristo”.⁸

Desde el principio, las enseñanzas del Magisterio han siempre sido firmes en el hecho de la Verdadera Presencia. La doctrina de la transustanciación fue formalmente definida en el Cuarto Concilio Lateranense, y fue reiterada en el Concilio de Trento de 1551. Los Padres del Concilio establecieron “que después de la consagración del pan y el vino, nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, está verdaderamente, realmente y substancialmente contenido en el augusto sacramento de la Santa Eucaristía bajo la apariencia de esas cosas sensibles”, y que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía “el cuerpo y la sangre, junto con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y, por tanto, Cristo en su totalidad, está verdaderamente, realmente, y substancialmente contenido”.⁹

El Papa Pablo VI escribió en *Mysterium Fidei* que a través de la transustanciación el pan y el vino...

dejan de ser pan común y bebida común... Ya que debajo de estas apariencias ya no está lo que estaba allí antes, sino algo completamente diferente... ya que en la transformación de la substancia, o naturaleza, del pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, nada queda del pan y el vino más que la simple apariencia. Por debajo de estas apariencias Cristo está presente completo e íntegro, presente de cuerpo también, en su realidad “física”, aunque no de la manera en que los cuerpos están presentes en un lugar.¹⁰

Y el *Catecismo de la Iglesia Católica* establece lo siguiente: “Mediante la conversión del pan y el vino en su Cuerpo y Sangre, Cristo se hace presente en este sacramento... La presencia eucarística de Cristo comienza en el momento de la consagración y dura todo el tiempo que subsistan las especies eucarísticas” (#1375, 1377). La creencia en la Verdadera Presencia de Jesús en la Eucaristía siempre ha sido una parte de la enseñanza de la Iglesia, y proviene directo de las palabras de Jesucristo. Las citas precedentes son sólo un puñado extraído del vasto depósito de enseñanza sobre la Verdadera Presencia, que es parte de la historia de la Iglesia.

En cada momento de cada día, en algún lugar del mundo, el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Jesús. Cada día tenemos la grandiosa oportunidad de ser testigos de este acto sagrado. Y, si somos católicas en estado de gracia, podemos recibir el propio Cuerpo y la propia Sangre de Jesús en los humildes confines de nuestro ser. Los Jueves Santos nosotras conmemoramos la Última Cena, el momento histórico en que Jesús instituyó este Santísimo Sacramento. En el Evangelio según San Mateo, podemos leer:

Mientras cenaban, Jesús tomó pan y, después de pronunciar la bendición, lo partió, se lo dio a sus discípulos y dijo: “Tomad y comed, esto es mi cuerpo”. Y tomando el cáliz y habiendo dado gracias, se lo dio diciendo: “Bebed todos de él; porque ésta es mi sangre de la nueva alianza, que es derramada por muchos para remisión de los pecados”.

MATEO 26: 26–28

Mediante el regalo de Su Cuerpo y de Su Sangre, nuestro Señor desea transformarnos. Él desea sanarnos de nuestras flaquezas, alimentar nuestras almas y llenarnos de pureza

y gracia. Desde el momento de la Última Cena hasta el presente, éste siempre ha sido el caso. Sólo necesitamos creer.

El Milagro Eucarístico de Lanciano

La historia de la Iglesia está repleta de muchos milagros de la Eucaristía. Estas intervenciones sobrenaturales de Dios son momentos de gracia predestinados por el Padre para acrecentar nuestra fe en la Presencia Eucarística de Su Hijo. Quizás uno de los más dramáticos de estos milagros es el que tuvo lugar en Lanciano, Italia, un pueblo cuya historia está entrelazada con la crucifixión de Jesús.

En el Evangelio según San Juan, se nos dice:

Vinieron los soldados y rompieron las piernas al primero y al otro que había sido crucificado con él. Pero cuando llegaron a Jesús, al verle ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le abrió el costado con la lanza. Y al instante brotó sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice la verdad para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: “No le quebrantarán ni un hueso”. Y también otro pasaje de la Escritura dice: “Mirarán al que traspasaron”.

JUAN 19: 32–37

¿Quién era el soldado que perforó el costado de Jesús, y cuál fue su paradero? La tradición establece que su nombre era Longino, un centurión que había nacido en la ciudad romana llamada Anxanum. En el año 33, algún tiempo después de haber sido enviado a Jerusalén, Longino fue ordenado a presidir en la crucifixión de Jesús. Luego de clavar su lanza en el corazón de nuestro Señor, Longino y sus hombres se aterrorizaron. La Escritura cuenta las imponentes manifestaciones del poder de Dios luego de la muerte de Su Hijo, Jesucristo: “Y en esto el velo del Templo se rasgó en dos de arriba abajo y la tierra tembló y las piedras se partieron; se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de los santos, que habían muerto, resucitaron” (Mt 27: 51–52).

Observando todo lo que transcurría, Longino adecuadamente proclamó: “En verdad éste era Hijo de Dios” (Mt 27: 54). La tradición nos dice que Longino, que padecía de vista pobre, sumergió sus dedos en la sangre y el agua que aún brotaban del corazón herido de Jesús. Y cuando tocó sus ojos con la sangre y el agua, su vista fue restablecida y su corazón se convirtió. Longino renunció a su posición en el ejército romano, fue a Cappadocia y eventualmente fue martirizado por su fe. Algunos años más tarde, su pueblo de origen, Anxanum, cambió su nombre a Lanciano, “*La Lanza*”, en honor al santo que perforó el costado de Jesús.

Quizás no deba ser motivo de sorpresa, entonces, que varios años más tarde el pueblo de Lanciano, Italia, sea el lugar donde acontece otro milagro que involucra el Preciado Cuerpo y la Preciada Sangre. Al igual que la historia de Longino, esta historia es también una de sanación y conversión. En el año 700 un monje Basiliano confrontaba una crisis en su vocación. Él no creía en la Verdadera Presencia de Jesús en la Eucaristía. Día tras día, a pesar de que él celebraba la Misa siguiendo la sagrada tradición, una profunda duda en la Presencia Eucarística se hacía cada vez más fuerte en él. Eventualmente, el momento de la Consagración se convirtió en una severa prueba y en una lucha

desgarradora. A medida que elevaba la hostia y recitaba las palabras sagradas, el sentido de culpabilidad plagaba su espíritu y el desasosiego torturaba su alma. Él oró fervientemente para ser liberado de esta agonía de duda, para así poder preservar su vocación.

Una mañana en particular, durante la celebración de la Misa, el monje luchaba con un ataque excepcionalmente fuerte de duda. A medida que el momento de la Consagración se acercaba, él suplicaba con ahínco a Dios que lo liberase de esta terrible aflicción espiritual. Entonces, rezó las oraciones de la Consagración y elevó la hostia. Repentinamente, fue transfigurado por lo que vio. Sus manos comenzaron a temblar. Pronto, todo su cuerpo se estremeció en respuesta al milagro que estaba evidenciando. Lentamente se giró y se puso de frente a la congregación. Al hacer esto, exclamó las siguientes palabras:

O afortunados testigos a quiénes el Santo Dios, para despejar mi incredulidad, ha deseado revelarse en este tan Santísimo Sacramento, y hacerse visible a nuestros ojos. Venid, hermanos, y maravillaos ante nuestro Dios tan cerca de nosotros. Contemplan la Carne y Sangre de nuestro amadísimo Cristo.

Con estas palabras, llantos y gritos llenaron la Iglesia. Gritos por misericordia, súplicas por perdón, lágrimas de súplica ascendieron al cielo en una sinfonía de adoración y alabanza. Ya que, al contemplar la congregación la hostia que sostenía en sus manos el monje Basiliano, la gente se percató de que se había convertido en verdadera carne, y el vino en verdadera sangre.

Hubiera sido suficiente si este hubiera sido el final del milagro. Si la carne y la sangre se hubieran eventualmente desintegrado, la revelación milagrosa de la Verdadera Presencia de Jesús en la Eucaristía no hubiera sido disminuida en ninguna forma. Pero, sin el uso de preservativo alguno, en desafío de las leyes físicas de la naturaleza, éstas permanecen hasta el día de hoy en exactamente el mismo estado en que por primera vez fueron vistas, hace ya más de mil doscientos años. A lo largo del curso de estos doce siglos se han realizado muchas pruebas a la hostia transformada y al contenido del cáliz. Las pruebas más recientes se realizaron en 1970. El equipo científico utilizó el equipo más moderno que existía en la época. El equipo emitió las siguientes seis declaraciones sobre sus hallazgos:

- La carne es verdadera carne. La sangre es verdadera sangre.
- La carne consiste de tejido muscular del corazón (miocardio).
- La carne y la sangre pertenecen a la especie humana.
- En la sangre hay proteínas en la misma proporción normal que se encuentra en la composición de sangre fresca y normal.
- La sangre y la carne pertenecen al mismo tipo de sangre, AB; y la sangre contiene los siguientes minerales: cloruro, fósforo, magnesio, potasio, sodio y calcio.
- La preservación de la carne y la sangre, que permanecieron en su estado natural por doce siglos y expuestas a la acción de agentes atmosféricos y biológicos, constituye un fenómeno extraordinario.¹¹

Este maravilloso y continuo milagro confirma nuestra fe en la Verdadera Presencia de Jesús en el día de hoy, al igual que confirmó la fe del pueblo de Dios hace más de mil doscientos años. Es sólo uno de los muchos milagros a lo largo de la historia de la Iglesia que nos muestra que Jesús está verdaderamente presente—en Cuerpo y Sangre, alma y divinidad—en la Sagrada Eucaristía.

Y sin embargo, este milagro igualmente aparenta indicarnos algo más a nosotras. A través de él, Jesús parece estar diciéndonos que lo que Él nos ofrece en la Sagrada Eucaristía es Su Corazón, la parte más profunda de Su Ser, Su Ser más íntimo. Sólo nos queda reflexionar sobre el efecto transformador que Su Corazón Eucarístico puede tener cuando Lo recibimos con fe, esperanza, amor y convicción.

PREPARANDOSE PARA RECIBIR A JESUS EN LA EUCARISTIA

A través de la Eucaristía, Jesús desea transformarnos a Su imagen y semejanza. La disposición con la que recibimos el Sacramento afecta el beneficio espiritual que rinde en nuestras vidas.¹²

Santa Catalina de Siena hace patente los efectos de una comunión ferviente mediante esta comparación:

Si tuvieras una lámpara encendida y todo el mundo viniera hacia ti por una luz, la luz de tu lámpara no se disminuiría por el compartirla, y sin embargo, cada persona que la compartió tendría la luz en su totalidad. Ciertamente es que la luz de cada uno sería más o menos intensa dependiendo de qué tipo de material cada uno trajo para recibir el fuego. Ofrezco este ejemplo para hacerme entender mejor. Imagina que mucha gente trajo velas, y la vela de una de las personas pesaba una onza, las de otras dos o seis, y la de otra una libra e incluso la de otra más de eso, y todos vinieron a tu lámpara para encender sus velas. Cada vela, la más pequeña al igual que la más grande, tendría toda la luz, con todo su calor, color y fulgor. Y aun así, uno pensaría que la persona que trajo la vela de una onza tendría menos que la de aquél cuya vela pesaba una libra. Pues así es que ocurre con aquellos que reciben este sacramento. Cada uno de ustedes trae su propia vela, es decir, el anhelo sagrado con el que recibes y consumes este sacramento.¹³

Jesús nos ofrece la totalidad de Sí Mismo a cada una de nosotras a través de la Sagrada Eucaristía. Pero la disposición o el anhelo sagrado que traemos al Sacramento determinan el grado de beneficio que recibiremos. Si nuestra disposición es débil y nuestro fervor superficial, aunque recibamos la totalidad de Jesús, el efecto en nuestro espíritu será limitado. Si, por el contrario, vamos al Sacramento con anhelo sagrado, experimentaremos la plenitud de la gracia que Jesús nos ofrece a través del regalo de Su Cuerpo y Sangre.

En su obra *Las Tres Edades de la Vida Interior*, el Padre Reginald Garrigou-Lagrange identifica una comunión ferviente como una que está marcada por humildad, un profundo respeto por la Eucaristía, una fe viviente y un ardiente anhelo de recibir a Jesús.¹⁴ ¿Cómo, entonces, podemos cultivar estas disposiciones del corazón?

Humildad

Primero, tenemos que recordar conscientemente Quién es el que estamos a punto de recibir. Jesús—el único Hijo engendrado de Dios, la Segunda Persona de la Santísima

Trinidad, el Salvador del mundo —se hace a Sí Mismo accesible a ti y a mí. Él es la Palabra Hecha Carne, el Creador del Universo, el Mesías Resucitado. Escondido en la humilde apariencia del pan y el vino, Él anhela entrar hasta los confines de nuestro cuerpo para ser uno con nosotras. ¿Merecemos nosotras tal regalo? No. Pero motivado por el amor, Él viene a nosotras de cualquier manera. Nosotras cultivamos la humildad al reconocer *Quién es Jesucristo*, y quiénes somos nosotras.

Además de traer a la memoria la Persona de Jesucristo, vamos al sacramento con humildad cuando nos preparamos para recibir a Aquél que se ofrece a Sí Mismo a nosotras. Nos preparamos a través del recogimiento interior—es decir, ese momento apacible de oración que empleamos antes de la Misa para apaciguar nuestros pensamientos al encontrarnos ante la presencia de Jesucristo. Tan realmente como Jesús estuvo en la Última Cena, así también está presente ahora. Tan realmente como convirtió el pan y el vino en Su propio Cuerpo y Sangre en la Última Cena, así también Él lo hará ahora. Tenemos que esforzarnos, con la ayuda de la gracia de Dios, para ponernos en la gracia del momento presente.

Reconociendo que nuestra mente finita nunca podría penetrar este asombroso misterio, comparto con ustedes una oración que suelo decir antes de la Misa, y que repito de nuevo justo antes de la Consagración: “Querido Jesús, condúceme más profundamente dentro del Sagrado Misterio que estamos a punto de celebrar. Condúceme más profundamente dentro de Tu Presencia Eucarística”. Esta breve oración, recitada con verdadero anhelo, ha tenido un efecto inmensurable en mi amor por la Eucaristía y Su efecto en mi vida.

El Respeto por la Eucaristía

En las décadas subsiguientes al cierre del Concilio Vaticano II, se ha extendido una actitud casi demasiado relajada en las celebraciones litúrgicas. Aunque el énfasis en los aspectos comunales del culto ha servido para corregir abusos del pasado, no cabe duda que también ha servido para introducir algunos nuevos abusos. En la mayoría de las comunidades parroquiales el sentido de majestuosidad, de sagrado asombro, y de temor a Dios ha desaparecido. Muchos santuarios se asemejan más a centros de reunión comunales que a un templo donde se aloja a Dios Mismo. Esta pérdida de respeto por la casa de Dios ha llevado a una falta de respeto por la Eucaristía en Sí. Esta pérdida de respeto se evidencia a través de una ausencia de decoro sagrado.

Las conversaciones en voz alta, las risas inapropiadas, la vestimenta impropia, y la participación indiferente en las posturas, la piedad y las respuestas verbales que se pueden evidenciar en muchas Iglesias son indicativas de cuán lejos nos hemos deslizado del respeto a la Eucaristía. Nuestro comportamiento físico revela la actitud de nuestros corazones. En cambio, observar el decoro apropiado hacia el templo de Dios y hacia la Sagrada Eucaristía es algo que puede ayudarnos a cultivar una disposición sagrada y un anhelo ferviente por la Verdadera Presencia. La vestimenta modesta y apropiada, la conversación únicamente cuando sea necesaria y en tono de murmullo, la genuflexión antes de entrar al banco de la Iglesia, el arrodillarse con reverencia, el rezar nuestras

respuestas litúrgicas con devoción y convicción y el persignarse o inclinarse con reverencia antes de recibir la Eucaristía; todas estas cosas pueden ayudarnos a mantener nuestra atención enfocada en Aquél que se ofrece a Sí Mismo en la forma de pan y vino. Nuestro lenguaje corporal, nuestro estilo de vestir, nuestro tono de voz puede ayudar o obstaculizar los beneficios espirituales que recibimos en la Sagrada Comunión.

Una Fe Viva: El Hambre por la Eucaristía

Una fe viva nos hace hambrientas por la Eucaristía, porque la fe viva está vigorizada por la Presencia Eucarística. Ésta es el alimento de nuestra alma.

Como ya hemos discutido tantas otras veces, nuestra condición humana nos deja susceptibles al pecado. Abandonadas a nosotras mismas, los apetitos de la carne pronto nos consumirían. Para permanecer fieles, necesitamos de la fuerza espiritual que únicamente proviene de la Eucaristía. El Padre Reginald Garrigou-Lagrange, en su libro *Los Tres Edades de la Vida Interior*, lo pone en estos términos:

Nuestros apetitos sensibles, inclinados a la sensualidad y a la pereza, necesitan ser avivados mediante el contacto con el cuerpo virginal de Cristo, que soportó el sufrimiento más espantoso por su amor a nosotros. Nosotros, que estamos siempre inclinados hacia el orgullo, la falta de consideración, el olvido de las más grandes verdades y la falta de juicio espiritual, necesitamos ser iluminados mediante el contacto con el soberanamente luminoso intelecto del Salvador, Quien es “el camino, la verdad y la vida”.¹⁵

¿Qué podemos hacer si nuestra “fe viva” no está muy avivada? El mejor remedio es iniciar un tiempo de oración personal mediante el uso de la Escritura. Un diálogo diario con Dios centrado en la Palabra Viva nos ayuda a estar vivas en Cristo. Además, debemos practicar las virtudes y vivir las Beatitudes. Hacer sacrificios diarios a Dios mediante una vida prudente y templada, mostrar caridad hacia nuestros semejantes, actuar con valor y fortaleza y dar gracias a Dios por todas Sus bendiciones suscita el regalo de fe que recibimos en el Bautismo. Nuestra hambre por la Eucaristía crecerá y nuestra fe se avivará, encendida por el fuego del fervor.

Otra manera—y quizás una de la mejores—de desarrollar un hambre por la Eucaristía es haciendo una acción de gracias apropiada después de haber recibido a nuestro Señor. Es una regla de etiqueta común y cotidiana el dar gracias a alguien por un favor recibido, y sin embargo, cuán frecuentemente abandonamos la Misa diaria o dominical sin tan siquiera una reverencia hacia la dirección de Aquél a Quien hemos recibido. ¡Cuánto debe herir esto el corazón de Jesús! Él se entrega a nosotras en un acto de total humildad y amor, y nosotras apenas se lo reconocemos. Recordemos la parábola de los diez leprosos. Después de que Jesús les sanó, todos se marcharon. Sólo uno retornó a dar las gracias. Éste fue al que Jesús le dijo: “Tu fe te ha salvado”. Él se había sanado no sólo de cuerpo sino, más importante aún, de espíritu. Su salvación estaba asegurada.

Después de recibir a Nuestro Santísimo Señor en la Sagrada Comunión, debemos darle gracias por todo lo que Él nos ha dado. Nuestra gratitud nunca podrá exceder los incontables beneficios que hemos recibido de Su Presencia Eucarística, pero Él acepta nuestra humilde ofrenda con benévola generosidad y amor. A medida que una verdadera acción de gracias echa raíces en nuestros corazones, así también echa raíces un ardiente

anhelo de recibir a Aquél que nos otorga todas las bendiciones espirituales que hay en los cielos.

El Fruto del Deseo Ardiente y la Comunión Espiritual

La gracia suprema de la Eucaristía es el anhelo de estar unida a Jesús. “En nuestra vida interior, es la Eucaristía la que expresa por encima de todo lo demás nuestra unión personal con Jesús... Mientras más perfectamente nos asimilamos a Cristo en la Eucaristía, más perfecta será nuestra unión en Él”.¹⁶

Aquellas que han extraído las riquezas de los tesoros Eucarísticos nos dicen que sus vidas han sido marcadas por una anticipación consciente por la Eucaristía que se entrelaza con la estructura del día. A menudo, sus mentes se orientan hacia Aquél que anhelan recibir. Y, a medida que sus mentes se dirigen hacia la Presencia Sacramental de Jesús, llamas de amor agitan los confines internos de sus corazones. Ellas experimentan un deseo siempre-creciente de estar unidas a Jesús *todo el tiempo*. Éste es el fruto del anhelo ardiente, y es producido al recibir a Jesús en el Sacramento con fervor y eficacia espiritual.

Este anhelo sagrado de estar continuamente unida a Jesús fluye de la Presencia Eucarística hacia el alma que se ha predispuesto adecuadamente para recibirlo. Al recibir la hostia, llegamos a ser una con Él físicamente y llegamos a ser una con Él espiritualmente—en mente, corazón, y afecto. Por esta razón, los Padres de la Iglesia hicieron una distinción entre una recepción sacramental y una recepción espiritual del Sacramento.¹⁷ Esta distinción ha dado paso a la práctica sagrada de hacer una *comunión espiritual*, un acto de amor impulsado por el anhelo ardiente de recibir la Sagrada Comunión aún cuando no nos es posible recibirla.

Ningún contacto con Jesús es más eficaz para nuestras vidas espirituales que la recepción física de Él a través del Sacramento de la Eucaristía. Sin embargo, razones legítimas puede que nos impidan hacerlo—la inhabilidad de ir a Misa por causas de enfermedad, el haber roto inadvertidamente con el ayuno Eucarístico, o un problema de itinerario que nos imposibilite ir a Misa diaria. Cada uno de estos casos, por ejemplo, nos puede mantener alejadas del Sacramento. E, incluso cuando hemos recibido a Jesús a través del Sacramento, el amor que sentimos por Él trae de vuelta nuestras mentes hacia Él muchas veces a lo largo del día, avivando nuestro anhelo por Él con anticipación y esperanza. En estos casos, la comunión espiritual es una práctica meritoria y sagrada.

Para llevar a cabo una comunión espiritual, simplemente nos unimos a Aquél que amamos, dirigiendo nuestras mentes y nuestros corazones hacia Él. Imaginándolo a Él en Su Presencia Sacramental, visualizándolo con el ojo de nuestra mente en su ostensorio, recordando la última vez que lo recibimos—éstas son maneras efectivas de dirigir nuestra atención hacia Jesús en la Eucaristía. Luego, le decimos calladamente del amor que sentimos por Él. Podemos espontáneamente hablar con Él desde la plenitud de nuestro corazón, o podemos elegir una de las oraciones formales diseñadas para la comunión espiritual. En cualquiera de los casos, experimentamos el fruto abundante de este acto de amor, y nuestros corazones se enardecen aún más mientras anticipamos la próxima vez

que podremos recibir a Jesús sacramentalmente.

Mientras recibimos la Eucaristía con humildad, respeto, fe viva y hambre de Dios, notaremos que nuestros días se acentúan con remembranzas constantes del amor de Dios por nosotras y de Su amor por los demás. No se trata de que Su involucramiento en nuestras vidas haya incrementado sino, más bien, de que nuestra ceguera espiritual se haya sanado. Experimentaremos el corazón de Dios activo en todas las circunstancias de nuestro diario vivir. Lo que es más, también descubriremos que nuestros propios corazones se han transformado en el proceso. Y, con el tiempo, las palabras proféticas de Ezequiel se habrán hecho realidad en nosotras: “Les daré un corazón nuevo y les infundiré un espíritu nuevo; les arrancaré el corazón de piedra y les daré un corazón de carne... ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios” (Ez 36: 26, 28). Nuestros corazones habrán sido transformados en el corazón mismo de nuestro Señor Jesucristo.

ENCUENTRO CON JESUS: ADORACION EUCARISTICA

Ronald Lawlor, O.F.M. Cap., relata la historia de cómo él llegó a apreciar la Verdadera Presencia de Jesús en la Eucaristía mientras era tan sólo un niño pequeño:

Entre mis primeros recuerdos, cuando apenas contaba con tres o cuatro años de edad, está el recuerdo de cómo mi madre me ayudaba a realizar que Jesús estaba con nosotros en la Eucaristía.

Mi madre solía llevarme de paseo, pero ella no sencillamente pasaba por frente de las Iglesias. Las Iglesias eran para entrar a ellas. Ella me llevaba adentro, me conducía directamente a la barandilla de la comunión y se arrodillaba a orar.

Podía observar el ahínco con el que ella calladamente movía sus labios, y sentía la atención con la cual ella escuchaba a Aquél al que yo ciertamente no podía ver ni escuchar. Todo su corazón estaba sumido en su oración. Obviamente le estaba hablando a Alguien importante, aunque lo único que yo podía ver era el tabernáculo de oro y la luz vacilante cercana de él.

Todo esto me fascinaba, pero no por mucho tiempo. Al poco tiempo, sentía que ya había tenido suficiente. Le jalaba la falda. “Es hora de irnos”. Ella parecía que ni me escuchaba. Así que repetía lo mismo una y otra vez, mi tono de voz gradualmente aumentando más y más.

Finalmente, nos íbamos. Y mientras salíamos, mi madre me decía: “Aquí es donde está Jesús”. Desde que era un diminuto infante, estoy seguro, antes de que pudiera entender algo y en momentos en que mi comprensión era más vaga, ella me había hablado de Jesús, nuestro Salvador y nuestro Dios.

Ahora, si mi madre decía que aquí era donde estaba Jesús (y ella era muy sabia), y si Jesús mismo decía lo mismo: bueno, pues eso era así. La fe católica en la Eucaristía me había sido proclamada, y yo sabía que era verdadera.

Luego, cuando cursaba escuela graduada en psicología, podía enumerar razones por las cuales un niño puede estar convencido de incluso las cosas más sorprendentes que le digan sus padres. Pero, cuando en teología estudié la naturaleza y las causas de la fe, pude entender por qué, incluso de niño, mi fe no era simplemente un “estar convencido” subjetivo, que podría sencillamente disiparse cuando comenzara a hacerme preguntas más sofisticadas sobre el mundo.

En este mundo maravilloso e imponente, en el que Dios realmente habita, alguien que tenía fe sagrada le había revelado una verdad de fe a un niño muy pequeño. Y era un niño que, en el Bautismo, había recibido el gran don de la fe. Incluso entonces, sin yo saberlo, el Señor había preparado mi pequeña mente para aceptar como verdaderas las cosas buenas que Él quería que yo supiera. Ahora yo conocía una de las cosas más importantes.¹⁸

¿Cuántas niñas llegan a conocer sobre la Verdadera Presencia de Jesús en la Eucaristía a través de las palabras dichas a ellas por una madre o abuela llena de fe, o por un padre o

abuelo lleno de fe? La fe está intencionada a ser proclamada. Está intencionada a ser escuchada. Y, cuando es escuchada, la gracia del Bautismo toma posesión de ella y la verdad crece y florece en nuestra alma. Tanto es así que a veces una vocación se forja en los momentos más sencillos.

Pero es la fe de la madre la que capta mi atención en esta historia. ¡Cuánto debió haber significado el Santísimo Sacramento para esta joven mujer, para que ella llevara a su hijo de tres años a cada Iglesia por la que pasaban mientras paseaban por las calles del pueblo! Su amor por Jesús, presente en el tabernáculo, es una inspiración para todas nosotras. Sin duda, ella conocía el valioso tesoro de la Presencia Sacramental de Nuestro Señor. Y con fe y confianza, ella se hacía disponible a cada bendición espiritual que Jesús añoraba otorgarle.

Al igual que Jesús añora que nosotras lo recibamos en nuestros propios cuerpos a través de la recepción de la Sagrada Comunión, así también Él desea que nosotras dediquemos algún tiempo con Él ante Su Presencia Eucarística. Estos encuentros personales con Jesús nos ayudan a crecer en la fe y a experimentar la vida abundante que Él añora otorgarnos. Se convierten en momentos de transformación que nos impregnan con la Radiante Presencia de Jesucristo.

San Pablo escribe estas inspiradoras palabras en 2 Corintios 3: 18: “Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, vamos siendo transformados en su misma imagen, cada vez más gloriosos, conforme obra en nosotros el Espíritu del Señor”. Cuando acudimos con apertura de corazón a orar ante la Presencia Eucarística de nuestro Señor, ya sea que Él esté guardado en el tabernáculo o expuesto en el ostensorio, nos convertimos más y más a Su semejanza. Y los efectos de esta transformación son evidentes en cada aspecto de nuestra vida.

Ante la Presencia de un Dios Sagrado

Nuestro Santo Padre (Juan Pablo II), un asiduo practicante de la oración y de la adoración de la Eucaristía, ha estimulado a los católicos de todo el mundo a procurar los valiosos beneficios espirituales obtenibles a través de esta transformadora adoración Eucarística. Él nos dice:

De hecho, puesto que el misterio de la Eucaristía fue instituido por amor, y hace a Cristo sacramentalmente presente, Éste es merecedor de acción de gracias y adoración... La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad de adoración Eucarística. Jesús espera por nosotros en este Sacramento de amor.

Seamos generosos con nuestro tiempo al acudir al encuentro con Él en adoración y contemplación, llenos de fe y preparados para hacer enmiendas por las serias ofensas y crímenes del mundo. Que nuestra adoración nunca cese.¹⁹

En esta afirmación, el Papa Juan Pablo II nos ofrece tres razones por las que debemos practicar la adoración Eucarística—para cumplir con la petición de Jesús de que pasemos tiempo con Él, para crecer en Su imagen y semejanza y para participar en la obra de redención a través de la reparación.

Practicar La Hora Santa

El Arzobispo Fulton J. Sheen decidió el día de su ordenación que dedicaría una hora de cada día ante el Santísimo Sacramento. En su autobiografía, nos narra los beneficios obtenidos de esta Hora Santa diaria. Entre los beneficios que él menciona se encuentra el efecto que ha tenido la adoración Eucarística en su vida de oración, en su vocación, en su victoria sobre la tentación y en su predicación. Además, nos habla sobre eventos milagrosos que han ocurrido en las vidas de otros que adquirieron esta misma práctica a través de su estímulo. Consideremos la siguiente historia:

Un monseñor al cual, debido a su debilidad por el alcohol y el consecuente escándalo, se le ordenó que abandonara su parroquia, se movió bajo probatoria a otra diócesis. Es allí donde acudió a uno de mis retiros. En respuesta a la gracia del Señor, él abandonó el alcohol, fue restituido en su efectividad en el sacerdocio y practicó la Hora Santa cada día de su vida hasta que murió en la Presencia del Santísimo Sacramento.²⁰

En los anales de la historia de la Iglesia encontramos ejemplo tras ejemplo de las múltiples bendiciones de Dios que son derramadas sobre nosotras a través del Santísimo Sacramento, el Corazón de nuestro Señor Jesucristo. Y, a través de estas bendiciones, irradiamos la Presencia de Jesucristo al mundo.

¿Cómo, entonces, practicamos la Hora Santa y compartimos en estas bendiciones?

Primero que nada y principalmente, la Hora Santa es un tiempo de oración. Y, al igual que en cualquier período de oración, debemos primero serenarnos, conscientes de lo que intentamos hacer (orar) y ante la Presencia de Quién nos encontramos. Luego, nos adentramos en la oración en sí. Si no estamos acostumbradas a pasar una hora entera en oración, puede que al principio encontremos provechoso estructurar nuestra Hora Santa. En el capítulo tercero de este libro discutimos las cuatro intenciones del corazón que debemos traer cuando vamos a orar. Estos formaban el acrónimo ACAS—adoración, contrición, acción de gracias y súplica. Podemos dividir nuestra hora en cuatro partes iguales, dedicando quince minutos a cada una de estas intenciones.

Pero, a medida que nos sentimos más cómodas ante la Presencia del Santísimo Sacramento, nuestro tiempo en oración debe gradualmente dar paso a la contemplación. Un tiempo dedicado simplemente a contemplar la cara de Aquél al que amamos. Sentarse quietamente ante el Esplendor Radiante de Jesucristo, permitiendo que los rayos de Su amor penetren todas las áreas de nuestro corazón, ofreciéndole nuestro corazón a cambio del Corazón que Él nos ofrece y permitiendo que Su presencia nos transforme a Su imagen y semejanza—esto debe eventualmente constituir el grueso del tiempo que pasemos con Él. Nuestra disposición debe ser una de escuchar, los oídos de nuestros corazones situados bien cerca de la boca de Dios, prestos a escuchar todo lo que Él tenga que decir. Las palabras en nuestros labios deben ser: “Habla, Señor, que tu sierva escucha”.

Como ocurre con toda oración, hay ocasiones en que resulta sencillo orar y otras en las que se hace más difícil. En tiempos de sequedad, debemos ofrecer especialmente nuestra humilde presencia como sacrificio de alabanza ante el Santísimo Sacramento en reparación por nuestros pecados y los pecados del mundo. En momentos como estos, Jesús simplemente nos pide que seamos fieles. Las palabras que Él les dijo a Sus

apóstoles en el Huerto de Getsemaní claramente resuenan igual para nosotras: “¿No podéis pasar una hora conmigo?”

A lo largo de los años las mujeres han descubierto el poder de la adoración Eucarística. Incluso cuando estamos ocupadas o distraídas, los inmensos beneficios espirituales que obtenemos de dedicar tiempo a Jesús en el Santísimo Sacramento nos transforma y revoluciona nuestras vidas. Adrienne von Speyer, una mística contemporánea, esposa, madre y médica, nos dice:

Señor, quisiera darte gracias por tu presencia... Quisiera darte gracias por estar aquí, oculto en el misterio de la hostia, pero tan plenamente presente que Tú mismo nos enseñas a rezar y nos ayudas a vivir. Tú estás tan plenamente presente que nosotros venimos a recibir de Ti y a llevar con nosotros lo que Tu presencia nos otorga: certeza en la fe, el amor de Tu habitar entre nosotros.

Señor, Tú sabes cuán débiles y distraídos somos, y cómo consideramos todo lo demás más importante que Tú; pero, una y otra vez, Tú nos guías de regreso a este lugar donde habitas, con el objetivo de cambiarnos.²¹

A la vez que contemplamos la gloria del Señor sin el velo sobre nuestras caras, somos transformadas a la misma imagen de Nuestro Señor (ver 2 Corintios 3: 18). Al igual que María, nuestra Madre, podemos entonces llevar estas bendiciones de Jesucristo a nuestras familias, nuestras comunidades y a nuestro mundo.

Santa Faustina Kowalska, a quien el Papa Juan Pablo II ha llamado “la gran apóstol de la Misericordia Divina en nuestra época”, rezaba para que Nuestro Señor la convirtiera en una *hostia viviente*, escondida y quebrada para ser repartida entre los demás. De esta manera, ella deseaba imitar a nuestro Señor en su Presencia Eucarística. Ella suplicaba:

Jesús, transfórmame, miserable y pecaminosa como yo lo soy, en Tu propio Ser... Transfórmame en Ti, O Jesús, para que yo pueda ser un sacrificio viviente y agradable para Ti... Todo el bien que está en mí se lo debo a la Sagrada Comunión. Le debo todo a ella. Siento que este fuego sagrado me ha transformado completamente. ¡O, cuan feliz soy de ser una morada para ti, O Señor! Mi corazón es un templo en el que Tú habitas continuamente.²²

Jesús anhela que cada una de nosotras se convierta en un templo en el que Él habite continuamente. Él desea que a través de la recepción de la Sagrada Eucaristía y de los momentos que dediquemos a Él ante Su Santísimo Sacramento podamos ser transformadas a Su propia imagen y semejanza, llenas del fuego de Su vida misma. Impregnadas de Su amor divino, podemos saturar al mundo con la fragancia de Jesucristo en poder y en gracia.

EL PODER SANADOR DE LA EUCARISTIA

Aquellos que están envueltos en trabajo ministerial cuentan una y otra vez de las espléndidas sanaciones que han acontecido a través de la Presencia Eucarística— sanaciones de la mente, del cuerpo y del espíritu. En cada caso, la interacción con Jesús de Nazaret, presente en la Sagrada Especie, es un evento cambiador de vida que trae transformación y nueva vida.

Consideremos, por ejemplo, las dos famosas curaciones físicas que ocurrieron en Lourdes después de la Bendición de los Enfermos con el Santísimo Sacramento. En ambos casos estaba envuelta la curación de trabajadores que habían sufrido múltiples lesiones en accidentes y no podían andar. Uno de ellos era Gabriel Gargam de Francia (1901), y el otro era Jack Traynor de Inglaterra (1923). La sanación de Gargam ocurrió durante la Bendición de los Enfermos, a pocas horas de que él recibiera la Sagrada Comunión. Cuando él recibió la Eucaristía, experimentó gracias poderosas y una curación espiritual. Esto eventualmente condujo a su sanación física más tarde ese día. La sanación de Traynor comenzó a ocurrir mientras se bañaba en las aguas de Lourdes. La sanación se completó cuando el sacerdote hizo la Señal de la Cruz sobre él con el Santísimo Sacramento. Muchas conversiones acontecieron debido a estas sanaciones.²³

Recientemente, un sacerdote amigo mío me contó de las sanaciones milagrosas que ocurrieron durante una Misa que él celebró para una congregación de habla hispana. Durante su homilía, el Padre predicó sobre el poder de sanación de la Eucaristía. Él exhortó a la asamblea a tener confianza en el amor de Dios. Y mientras predicaba, una mujer joven de habla inglesa que padecía de una condición seria de la garganta le preguntó a una amiga que qué era lo que el padre estaba diciendo. Le dijo a su amiga que mientras el Padre hablaba, ella sintió que una mano calurosa le tocaba la garganta y que su dolor había desaparecido por completo. Luego, se confirmó que, de hecho, su condición de la garganta había sanado.

En esta misma Misa había un hombre que padecía de cuatro úlceras sangrantes. Él tenía una fecha programada para que le hicieran una intervención quirúrgica. Cuando recibió la Eucaristía, sintió que un calor penetrante invadía su estómago. Él inmediatamente creyó que estaba siendo sanado. Cuando acudió a su cita pre-quirúrgica un par de días después, no pudieron encontrar ni rastro de las úlceras.

Otros dos individuos que estaban presentes en la Misa reportaron que sus condiciones de la tiroides habían sanado. Historias como éstas fomentan nuestra fe y confianza en el amor de Dios por nosotras. También nos produce un amor y aprecio más profundo por Jesús, que viene a nosotras en la forma humilde de pan y vino.

Pero, a pesar de que Dios desea sanarnos físicamente, Su interés principal es por nuestra condición espiritual. Ya que, ¿de qué nos sirve la salud física si estamos condenados a una muerte espiritual? Son las impurezas de nuestra alma las que Dios añora limpiar con la Sangre de Su Hijo, Jesucristo. Es el dolor de nuestro corazón el que Dios anhela mitigar a través del amor de Su Hijo. Es la debilidad de nuestro espíritu la que Dios desea sanar a través del poder restaurador de la Sagrada Eucaristía.

El Padre Benedicto Groeschel nos provee una historia profunda sobre un hombre y su conversión a Dios a través de la Eucaristía en el momento de su muerte. Escribe así el Padre Groeschel:

Yo llevaba la Sagrada Comunión como Viático a un hombre arrepentido que había en el pasado rechazado a Cristo, odiado a la Iglesia y había estado involucrado en círculos homosexuales con abandono y libertinaje. De acuerdo a su propia versión, él había rechazado su bautismo y su fe, odiaba y maldecía la Iglesia y todo lo que la Iglesia representaba. Cuando el Espíritu Santo le hizo un llamado en los momentos cercanos a su

final, con lágrimas de arrepentimiento y gratitud gozosa, él abrazó la muerte que la indulgencia sexual le había causado. El Hijo de Dios (que había sido hecho Hijo del hombre en el vientre de la Virgen Madre) acudió a él al final de su vida malgastada, y él aceptó a Cristo. Él reconoció que la pequeña hostia que yo había puesto en su lengua, mientras estaba en su lecho de muerte, era el mismo Jesús de Nazaret que condujo al buen ladrón al paraíso en la hora de su muerte.²⁴

A través del regalo de la Sagrada Eucaristía, Jesús nos hace disponible Su propio Sumamente Sagrado Corazón, el mismo Corazón que fue atravesado con una espada en el Monte del Calvario. Él nos entrega Su Corazón para que nuestros corazones puedan ser purificados y limpiados, fortalecidos y renovados, sanados y liberados. Al concluir Groeschel su historia, él declara: “Es un misterio para mí cómo una persona, que afirma que él o ella acepta la fe católica y sabe esto, no se postra ante la Eucaristía y clama: ‘Jesus, Salvador, ten misericordia de mí, un pecador’”.²⁵

¿Cómo respondemos *nosotras* a la Presencia Eucarística – vemos y creemos en su poder? Jesús añora que nos encontremos con Él en la Eucaristía como nuestro Médico Divino, nuestro Purificador, nuestro Consolador, nuestro Sanador.

Nuestro Señor ansía que nosotras, al igual que el legendario Longino, creamos en el poder de Su Santa Sangre, para que la ceguera espiritual de nuestras almas pueda dar paso a la visión espiritual. Él quiere mitigar nuestras dudas y nuestras reservas, nuestras inseguridades y nuestros temores—al igual que las del Monje Basiliano—a través de Su propia Carne y Sangre.

De la misma manera que Él auxilió al Arzobispo Fulton Sheen, Dios añora fortalecer nuestra vocación de vida a través de Su propia vida, expuesta ante nosotras en el Santísimo Sacramento. Y de la misma manera que sanó a los dos hombres en Lourdes, y a las cuatro personas en la Misa que mi amigo sacerdote ofició, Jesús puede elegir sanar las debilidades de nuestros cuerpos, para que podamos ganar fortaleza espiritual mediante el don de la fe.

Muy en especial, Dios ansía purificarnos y limpiarnos—al igual que al hombre muriendo de SIDA o al monseñor sanado de alcoholismo. Él desea librarnos del pecado que nos mantiene esclavizadas, y sanar las heridas que atormentan nuestras almas y plagan nuestros corazones. Sólo tenemos que recibirlo en Su Presencia Eucarística, unirnos a Él a lo largo del día a través de la comunión espiritual y adorarlo en el Santísimo Sacramento, para experimentar los efectos transformadores de Su amor.

Acudamos a la Presencia Eucarística de Jesucristo con fe y confianza. Bebamos en abundancia de Jesucristo, nuestro Señor y Salvador, nuestro Redentor y Sanador, nuestro Valor y nuestra Fortaleza. Bebamos en abundancia de la Fuente de Agua Viva. Saboreemos y veamos la bondad del Señor. ¡Seamos Personas Eucarísticas transformadas por el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo y que muestran Su presencia al mundo!

Resulta oportuno que, a medida que nos acercamos al final de este capítulo sobre el gran regalo de la Eucaristía, nos unamos con Jesucristo a través de la comunión espiritual:

ACTO DE COMUNION ESPIRITUAL

*Mi Jesús, yo creo que Tú estás en el
Santísimo Sacramento.*

*Te amo sobre todas las cosas, y
te añoro en mi alma.*

*Como ahora no te puedo recibir sacramentalmente,
entra al menos espiritualmente en mi corazón.*

*Como si ya hubieras venido,
yo te acepto y me uno
completamente a Ti;
nunca permitas que me separe de Ti.²⁶*

SEPTIMO



Resurrección: Renovación Para la Vida Abundante



SANACION PARA UN CORAZON HERIDO

A lo largo del curso de este libro hemos estado discutiendo la misión sagrada que Dios nos ha encomendado a nosotras las mujeres en el mundo contemporáneo. A través de Su Santa Iglesia Católica, Él nos ha solicitado que ayudemos a la humanidad a no degenerar, y a ser las sanadoras del mundo. Para poder cumplir con esta encomienda divina, Dios nos otorga *todas las bendiciones espirituales de los cielos*. Comenzamos a experimentar conscientemente estas “*bendiciones espirituales*” a medida que nuestras vidas se conforman a Su voluntad sagrada.

Si deseamos cumplir con esta misión, hay una bendición espiritual en particular que tenemos que recibir: la gracia de la sanación. Cada vez que pecamos, y cada vez que un pecado es cometido en contra de nosotras, se inflige una herida en el corazón. Como si se tratara de muchas navajas pequeñas desgarrando la delicada fibra de nuestro ser, el puntiagudo y afilado ataque del pecado personal y de los pecados cometidos en contra de nosotras convierten nuestros corazones en vasijas agujereadas, y de cuyos agujeros se escapa el tierno amor de nuestro Dios misericordioso. Dios vierte Su amor, Su misericordia, Su gracia sobre nuestros corazones—y ellos, a su vez, lo desparraman a través de los agujeros cernedores de la injuria y la aflicción.

Pero nuestro Dios es el Médico Divino, y con máxima gentileza Él anhela suturar las heridas de nuestros corazones con los más finos hilos de la gracia. Como si se tratara de un valioso brocado brillando con plata y oro, nuestros corazones se convierten en vasijas distinguidas, dedicadas y útiles a Dios para el más noble de los servicios (ver 2 Tim 2: 20–21).

Mediante el ministerio de *Viviendo Su Vida en Abundancia* (“*Living His Life Abundantly*”), he tenido el placer de hablar ante miles de personas. En las cartas que recibo, a través de conversaciones telefónicas y entrevistas en los medios de comunicación, en conferencias y durante retiros espirituales, la gente ha compartido conmigo sus dolores, sus tribulaciones y las luchas que se desatan en sus almas. También han compartido conmigo algunas de las heridas más profundas e íntimas de su corazón. He podido escuchar historias de violación e incesto. Historias de abuso y hostigamiento

sexual. Historias de abandono y negligencia. Historias de trauma emocional y psicológico. Muchas otras me han contado de los desgarradores esfuerzos para mitigar los efectos de decisiones pecaminosas que han tomado en el pasado—decisiones de aborto, adulterio y esterilización. Decisiones de promiscuidad, homosexualidad y abuso de drogas y alcohol. Decisiones que han lastimado a otros—amigos, padres, cónyuges, hijos.

Aunque muchas de las situaciones que han compartido conmigo son imposibles de resolver bajo criterios humanos—una y otra vez he podido ser testigo del poder sanador de Jesucristo, liberando a Su gente de sus ataduras, de los efectos de pecados pasados y de años de memorias dolorosas. Al igual que ocurrió con la Resurrección de Jesús en esa primera mañana de Pascua, nueva vida resurge de la muerte y esperanza emerge de las cenizas. La gente es renovada por el amor sanador de Jesucristo. Pero, antes de que la sanación tenga lugar, nosotras tenemos que cooperar plenamente con la gracia que Dios nos otorga. Tenemos que admitir nuestra necesidad de sanación, nuestro anhelo de ser sanadas y tenemos que participar en los sacramentos de nueva vida – la Reconciliación y la Eucaristía. La historia de Tina es ilustrativa de lo que puede pasar cuando una persona coopera con Dios de esta manera.

En su infancia, Tina fue informada de que ella fue una “bebé no-planificada”. Sintiendo que sus padres no la querían, ella solamente buscaba complacerlos por todos los medios. Sin embargo, nada de lo que ella hacía parecía ganar la aprobación de sus padres. Ella era una niña torpe y desgarbada, cuya falta de coordinación era motivo de ridiculización por parte de su madre; y la frialdad emocional de su padre le hacía sentirse inadecuada e incompleta. Tina pasó sus primeros años de vida sintiéndose insegura y no amada. Aunque sobresalía académicamente y contaba con compañeras de juego y amistades en la escuela, ella sentía un vacío en su interior. El espacio de su corazón que Dios había creado con la intención de que se rellenara del amor y la aprobación paternal era un gran espacio hueco.

Quizás no sea de sorprender que, a la edad de ocho años, Tina comenzara a responder a las atenciones de un primo diez años mayor que ella. Él la hacía sentir especial y querida. Confundiendo sus atenciones con amor y sus propuestas sexuales con afecto, ella se entregó a sus peticiones pecaminosas, sin comprender del todo lo que estaba ocurriendo. Cuando sus acometidas comenzaron a ser más demandantes y más brutales, ella comenzó a sentirse cada vez más incomoda y más asustada. Finalmente, él y su familia se mudaron lejos, liberándola de esa pesadilla.

El acoso duró menos de un año, pero la herida en el corazón de Tina la atormentó durante toda su adolescencia y hasta la adultez. Ella entró en su etapa de adolescencia convencida de que la única manera de ganar la aceptación y aprobación era a través de la actividad sexual. Ella adoptó esta línea de pensamiento y el consecuente patrón de comportamiento a lo largo de sus primeros años de adultez.

Tina cargó con esta herida abierta en su corazón hasta el matrimonio, donde continuó cosechando frutos agrios. Tina tenía un problema crónico con la fidelidad. Aún así ella se aterrorizaba ante la posibilidad de que su marido descubriera su infidelidad, pues temía aún más la idea de perder a su familia. Esta violación del convenio matrimonial, sumada

a las dolorosas memorias de abuso sexual y años de repugnancia por sus propios actos pecaminosos, la mantenían incapacitada tanto espiritual como emocionalmente. No podía establecer relaciones de confianza con otros, constantemente cuestionando sus intenciones, y se apresuraba a enjuiciar cuando las cosas no funcionaban como ella deseaba. A menudo se sentía manipulada y usada en sus relaciones personales y profesionales.

A pesar de todo esto, Tina era una católica practicante. Espiritualmente, ella estaba atormentada por la naturaleza hipócrita de su vida. Comenzó a temer ir a Misa dominical y se encontró inventando excusas para no asistir con su familia. Pero esto sólo sirvió para incrementar el sentimiento de culpa y de dolor que ella sentía. Sabía que debía asistir al Sacramento de la Reconciliación, pero no creía posible que el hacerlo cambiaría su situación. Más aún, ella sabía por experiencia que confesaría sus pecados sólo para volver a cometerlos una y otra vez en el futuro cercano. Ella se encontraba al borde de la desesperación y pensaba que nada la podía ayudar.

Una mañana esperaba con sus hijos en la parada de autobuses. Una mujer que conocía de su parroquia entabló una conversación con ella, le habló de un retiro espiritual que tendría lugar pronto y le preguntó si le interesaba asistir. Reconociendo que tenía que hacer algo con su circunstancia actual, Tina aceptó la invitación en un intento desesperado por poner de nuevo su vida en orden.

IDENTIFICANDO LAS HERIDAS DE NUESTROS CORAZONES

Dado que vivimos en un mundo de caídos, todas hemos sido víctimas de los pecados de otros. No todas las heridas del corazón provienen de haber sido abusados sexualmente o de sentirnos no-queridos por nuestros padres, pero cada una de nosotras ha sido herida de alguna manera. Comentarios llenos de odio o de prejuicios, el haber perdido algún ser querido, la traición de un amigo o cónyuge, el amor no correspondido—en todas estas situaciones el dolor y la confusión punzan nuestro corazón con la precisión de una navaja afilada.

Luego de que el dolor inicial disminuye, típicamente categorizamos estas experiencias como parte de la vida—”así es la vida”, decimos - y, con el tiempo, volvemos a nuestros asuntos cotidianos como si nada hubiera pasado. Pero algunas de las heridas cortan tan profundamente que tienen un efecto perdurable en nosotras. Nuestra memoria almacena estos sufrimientos—a veces en la conciencia, otras veces en el subconsciente—y, como si se tratara de un virus desenfrenado que se va regando por el cuerpo, estas memorias almacenadas comienzan a producir horribles síntomas en nuestras vidas.

Esto fue lo que le pasó a Tina. Aunque Tina llegó al retiro espiritual consciente de que necesitaba volver a ordenar su vida, ella desconocía la raíz causante de sus circunstancias actuales. Por ejemplo, ella le echaba la culpa de sus infidelidades matrimoniales a su esposo porque dedicaba tiempo excesivo a su trabajo, lo cual causaba un gran sentido de soledad en ella. Y ella pensaba que la falta de confianza que ella sentía con relación a otros y la acompañante sensación de ser manipulada surgía como consecuencia de que escogían a otros sin considerarla a ella para promociones.

Cinco Preguntas que te Ayudarán a Identificar la Procedencia de tus “Heridas”

Las siguientes cinco preguntas me han servido para descubrir áreas que necesitan ser sanadas en mi propia vida, así como en la vida de otros. Una de ellas, o quizás más de una, pueden ser útiles para identificar áreas de nuestro interior que necesitan sanación. Podríamos decir que cada una representa los posibles síntomas de un “virus espiritual”.

1. ¿Descubro que estoy repitiendo el mismo pecado una y otra vez?

Tina, por ejemplo, estaba constantemente confesándose de un mismo pecado: la infidelidad. Aunque había áreas en su matrimonio que ciertamente necesitaban atención, ella sabía que amaba a su marido. ¿Qué, entonces, la motivaba a ser infiel? Ésta era la pregunta que tenía que formularse a sí misma.

2. ¿Existe un patrón de comportamiento o patrón de pensamiento recurrente y malsano en mi vida?

¿Te has escuchado a ti misma decir cosas tales como...?

- “Nadie me quiere”.
- “Me pongo a la defensiva cada vez que alguien de autoridad cuestiona mis actos”.
- “Me voy _____ (al centro comercial, al cine o a cualquier otro lugar de escape de mi preferencia) cada vez que tengo que tomar una decisión”.

Cuando descubrimos que nuestras reacciones físicas y mentales permanecen constantes en situaciones similares, y cuando estas reacciones no son sanas, esto puede ser una señal de que existe un problema profundamente arraigado.

3. ¿Son mis reacciones desproporcionadas (ya sea interna o externamente) ante ciertas situaciones?

Si nuestra reacción ante cierto tipo de situación es más fuerte o desproporcionada en relación a la forma en que la mayoría de las otras personas reaccionan ante situaciones similares, entonces debemos tomar esto como una señal de que algo no anda bien. Las preguntas que nos debemos formular son: ¿Qué está estimulando en mí este tipo de reacción desproporcionada? ¿Qué estoy sintiendo? ¿Qué memoria o evento pasado en mi vida puede estar ocasionando esta emoción?

En el caso de Tina, cada vez que su marido le sonreía de una forma particular, a ella le recordaba una expresión facial que solía hacer el primo que había abusado de ella sexualmente. Su corazón se aceleraba, la rabia le revolvía el estómago y terminaba desquitándose con su marido, quien quedaba sorprendido al no entender lo que estaba sucediendo.

4. ¿Camino con una pesadumbre sobre mis hombros—un sentimiento de miedo o ansiedad, de melancolía o ruina, de depresión o tensión? ¿O, siento muchas veces que no hay nada que me pueda hacer feliz?

Aunque existen razones químicas o médicas que pueden causar estas emociones (y éstas deben ser clínicamente evaluadas), a menudo la raíz causante de estos síntomas proviene de una herida del corazón.

Recientemente, una mujer me reveló cómo se había liberado de un sentimiento

de bochorno relacionado con eventos que habían ocurrido en sus años de adultez temprana. Aunque ella había confesado ya su pecado y se había arrepentido del mismo, ella no podía librarse completamente de la sensación de ruina que pesaba sobre ella. Mediante el consejo pastoral de un sacerdote santo con experiencia en sanación interna, ella logró descubrir que el sentimiento de bochorno provenía de una herida en el corazón. La oración de intercesión del sacerdote, junto con su honestidad y con la ayuda de la Sagrada Eucaristía, logró sanar su herida y liberarla del sentimiento de bochorno y ruina que caracterizaba su vida diaria.

5. ¿He agotado todos los medios naturales y espirituales existentes para lidiar con el problema, y aún así nada parece ayudar?

Podemos leer en Sirácida: “Honra al médico porque es necesario. También a él lo creó el Altísimo. De Dios le viene la ciencia de curar” (Si 38: 1). Cuando nos encontramos deprimidas, obsesionadas con alguna idea, abrumadas con comportamientos compulsivos o lidiando con problemas emocionales o psicológicos severos, siempre es sumamente recomendable solicitar la atención sabia de un médico o de un profesional de la salud mental. Muchos problemas son síntomas de desbalances hormonales o químicos, o de enfermedades fisiológicas.

Más aún, debemos aprovecharnos de los sacramentos, orar y buscar discernimiento y hablar abierta y honestamente con un director espiritual. Pero, cuando hemos intentado todos estos remedios y el problema persiste, puede ser indicativo de la necesidad de sanación interior.

En el caso de Tina, sus respuestas a estas cinco preguntas sirvieron para alertarla de que existía la posibilidad de que hubiera otra cosa, más allá de su soledad y de los problemas laborales que la estaban atormentando. Aunque sentía ansiedad sobre lo que pudiera descubrir, ella decidió solicitar oración individual la primera noche del retiro, para ver si lograba descubrir la fuente de la herida de su corazón. Cuando se reunió con el director espiritual y le reveló su sospecha de que algo la estaba atormentando profundamente, el director espiritual gentilmente sondeó la memoria de Tina para descubrir la raíz causante de su problema. Tina respondió cándidamente a las preguntas que le fueron formuladas.

Al comienzo, el director espiritual le preguntó cuándo comenzó a sentirse de esta manera. Luego de pensárselo, Tina descubrió que su actitud defensiva, su sentido de manipulación y su promiscuidad tenían una larga historia. De hecho, era difícil para ella recordar una época en que estas sensaciones y comportamientos no fueran parte de su vida. El director espiritual le preguntó si podía recordar su niñez, y si su niñez fue feliz o triste. Tina inmediatamente respondió que fue una niñez triste. Hubo momentos felices, por supuesto, pero fue mayormente triste.

Luego, el director espiritual le preguntó por qué fue una niñez triste. Mientras rememoraba el pasado, su atención se enfocó inmediatamente en el tiempo en que había sido abusada sexualmente.

“¿Fue en este momento de tu niñez que comenzaste a sentirte triste?”, le preguntó dulcemente el director espiritual.

“No”, respondió Tina. “Fue antes de esto”.

Con paciencia e interés el director espiritual continuó ayudando a Tina a explorar los recuerdos de su niñez más remotos. Y al final, Tina pudo realizar que el sentimiento de no ser querida cuando niña era la causa de la abrumadora tristeza de su vida. Aunque había permanecido oculto para ella, este sentido de negligencia y abandono influenciaron muchas de las decisiones que ella tomó. Desafortunadamente, estas decisiones a menudo resultaban en más rechazo, más dolor, más sufrimiento y más confusión. Para Tina esta revelación, aunque dolorosa de por sí, fue también liberadora y transformadora.

Una vez la raíz causante de su problema fue descubierta, el director espiritual rezó con Tina una oración en la cual le pedía a Jesús que sanara las heridas en sí y la liberara de todos sus efectos. Jesucristo, Quien es el mismo ayer, hoy y por siempre, puede sanar los tormentos de nuestro corazón, de la misma manera que sanaba a las personas cuando caminaba por la faz de la tierra hace dos mil años. Pedirle a Él que entre en nuestras memorias más dolorosas y que sane nuestras heridas interiores con Su amor que todo lo cura—de eso es de lo que se trata la sanación interior. En la sanación interior, Dios revela con la luz de la verdad todo aquello que permanecía oculto en la oscuridad de nuestros corazones. Y nosotras luego, piadosamente, le suplicamos que sane y restrinja los efectos nocivos que hemos sufrido debido a las heridas.

A través de la oración para la sanación interior, Tina comenzó a experimentar las bendiciones espirituales que Dios le tenía deparadas para ese fin de semana. Ella sintió una libertad interior que nunca antes había experimentado. Por primera vez en su vida, Tina se permitió a sí misma creer que fue Dios quien la llamó a la vida motivado por Su amor por ella. Y también creer que, independientemente de lo que sus padres pensarán sobre las circunstancias que rodearon su nacimiento, Dios ansiaba que ella naciera. Él la quería y Él la creó a imagen y semejanza de Su propio corazón. Ella pudo reconocer que, incluso en los momentos más difíciles del abuso sexual, Dios no la había abandonado. Su amor estaba con ella, a pesar de que su violador ejerció su libre albedrío en una forma que despreciaba las leyes de Dios. Y era ahora, en el momento preordinado por Dios, que Él deseaba que su proceso de sanación comenzara. Dios sólo requirió su permiso para poder comenzar a desprender las capas de dolor, las capas de sufrimiento, las capas de trauma de las profundidades de su corazón.

Tina también comprendió que Dios deseaba sanarla de los efectos de su propio pecado personal. Él la deseaba “santificada y libre de culpas ante su presencia”, llena de gracia, como la Madre de Su Hijo. Él le daría la habilidad de vivir este llamado a la gracia; lo único que ella tenía que hacer era aceptarlo. Ella descubrió que no existe pecado alguno que sea mayor que la misericordia de Dios.

El amor de Dios es un océano infinito del cual Él desea que bebamos. El Sacramento de la Reconciliación es una fuente de esta misericordia; cuando recibimos este sacramento con un corazón arrepentido, Dios no sólo nos perdona, sino que además Se olvida de los pecados que hemos cometido.

Convencida de Su amor, Tina acudió al Sacramento de la Reconciliación para experimentar las aguas sanadoras del perdón.

OBSTACULOS PARA LA SANACION INTERNA

Jesús vino para que tuviéramos vida y la tuviéramos en mayor abundancia (ver Jn 10: 10). Y aún así, hemos visto cómo los pecados cometidos en contra de nosotras, al igual que nuestro propio pecado personal, nos mantienen en servidumbre espiritual. Este cautiverio nos impide experimentar la abundancia de vida que Dios ha deparado para nosotras desde toda la eternidad.

Dios anhela que cada una de nosotras sea liberada de todo lo que nos aprisiona. ¿Qué, entonces, impide que las heridas de nuestro corazón sean sanadas? Las razones son muchas y variadas, pero he aquí algunas de las más comunes:

1. No admitimos que necesitamos esta sanación.

Un obstáculo para la sanación es el no admitir que hay un problema. Mucha gente rehúsa admitir que los traumas que han experimentado en la vida les han herido de alguna manera. Es una pena porque, como hemos visto, el ignorar el problema no hace que el mismo desaparezca.

Cualquier virus espiritual que plague nuestras almas eventualmente producirá síntomas nocivos en nuestras vidas. Estos síntomas adoptan una variedad de formas, algunas de las cuales ya hemos discutido; otras adicionales incluyen la furia, la amargura, el resentimiento, la malicia, la inhabilidad de amar o de recibir amor, la rebelión, la insensibilidad, el sentido de falta de valor o de mérito. Estos síntomas nos incapacitan para realizar la plenitud de vida que Dios desea para nosotras. También afectan nuestra actitud hacia la vida, que puede convertirse en causa de dolor para los que nos rodean.

2. No deseamos ser sanadas.

Hay algunas personas que acuden a la oración de sanación, pero que no tienen intención alguna de abandonar sus sufrimientos. Yo recuerdo un hombre que vino a mí para una sanación interna. Él estaba profundamente herido por el rechazo de su esposa. Su actitud hacia ella era amarga y de odio. Él afirmaba que quería ser sanado del dolor en su corazón y que deseaba reconstruir su vida nuevamente. Pero, en el transcurso de las semanas en las que yo oraba con él, resultó evidente que a él le agradaba su amargura y la empuñaba como un garrote de venganza en contra de su esposa. Su odio se había convertido en el aliciente de su vida. No sólo no deseaba ser sanado, sino que además estaba rechazando, con sus actos pecaminosos y vengativos, la gracia que Dios le estaba otorgando.

Aún otras rechazan la sanación porque les gusta la atención creada por el problema. Inés era una de estas personas. Ella se había criado en un hogar de padres alcohólicos, y esto la había afectado profundamente. A pesar de que ella estaba bien consciente de los efectos negativos que su infancia había producido en

su vida adulta, y a pesar de que podía identificar aquellas áreas necesitadas de sanación y a pesar de que había orado para pedir sanación en esas áreas, ella no deseaba ser sanada. A ella le gustaba la atención que recibía de aquellos que rezaban con ella.

A menos de que verdaderamente anhelemos ser sanadas, todas las oraciones del mundo no servirán para nada, porque erguimos una pared de resistencia que impide que entre el amor de Dios.

3. No ejercitamos nuestra fe.

A veces estamos tentadas a pensar que nuestros problemas son más grandes que Dios, o que Dios no desea sanarnos. Esto es no solamente un pecado de presunción, sino que tales actitudes nos impiden experimentar la libertad que Dios nos tiene deparada.

Si nuestra fe es débil, necesitamos pedirle a Dios que la incremente. Recordemos las palabras que Jesús dijo al padre que trajo su hijo poseído ante su presencia, pidiéndole a Jesús que lo ayudara, si Él podía. Jesús le respondió: “¡Todo es posible para el que cree!”. El padre entonces replicó: “¡Creo, Señor; ayuda mi incredulidad!” (Mc 9: 23-24)

Cuando nuestra fe es débil, necesitamos recordar este pasaje de la Sagrada Escritura y orar para que nuestra fe y confianza en el poder de Dios se incremente. Una manera de estimular nuestra fe es leyendo las historias de sanación del Nuevo Testamento. A medida que logramos ver la compasión de Jesús, Su amor por los débiles y los enfermos, nuestra fe y nuestra confianza se fortalecen. Jesús es el mismo ayer, hoy y por siempre. Él ansía sanarnos, de la misma manera que Él sanó a las muchas personas que buscaron su ayuda dos mil años atrás. Estas historias nos hacen recordar a un Salvador tierno y misericordioso que ansía traer la vida abundante a su pueblo. Porque, como dice en la Escritura: “Para Dios todo es posible” (Mc 10: 27).

4. No correspondemos a la gracia de Dios.

La vida espiritual es un proyecto de cooperación entre Dios y nosotras. Él nos otorga la gracia, pero nosotras debemos usarla. Esto aplica tanto a la gracia de la sanación como a cualquier otra gracia que Dios nos otorga.

Algunos individuos sabotean su propio proceso de sanación incurriendo en actividades, en procesos de pensamiento o en situaciones que seguramente comprometen el rico tesoro de sanación que Dios les ha otorgado a ellos. Puedo recordar una vez que recé con un hombre que tenía un grave problema con la pornografía. Este problema encontraba sus raíces en unas heridas profundamente asentadas en su corazón, y por las cuales estábamos rezando. No se lograba alcanzar mucho progreso, hasta que un día me confesó que la ruta a su trabajo le obligaba a pasar por una sección del pueblo famosa porque abundaban los bares de mujeres de baja reputación y las tiendas de pornografía. La tentación que estos establecimientos presentaban era demasiado grande para él.

Cuando esta situación fue revelada, también fue revelada la solución. El próximo día él cambió su ruta hacia su trabajo, removiendo así el obstáculo que había impedido a su corazón herido y atormentado recibir la gracia que Dios le otorgaba.

Otro ejemplo de la interacción entre la gracia de Dios y la respuesta que nosotras le damos lo podemos ver en la historia de Tina. El cooperar con la gracia que Dios le otorgó durante el retiro espiritual de fin de semana fue absolutamente esencial para la continua sanación de Tina. Al llegar el fin de semana a su fin, resultaba obvio, basándose en su radiante expresión, que ella estaba llena de nueva vida. La transformación había comenzado a tomar lugar en ella, pero necesitaba ser nutrida y fortalecida. Llena de esperanza y de anticipación, Tina estaba lista para retornar a su hogar y a su familia, y a comenzar a escribir un nuevo capítulo en la historia de su familia. Sin embargo, también sabía que graves tentaciones le esperaban.

Primero, habría el ataque de dudas que la asecharían. ¿Habría realmente experimentado el toque sanador de Dios? Luego, tendría que poner fin a la aventura extramatrimonial que estaba sosteniendo. ¿Tendría la fortaleza para hacerlo? Finalmente, las memorias viejas y las heridas del pasado volverían nuevamente a atormentarla. ¿Estaba ella espiritualmente equipada para afrontarlas?

Con la ayuda del director espiritual, Tina se propuso seguir un plan razonable para cooperar con la gracia de sanación que había recibido. Se comprometió a llevar un plan de oración diaria. Basándose en su agenda, ella sabía que por las mañanas sería el mejor momento. Ella lo anotó en su calendario de actividades diarias, de la misma manera que lo haría para cualquier otro evento importante.

Luego, Tina tomó la decisión de asistir a la Misa diaria con la frecuencia que le fuera posible. Ella sabía que necesitaba estar fortalecida a través de la Eucaristía. Tina también decidió asistir al Sacramento de la Reconciliación tan frecuentemente como le fuera posible, pero no menos de una vez al mes. Habiendo ya experimentado la gracia sanadora de este sacramento, estaba consciente de su profundo efecto.

Más aún, Tina decidió también dedicar un tiempo a Jesús en el Santísimo Sacramento. Algunas heridas son tan profundas que Dios, en Su misericordia, las sana de forma gradual, capa por capa. A medida que pasamos tiempo ante la Presencia Eucarística, somos bañadas en la luz de Aquél cuya Sangre nos redime y nos libera.

Tina también decidió establecer relaciones con otras personas que también aspiraban a la santidad y a ser sanadas. La comunidad cristiana es esencial si queremos progresar en la vida espiritual. Ella sabía que en su propia parroquia había un grupo de oración que se reunía semanalmente. Ella decidió asistir esa misma semana.

Finalmente, Tina había podido ver por sí misma cuán profundamente arraigada era la herida de su corazón. Ella prometió buscar la ayuda y asistencia de un consejero cristiano y director espiritual. Si hemos de crecer en santidad tenemos que admitir la verdad sobre nosotras, según ésta nos es revelada por Dios y por el

discernimiento de otros.

Tina sabía que el poder cumplir con estos compromisos requeriría hacer sacrificios. Pero también sabía que los beneficios superarían con creces sus esfuerzos. Dios nunca puede ser superado en generosidad.

5. A veces no somos sanadas porque albergamos falta de perdón en nuestros corazones.

Debido a la magnitud de este último obstáculo, lo discutiremos en una sección aparte.

FALTA DE PERDON: EL MAYOR OBSTACULO DE TODOS

Un hombre de treinta-y-pico años se me acercó con lágrimas en sus ojos. Era casi el final de un largo día en una ciudad del suroeste de Estados Unidos, donde yo ofrecía un día de recogimiento espiritual a personas que estaban involucradas en trabajo ministerial.

“Usted verdaderamente captó mi atención con lo último que dijo”, me dijo. “He estado escuchando todo el día, en espera de esa palabra especial que usted dijo que nuestro Señor nos diría hoy a cada uno de nosotros. Y creo haberla escuchado justo ahora”.

En la actividad, el día había sido dividido en tres segmentos—la misión de los laicos en la evangelización del mundo de hoy en día; el llamado universal a la santidad; y el sobrellevar obstáculos en nuestra misión como laicos católicos. En la tercera sesión, yo había discutido, entre otras cosas, el obstáculo de un corazón que no perdona. Fue en esta sesión que el hombre de treinta-y-pico de años creyó escuchar la palabra del Señor para él.

En los pocos minutos que conversamos, él me contó de un miembro de su familia que le había causado grandes dificultades a él y a otros miembros de la familia. “Yo no he perdonado a esta persona por el daño que nos ha causado. Yo pierdo el genio con él y me siento en tensión la mayor parte del tiempo. Estoy desarrollando problemas de presión sanguínea y mi ira está afectando mi trabajo. Usted dijo que Dios dice que tenemos que perdonar. No creo que pueda hacerlo, pero estoy dispuesto a intentarlo”.

Aunque los detalles de la historia de este hombre eran particulares, yo ciertamente podía relacionarme con lo que él me estaba diciendo. Recordé cuando yo escuche la voz de Dios por primera vez incitándome a que perdonara. Al igual que el hombre de treinta-y-pico de años, yo también me había confrontado con una situación en la que debía perdonar a alguien que me había causado grandes angustias. Mi decisión de perdonarlo dio comienzo a un proceso que se ha extendido a lo largo de la mayor parte de mi vida.

Pero, la palabra de Dios sobre el tema del perdón es clara—y no hay persona, circunstancia o situación que esté exenta:

Entonces se acercó Pedro a preguntarle: “Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano cuando peque contra mí? ¿Hasta siete?” Jesús le respondió: “No te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”.

MATEO 18: 21–22

Porque si le perdonáis a los hombres sus ofensas, también os perdonará vuestro Padre celestial. Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados.

MATEO 6: 14

Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará; echarán en vuestro regazo una buena medida, apretada, colmada, rebosante: porque con la misma medida que midáis se os medirá.

LUCAS 6: 36–38

Si al llevar tu ofrenda al altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, vete primero a reconciliarte con tu hermano, y vuelve después para presentar tu ofrenda.

MATEO 5: 23–24

Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo”. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persigan... Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis?... Por eso, sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.

MATEO 5: 43–48

Para los discípulos de Jesús que primeramente escucharon estas palabras, eran de hecho palabras difíciles de aceptar. Ésta no era la ley de justo castigo que ellos conocían de su pueblo y de su cultura. Sus antepasados les habían enseñado una ley diferente—”ojo por ojo, diente por diente”.

La enseñanza de Jesús en torno al perdón era difícil de aceptar para los discípulos por otra razón adicional. Ellos aún no habían sido testigos del formidable amor y misericordia de Dios revelado a través de la Pasión, muerte, y resurrección de Su único Hijo engendrado, Jesucristo. Es en el Misterio Pascual que podemos ver de forma más evidente la misericordia incondicional de Dios. A través de nuestro bautismo, la propia misericordia de Dios toma residencia en nosotras en la forma de gracia santificadora. Cada vez que nosotras nos valemos del sacramento de la reconciliación, experimentamos nuevamente la misericordia de Dios.

Ese hombre de treinta-y-pico de años en el día de recogimiento espiritual sabía que él era incapaz de perdonar. Lo que necesitaba saber era que le era posible perdonar a través de la misericordia de Dios activa en su interior. Sólo cuando dispensamos la misericordia de Dios que hemos recibido es que podemos comenzar a perdonar a otros.

Cada una de nosotras ha experimentado trauma, dolor, humillación o abuso causado por las acciones de otros. Nuestros corazones son heridos muchas veces a lo largo de nuestras vidas. Pero Dios nos dice que tenemos que perdonar, y por los pasajes del Evangelio que hemos citado podemos ver el porqué. Nuestra salvación está intrínsecamente relacionada al acto de perdonar. Jesús nos dice que si nosotras no perdonamos, tampoco seremos nosotras perdonadas. Si nosotras juzgamos y condenamos, también nosotras seremos juzgadas y condenadas. La medida con que medimos será la misma medida con que seremos medidas. La falta de perdón impondrá

sobre nosotras una sentencia eterna—una sentencia creada por nosotras mismas y una que comienza a cumplirse en esta vida.

San Pablo nos dice: “Si os enojáis, no pequéis; no se ponga el sol estando todavía airados, y no deis ocasión al diablo”. (Ef 4: 26–27). Cuando nosotras rehusamos perdonar, nosotras pecamos. Y a través del pecado estamos eligiendo la maldad por encima de la gracia de Dios. Al elegir así, le abrimos paso al demonio para que actúe en nosotras, y el fruto de su labor es la amargura, el resentimiento, el odio y la hostilidad. A medida que alimentamos estos efectos nocivos con la leche del enojo sostenido, ellos eventualmente se desarrollan y nos apartan de Dios. Como si de una enredadera se tratara, se enroscan alrededor de nuestros corazones, asfixiando la vida de Dios en nuestro interior. Dejada sola a sí misma, nuestra alma se vuelve dura y pedregosa, una fortaleza impenetrable de hierro. Permanecemos prisioneras dentro de nosotras mismas, alimentándonos de nuestro enfado de la misma manera que un cáncer se alimenta de su víctima.

Y los efectos son profundos. Al igual que el hombre de treinta-y-pico de años, nuestra salud física a menudo refleja nuestra condición interior. Úlceras, problemas de presión sanguínea y disminución de la facultad retentiva a menudo salen a relucir. El cinismo, el sarcasmo y la vehemencia brotan de nuestra boca. Nuestro comportamiento se torna intolerante, agitado, sin paciencia. La depresión clínica, un problema de salud mental causado mayormente por nuestro enojo reprimido, se convierte en una posibilidad real.¹ Nos sentimos miserables, y hacemos que los que nos rodean se sientan miserables también. Nuestras vidas se convierten en un infierno viviente. Jesús nos dice que tenemos que perdonar, porque un corazón que no perdona nos tiene sujetas en cautiverio. Nos volvemos prisioneras de nuestra propia confección.²

¿Qué, Entonces, Significa Perdonar?

Antes que nada, debemos saber lo que el perdón no es.

Perdonar no significa que condonamos el comportamiento hiriente.

Perdonar no significa que nuestro dolor no importa.

Perdonar no significa que todo está bien.

Perdonar no significa que debo permitir que continúe la mala voluntad hacia mí.

Perdonar no significa que debo permanecer en una situación abusiva.

Perdonar no significa que yo sienta que he perdonado.

Por el contrario, perdonar es una acción voluntaria, incitada por la gracia, que nos libera de las consecuencias del pecado. En Mateo 18: 18 podemos leer lo siguiente: “Os aseguro que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo”. Cuando nosotras perdonamos, el daño cometido en contra de nosotras pierde su poder sobre nosotras. El enfado huye, y con él también se va la hostilidad, el odio, el resentimiento y la amargura. La muralla de resistencia que hemos construido alrededor de nuestros corazones comienza a derrumbarse y a caerse. Ya no más cautivas por los efectos del enfado, nuestros

corazones de piedra se convierten en “corazones de carne”. Somos liberadas—y así también la persona que ha estado sujeta en cautiverio espiritual por los grilletes de nuestra falta de perdón.

¿Cómo, Entonces, Comenzamos a Perdonar—Especialmente Cuando el Mal Cometido en Contra Nuestra es Profundo y Doloroso?

Nuestro amigo de treinta-y-pico de años nos provee con el primer paso. Nosotras tenemos que *desear* perdonar. El perdón es un asunto de la voluntad, no del corazón. Nosotras elegimos perdonar; nosotras decidimos perdonar. Los sentimientos no tienen que ver nada con este asunto.

A veces el patrón de enojo está tan atrincherado, o el dolor es tan profundo, que somos incapaces de tomar esta decisión. En estos casos, necesitamos rezar y pedir por el deseo de perdonar. Y si aún el pedir por el deseo de perdonar resulta demasiado incómodo para nosotras, entonces necesitamos rezar y pedir por el *deseo del deseo* de perdonar. Y nos remontamos hacia atrás cuanto sea necesario en esta cadena, hasta que lleguemos a una cierta certeza de que podemos comenzar desde ese punto—y entonces nos movemos hacia adelante, un deseo a la vez.

Nuestra oración puede comenzar así: *Señor, te pido que me concedas el deseo del deseo de perdonar. Ayúdame a actuar a través del poder de tu misericordia en esta situación.*

Eventualmente, nos encontraremos orando: *Señor, te pido que me concedas el deseo de perdonar. Gracias por demostrar el poder de Tu misericordia en mí. Ayúdame a perdonar plenamente.*

Y más adelante: *Señor, te pido que me concedas el poder perdonar a esta persona. Llévame hasta el punto, a través de Tu misericordia, en que pueda perdonar plenamente.*

Y finalmente: *Señor, yo perdono a esta persona. Gracias por Tu fidelidad que me ha llevado hasta este punto.*

Y es importante que recordemos que el acto de perdonar es un proceso y que ocurre paso a paso.³

¿Cómo Podemos Progresar en Este Acto de Misericordia?

Jesús nos da la respuesta a esta pregunta en Mateo 5: 44: “*Rezad por los que os persigan*”. Cuando oramos por aquellos que nos han hecho daño, se inicia una dinámica que acontece en lo más profundo de nuestra alma. Veremos cómo gradualmente, poco a poco, el dolor que experimentábamos es apaciguado, y la ira que sentíamos hacia ese individuo se mitiga. Casi de forma imperceptible, comenzamos a sentir el amor de Dios por esa persona. Nos adentramos en la misericordia de Dios dentro de nosotras y extendemos esa misericordia a nuestro perseguidor. En cierto sentido, a través de nuestras oraciones, Dios nos utiliza como un instrumento de misericordia en la vida de la persona que nos ha herido.

Pero, ¿cómo podemos orar por nuestros perseguidores cuando sus actos en nuestra contra nos han causado tanto daño? En mi caso, me ha resultado útil tener en cuenta

que, al momento que esa persona estaba cometiendo los actos de injuria, él o ella no podían haber conocido el amor de Dios. Si esa persona hubiera conocido la magnitud del amor de Dios—cuánto Dios nos ama a cada una de nosotras—esa persona nunca hubiera podido ser capaz de cometer esos actos.

Durante Su crucifixión, Jesús le suplicó a Su Padre que perdonara a los responsables de Su muerte, “porque no saben lo que hacen”. Quizás por ignorancia, o quizás por su propio dolor e injuria, nuestros perseguidores se han visto imposibilitados de aceptar el amor y la misericordia de Dios que por siempre fluyen del Sagrado Corazón de Jesús.

De hecho, entonces, nuestros perseguidores merecen nuestra compasión. Mediante nuestra oración intercesora, podemos ayudar a sanar la brecha en el corazón de esa persona y preparar a esa persona para recibir el amor de Jesucristo. Pienso en el Buen Ladrón colgando al lado de Jesús en el Calvario. La Escritura nos cuenta que él se mofaba y se burlaba de Jesús, al igual que los otros a su alrededor (ver Mt 27: 44). Pero cuando el Buen Ladrón reconoció a Jesús como el Mesías, su corazón se transformó (ver Lc 23: 40–42). Nuestras oraciones por nuestros perseguidores pueden ayudar a llevarlos a ellos a este mismo reconocimiento.

¿Podemos recuperarnos del dolor que hemos experimentado?

Sí. Sí. Sí.

Pero, al igual que con el perdón, la recuperación también es una elección. Tenemos que abrazar el deseo de ser sanadas de nuestro dolor, y buscar esta sanación por los medios que Dios nos otorga. Para algunas, esto puede significar consejo profesional. Para otras, puede significar buscar la ayuda de un consejero espiritual. Y aún para otras, puede significar un proceso que se extiende a lo largo de toda una vida, y que hay que afrontar con el sol naciente de cada día. En todos los casos, orar diariamente y la recepción frecuente de la Eucaristía y del sacramento de la Reconciliación son de suma importancia.

También he encontrado que meditar en torno a la Pasión de Jesús es una excelente fuente de sanación. En la narrativa que hace San Marcos de la Pasión de Cristo, encontramos muchas palabras que describen el intenso dolor emocional que padeció Jesús. Algunas de estas palabras son: *traicionado, lleno de temor, adolorido al punto de muerte, desamparado, maltratado, burlado, golpeado, flagelado, abandonado.*

¿Había algún tipo de dolor o de humillación del que Jesús no fuera víctima? ¿Pudo haber alguna emoción que Jesús no sintiera en Su Pasión? ¿Alguna indignidad que no experimentara? Mientras meditamos en torno a la Pasión de Jesús, descubrimos que Él llevó consigo a la Cruz cada dolor, cada herida, cada pena que hemos sufrido. Y su sangre las ha redimido. Tan sólo tenemos que apropiarnos de la gracia que Él ha ameritado para nosotras.

DOS HISTORIAS SOBRE EL PODER DEL PERDON

Dios ha creado a la persona humana como un ser trino y uno, constituido por cuerpo, mente y espíritu. Dado que las tres partes están interrelacionadas, lo que afecta un área

de nuestro ser tiene también un impacto directo en los otros aspectos de nuestra naturaleza. Por ejemplo, la condición interior de nuestra alma puede influenciar tanto nuestro estado de mente como nuestro bienestar físico. Esto es lo que el hombre de treinta-y-pico de años descubrió en su vida. Al adherirse a la falta de perdón, la amargura y el resentimiento que éste producía dentro de él le ocasionaron problemas de presión sanguínea y redujeron su productividad en el trabajo.

Por el contrario, cuando nosotras cooperamos con la gracia que Dios nos otorga para restaurar aquellas áreas de nuestro espíritu que han sido dañadas por nuestro propio pecado o por el pecado que otros han cometido contra nosotras, a menudo experimentamos una mejoría en nuestra salud mental y física. Dos historias experimentadas por personas que se dedicaban al trabajo ministerial de sanación ejemplifican los efectos sanadores del perdón. Una se trata de una persona recluida en un hospital en la sala para pacientes con heridas en la espina dorsal. La otra se trata de una persona que casi se ahoga.

La Herida Que No Sanaba

Bill era un hombre tosco y fornido cuya profesión era guiar camiones. Desde el momento que llegó a la sala de pacientes con heridas en la espina dorsal, era evidente que su vida había estado caracterizada por el vivir disipadamente. Una noche viajaba en su motocicleta cuando un camión lo forzó fuera de la carretera, y salió volando con su motocicleta “Harley Sportster” por encima de un terraplén.

Estaba vivo, pero se había roto la espina dorsal lo cual lo dejó parapléjico. Sus pulmones se infectaron seriamente con escorias que había ingerido en la escena del accidente. Los antibióticos no habían resultado efectivos en curarle la infección.

Debido a su herida de la espina dorsal, desarrolló llagas de presión en su espalda por no ser volteado con la suficiente frecuencia mientras yacía en el lecho del hospital. Una de las llagas medía alrededor de siete pulgadas de ancho, y era tan profunda que se podía ver claramente su columna vertebral. Todos los intentos no-quirúrgicos para cerrar la llaga habían resultado infructuosos, y la cirugía no era una opción debido a la infección en sus pulmones.

La prognosis no era buena. De hecho, Bill estaba muriéndose. Todos los días los médicos le tomaban radiografías de los pulmones para ver si estaban lo suficientemente recuperados de la infección como para operarlo. Y cada día, la infección persistía.

Bill estaba recluido en la sala de cuidado intensivo cuando mi amigo, un consejero en salud mental que cree en el poder de la oración, fue asignado a su caso. Cuando vio a Bill por primera vez, él estaba acostado, sujetado a una cama especial que rotaba su cuerpo cada pocos minutos. Sabiendo la severidad de la condición del paciente, mi amigo le preguntó a Bill si deseaba orar. Bill aceptó, pero admitió que no había orado en años. Y, mientras mi amigo oraba con Bill, percibió que estaba ocurriendo algo en Bill que iba más allá de la infección en sus pulmones y de su herida abierta.

Con gentileza, le preguntó a Bill si había alguien a quien él tuviese necesidad de perdonar. “O, sí”, respondió Bill. “Muchas. Pero la persona a la que más odio es a mi

esposa. Ella me abandonó”.

Mi amigo le recordó a Bill de su débil condición física, de la poca probabilidad de poder ser sometido a la cirugía que él necesitaba, y de que existía la posibilidad real de morir. “¿Desearías orar para que perdone a tu ex-esposa?”, le preguntó mi amigo.

“No tengo nada que perder, ¿o sí?, Doc”, respondió Bill.

Mientras se unieron en oración, Bill lloraba y sollozaba. Grandes lágrimas hicieron brecha en su endurecido corazón que lo mantenía aprisionado. Lágrimas liberadoras fluyeron que lo libraron de las cadenas de la falta de perdón. Lágrimas sanadoras que aliviaban las áreas infectadas de su alma con el dulce bálsamo de la misericordia de Dios. “Doc”, dijo Bill, “no me había sentido así de bien en años. Gracias por rezar conmigo”.

Al próximo día, cuando leyeron las radiografías de Bill, el radiólogo quedó sorprendido por lo que mostraron. La virulenta infección que había estado lentamente envenenando a Bill había desaparecido por completo. Sus pulmones estaban sin manchas y claros. Y no existía explicación médica alguna para ello. Bill había sido milagrosamente sanado a través del acto de perdón.

Se realizó la cirugía. La llaga en su espalda se cerró. Bill eventualmente salió del hospital para comenzar una nueva vida transformada por la misericordia de Dios activa en su interior. Y, a pesar de lo milagrosa que fue la curación física de Bill, ésta aún no podía compararse con la sanación que tuvo lugar en su corazón. Su cooperación con la gracia de Dios para perdonar lo había sanado en cuerpo y en alma. Él era un hombre nuevo en Jesucristo.

Las Aguas Sanadoras del Amor de Dios

La segunda historia muestra cómo se desata la sanación en nosotras cuando perdonamos. La niñez de Audrey en la casa de sus padres había sido terrible. Ella nació de unos padres adolescentes cuya inmadurez la había afectado y marcado profundamente. La irresponsabilidad de ellos produjo en el interior de Audrey una sensación de abandono que se aferró a su corazón, y que se arraigó a su espíritu a pesar de que ella ahora estaba casada y tenía hijos propios.

Audrey se acercó al servicio de sanación consciente de que Dios había estado actuando en ella. No hacía mucho tiempo, ella le había entregado a Él sus sentimientos profundos de soledad y abandono. En oración, Dios le había mostrado a ella cómo Él siempre había estado a su lado, aún en los momentos más difíciles de su niñez.

Pero Dios le había revelado aún más en la oración. Él había permitido que una memoria escondida pudiera salir a flote en el consciente de Audrey, y que sería clave para el proceso de curación. Ella recordó que cuando tenía tres años casi se ahogó en un lago local.

Audrey recordaba que sus padres la habían dejado en la playa con una amiga de la familia. Ella recordó que extrañaba a sus padres y que pensó que si atravesaba el lago quizás los encontraría. Y así, se introdujo en el agua. La señora que le cuidaba, demasiado ocupada vigilando a su propio hijo, no se percató de lo que sucedía.

Al principio todo estaba bien porque las aguas eran poco profundas. Pero Audrey se

alejaba más y más de la orilla hasta que el banco de arena declinó repentinamente y ella comenzó a hundirse en el silencio de las aguas del lago. Audrey recordaba con asombrosa claridad estar ahogándose y estar luchando para poder respirar. Ella recordaba la tenebrosa oscuridad que la absorbía, como la quietud de la noche. Ella recuerda haberse rendido a la oscuridad; y luego, no recuerda nada más. Por treinta años, esta memoria había permanecido oculta bajo un manto de secretividad. Los padres de Audrey nunca le mencionaron el incidente en todos los años de su crianza.

Sin embargo, el Señor continuó trayendo a la luz más y más de los eventos de ese día. Gracias a la “casualidad” de una llamada telefónica de una vieja amiga de la familia, Audrey descubrió que su memoria era cierta. La amiga de la familia incluso conocía a la persona que había rescatado a Audrey—era la mujer que se había quedado encargada de ella en el lago. Audrey decidió contactarla.

El teléfono sonó y la mujer contestó. Audrey le explicó quién era ella, y le dio las gracias por haberle salvado la vida. La mujer respondió que fue un placer para ella. Y fue entonces que Audrey le hizo la pregunta que le inquietaba: ¿Cómo reaccionaron sus padres?

Con ternura, la mujer le respondió que sus padres estaban furiosos con ella por la conmoción que había causado. Con indiferencia y falta de preocupación, se marcharon mientras ella permanecía en la falda de la señora que la rescató, sofocada y vomitando agua. La rescatadora estaba horrorizada y preocupada por la pequeña que sostenía apretadamente en sus brazos.

Mientras Audrey escuchaba estas palabras en silencio atónito, otra memoria emergió de las tinieblas; ella recordó cómo se sintió cuando sus padres se marcharon—era la certeza terrible e hiriente de que sus padres no la amaban. Fue en ese traumático momento que el sentimiento de abandono se apoderó de su corazón, un sentimiento que la había mantenido en cautiverio durante todos estos años.

Dios había traído a Audrey al servicio de sanación para continuar con el proceso de sanación que Él había iniciado en ella. Él quería que Audrey se viera a sí misma como Su hija, a la cual Él había elegido en amor desde toda la eternidad para que tuviese vida. Y Él quería liberarla de las ataduras del abandono que habían mantenido su corazón prisionero.

El servicio de sanación comenzó con una exhortación a perdonar. El orador compartió una historia de una mujer inválida que recuperó el uso de sus piernas luego de que perdonara a su madre por el daño que le había causado. Audrey escuchó esta historia con asombro. Ella sabía que Dios le estaba pidiendo que perdonara a su madre, pero su dolor era demasiado intenso.

Mientras transcurría el servicio de sanación, el Señor continuaba auxiliando a Audrey. Él comenzó a revelar con palabras de sabiduría⁴ cómo Él estaba sanando a Su pueblo y liberándolo. En una de esas palabras se dijo que el Señor quería sanar a aquellos que padecieran de memorias dolorosas asociadas con cuerpos de agua. Audrey nos contó: “En el momento que mencionaron algo relacionado con estar nadando en un lago, esas palabras hicieron eco en el mismo centro de mi herida aún no sanada... Yo sabía que el

Señor deseaba excavar de raíz y sacar a relucir esa herida”. Audrey sabía que la raíz de su problema era la falta de perdón.

Cuando el orador dirigió a los participantes en una meditación piadosa sobre el perdón, los ojos de Audrey se inundaron de lágrimas. Esas lágrimas se vertieron sobre sus mejillas—borrando el dolor del abandono, dejando salir el sentimiento de soledad que se aferraba a su corazón y liberándola de años de dolor.

Las lágrimas de Audrey eran una señal del agua viva que inundaba su alma. Dios estaba derramando Su amor sanador sobre su corazón. Ella podía sentirlo penetrando las profundidades de su ser—renovándola, rejuveneciéndola, dándole vigor.

En los confines interiores de su corazón, ella escuchó a Dios decirle: “Tuya es la elección; puedes elegir rechazo o puedes elegir amor. Puedes continuar ahogándote o puedes permitir que Yo te llene con mi aliento—el aliento de Mi amor”. En ese momento, Audrey eligió amor. Ella perdonó a sus padres e hizo extensivo a ellos lo que ella había recibido—el amor y la misericordia de Dios. Audrey estaba sanada.

Hay un apéndice a esta historia. A lo largo de su vida, Audrey había padecido de asma crónica y problemas de sinusitis. En las noches, su sueño se veía constantemente interrumpido por ataques de tos y de falta de aire. A partir del servicio de sanación, los ataques de tos y ahogos cesaron para Audrey. Ya no estuvo prisionera del recuerdo escondido—ni en cuerpo ni en espíritu.

Salir de la Oscuridad

San Pablo le proclama a los Filipenses: “todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo... Y, de ese modo, lograr conocerle a Él y la fuerza de su resurrección... con la esperanza de alcanzar la resurrección de entre los muertos”. (Flp 3: 8, 10–11). Jesús Resucitado anhela encontrarse con nosotras en los lugares sepulcrales de nuestros corazones:

Aquellos lugares que se han hecho insensibles y áridos por los pecados que han sido cometidos en contra de nosotras.

Aquellos lugares cubiertos con oscuridad y temor.

Aquellos lugares en los que el pecado ha inflingido heridas y agravios en la delicada fibra de nuestro ser.

Aquellos lugares donde la falta de perdón nos mantiene encadenadas a una hostilidad empedernida.

Jesús viene con el poder de la resurrección para soltarnos de las cadenas y hacernos libres—para restaurarnos, para renovarnos, para revitalizarnos, y para levantarnos de entre los muertos. A veces, nuestra sanación interior ocurre en un abrir y cerrar de ojos. Frecuentemente, toma días, meses e incluso años. Ocasionalmente, toma toda una vida. Pero, en todos los casos, cuando nos rendimos a la acción de Dios en nuestro interior, la sanación llega. Llega la libertad. Llega la resurrección.

Dios nos está pidiendo que nos sometamos a Su amor sanador, para que podamos ser fuente de fortaleza y sanación para otros. En la imagen del Sagrado Corazón, Jesús está señalando al esplendor radiante de Su corazón ardiente de amor por nosotras. Y es en

esa hoguera que todo lo consume que tenemos que depositar nuestras dudas, nuestros temores y nuestras inseguridades. Debemos depositar en ese corazón sagrado todas aquellas áreas de nuestras vidas que necesitan experimentar plenitud y salud, todas aquellas memorias dolorosas que han herido nuestra alma, todas esas cargas del espíritu que nos frenan de rendirnos plenamente al amor de Dios.

Y será entonces, según estamos siendo sanadas, que estaremos listas para cumplir con nuestra misión sagrada de ayudar a la humanidad a no degenerar y de ser sanadoras del mundo. Será entonces, y sólo entonces, que descubriremos que nuestro propio sufrimiento es fuente de consolación para los sufrimientos de otros (ver 2 Cor 1: 3–7).

OCTAVO



Cumpliendo con la Misión: Abrazando la Vida Abundante



HERALDOS DEL EVANGELIO

Necesitamos heraldos del Evangelio que sean expertos en la humanidad, que conozcan las profundidades del corazón de muchos hoy en día, que compartan sus esperanzas y sus alegrías, sus preocupaciones y sus tristezas, y que a la misma vez sean contemplativos, enamorados de Dios. Para esto, se necesitan nuevos santos. Los grandes evangelizadores... han sido santos. Debemos suplicar a Dios que aumente el espíritu de santidad en la Iglesia y que nos envíe nuevos santos que evangelicen el mundo de hoy.

PAPA JUAN PABLO II,
DISCURSO A LOS OBISPOS EUROPEOS
11 DE OCTUBRE DE 1985

Con estas palabras el Papa Juan Pablo II nos recuerda que, en cada época y lugar, Dios elige a algunos individuos para que lleven la imagen de Su Hijo al mundo. Y en ésta, nuestra época, tú y yo hemos sido elegidas para esta santa misión. Todo en nosotras ha sido predispuesto para el cumplimiento de esa misión. Nuestros dones y talentos, los rasgos de nuestra personalidad y nuestros temperamentos, nuestras energías y nuestras inclinaciones, e incluso el momento mismo de nuestro nacimiento—todas estas cosas han sido dispuestas por Dios para que podamos ser conductos de Su amor en el mundo contemporáneo.

Pero es nuestra feminidad, con su capacidad de dar vida, lo que en realidad, y por encima de todo lo demás, hace que nosotras las mujeres estemos particularmente capacitadas para cumplir con esta misión en este momento particular de la historia. Cuando nosotras aceptamos nuestro llamado a la maternidad espiritual, un llamado que tiene sus raíces en nuestra naturaleza femenina, nos convertimos en un bálsamo de sanación, en una influencia fomentadora, en una fuerza sustentadora que capacita al ser humano para vivir a plenitud la vida que Dios le tiene deparada. Cuando recibimos la gracia de la feminidad auténtica, a través de la conformidad con la voluntad de Dios, nuestros corazones se impregnan con la semilla de la caridad. Al igual que ocurre físicamente con nuestros vientres, que se expanden con el desarrollo del bebé cuando estamos embarazadas, los vientres de nuestros corazones se expanden a medida que el amor y la misericordia se desarrollan en nosotras—y crecen tanto y tan grandes que las alegrías y las esperanzas, los sufrimientos y las frustraciones, las preocupaciones y las

tristezas de la humanidad pueden ser acarreadas dentro de ellos.

Dado que Dios ha creado a la mujer para ser dadora de vida, tanto física como espiritualmente, es en el dar y el amar que nosotras las mujeres descubrimos la dignidad profunda de nuestro lugar en el reino de Dios. Descubrimos que, de la misma manera que Dios encomendó Su Hijo al ministerio de una mujer, de esa misma manera Él ha encomendado a toda la humanidad al ministerio de las mujeres. Y es cuando descubrimos y aceptamos esta realidad que crecemos en fortaleza y confianza. “Una mujer es fuerte al adquirir conciencia de esta encomienda, fuerte porque Dios ‘le ha encomendado a ella el cuidado de todos los seres humanos’, para siempre y en todas las situaciones, incluso en la situación de discriminación social en la que ella se encuentra”.¹

Es por esto que los padres del Concilio Vaticano Segundo le encomendaron a las mujeres el futuro de la raza humana:

Vosotras, las mujeres, tenéis siempre como misión la guardia del hogar, el amor a las fuentes de la vida, el sentido de la cuna. Estáis presentes en el misterio de la vida que comienza. Consoláis en la partida de la muerte. Nuestra técnica lleva el riesgo de convertirse en inhumana. Reconciliad a los hombres con la vida. Y, sobre todo, velad, os lo suplicamos, por el porvenir de nuestra especie. Detened la mano del hombre que en un momento de locura intentará destruir la civilización humana.²

Las mujeres, plenamente entregadas a la gracia de su género, han sido llamadas a ser una influencia redentora y santificadora en el mundo. Una influencia que preserva y protege el bienestar físico y espiritual de la raza humana.

En capítulos anteriores hemos discutido como podemos convertirnos en conductos del amor de Dios mediante la cooperación con la gracia que Él nos otorga para crecer en santidad. En este capítulo final exploraremos la manera en que podemos compartir el amor de Dios con otros, y así cumplir con nuestra misión de maternidad espiritual. María, nuestra Madre espiritual, es la que nos mostrará el camino, mientras procuramos ser portadoras de Cristo.

María, Nuestra Madre Espiritual

La historia antigua de la Iglesia muestra que la Santísima Virgen María jugó un papel sin igual en la vida de los primeros cristianos. Este papel se puede evidenciar en la que se considera la más antigua de todas las oraciones a ella pues data del siglo tercero. Se llama el *Sub Tuum*:

Vólamos a tu protección, o Santa Madre de Dios, no menosprecies nuestras necesidades, mas líbranos del peligro, Virgen gloriosa y bendita.

Esta oración nos dice mucho sobre lo que los primeros cristianos conocían de la Santísima Madre—no sólo que era *Theotokos*, “Portadora-de-Dios”, y que era siempre virgen—pero también que esos primeros cristianos le rezaban a ella para pedirle por sus necesidades, y que consideraban sus oraciones eficaces. Así es que, desde los primeros días de la historia de la Iglesia, María, nuestra Madre, ha sido considerada como una que media por el pueblo de Dios.

Un mediador sirve como vehículo para lograr la reconciliación y la unidad entre dos o

más partes. Jesucristo es el único mediador entre Dios y el hombre (ver 1 Tim 2: 5–6). Pero, por virtud de nuestro Bautismo, que nos convierte en coherederas con Jesucristo, cada una de nosotras está llamada a participar y compartir en Sus mediación con el Padre. Como quedó establecido en el Concilio Vaticano Segundo, “ninguna criatura puede compararse jamás con el Verbo Encarnado nuestro Redentor; pero así como el sacerdocio de Cristo es participado de varias maneras tanto por los ministros como por el pueblo fiel, y así como la única bondad Dios se difunde realmente en formas distintas en las criaturas, así también la única mediación sin igual del redentor no excluye, sino que suscita en sus criaturas una múltiple cooperación que participa de la fuente única.”³

Estas palabras del Vaticano Segundo hacen eco de las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino: “Sólo Cristo es el perfecto mediador entre Dios y el hombre... pero no hay nada que impida a otros en un cierto sentido el ser llamados mediadores entre Dios y el hombre, en tanto y en cuanto ellos, al preparar o servir, cooperen en unir al hombre con Dios”.⁴ Estos otros que preparan, sirven y cooperan en unir al hombre con Dios son llamados mediadores secundarios.

La Escritura está repleta de ejemplos de mediadores secundarios. En el Viejo Testamento, Moisés y Abraham son ejemplos de individuos que actuaron como mediadores entre Dios y el hombre. Los profetas, tales como Ezequiel y Jeremías, también actuaron como instrumentos de unificación. Y los arcángeles, tal como Gabriel y Rafael, también fueron usados por Dios en forma prominente como mensajeros de Su voluntad.

En el Nuevo Testamento, luego de la Asunción de Jesús, también podemos encontrar ejemplos de mediación secundaria. Las sanaciones milagrosas que acontecieron a través de la intercesión de los discípulos, la proclamación de la fe a través de los apóstoles y la celebración de la cena Eucarística; todos estos casos proveen claro ejemplo de cómo las bautizadas somos llamadas a compartir en el papel sacerdotal de Cristo como mediador.

Una Mirada Más Cercana al Papel de María

¿Pero, cómo fue que los primeros cristianos consideraban a María en su papel de mediadora? La mediación de María fluye directamente de su posición como la Madre de Jesucristo y, por tanto, la Madre del Cuerpo Místico. De acuerdo a San Pablo, Cristo es la Cabeza del cuerpo y la Iglesia es el cuerpo de Cristo. Y dado que María concibió a Jesucristo, que es la Cabeza del cuerpo, ella también concibió a todos los fieles, ya que, a través del Bautismo, nosotras somos miembros de este mismo cuerpo. Cuando María dio a luz a Jesús, ella hizo posible que todas nosotras recibiéramos vida espiritual a través de Él. Por tanto, ella es nuestra Madre espiritual.⁵

El Papa Pío X expresó este hecho de forma brillante. Él dijo: “María, cargando en su propio vientre al Salvador, puede decirse que ha dado a luz también a todos cuyas vidas estaban contenidas en la vida del Salvador. Todos nosotros, por tanto... hemos salido del vientre de María como un cuerpo unido a su cabeza. Y es por eso que, en un sentido espiritual y místico, se nos llama hijos de María, y que ella es la Madre de todos nosotros.”⁶

Jesús mismo fue el que encomendó a Su Madre a los miembros fieles de Su cuerpo. En su momento de agonía, Él miró desde la cruz hacia abajo, a Juan, el discípulo amado, y le dijo a Su Madre: “Madre, he ahí a tu hijo”. Y luego a Juan: “He ahí a tu madre”. Al hacer esto, Él entregó a Su Madre a toda la familia humana, representada en este caso por la figura de Juan. El pasaje del Evangelio nos dice que desde este momento en adelante Juan acogió a María, Madre de Cristo, en su casa.

En el sentido Bíblico, acoger a alguien en la casa de uno es equivalente a acoger a alguien en el corazón de uno. Nosotras todas hemos sido llamadas a ser “discípulas amadas”. El acto de Jesús de encomendar a Su Madre a San Juan es indicativo de que Él también la está encomendando a cada una de nosotras. Y de igual forma, el acto de San Juan de acoger a María como Su Madre nos sirve de ejemplo de lo que debe ser nuestra actitud hacia ella.

Sin embargo, la función de María como nuestra Madre espiritual no depende de ninguna manera de nuestro reconocimiento del hecho. Su papel en la historia de la salvación fue determinado por Dios Padre, y se cumple gracias a su obediencia a Él. Ella permanece como la Madre espiritual de los fieles, independientemente de que los fieles la acepten o no como tal.

En su papel de Madre espiritual, la Santísima Virgen María actúa como mediadora de muchas maneras. Consideraremos tres de estas maneras, y veremos cómo estos métodos de mediación indican cómo nosotras, como mujeres en el mundo contemporáneo, somos llamadas a ser mediadoras—es decir, mujeres que ansían laborar junto al Redentor para lograr llevar la humanidad hacia Dios. Al imitar a nuestra Madre a través de estos métodos de mediación, nosotras cumplimos con nuestra misión de ayudar a la humanidad a que no degenera y de ser las sanadoras del mundo.

La Santísima Virgen María hace de mediadora de estas tres maneras:

- María actúa de mediadora llevando la Palabra de Dios al mundo;
- María actúa de mediadora a través de Su intercesión;
- María actúa de mediadora al compartir en los sufrimientos de su Hijo.

MARIA LLEVA LA PALABRA DE DIOS AL MUNDO

Como consecuencia de su “sí” a Dios en el momento de su Anunciación, María está íntimamente envuelta en la tarea de la redención. Podemos leer en Gálatas 4: 4: “Pero al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, *nacido de mujer*” (énfasis añadido). Aunque María es una mera criatura como tú y como yo, de su vientre y de sus genes nació Aquél que es el Redentor. El “sí” de María literalmente encarnó el plan de Dios para la salvación. De esta forma, María actuó como mediadora al convertirse en el conducto mediante el cual la gracia redentora de Dios podía entrar en el mundo. Ella literalmente trajo la Palabra de Dios al mundo.

Al igual que María, nuestra Madre espiritual, nosotras hemos sido llamadas a actuar como mediadoras llevando la Palabra de Dios a los demás. Y aunque la Santísima Virgen María es la única persona que trajo a Jesucristo al mundo, físicamente hablando, por

virtud de nuestro bautismo cada una de nosotras está llamada a llevar la palabra de Dios a los demás proclamando la Buena Nueva de la salvación. Los documentos del Concilio Vaticano Segundo nos dicen que, como laicas, nosotras tenemos una encomienda que cumplir dentro de la misión de todo el pueblo de Dios: laborar en la evangelización y en la santificación de la humanidad. El Papa Juan Pablo II nos recordaba que “todo cristiano ha de participar en la tarea de formación cristiana. Ha de sentir la urgencia de evangelizar... [algo que, dice San Pablo] ‘no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone como necesidad. ¡Ay de mí si no evangelizare!’”.⁷

Como La Madre, Así Igual la Hija: Llamadas a Ser Mediadoras

Tú y yo, juntas, hemos sido llamadas a ser embajadoras de Jesucristo en el mundo (ver 2 Cor 5: 20). ¿Y cuál podría ser un llamado más glorioso que el de proclamar la maravillosa verdad de nuestra salvación?

¿Por qué, entonces, nos resistimos a aceptar este llamado? Cuando se trata de encontrar razones para no compartir nuestra fe, tres excusas encabezan la lista:

- “*¡A mí no me toca hacer eso!*”
- “*Yo no sé lo suficiente*”
- “*No quiero ofender a nadie*”

Miremos detenidamente a cada una de ellas.

“¡A Mí No Me Toca Hacer Eso!”

Ya hemos visto cómo queda establecido en la Escritura y en las enseñanzas de la Iglesia Católica Romana que la evangelización es una misión obligatoria para toda persona bautizada. Y dado que Dios nos ha comisionado a hacerlo, sabemos que Él nos ha dado la gracia, a través de nuestro bautismo, para lograrlo. San Gregorio Magno nos dice: “Cada uno de nosotros debe examinarse a sí mismo para determinar cuán energéticamente está trabajando en el viñedo del Sembrador divino. Quizás no hemos puesto todo lo que tenemos al servicio del Señor. Las personas que realmente trabajan para Él... son aquellas que están ansiosas por ganar almas y por traer a otros al viñedo”.⁸
La Excusa #1, por tanto, no nos excusa a nosotras.

“Yo No Sé Lo Suficiente”

Muchas de nosotras pensamos que nuestro conocimiento de la Escritura, por pasaje y verso, es limitado. Otras nos preguntamos si podemos expresar las verdades de nuestra fe en forma clara y concisa. Estas inquietudes pueden ser válidas. Todas nosotras tememos que se nos formule una pregunta para la cual no tengamos respuesta. Y quizás esta inquietud es precisamente el incentivo que necesitamos para sacudir el polvo de nuestras Biblias y nuestros catecismos y comenzar a estudiar nuestra fe con mayor fervor y diligencia.

Sin embargo, la falta de conocimiento no nos excusa de compartir nuestra fe con otros. Aún si no conocemos los pasajes de la Escritura de memoria, aún si nos sentimos que no somos tan conocedoras de nuestra fe como quisiéramos, cada una de nosotras *si*

conoce sobre su propia experiencia con Jesucristo. Una manera sumamente efectiva de evangelizar es simplemente compartiendo nuestra historia con otros. El *Catecismo de la Iglesia Católica* lo pone en estos términos:

Los bautizados vienen a ser “piedras vivas” para la “edificación de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo” (1 Pedro 2: 5). Por el bautismo participan del sacerdocio de Cristo, de su misión profética y real, son “linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquél que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz” (1 Pedro 2:9).

CIC, #1268

Compartir nuestra propia historia personal sobre las acciones de Dios en nuestras vidas simplemente significa contarles a otros lo que Dios ha hecho por nosotras—*Sus maravillosas obras*—y de cómo Él nos rescató de la oscuridad de la ignorancia y el pecado y nos trajo a *Su maravillosa luz* de gracia y conocimiento.

En un programa de televisión que nosotros producimos sobre la evangelización, nuestro invitado nos mostró una manera fácil y eficiente de compartir nuestra historia. Él nos sugirió que dividiéramos nuestra historia en tres partes: *Yo era, Él hizo, Yo soy*. Primero, le contamos a los demás sobre cómo éramos antes de entrar en una relación con Jesús o de que acudiéramos a Él solicitando ayuda. Luego, compartimos con ellos el momento de la conversión que ocurrió en nuestras vidas, o sobre un momento de gracia que nos sirvió de ayuda en algún momento de dificultad. Finalmente, enumeramos las formas en que hemos sido tocadas, transformadas o sanadas por nuestro encuentro con Jesús de una forma personal y por haber abierto nuestro ser a la gracia que Él ansía otorgarnos. El compartir nuestras historias personales es evangelización efectiva. Nuestras historias personales no son amenazadoras, son irrefutables y son simpáticas. Es una manera en que todas podemos compartir nuestro amor por Dios.

“No Deseo Ofender a Nadie”

Casi todas nos identificamos con esta excusa. Muchas de nosotras hemos tenido la experiencia de ser acorraladas en la calle, o de abrir las puertas de nuestras casas para encontrarnos con una persona con la tenacidad de un perro de caza arrojando folletos en nuestra cara. Ninguna de nosotras desea parecer fanática o pesada. ¿Cómo, entonces, podemos compartir de forma sincera nuestra fe sin ofender a los demás? Creo que la respuesta a esta pregunta se puede resumir en una palabra—*invitación*. Nosotras no *imponemos*, sólo *proponemos*. Pedirles a amigos, a compañeros de trabajo o a familiares que nos acompañen a Misa o a un círculo de oración es a menudo la invitación que ellos han estado esperando. Muchos individuos han encontrado a Jesús luego de aceptar invitaciones a grupos de estudio de la Escritura o de discusión sobre la vida cristiana. Lo único que necesitamos hacer es preguntar. El resto del trabajo recae sobre el Espíritu Santo.

Otra manera efectiva en que podemos invitar es ofreciendo rezar con alguien que nos comparte sus luchas. Yo siempre veo estas oportunidades como momentos de gracia. Cuando esos amigos, compañeros de trabajo, familiares, o incluso extraños comparten sus dificultades con nosotras, podemos simplemente preguntarles: “¿Te molestaría si yo

rezase contigo ahora?”, o “*¿Qué te parece si rezamos juntos por este problema?*”. En las innumerables ocasiones que he hecho estas preguntas—tanto a creyentes como a no creyentes—en raras ocasiones ha sido rehusada. Por el contrario, a menudo ha servido para abrir la puerta a una conversación que me permite compartir mi historia personal con ellos.

En otras ocasiones, sin embargo, podemos encontrar personas que reaccionarán de una manera que reta las verdades de nuestra fe o la Palabra de Dios. Cuando esto ocurre, la caridad tiene que prevalecer. Tenemos que hablar la verdad, pero siempre con amor y fraternidad cristiana hacia los demás. Una palabra airada o severa, o una actitud argumentativa sólo servirán para sembrar la hostilidad y el malentendido, en vez de para sembrar una semilla que pueda dar fruto en un futuro. El poner en práctica la paciencia, la fortaleza y la prudencia en momentos como estos es la marca de un verdadero discípulo.

Yo conozco una persona, por ejemplo, que invita a entrar a su casa a todos los evangelizadores que tocan a su puerta. Luego de dejarles que presenten su punto de vista, él pacientemente discute con ellos la Escritura, punto por punto, compartiendo con ellos la Verdad de Quién es Jesucristo. Muchos miembros de grupos espirituales falsos y de cultos han encontrado al Señor como consecuencia de sus explicaciones amables y caritativas.

Pero el punto básico es que no existe excusa alguna para no asumir nuestra responsabilidad de evangelizar. Sin embargo, hay muchas ocasiones en que la palabra no es el mejor método al que podemos recurrir. Éste es frecuentemente el caso con seres queridos que no están aún abiertos a una relación con Jesús, por una u otra razón. A veces, el simple acto de mencionar Su nombre es suficiente para causar una escena desagradable. Lo que deseamos es que nuestra conversación se convierta en una fuente de gracia para aquella persona que deseamos encaminar hacia Jesús, no una tentación para que ellos pequen. En estos casos, la manera adecuada de evangelizar es por medio de la oración de intercesión y mediante el testimonio de nuestra vida.

Primero, comenzamos a rezar fervientemente por ellos. La oración de intercesión prepara el campo del corazón para recibir la semilla de la verdad. La verdad no puede florecer en un corazón que no ha sido previamente preparado para ello. Prepara el terreno del corazón de tus seres queridos con tu oración constante y sincera.

El próximo paso es uno que es difícil. Esperar. Espera hasta estar segura que el terreno está listo. Sabrás que es el momento adecuado de evangelizar cuando la oportunidad de evangelizar provenga directamente de la persona por la que has estado rezando. Él o ella puede que te haga una pregunta, o puede que se acerque a ti para pedirte consejo. Puede que comparta contigo una preocupación, o que exprese una inquietud sobre algo que acontece en su vida. Ésta es la señal de que el momento es oportuno. Pregúntale si desea orar para pedir por su problema, o si desea escuchar tu historia. Deja que tu ser querido sea el que dirija la conversación; si él o ella continúa hablando, tú también continúas; si él o ella permanece en silencio, tú también permaneces en silencio. Con este tipo de intercambio atento, la semilla de la verdad puede gentilmente comenzar a echar raíces en

su corazón.

Finalmente, una vez que hables la verdad, riega esa semilla con oración continua, amor, apoyo y hasta con ayuno. En algunas ocasiones verás cambios rápidos. En otras, el cambio será imperceptible. Y aún en otras, no habrá cambio alguno. No pierdas las esperanzas. Recuerda, Santa Mónica rezó por San Agustín por muchísimos años. La cantidad del tiempo no es importante, sólo la eternidad lo es. Un pasaje del evangelista Santiago nos habla sobre esta situación hermosamente: “Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad: el labrador espera el fruto precioso de la tierra, aguardándolo con paciencia hasta recibir las lluvias tempranas y las tardías. Tened también vosotros paciencia, fortaleced vuestros corazones, porque la venida del Señor está cerca” (Sant 5: 7–8).

Junto con la oración de intercesión, el testimonio de nuestras vidas es la manera más efectiva de evangelizar a nuestros seres queridos. Nuestras acciones y reacciones, nuestras palabras y nuestras actitudes hablan constantemente sobre nuestra propia relación con Dios. Debemos reconocer que Dios nos ha pedido que seamos “la sal de la tierra... la luz del mundo” (Mt 5: 13–14) en nuestros hogares, en nuestros centros de trabajo y en nuestros lugares de recreación. Jesús nos dice que nuestra luz debe brillar ante los hombres, para que ellos “vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos” (Mt 5: 16). Nuestra interacción diaria con nuestra familia, nuestros amigos, nuestros compañeros de trabajo, y nuestros vecinos provee evidencia tangible de nuestra conversión y transformación personal. Por ello, debemos siempre anhelar nuestra propia evangelización pidiéndole a Dios que nos purifique y nos santifique. Mediante la oración de intercesión y el testimonio diario de nuestras vidas, aquellos seres importantes para nosotras y por los cuales nos preocupamos de seguro vendrán al Señor. No olvidemos: “La oración fervorosa del justo puede mucho” (Sant 5: 16).

Todos los días Dios nos presenta innumerables oportunidades para compartir el amor de Dios, que todo lo sana, con los demás. Debemos rogar por la visión espiritual, para así poder reconocer estas oportunidades y la gracia para actuar sobre ellas con la verdad y el amor. “Por consiguiente, se impone a todos los fieles cristianos la noble obligación de trabajar para que el mensaje divino de la salvación sea conocido y aceptado por todos los hombres de cualquier lugar de la tierra”.⁹

Al igual que María, nuestra Madre espiritual, tú y yo, como mujeres, hemos sido elegidas de forma particular por Dios para llevar a Cristo al mundo. Ojalá que aceptemos esta misión con confianza, seguridad y propósito—como mujeres ungidas y enviadas por Dios. Así seguiremos el ejemplo de nuestra Madre de ser mediadoras en el mundo contemporáneo.

MARIA INTERCEDE POR LOS HIJOS DE DIOS

La mediación de la Santísima Virgen María consiste no tan sólo en llevar la Palabra de Dios al mundo, sino también en llevar al mundo a la Palabra de Dios. El Papa Juan Pablo II nos dice que “María, la excelsa Hija de Sion, ayuda a todos los hijos—donde y como

quiera que vivan—a encontrar en Cristo el camino hacia la casa del Padre”.¹⁰

La Santísima Virgen María cumple con esta función maternal de mediación al actuar como intercesora de sus hijos espirituales. De la misma manera que una madre natural suplica por las necesidades de sus pequeños, de esa misma manera la Virgen María suplica por las necesidades de sus hijos espirituales ante el trono de Dios. Es por esto que ella “en la Iglesia es invocada con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora”.¹¹ Como tal, el papel de María como mediadora no disminuye en forma alguna la posición de Jesús como El Mediador entre Dios y los hombres. Más bien, el poder de la Virgen como mediadora “nace... de la superabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en Su mediación, de ella depende totalmente y de la misma saca toda su virtud”.¹²

El papel de María como Defensora está ya prefigurado en el Viejo Testamento, y demostrado en el Nuevo Testamento. En el Viejo Testamento, el rey de la línea Davídica tenía numerosas esposas. Como resultado, la madre del rey era la elegida para ser la reina. La reina cumplía varias funciones. Ella exponía las necesidades del pueblo ante el rey, aconsejaba al rey con respecto a los asuntos del reino y gobernaba sobre el reino en la ausencia del rey. Dada su relación de familia con el rey, la reina madre era una figura poderosa y respetada, cuyo puesto a la derecha del rey denotaba su posición de honor (ver 1 Re 2: 19–20; 2 Re 11: 3; 1 Re 15: 9–13).

María de Nazaret es la madre de Jesucristo, el Rey de Reyes. Como tal, ella es la gran Reina Madre, que se sienta a la derecha de su Hijo en Su Reino celestial. Pero aún en la tierra ella ejerció su posición como Reina Madre.

La boda de Caná nos provee un buen ejemplo (ver Jn 2: 1–10). En esta ocasión, María actuó como consejera del Rey y también como defensora de las necesidades de la gente. “No tienen vino”, le indicó a su hijo; y a los sirvientes, sabiendo que su intercesión tendría el resultado deseado, ella dijo: “Haced lo que Él os diga”. Así, María aconsejó a su hijo sobre una situación existente, pero también intercedió (“abogó”) por las necesidades de la gente.

Aún otro pasaje del Nuevo Testamento puede que nos provea un ejemplo adicional de María cumpliendo con el papel de Reina Madre. En este caso, ella puede que haya estado gobernando sobre el reino en ausencia del Rey. Esta escena tiene lugar justo antes de Pentecostés. Jesús había ascendido al cielo, y los miembros de Su reino en la tierra estaban atemorizados, agrupados en el Piso Superior, esperando por el Paráclito prometido. Las Escrituras cuentan que María, la Madre de Jesús, estaba allí (ver Hch 1: 14).

¿Podría haber sido que era María, en su papel de Reina Madre, la que mantenía junto a este tembloroso grupo, recordándoles las palabras de Su hijo, animándolos a que tuvieran fe y cuidándolos como sólo una madre sabe hacerlo? Los Padres del Concilio Vaticano Segundo nos dicen que María es la Madre de la Iglesia (*Lumen Gentium*, #53). En un sentido místico, ¿podría haber sido que María, como Reina Madre, estaba gobernando sobre la Iglesia incipiente mientras esperaban por el descenso del Espíritu Santo? Aunque la Escritura no nos dice de forma explícita que éste era el caso, tales

actos hubieran recaído claramente dentro de los parámetros del papel de una reina madre, y hubiera hecho perfecto sentido.

Pero es en el Libro de Revelación que podemos constatar el grado máximo de María en el papel de Reina Madre y defensora. “Un gran portentoso apareció en el cielo, una mujer vestida con el sol, con la luna bajo sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas” (Rev 12: 1). Mark Miravalle, S.T.D., el teólogo y mariólogo, escribe:

María es la única Mujer que dará a luz a Cristo Rey, “que gobernará sobre todas las naciones con mano de hierro” (Rev. 12: 5). Ella es la Mujer pre-simbolizada en el Génesis que luchará contra el dragón-serpiente en su misión con el Hijo Salvador (cf. Gen. 3; 15, Rev. 12: 3–7). Mientras que el niño (cf. Rev. 12: 5) hace referencia a la figura de Jesús, así también, la mujer que dio a luz al niño (cf. Rev. 12; 5) hace referencia a la figura de María... María, Reina Madre y Mediadora, está coronada con doce estrellas (cf. Rev. 12; 1), que simbolizan tanto las doce tribus de Israel como los doce apóstoles del nuevo reino... Al final de su vida terrenal, y luego de su gloriosa Asunción al cielo, la Hija de Sion es coronada como Reina en el Reino de Dios, en virtud de su participación en la conquista del reino junto al Redentor y Salvador al pie de la Cruz (cf. Jn 19: 26).¹³

María, la consejera e intercesora en Caná, la Reina Madre en el Piso Superior, la Mujer Vestida con el Sol, la Gran Mujer de Revelación, La Mujer Ascendida al Cielo, es la mediadora del pueblo de Dios. *Lumen Gentium* dice que “con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo, que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado hasta que sean llevados a la patria feliz.”

La misma sección de *Lumen Gentium* también nos dice que la intercesión de María a favor del pueblo de Dios “perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde el momento en que prestó fiel asentimiento en la Anunciación, y lo mantuvo sin vacilación al pie de la Cruz, hasta la consumación perfecta de todos los elegidos. Pues una vez recibida en los cielos, no dejó su oficio salvador, sino que continúa alcanzándonos por su múltiple intercesión los dones de la eterna salvación.”¹⁴ La intercesión de María por sus hijos espirituales no se detendrá hasta que cada uno de ellos reciba el regalo de la salvación. Ella intercederá por ellos hasta el fin de los tiempos.

Como La Madre, Así Igual la Hija: Llamadas a Ser Intercesoras

Al igual que María, nuestra Madre Espiritual, intercede por cada una de nosotras ante el trono de Dios, nosotras, también, hemos de interceder por las necesidades del mundo. A veces nuestra intercesión será por una intención o un individuo en específico, un miembro de la familia o un amigo. Quizás en otras ocasiones será por una necesidad personal que estemos padeciendo—una incapacidad o enfermedad, dificultades con nuestro esposo o nuestros hijos, problemas financieros, problemas de trabajo. Y aún en otros casos, nuestra intercesión será por la comunidad en general a la que pertenecemos – nuestro vecindario o distrito escolar; nuestra ciudad o estado; nuestra nación; para poner fin al aborto, a la eutanasia, al infanticidio; por refugio para los desamparados. Cualquiera que sea la necesidad o la intención, cuando nos posamos ante el trono de Dios, como nuestra Madre, haremos mucho para ayudar a la humanidad a que no degenera y para ser sanadoras del mundo.

La Oración de Intercesión Efectiva

El diccionario define la palabra *interceder* como “mediar; suplicar por parte de otro; ser un instrumento de reconciliación entre las partes”. Como mujeres que entrañamos las necesidades del mundo en los vientres de nuestros corazones, somos llamadas a ser intercesoras. María, nuestra Madre Espiritual, nos muestra las cinco acciones claves que definen una intercesión efectiva.

La intercesora efectiva es una que acepta la misión. Fue como consecuencia del “sí” con que María respondió a Dios que la salvación entró al mundo, y que a cada una de nosotras nos fuera otorgado el privilegio de la gracia redentora. Si deseamos ser mediadoras de la gracia redentora en el mundo contemporáneo, entonces nosotras tenemos que también contestar con un “sí” al llamado.

En Ezequiel 22, Dios le enumera al profeta los múltiples crímenes de Jerusalén: promiscuidad sexual, usura, falta de respeto por la dignidad de la persona humana, ausencia de Dios, y asesinatos. Pero entonces Dios le dice algo a Ezequiel que nos debe mantener sentados en el borde de nuestras sillas:

He buscado entre ellos un hombre que levantara una muralla y se mantuviera firme en el muro frente a mí, defendiendo esta tierra para que yo no la destruyera, y no lo he hallado. Por eso he descargado sobre ellos mi ira, los he exterminado con el fuego de mi enojo y los he castigado como merece su conducta. Oráculo del Señor.

EZEQUIEL 22: 30-31

En este pasaje, Dios comparte con Ezequiel una verdad espiritual profunda. Él está diciendo que a pesar de que Él ve una ausencia de moralidad en la nación, a pesar de que Él ve la falta de humanidad de los hombres hacia los otros hombres, a pesar de que el país haya abandonado a Dios, a pesar de que el derramamiento de sangre caracterice la cultura, si hay alguien que se posiciona en la brecha, que está haciendo intercesión, que está suplicando ante Él que salve a esa gente, esa cultura, esa nación, entonces Su furia puede ser detenida.

Si éste es el caso en situaciones tan devastadoras y pecaminosas, entonces seguramente ese mismo Dios de misericordia mostrará bondad y amor ante las múltiples peticiones que le elevamos a Él. Sólo una cosa se requiere—personas que estén dispuestas a aceptar la misión. Dios está buscando a personas hoy en día para que se posicionen en la brecha y hagan intercesión por las necesidades del mundo. ¿Estamos dispuestas a decir “sí”, como lo hizo María, nuestra Madre Espiritual? ¿Aceptaremos la misión?

La intercesora efectiva es una que persevera en el llamado. Los Padres del Concilio Vaticano Segundo nos dicen que María mediará por el pueblo de Dios “*hasta el cumplimiento eterno de todos los electos*”. Esto significa que María continúa intercediendo por sus hijos espirituales. Podemos tomar consuelo en que, incluso mientras leemos estas palabras, María está postrada ante el trono del Padre encomendándole a Él nuestras necesidades y peticiones.

Si hemos de ser intercesoras efectivas, en imitación de nuestra Madre, nosotras también tenemos que perseverar—en temporada y fuera de temporada, cuando es conveniente y cuando no lo es, cuando deseemos hacerlo y cuando no lo deseemos. Nuestro compromiso con el llamado debe ocupar una posición de primacía en nuestros corazones y en nuestras mentes.

El Viejo Testamento nos provee maravillosos ejemplos de intercesores que han perseverado. Uno de mis intercesores favoritos lo encontramos en Génesis 18. En este pasaje, se nos habla de la intercesión de Abraham en favor de Sodoma. La inmoralidad de esta ciudad era legendaria, y Dios estaba decidido a destruirla. Pero Abraham comenzó a interceder a favor de cualquier persona inocente que pudiera estar viviendo en Sodoma. Él le preguntó a Dios si accedería a perdonar la ciudad si hubiera en ella cincuenta personas inocentes. Dios le respondió que si podía encontrar cincuenta personas inocentes, Él perdonaría la ciudad.

Pero Abraham, temiendo que no podría encontrar a cincuenta personas inocentes, entonces le suplicó a Dios que perdonara la ciudad si podía encontrar a cuarenta y cinco. Una vez más, Dios accedió. Sin embargo, Abraham temió que no fuera posible encontrar a siquiera cuarenta y cinco, así que le pidió a Dios que perdonara la ciudad si podía encontrar a sólo cuarenta. Y más adelante, si podía encontrar a treinta. Y luego, a veinte. Y finalmente, Abraham le preguntó a Dios que si perdonaría la ciudad si se podía encontrar a diez personas buenas. Dios le aseguró a Abraham que perdonaría la ciudad a causa de esos diez.

Aunque Dios eventualmente destruyó la ciudad de Sodoma, dado que no fue posible encontrar siquiera diez personas buenas, descubrimos mucho sobre Su amor, misericordia y justicia en este pasaje. También descubrimos mucho sobre la perseverancia de un intercesor efectivo. Abraham estaba dispuesto a implorar a Dios. Él estaba dispuesto a interceder por aquellos a quienes él consideraba inocentes. Él estaba dispuesto a permanecer firme y a perseverar, a pesar de que sus probabilidades de triunfar eran mínimas. Abraham era incansable en su súplica para salvar la ciudad, aunque sólo fuese por unos pocos.

La interacción de Dios con Abraham nos asegura que Dios desea escuchar nuestras súplicas. Él nos revela en esta historia que Él es un Dios que ambiciona tratar a Sus criaturas con misericordia, y que desea ser persuadido a causa de ellos, aunque Su sentido de justicia pueda indicar lo contrario. En esta interacción entre Dios y Abraham, nosotras vemos el amor del corazón del Padre, y debido a este amor, debemos sentirnos alentadas a acudir ante Él para presentarle nuestras peticiones y las peticiones de otros. Lo único que necesitamos hacer es perseverar en nuestro llamado a ser intercesoras por las necesidades del mundo. Santa Francisca Cabrini nos aconseja: “Debemos orar sin descanso, ya que la salvación de la humanidad no depende de los logros en el mundo material; ni en ciencias que nublan el intelecto. Tampoco depende de las armas o la industria humana, sino únicamente de Jesús”.¹⁵

Una intercesora efectiva es aquella que se precave contra el pecado personal. El Ángel Gabriel se refirió a la Santísima Virgen María como “Llena eres de Gracia”. Este

nombre es indicativo de que María estaba preservada de la mancha del pecado original. Al igual que todas las criaturas humanas, María necesitaba un Salvador. Pero, debido a que Dios necesitaba una vasija santificada y pura para que diera a luz a Su Hijo, Él intervino en el momento de la concepción y le aplicó a ella el favor de la redención en anticipación de la gracia que Jesús ameritó en el Calvario. Dios, que existe en eternidad, no está limitado por el tiempo ni por el espacio. Este principio se le conoce como “redención preservativa”.

Debido a que nunca fue contaminada con la mancha del pecado, las oraciones de María han sido siempre particularmente eficaces. El pecado personal nunca interpuso un obstáculo entre ella y Dios. Las heridas de su corazón nunca distorsionaron sus motivaciones ni la cegaron de la verdad. La lujuria por las pasiones del mundo nunca corrompieron sus sensibilidades ni su habilidad de conformarse a la voluntad de Dios. María siempre ha sido la perfecta intercesora para sus hijos espirituales.

A diferencia de María, nosotras no hemos sido preservadas del pecado original. Tú y yo, junto con el resto de la humanidad, venimos al mundo con el pecado original y con la inclinación a pecar que heredamos de nuestros primeros padres, Adán y Eva. Nuestro pecado personal se convierte en un laberinto de oscuridad a través del cual nuestras oraciones de intercesión tienen que atravesar. El camino está minado de querencias y deseos de la voluntad. Las heridas de nuestro corazón tiñen nuestras percepciones. La pureza de la intención es ensombrecida por motivaciones mezquinas.

Pero, a pesar de que nuestra intercesión está obstaculizada por tantos impedimentos, no debemos desanimarnos. Dios nos provee los medios para precavernos contra el pecado personal. En Su providencia y amor por nosotras, Él nos ha dado la estructura sacramental de nuestra Iglesia Católica. En cada sacramento recibimos gracia santificadora, que es “*un principio permanente de vida sobrenatural*, una disposición estable radicada en la misma esencia del alma”.¹⁶

En su carta encíclica *Redemptoris Mater*, “Madre del Redentor”, el Papa Juan Pablo II nos dice: “El efecto de este don eterno, de esta gracia... es como un *germen de santidad*, o como una fuente que brota en el alma como don de Dios mismo, que mediante la gracia vivifica y santifica a los elegidos”. (par. 8).

Tú y yo hemos sido elegidas por Dios desde toda la eternidad para recibir el regalo eterno de la gracia santificadora. Cuando hacemos uso de los sacramentos—especialmente del Sacramento de la Reconciliación—nuestro pecado personal nos es perdonado y nuestras oraciones de intercesión cobran gran fuerza en ayudar a la humanidad a no degenerar. El salmista David entendió perfectamente la relación que existe entre la santidad y la intercesión efectiva. En Salmos 51, el escribe:

Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,
renueva dentro de mí un espíritu firme;
no me arrojes de tu presencia,
no retires de mí tu santo espíritu.
Devuélveme la alegría de tu salvación,
 fortaléceme con tu espíritu generoso;

enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores se convertirán a ti...
El sacrificio que Dios quiere es un espíritu contrito,
un corazón arrepentido y humillado tú, oh Dios,
no lo desprecias.

SALMOS 51: 12–15, 19

Cada vez que buscamos la gracia del perdón a través del sacramento de la reconciliación, somos fortalecidas y vigorizadas contra la tentación, el poder del pecado pierde su dominio sobre nosotras y somos liberadas para poder ser las sanadoras del mundo. Para ser una intercesora efectiva para el pueblo de Dios, debemos suplicar a Dios que cree en nosotras un corazón limpio, un corazón purificado en la sangre del Cordero.

Una intercesora efectiva practica la humildad a través de la mortificación. La vida de María fue una de mortificación consciente, una práctica voluntaria de auto-negación que nos ayuda a conformarnos a la voluntad del Padre. Desde su *fiat* en el momento de la Anunciación hasta su dolor en el Gólgota, María se sometió a la voluntad de Dios, para que Su obra se pudiera llevar a cabo.

¡Con qué humildad ella aceptó las contradicciones que su estado de vida produjeron! En su noveno mes de embarazo, ella viajó montada en un burro hasta Belén, dio a luz al Hijo de Dios en un pesebre, escapó a Egipto como si fuera una fugitiva, cedió a su Hijo a la vida pública y, finalmente, lo enterró en una tumba prestada. En cada momento, María sacrificó los placeres simples que una mujer espera de la vida por el bien del reino de Dios. Y, gracias a su humildad, su ofrenda rindió un gran fruto en los corazones de los hombres.

Al igual que nuestra Madre, nosotras también estamos llamadas a desarrollar un espíritu de humildad mediante la auto-negación. Cuando nos sometemos a la mortificación voluntariamente, nuestra visión espiritual se hace más clara y más enfocada. La voluntad de Dios sobresale con mayor claridad contra el telón de fondo de los eventos de nuestra vida diaria. El unir nuestras oraciones de intercesión con la humildad alcanzada a través de la mortificación desata una dinámica espiritual que hace más efectiva nuestra mediación.

En 2 Crónicas 7: 14, Dios hace una promesa a todo Su Pueblo con relación a la intercesión ofrecida en un espíritu de humildad a través de la mortificación. Dios dice: “Si mi pueblo, sobre el cual se invoca mi nombre, se humilla, ora, busca mi rostro y se arrepiente de su mala conducta, yo lo escucharé desde el cielo, perdonaré sus pecados y devolveré la prosperidad al país”. Tomemos en serio estas palabras. Dios nos está mostrando los medios para la intercesión efectiva.

La intercesora efectiva es aquella que anhela la voluntad de Dios. Quizás la característica más sobresaliente de la Santísima Virgen María es su completa sumisión a la voluntad de Dios. Tan sumisa fue ella a la voluntad del Padre que su único interés fue velar por que esa voluntad se cumpliera de forma cabal y total en ella. “Hágase tu

voluntad de acuerdo a tus palabras”, le dijo ella al Ángel Gabriel.

Orar en concordancia con la voluntad de Dios es la marca de pureza de una intercesora efectiva. Dios nos deja saber cuál es Su voluntad a través de la Sagrada Escritura y a través de las enseñanzas de la Iglesia Católica Romana. Cuando leemos y estudiamos la Biblia, los documentos de la Iglesia y el *Catecismo de la Iglesia Católica*, aumenta nuestro conocimiento sobre la voluntad de Dios y sobre cómo ésta corresponde a circunstancias particulares.

Aún cuando la intercesión en concordancia con la voluntad de Dios siempre comienza con la oración, a menudo desemboca en la acción. A las intercesoras les es encargado el preservar y proteger todo lo que haga honor a Dios en las circunstancias de sus vidas diarias y en las circunstancias que confrontan en sus culturas. Como mediadoras, debemos procurar la justicia, la verdad y el amor. Tenemos que estar dispuestas a condenar en voz alta todo aquello que sea denigrante para la persona humana, que contribuya a la inmoralidad, que enturbie las enseñanzas de la Iglesia o que pretenda destruir la ética judeocristiana. El asumir esta posición no siempre nos convertirá en personas populares o muy queridas, pero nos hará honestas ante el trono de Dios. Y de esta integridad puede surgir la verdadera liberación del pueblo de Dios.

El lugar idóneo para comenzar a interceder para que se cumpla la voluntad de Dios es en el seno de nuestras familias, en la mesa durante la cena, en las discusiones con nuestro esposo, nuestros hijos y nuestros amigos. Tenemos que interceder por la voluntad de Dios en nuestras Juntas Escolares, en los salones de las escuelas elementales y superiores y en los campos universitarios. Tenemos que interceder por la voluntad de Dios en las casillas de votación, en los salones de la Junta Directiva y en nuestros hospitales. La intercesión por la voluntad de Dios nos llevará a hablar en voz alta por los que aún no han nacido, los ancianos, los enfermos y los desamparados. Nos conducirá a “la amplia y compleja arena de la política, de la sociología, de la economía... a las esferas de la cultura, de las ciencias, de las artes, de las relaciones internacionales y de los medios de comunicación” (*La Evangelización en el Mundo Moderno*, par. 70). Y, al así hacerlo, llevaremos la presencia de Jesucristo al mundo. Estas palabras de San Josemaría Escrivá describen el efecto de una intercesión que está unida a la voluntad de Dios:

Eres, entre los tuyos—alma de apóstol - la piedra caída en el lago. —Produce con tu ejemplo y tu palabra un primer círculo... y éste, otro... y otro, y otro... Cada vez más ancho. ¿Comprendes ahora la grandeza de tu misión?¹⁷

Sin duda, la misión a la que Dios nos llama es inmensa. Él nos está pidiendo que nos posicionemos en la brecha, que hagamos humilde intercesión ante Su trono por las necesidades de otros y por las necesidades del mundo. Y al aceptar este llamado, haremos mucho por “ayudar a la humanidad a no degenerar” y por mendar la desigualdad del mundo.

MARIA SUFRE, TAMBIEN

Existe aún una tercera manera en que María, nuestra Madre espiritual, intercede a favor de los hijos de Dios. Ésta consiste en compartir en los sufrimientos de su Hijo, Jesucristo. Como ya hemos dicho, cuando María consintió a llevar en su vientre y traer al mundo a Jesucristo, a la Palabra de Dios, ella se convirtió en partícipe sin igual en el plan de redención. María da a luz a Jesucristo, el Dios-hombre, el “Nuevo Adán”. Como Madre del Redentor, María es la “Nueva Eva”, la nueva Madre de los vivientes.

La Iglesia siempre le ha reconocido su participación singular en la historia de la salvación, y se ha referido a ella con un sinnúmero de nombres que apuntan a ese papel. Uno de estos nombres es co-redentora.¹⁸ Este nombre no significa que María sea *igual* a Jesús, o que ella redimió a la humanidad *como* Jesús. Más bien, simplemente significa que María se entregó totalmente al plan de Dios de traer la salvación al mundo. Recordemos cuán necesario era su “sí” para que Jesús pudiera nacer. De igual manera, toda aquella que dice “sí” a Dios y coopera con Él para traer la gracia redentora de Jesucristo a otros es una co-redentora, *trabajando con el Redentor* en el viñedo por la salvación de las almas.

Sin embargo, sabemos que el papel de María en la obra de la redención fue mucho más allá que su consentimiento inicial. Su “sí” fue un largo camino que culminó en el Calvario. De forma singular, María participó en la Pasión y muerte de su Hijo, Jesucristo. En la presentación de Jesús, Simeón profetizó lo siguiente: “Mira, éste [niño] ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para signo de contradicción—y a tu misma alma la traspasará una espada —a fin de que se descubran los pensamientos de muchos corazones” (Lc 2: 34-35). Un comentarista apunta lo siguiente en torno a la profecía de Simeón sobre el sufrimiento de María: “Las palabras que Simeón dirige a María anuncian que ella estará íntimamente ligada a la obra redentora de su Hijo. La referencia a la espada indica que María tendría una participación en los sufrimientos de su Hijo; el suyo será un dolor inefable que punzará su alma. Nuestro Señor sufrió en la cruz por nuestros pecados, y son esos pecados los que fraguan la espada del dolor de María”.¹⁹

En *Salvifici Doloris*, el Papa Juan Pablo II dice que “fue en el Calvario donde el sufrimiento de María Santísima, junto al de Jesús, alcanzó un vértice ya difícilmente imaginable en su profundidad desde el punto de vista humano, pero ciertamente misterioso y sobrenaturalmente fecundo para los fines de la salvación universal. Su subida al Calvario, su ‘estar’ a los pies de la cruz... fueron una participación del todo especial en la muerte redentora del Hijo” (par. 25).

La Santísima Virgen María se entregó totalmente a Dios, uniendo todos sus sufrimientos, todas sus angustias, todas las situaciones de su vida, culminando con ese momento horrífico en el monte del Calvario, a la obra de redención de su Hijo. Sus actos fueron unos de total donación. Esta donación de sí misma no fue una marcada por la pasividad ni por la resignación. Más bien, fue un acto de una voluntad libre que entregaba en oblación su cuerpo, su mente y su espíritu, y que emergía de un corazón permeado de amor, un corazón cuyo único anhelo era entregar todo su ser a su Amado.

María acogió todo lo que Dios le otorgo en amor, paz, y regocijo.

cooperó en forma del todo singular por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. Por tal motivo es nuestra Madre en el orden de la gracia. Y esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde el momento en que prestó fiel asentimiento en la Anunciación, y lo mantuvo sin vacilación al pie de la Cruz, hasta la consumación perfecta de todos los elegidos.²⁰

María unió su propio sufrimiento al sufrimiento de su Hijo, Jesucristo, y al así hacerlo su sufrimiento, como el de Él, se convirtió en fuente de nueva vida en el mundo. De esta manera sin igual y curativa, María obra con el Redentor para restaurar la vida sobrenatural a las almas.

Como la Madre, Así Igual la Hija: Llamadas a Ser Co-Redentoras

Dado que María es nuestra Madre Espiritual, la acción de Dios en ella prefigura Su anhelada acción en nosotras, y la respuesta de María a la iniciativa de gracia de Dios ejemplifica lo que debería ser nuestra propia respuesta al movimiento de Dios en nuestras vidas. Por tanto, el acto de total y completa auto-donación de María significa que nosotras, también, estamos llamadas por Dios a entregarnos a Él completamente y sin reservas. De la misma manera, hemos de visualizar todas las dificultades y contradicciones de nuestras vidas, todas nuestras luchas y penas, todos nuestros sufrimientos y angustias, como estar unidas a la acción salvadora de Cristo en el Calvario.

Cuando aceptamos lo que nos depara la vida con obediencia, fe, esperanza y ardiente caridad, como nuestra Madre lo hizo, estaremos laborando junto a Cristo en la obra de salvación, y consecuentemente seremos co-redentoras en el mundo contemporáneo.

A lo largo de la historia de la Iglesia, la cruz y nuestra unión con ella ocupan un lugar de centralidad en la experiencia cristiana. Es de la cruz que obtenemos nuestra fe, de la cruz que obtenemos nuestra esperanza, de la cruz que obtenemos nuestra habilidad para amar. La cruz es la expresión máxima del poder de Dios, pues es a través de la cruz que somos capaces de conquistar a Satanás, al pecado y a la muerte. La sabiduría de Dios, por tanto, está implícita en la crucifixión de Cristo. “Porque el mensaje de la cruz es necesidad para los que se pierden, pero para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios” (1 Cor 1: 18).

En Filipenses 3: 8, 10-11, Pablo hace explícitas las ventajas para nuestras propias vidas que se derivan de nuestra apropiación de la gracia de la cruz. Él nos dice: “Todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo... Y, de ese modo, lograr conocerle a Él y la fuerza de su resurrección, y participar así de sus padecimientos, asemejándome a Él en su muerte, con la esperanza de alcanzar la resurrección de entre los muertos”.

Si deseamos experimentar el poder de la resurrección, nuestras vidas tienen que ser una participación en la Pasión de Jesucristo—una participación marcada por una auto-donación total. Tenemos que aspirar, mediante las cruces que se atraviesan en nuestras vidas, a compartir los sufrimientos de Cristo. Cuando nuestros sufrimientos diarios se unen al sufrimiento de Cristo en la cruz con obediencia, fe y amor, avanzaremos en esperanza hacia la resurrección final.

San Josemaría Escrivá nos exhorta:

Ante la cruz, dolor de nuestros pecados, de los pecados de la humanidad... Oración para que la vida y la muerte de Cristo sean el modelo y el estímulo de nuestra vida y de nuestra entrega. Sólo así nos llamaremos vencedores, porque Cristo resucitado vencerá en nosotros y la muerte se transformará en vida.²¹

Para las cristianas de todas las épocas, el mensaje de salvación que viene a nosotras a través de la cruz de Cristo y de Su resurrección nos otorga la habilidad de perseverar en medio de las adversidades, de las pruebas y de los sufrimientos. Como el Santo Josemaría nos dice, todo lo que habíamos considerado como muerte cobra vida y resplandece con la brillantez del oro forjado en fuego cuando se une a la cruz de Cristo. Para el santo, la cruz en sí, junto con el sufrimiento que ella simboliza, se convierte en la más grande de las felicidades, porque cuando sufrimos junto al Jesús crucificado nos convertimos en un medio de redención en el mundo de hoy.

Por eso, San Pablo le dijo a los colosenses: “Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1: 24). Así nosotras, también, estamos siendo llamadas por Dios hoy para apropiarnos de la realidad de la cruz, su sabiduría y su poder, su eficacia y su mérito, para que así podamos ser inundadas, saturadas, llenadas hasta rebosar con la nueva vida que se gana por medio de la Resurrección. Una vida que vivifica no sólo los rincones más recónditos de nuestras almas, sino que también una vida que devuelve la vida a aquello que estaba muerto en otros.

En su libro *The Risen Christ (El Cristo Resucitado)*, Caryll Houselander, un místico contemporáneo, nos dice lo siguiente acerca del significado del sufrimiento, la muerte y la resurrección de Jesús, y su relación con nuestro sufrimiento:

Él, en su sagrada humanidad, ya no podía sufrir más; Él no podía ser herido ni podía morir una vez más; su vida se había convertido en paz, en regocijo y en poder absoluto del amor consumado; y ahora, mediante una expresión suprema de ese amor, que completamente sobrepasa nuestro entendimiento y comprensión, Él nos otorga esa vida de regocijo. Él nos otorga ese regocijo y esa paz para que estén en el mismo centro de nuestro sufrimiento, para hacer del sufrimiento y del regocijo, para nosotros tal como fue para Él, no dos cosas incompatibles la una con la otra, sino una sola cosa, amor—y Él nos otorga su propio poder de amor consumado para usarlo los unos con los otros, para confortar y sanar y restaurar los unos a los otros; incluso, en un sentido misterioso, que aquellos que verdaderamente han conocido el pecado y el dolor y el amor comprenderán, para levantarnos los unos a los otros de la muerte.²²

Santa Teresa de Liseux, la Pequeña Flor, decía que el camino al cielo está pavimentado, para nosotras y para los demás, con nuestros sacrificios, grandes y pequeños, unidos a la Pasión de Cristo. Ella escribió:

Puedo decir con sinceridad que, tan pronto como entré al Carmelo, el sufrimiento estrechó sus brazos hacia mí, y yo lo abracé amorosamente... En el solemne examen antes de mi Profesión, yo expresé lo que venía a hacer en el Carmelo: “Yo he venido a salvar almas y, por encima de todo lo demás, a orar por los sacerdotes”. Si uno desea alcanzar su objetivo, uno debe usar los medios adecuados, y como Jesús me había dicho que Él me daría almas mediante la Cruz, yo le di la bienvenida a la Cruz y mi amor por el sufrimiento creció consistentemente. Por cinco años he recorrido este sendero, pero nadie más lo sabía. Ésta era la flor escondida que yo quería ofrecerle a Jesús, la flor que sólo expele su perfume en el jardín del cielo.²³

Y aún en otra ocasión, ella nos dice:

Dado que el Bien-Amado ha “pisado la uva solo” (Is 63: 3)—el vino que Él nos da a beber—en cuanto nos toque no nos rehusemos a llevar vestiduras teñidas de sangre, exprimamos para Jesús un nuevo vino que pueda apaciguar Su sed, y mirando a su derredor Él no podrá decir ya más que está sólo; nosotras estaremos allí para socorrerlo (Is 63: 5).²⁴

Cuando unimos nuestros sufrimientos, pruebas y tormentos a la cruz de Cristo, nos convertimos en co-redentoras junto a Él, porque estamos presentes allí para socorrerlo. Nuestra “sangre”, entremezclada con la de Él, se convierte en una corriente de vida redentora activa en el mundo.

Uniendo Nuestros Sufrimientos a la Pasión de Cristo

¿Qué, entonces, tenemos que hacer, en términos prácticos, para unir nuestros sufrimientos a la cruz de Cristo, para que sean usados como fuente de redención para otros? Creo que Santa Teresa de Liseux nos muestra el camino en la cita de su autobiografía.

Primero, aunque no buscamos el sufrimiento ni nos lo infligimos a nosotras a propósito, cuando las tribulaciones nos visitan, las abrazamos.

Esto no significa que no busquemos tratamiento para una condición de salud, ni tampoco significa que no busquemos medios para mitigar las pruebas que afrontamos en la vida. Tampoco significa que permanezcamos en una relación abusiva, o que permitamos que otros nos maltraten. Más bien, significa que, durante el tiempo que duren las angustias que experimentemos, ofrezcamos nuestro sufrimiento a Dios, como un conducto a través del cual la gracia redentora de Jesucristo pueda fluir hacia el mundo.

Podemos ofrecer nuestro sufrimiento en reparación por nuestro pecado personal y por el pecado de los demás. O, podemos elegir ofrecer nuestro sufrimiento por una intención específica, por las pobres almas del purgatorio, por las necesidades de nuestros seres queridos o por el trabajo de un apostolado, un misionero o una causa particular. De esta manera, nos convertimos en co-redentoras en el mundo. Santa Teresa demuestra este uso valioso del sufrimiento cuando dice: “Yo he venido a salvar almas y, por encima de todo lo demás, a orar por los sacerdotes. Si uno desea alcanzar su objetivo, uno debe usar los medios adecuados”.

Segundo, debemos mirar al sufrimiento como si fuera una puerta a través de la cual la gracia entra en nuestras almas y, al así hacerlo, darle la bienvenida con regocijo.

Santa Teresa nos dice que ella vino a realizar que Jesús ganaría almas para Sí Mismo a través del sufrimiento de ella. Gracias a este descubrimiento su regocijo se incrementaba proporcionalmente con el número de cruces que ella sobrellevaba. Sin duda, esto es una virtud heroica, investida por una gracia especial de Dios. Pero representa un ejemplo para todas nosotras, invitándonos a aceptar cada prueba y tribulación fijando la vista hacia los méritos que ellos pueden obtener para las almas de los demás.

El gozo no es un sentimiento de regocijo bullicioso, ni tampoco desenfreno libre de cuidados. El gozo no se puede medir a través de la risa, aunque la risa puede ser una

expresión de gozo. El gozo es, más bien, un fruto del Espíritu Santo que proviene de la confianza en, y la entrega a, la voluntad de Dios. Es una paz y complacencia que ancla el alma en la verdadera esperanza y fe. A medida que nuestra visión espiritual madura y que llegamos a ver el inmenso beneficio que obtenemos al unir nuestros sufrimientos a la Pasión de Jesús, comenzamos a experimentar gozo. Y es a través de la oración que esa percepción clara nos llega. La oración, dentro y fuera de temporada, tiene que ser nuestra compañera inseparable si hemos de cumplir con la encomienda de ser co-redentoras.

Luego, Santa Teresa nos dice que ella sobrellevaba sus sufrimientos en silencio, y que su ofrenda de dolor a Jesús era conocida por Él únicamente.

Sin duda, las hermanas de Teresa en el Carmelo podían percatarse de los efectos debilitantes de su enfermedad. No cabía duda que ellas sabían que ella estaba sufriendo. *Sin embargo, ella no se quejaba.* Santa Teresa no asumió el papel de una mártir, y tampoco hacía alarde de su dolor como una señal de valor. Más bien, en docilidad y humildad, ella unía su sufrimiento a la cruz de Cristo, para que pudiera ser utilizado por Él como un conducto de gracia. De este modo, su testimonio silencioso era una fuente de gracia no sólo para los sacerdotes por los cuales ella ofrecía su sufrimiento, sino que también era una fuente de inmensa gracia en las vidas espirituales de las hermanas de su convento. ¿Cuántas de ellas habrán obtenido valor y fortaleza gracias a ella? ¿Cuántas habrán devengado esperanza y fe de ella? ¿Cuántas habrán aprendido lo que es la verdadera caridad de corazón debido a ella?

Al igual que la ofrenda de sacrificio de la Virgen María, el acto de auto-donación de Santa Teresa revela los pensamientos secretos de muchos. En medio de su sufrimiento, sobrellevado en silencio, con paciencia y amor, ella gentilmente conducía las almas de otros a la salvación eterna. Esto sale a relucir en las cartas que le escribía a su hermana, Celina: “En cuanto nos toque no nos rehusemos a usar vestiduras teñidas en sangre... para que cuando Él mire a su derredor, ya no pueda decir que está sólo; allí estaremos para ayudar”.

Finalmente, las cartas de Teresa nos dan el mejor indicio de todos en torno a cómo cumplir con el llamado a ser co-redentoras—tenemos que meditar devotamente sobre la pasión de Jesucristo.

Las palabras de Teresa, ricas en imágenes, evidencian su devoción a meditar en torno a la Pasión de Cristo. La mayoría de los grandes santos de la Iglesia admitieron que la contemplación en torno a la Pasión había producido el fruto más selecto en sus vidas. A través de la meditación devota en torno a los sufrimientos de Cristo, llegamos a alcanzar una comprensión y apreciación más profunda del obsequio de la redención, y de cómo podemos cooperar con dicho obsequio. Cuando oramos en torno a la Pasión en actitud pensativa y reflexiva, permitiendo que el inmenso amor de Dios impregne nuestros corazones, el fuego del fervor sagrado se enciende en nuestro interior y anhelamos unir todos nuestros sufrimientos a la cruz de Cristo, para que ellos puedan ser utilizados por Él para la salvación de las almas. El sufrimiento se convierte en la más dulce de las

gracias.

El vasto tesoro de devoción en la Santa Iglesia Católica nos provee un sinfín de maneras de adentrarnos en oración en torno a la Pasión. Como, por ejemplo, la devota lectura de los pasajes de la Escritura, las Estaciones de la Cruz, los Misterios Dolorosos del Rosario, la contemplación ante el crucifijo y el estudio santo del arte sacro. En fin, poseemos muchas maneras de cultivar un amor profundo y una reverencia por la Pasión de nuestro Señor. Todas estas formas de oración nos ayudan a clavar nuestras propias dificultades y pesares a la cruz de Cristo, para la redención del mundo.

Cuando aceptamos nuestros sufrimientos con gozo, y los aceptamos sin quejarnos y los unimos a los sufrimientos de Cristo, nosotras estamos imitando a la Virgen María, y nos sumamos a todas esas personas santas que vivieron hasta el fin el llamado a ser redentoras y santificadoras en las épocas que les tocó vivir. Y, al así hacerlo, hacemos mucho para ayudar a la humanidad a no degenerar.

LA HORA HA LLEGADO: ¿COMO RESPONDEREMOS?

“Llega la hora, ha llegado la hora en que las mujeres llenas del espíritu del Evangelio pueden ayudar tanto a la humanidad a no degenerar”. Estas palabras, emitidas en los Pronunciamientos de Cierre del Concilio Vaticano Segundo, estaban dirigidas a ti y a mí, y nuestra respuesta a ellas forjará el futuro de la humanidad.

Como mujeres facultadas por la vida de Dios activa en nuestro interior, nosotras podemos lograr que nuestra maternidad espiritual influya en todos los aspectos de nuestras vidas—en la vida familiar y profesional, en nuestra vida ministerial y de trabajo social y en todas las facetas de nuestra actividad diaria. A la mujer le ha sido encomendada la tarea y la misión de ser portadora del amor y el respeto, del entendimiento y la compasión, de la esperanza y la paz. A ella le ha sido encomendada la tarea de fomentar la vida espiritual de sus niños, llevando la realidad de Cristo a un mundo quebrantado, de ser un símbolo de verdad y una señal de contradicción en esta era post-cristiana. Creada en amor, sólo por amor, la mujer está destinada a *ser* amor en el mundo. Un amor que se vierte en palabras y hechos, en relaciones e intercambios. Un amor que sana y restaura, que corrige y hace nuevo, que reestablece y reconcilia. Un amor que transfigura y transforma.

Al igual que la Santísima Virgen María, la mujer está llamada a recibir la vida de Dios en su seno, a través del poder del Espíritu Santo, para que se convierta en el conducto a través del cual el amor entra al mundo. Un amor verdaderamente capaz de ayudar a la humanidad a no degenerar. Al igual que nuestra Madre, nosotras tenemos que llevar la palabra de Dios a Su pueblo, tenemos que interceder ante el trono de Dios por el bienestar del mundo y tenemos que unir nuestros sufrimientos a la Pasión y muerte de Jesucristo. Al así hacerlo, damos a luz la vida de Dios en los demás, y así cumplimos con nuestra misión divina de maternidad espiritual. Este llamado no es para las cobardes, sino para las mujeres de valor, de fe, de perseverancia y de esperanza:

El alma de una mujer tiene... que ser expansiva

Y abierta a todos los seres humanos;
Tiene que ser serena,
Para que ninguna llama pequeña y débil se extinga con los vientos de la tormenta;
Templada,
De manera que no entorpezca ningún frágil capullo;
Pura,
De manera que ninguna alimaña se aloje en las esquinas o rincones oscuros;
Serena,
Para que ninguna invasión desde el exterior ponga en peligro la vida interior;
No llena de sí,
De manera que toda vida ajena tenga cabida en su interior;
Finalmente, dueña de sí misma, y también de su cuerpo,
Para que su persona completa esté prontamente a la disposición de cada llamado.²⁵

SANTA TERESA BENEDICTA DE LA CRUZ (EDITH STEIN)

Este libro en su totalidad ha sido un intento de formar nuestras almas de acuerdo a esta descripción de la feminidad auténtica que Santa Edith Stein describe. Tenemos que ser mujeres que son madres espirituales, mujeres que están llenas de gracia, mujeres de la vida abundante.

Y así, la hora ha llegado en que Dios nos formula a cada una de nosotras la única pregunta restante:

“¿Hijas Mías, están dispuestas, como María vuestra Madre, a decir que “sí” a vuestro llamado y a llevar Mi vida al mundo?”

Mis queridas hermanas en Cristo, el futuro de la humanidad depende de nuestras respuestas.

NOTAS

PRIMERO

El Llamado Especial y Don de la Mujer

1. Todas las citas de la Sagrada Escritura en este libro provienen de la *Sagrada Biblia*, edición de EUNSA (Pamplona: EUNSA, 2004); o de la *Biblia de América: Edición Popular* (Madrid: PPC, Sígueme, Verbo Divino, 1997). Las citas del *Catecismo de la Iglesia Católica* provienen de la edición de San Pablo (Santiago, Chile: San Pablo, 2007).
2. Concilio Vaticano Segundo, *Lumen Gentium*, par. 61. A menos que se indique lo contrario, todas las referencias y citas de escritos del Concilio Vaticano Segundo provienen del archivo en Internet del Vaticano: www.vatican.va/archive.
3. Concilio Vaticano Segundo, Mensajes de Clausura, Mensaje del Concilio a las Mujeres, par. 3–4. Leído por León Cardenal Duval de Algiers, Argelia, auxiliado por Julios Cardenal Doepfner de Munich, Alemania, y Raúl Cardenal Silva de Santiago, Chile, el 8 de diciembre de 1965.
4. Louis Bouyer, *Woman in the Church*, traducido por Marilyn Teichert (San Francisco: Ignatius, 1979), 62. No se conoce traducción al español de este texto.
5. Robert C. Broderick, *The Catholic Encyclopedia* (Nashville: Nelson, 1976), 560. No se conoce traducción al español de este texto.
6. Bouyer, p. 53.
7. Bouyer, p. 56. Énfasis añadido.
8. Para una espléndida explicación del concepto de “munus”, ver el ensayo “The Importance of the Concept of ‘Munus’ to Understanding *Humanae Vitae*”, por Janet E. Smith, publicado en *Why Humanae Vitae Was Right: A Reader*, ed. Janet E. Smith (San Francisco: Ignatius, 1993), pp. 307–324. No se conoce traducción al español de este texto.
9. Edith Stein, “Ethos of Womens Professions”, tomado de *The Collected Works of Edith Stein, Vol. 2, Essays on Women*, traducido por Freda Mary Oben (Washington, D.C.: ICS Publications, 1987), 43. Para traducción al español, ver *Edith Stein: Obras Selectas* (Editorial Monte Carmelo, 1997).
10. Concilio Vaticano Segundo, Mensajes de Clausura, Mensaje del Concilio a las Mujeres, par. 11.
11. Joseph Cardinal Ratzinger (Papa Benedicto XVI), *Journey Towards Easter* (New York: Crossroads, 1987), 30. Énfasis añadido. No se conoce traducción al español de este texto.
12. Papa Juan Pablo II, *Redemptoris Mater*, par. 46. Énfasis añadido. A menos que se indique lo contrario, todas las referencias y citas de escritos del Papa Juan Pablo II provienen del archivo en Internet del Vaticano: www.vatican.va/archive.
13. Stein, 48–49.
14. Stein, 52.
15. Papa Juan Pablo II, *Mulieris Dignitatem*, Sobre la dignidad y la vocación de la mujer, par. 27.
16. Papa Juan Pablo II, *Christifideles Laici*, par. 16.
17. Stein, 51–52. Énfasis añadido.
18. Stein, 52. Énfasis añadido.

SEGUNDO

La Oración: La Fuerza de la Vida Abundante

1. Santa Teresa de Jesús (de Ávila), *Libro de la Vida* (Madrid: Ediciones Cátedra, S.A., 1990). El libro está publicado íntegramente en el portal de Internet de la Congregación para el Clero, Santa Sede, en www.clerus.org. Ver: www.mercaba.org/FICHAS/santos/TdeJesus/libro_de_la_vida.htm.
2. Louis Bouyer, *Introduction to Spirituality*, traducido por Mary Perkins Ryan (Tournai: Desclee, 1961), 53. No se conoce traducción al español de este texto.

3. Bouyer, *Introduction to Spirituality*, 54.
4. Concilio Vaticano Segundo, *Dei Verbum*, par. 21.
5. San Francisco de Sales, *Tratado del Amor de Dios* (Barcelona: Lumen Humanitas, 2007), lib. 6, cap. 3; citado en Reginald Garrigou-Lagrange, O.P., *The Three Ages of the Interior Life*, Vol. 2, traducido por M. Timothea Doyle, O.P. (Rockford, Ill.: TAN, 1989), 280. Existe traducción al español: *Las Tres Edades de la Vida Interior* (Palabra Ediciones, 1999).
6. John A. Hardon, S.J., *The Question and Answer Catholic Catechism* (New York: Doubleday, 1981), 317. No se conoce traducción al español de este texto.
7. Thomas Dubay, S.M., *Fire Within* (San Francisco: Ignatius, 1989), 57. No se conoce traducción al español de este texto.
8. San Francisco de Sales, *Tratado del Amor de Dios*, lib. 6, cap. 7; citado en Reginald Garrigou-Lagrange, O.P., *The Three Ages of the Interior Life*, Vol. 2, traducido por M. Timothea Doyle, O.P. (Rockford, Ill.: TAN, 1989), 281. Existe traducción al español: *Las Tres Edades de la Vida Interior* (Palabra Ediciones, 1999).
9. Dubay, 70.
10. An Irish Carmelite, *Thoughts of Saint Thérèse* (Rockford, Ill.: TAN, 1988), 127–28. No se conoce traducción al español de este texto.
11. Bouyer, *Introduction to Spirituality*, 80.
12. Dubay, 70–71.
13. Franz Moschner, *Christian Prayer*, traducido por Elisabeth Plettenberg (St. Louis: Herder, 1962), 187–88. No se conoce traducción al español de este texto.
14. Santa Teresa de Jesús (de Ávila), *Moradas del Castillo Interior* (Edimat Libros, 1999), Cuarta Morada, Cap. 1, Num. 7.

TERCERO

Alabanza y Acción de Gracias, Súplica y Contrición: La Sinfonía de la Vida Abundante

1. San Juan María Vianney (Santo Cura de Ars), *Sermón para el Quinto Domingo de Pascua*; citado en Francisco Fernández Carvajal, *Hablar con Dios* (Madrid: Ediciones Palabra, S.A., 1987), Tomo III, 40.I, 323.
2. San Agustín, *Discurso sobre el Salmo 148*; citado en *Liturgia de las Horas* (Barcelona: Editorial Regina, S.A., 1978), Tomo 2. Citado y traducido del texto en inglés: *Liturgy of the Hours*, vol. 2, 864–65.
3. San Agustín, *Discurso sobre el Salmo 148*; citado en *Liturgia de las Horas*, Tomo 2. Citado y traducido del texto en inglés: *Liturgy of the Hours*, vol. 2, 864–65.
4. San Agustín, *Discurso sobre el Salmo 148*; citado en *Liturgia de las Horas*, Tomo 2. Citado y traducido del texto en inglés: *Liturgy of the Hours*, vol. 2, 864–65.
5. San Agustín, *Las Confesiones*; citado y traducido del texto en inglés: *The Confessions of St. Augustin* (New York: New American Library, 1963), 235. Existe traducción al español: *Las Confesiones* (Madrid: Editorial Tecnos, 2007).
6. Santa Catalina de Siena (St. Catherine of Siena), *The Dialogue*, traducido por Suzanne Noffke, O.P. (New York: Paulist, 1980), 365–66. No se conoce traducción al español de este texto.
7. Merlin R. Carothers, *Power in Praise*, (Escondido, California: Merlin R. Carothers, 1972). No se conoce traducción al español de este texto.
8. San Agustín, *Comentario al Salmo 60, 2–3*; citado en *Liturgia de las Horas*, Tomo 2. Citado y traducido del texto en inglés: *Liturgy of the Hours*, vol. 2, 87.
9. Amedee Brunot, S.C.J., *Mariam: The Little Arab*, trans. Jeanne Dumais, O.C.D.S., and Sister Miriam of Jesus, O.C.D. (Eugene, Ore.: The Carmel of Maria Regina, 1990); citado en Ronda De Sola Chervin, *Prayers of the Women Mystics* (Ann Arbor, Mich.: Servant, 1992), 180–81. No se conocen traducciones al español de estos textos.
10. San Agustín, *Epístola 72*; citado en Fernández Carvajal, Tomo V, 39.II, 315.
11. Franz M. Moschner, *Christian Prayer*, 35.
12. San Francisco de Sales, *Introduction to the Devout Life*, traducido y editado por John K. Ryan (Garden City, N.Y.: Doubleday, Image Books, 1966), pt. 3, no. 5, 135.

13. San Bernardo, *Homilía para el Domingo VI después de Pentecostés*, 25, 4; citado en Fernández Carvajal, Tomo V, 39.III, 317.
14. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, traducido al inglés por Fathers of the English Dominican Province (Allen, Tex.: Christian Classic, 1981), vol. 3, pt. 2–2, q. 83, a.2, 1533. Citado y traducido del texto en inglés. Existe traducción al español: *Suma de Teología*, Parte I–II (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2002).
15. San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Camino* (Madrid: Ediciones Rialp, S.A., 1939), par. 101, 58.

CUARTO

Obediencia: El Poder de la Vida Abundante

1. Papa Juan Pablo II, *Christifideles Laici*, par. 17.
2. Raniero Cantalamessa, *Obedience* (Boston: St. Paul, 1989), 27. No se conoce traducción al español de este texto.
3. San Basilio, *Reg. Fus. Proem*, PG. 31, 896; citado en Cantalamessa, 19.
4. Cantalamessa, 23.
5. Cantalamessa, 23–24; Cantalamessa en parte citando Diadochus Phot, Cap. gnost. 4; S. Ch. 5, 86.
6. Adolphe Tanquerey, *The Spiritual Life*, traducido por Herman Branderis (Tournai, Belgium: Desclee, 1930), par. 479, 233. No se conoce traducción al español de este texto.
7. San Francisco de Sales, *Tratado del Amor de Dios*; citado en lib. 8, c. 3 (traducción de Mackey, 329), Tanquerey, par. 480.
8. Papa Juan Pablo II, *Tertio Millennio Adveniente*, par. 36.
9. Garrigou-Lagrange, vol. 1, 206–13.
10. Garrigou-Lagrange, 206–13.
11. Tanquerey, par. 482, 235.

QUINTO

Sabiduría: Una Visión para la Vida Abundante

1. Fernández Carvajal, Tomo II, 89.I, 713–14.
2. Garrigou-Lagrange, vol. 2, 232.
3. Tanquerey, par. 479, 233.
4. Tanquerey, par. 486, 236.
5. San Bernardo, *I Serm. S. Adrae*, 5; citado en Tanquerey, par. 492, 239.
6. Louis Colín, C.S.S.R., *The Interior Life*, traducido por Sister Maria Constance, S.C.H. (Westminster, Md.: Newman, 1962), 146–47. No se conoce traducción al español de este texto.
7. Fernández Carvajal, Tomo II, 22.II, 179–80.
8. Tanquerey, par. 1020–25, 481–83.
9. Tanquerey, par. 1174, 553.
10. Bouyer, *Introduction to Spirituality*, 283.
11. Thomas Dubay, *Seeking Spiritual Direction: How to Grow the Divine Life Within* (Ann Arbor, Mich.: Servant, 1993), 32. No se conoce traducción al español de este texto.
12. Papa Leo XIII, *Testem Benvolentiae* (22 de enero de 1899); citado en Tanquerey, par. 531, 257–58.
13. San Francisco de Sales, *Introduction to the Devout Life*, pt. 1, no. 4, 45.
14. San Juan de la Cruz, *Dichos de Luz y de Amor*; citado en Fernández Carvajal, Tomo V, 85.II, 685.
15. San Juan Clímaco, *Escala del Paraíso*; citado en Fernández Carvajal, Tomo I, 7. III, 61.
16. Santa Teresa de Jesús (de Ávila), *The Way of Perfection*, traducido por E. Allison Peers (New York: Doubleday, Image Books, 1991), 259. Citado y traducido del texto en inglés. Existe versión en español: Santa Teresa de Jesús (de Ávila), *Camino de Perfección* (Madrid: Editorial de Espiritualidad Faxx 35, 1996).
17. Dubay, *Seeking Spiritual Direction*, 55–62.
18. Garrigou-Lagrange, vol. 1; citado en Fernández Carvajal, Tomo I, 7. III, 61.
19. San Francisco de Sales, *Introduction to the Devout Life*, pt. 1, ch.4, 47.

20. Santa Teresa de Jesús (de Ávila), *Libro de la Vida*, 94.
21. San Juan de la Cruz, *The Living Flame of Love, The Collected Works*, st. 3, par. 30, 684-85. Citado y traducido del texto en inglés. Existe versión en español: *Llama de Amor Viva* (Edaf Antillas, 2001).
22. Dubay, *Seeking Spiritual Direction*, 77-78.
23. Dubay, *Seeking Spiritual Direction*, 81.
24. Tanquerey, par. 551-55, 267-70.
25. San Francisco de Sales, *Introduction to the Devout Life*, pt. 1, ch.4, 47.
26. San Francisco de Sales, *Introduction to the Devout Life*, pt. 1, ch.4, 46-47.
27. Tanquerey, par. 556, 269.
28. Tanquerey, par. 557, 269-70.
29. Dubay, *Seeking Spiritual Direction*, 117-52.
30. Dubay, *Seeking Spiritual Direction*, 131.
31. Dubay, *Seeking Spiritual Direction*, 136.
32. Papa Juan Pablo II, *Christifideles Laici*, par. 58.

SEXTO

La Eucaristía: El Corazón de la Vida Abundante

1. Papa Pablo VI, *Mysterium Fidei*, par. 69.
2. San Ignacio de Antioquía, *Carta a los esmirniotas* (año 110); citado en William A. Jurgens, *The Faith of the Early Fathers* (Collegeville, Minn.: Liturgical, 1970), vol. 1, par. 64, 25. No se conoce traducción al español de este texto.
3. San Justino Mártir, *Primera Apología*; citado en Jurgens, par. 128, 55.
4. San Ireneo, *Contra los Herejes*; citado en Jurgens, par. 249, 99.
5. San Atanasio, *Sermón a los Recién Bautizados*; citado en Jurgens, par. 802, 345.
6. San Cirilo de Jerusalén, 22 (*Mystagogic 4*), 4; citado en Jurgens, par. 846, 361.
7. San Agustín, *Sermón 227, 21*; citado en Jurgens, vol. 3, par. 1519, 30.
8. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, vol. 5, pt. 3, q. 75, a. 4.
9. Concilio de Trento (1551): DS 1651.
10. Papa Pablo VI, *Mysterium Fidei*, par. 52.
11. Joan Carroll Cruz, *Eucharistic Miracles* (Rockford, Ill.: TAN, 1987), 5–7. No se conoce traducción al español de este texto.
12. *Catecismo de la Iglesia Católica*, #1128.
13. Santa Catalina de Siena, *The Dialogue*, ch. 110, 207. No se conoce traducción al español de este texto.
14. Garrigou-Lagrange, vol. 1, 418.
15. Garrigou-Lagrange, vol. 1, 419.
16. Canon Jacques Leclercq, *The Interior Life*, traducido por Fergus Murphy (New York: P.J. Kenedy & Sons, 1961), 88. No se conoce traducción al español de este texto.
17. James T. O'Connor, *The Hidden Manna: A Theology of the Eucharist* (San Francisco: Ignatius, 1988), 322. No se conoce traducción al español de este texto.
18. Ronald Lawlor, O.F.M., Cap., “Ordinary Faith in the Eucharist”, *Catholic Dossier*, no. 5 (Sept.-Oct. 1996), 28. No se conoce traducción al español de este texto.
19. Pope John Paul II, *Carta Apostólica: Misterio y Adoración de la Sagrada Eucaristía*, no. 3.
20. Fulton J. Sheen, *Treasure in Clay: The Autobiography of Fulton J. Sheen* (Garden City, N.Y.: Doubleday, Image Books, 1982), 194. No se conoce traducción al español de este texto.
21. Citado en Ronda de Sola Chervin, *Prayers of the Women Mystics* (Ann Arbor, Mich.: Servant, 1992), 237. No se conocen traducciones al español de estos textos.
22. Sister M. Faustina Kowalska, *The Diary of Sister M. Faustina Kowalska* (Stockbridge, Mass.: Marian, 1987), #483, #908, #1392. Citado y traducido del texto en inglés. Existe traducción al español de este texto: María Faustina Kowalska, *Diario: La Divina Misericordia en Mi Alma* (Granada: Ediciones Levantate, S.L., 2003).
23. Cruz, 198.
24. Benedict Groeschel, C.F.R., and James Monti, *Praying in the Presence of Our Lord* (Huntington, Ind.: Our

- Sunday Visitor, 1997), 81-82. No se conoce traducción al español de este texto.
25. Groeschel and Monti, 82.
26. *St. Joseph "Continuous" Sunday Missal* (New York: Catholic Book, 1958-57), 1256. No se conoce traducción al español de este texto.

SEPTIMO

Resurrección: Renovación Para la Vida Abundante

1. Frank Minirth, M.D., and Paul Meier, M.D., *Happiness is a Choice* (Grand Rapids, Mich.: Baker, 1994), 106. Citado y traducido del texto en inglés. Existe traducción al español de este texto: *Elige Ser Feliz*, traducido por José S. Vélez (Casa Bautista de Publicaciones, 1988).
2. Considere este pasaje de *Happiness is a Choice*, 112-13:

La glándula pituitaria... secreta hormonas tales como la ACTH (hormona adrenocorticotropica), hormona de crecimiento, hormona productora de luteína, prolactina, y estimuladora de la hormona de la tiroides... La glándula pituitaria está, de hecho, controlada por el hipotálamo... El hipotálamo descarga factores de secreción, que causan que la pituitaria secrete las hormonas antes mencionadas. Se sabe además que estos factores de secreción del hipotálamo están controlados por aminas biogénicas tales como la norepinefrina. Por supuesto, éste es un químico que, junto con la serotonina, se conoce que se agota en casos de depresión. Por lo tanto, si ocurre una alteración en las aminas biogénicas del cerebro, el resultado es la depresión, y también puede haber una anormalidad endocrina. Esto, de hecho, ha sido ya probado. Se ha encontrado que en casos de depresión ocurre un aumento en los niveles de cortisol (la hormona de la tensión) en la sangre. Un posible escenario es el siguiente. Cuando aumentan los niveles de cortisol, los linfocitos (ciertas células blancas) son suprimidos. Los linfocitos producen anticuerpos. Con *menos anticuerpos*, el individuo se vuelve más susceptible a casi todas las enfermedades físicas. En otras palabras, la ira reprimida resulta en una disminución de norepinefrina, que a su vez resulta en un incremento de los factores de secreción del ACTH del hipotálamo, que a su vez resulta en un incremento de ACTH de la glándula pituitaria, que a su vez resulta en un incremento de secreción de cortisol de la glándula adrenal (cercana a los riñones), que a su vez resulta en una disminución de linfocitos, que a su vez resulta en una disminución de anticuerpos, y que a su vez resulta en susceptibilidad a casi todas las enfermedades infecciosas. *La ira reprimida es probablemente la mayor causa de muerte.*
3. Seis pasos para el perdón, identificados por Dr. David Stoop, *Forgiving Our Parents, Forgiving Ourselves* (Ann Arbor, Mich.: Servant, 1991), 169-79 (No se conoce traducción al español de este texto):
 1. *Reconocer la ofensa*—admitir nuestra ira.
 2. *Identificar las emociones envueltas*—tres emociones comúnmente predominan: temor, bochorno e ira.
 3. *Expresar nuestro dolor e ira*—expresárselas a un amigo o escribirlas en nuestro diario.
 4. *Establecer límites*—mantenernos alejados de situaciones o relaciones dañinas.
 5. *Cancelar la deuda*—tomar la decisión de perdonar, y hacerlo.
 6. *Considerar la reconciliación*—ésta es el desenlace ideal del perdón, pero no siempre es posible porque todas las partes envueltas tienen que acceder a ello.
4. Cf. 1 Cor 12: 8.

OCTAVO

Cumpliendo con la Misión: Abrazando la Vida Abundante

1. Papa Juan Pablo II, *Mulieris Dignitatem*, Sobre la dignidad y la vocación de la mujer, par. 30.
2. Concilio Vaticano Segundo, Mensajes de Clausura, par.5.
3. Concilio Vaticano Segundo, *Lumen Gentium*, par. 62.
4. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, III, q. 26, art. 1.
5. Mark Miravalle, *Introduction to Mary* (Santa Barbara, Calif.: Queenship, 1993), 62. No se conoce traducción al español de este texto.
6. Papa Pío X, *Ad diem illum Laetissimum*; citado en Miravalle, *Introduction to Mary*, 63.
7. Papa Juan Pablo II, Homilía in Granada (5 de noviembre de 1982).

8. San Gregorio Magno, *Homilía sobre la Escritura*, 19, 2.
9. Concilio Vaticano Segundo, *Apostolicam actuositatem*, 3.
10. Papa Juan Pablo II, *Redemptoris Mater*, par. 47.
11. Concilio Vaticano Segundo, *Lumen Gentium*, par. 62.
12. Concilio Vaticano Segundo, *Lumen Gentium*, par. 60.
13. Mark Miravalle, *Mary: Coredeptrix, Mediatrix, Advocate* (Santa Barbara, Calif.: Queenship, 1993), 61. No se conoce traducción al español de este texto.
14. Concilio Vaticano Segundo, *Lumen Gentium*, par. 62.
15. Citado en Ronda de Sola Chervin, *Quotable Saints* (Ann Arbor, Mich.: Servant, 1992), 192. No se conoce traducción al español de este texto.
16. Fernández Carvajal, Tomo III, 91.II, 732. Las citas en cursiva son de Pio XI, *Casti connubii* (31 de diciembre de 1930).
17. San Josemaría Escrivá de Balaguer, par. 831, 273.
18. Miravalle, *Introduction to Mary*, 70-72.
19. *The Navarre Bible, The Gospel of Luke* (Dublín: Colour Books, 1988), 59. Existe versión en español: *Sagrada Biblia, Nuevo Testamento, Evangelio Según San Lucas* (Pamplona: EUNSA, 2004).
20. Concilio Vaticano Segundo, *Lumen Gentium*, par. 61–62.
21. San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que Pasa* (Madrid: Editorial Rialp, S.A., 1979), 219.
22. Caryll Houselander, *The Risen Christ* (New York: Sheed and Ward, 1958), 10. No se conoce traducción al español de este texto.
23. St. Thérèse of Lisieux, *The Autobiography of St. Thérèse of Lisieux: The Story of a Soul*, traducido por John Beevers (New York: Doubleday, Image Books, 1957), ch. 7, 91. Citado y traducido del texto en inglés. Existe traducción al español: Santa Teresa de Liseux, *Historia de un Alma: Manuscritos Autobiográficos de Santa Teresa de Liseux* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1997).
24. St. Thérèse of Lisieux, *VIII Letter to her Sister Celine*; citado en *Thoughts of St. Thérèse*, 141–42.
25. Stein, “Principles of Women’s Education,” *Collected Works of Edith Stein*, vol. 2, 119.

Table of Contents

[Title Page](#)

[PRIMERO: El Llamado Especial y Don de la Mujer](#)

[SEGUNDO: La Oración: La Fuerza de la Vida Abundante](#)

[TERCERO: Alabanza y Acción de Gracias, Súplica y Contrición: La Sinfonía de la Vida Abundante](#)

[CUARTO: Obediencia: El Poder de la Vida Abundante](#)

[QUINTO: Sabiduría: Una Visión para la Vida Abundante](#)

[SEXTO: La Eucaristía: El Corazón de la Vida Abundante](#)

[SEPTIMO: Resurrección: Renovación Para la Vida Abundante](#)

[OCTAVO: Cumpliendo con la Misión: Abrazando la Vida Abundante](#)

[NOTAS](#)

Índice

Title Page	2
PRIMERO: El Llamado Especial y Don de la Mujer	7
SEGUNDO: La Oración: La Fuerza de la Vida Abundante	18
TERCERO: Alabanza y Acción de Gracias, Súplica y Contrición: La Sinfonía de la Vida Abundante	30
CUARTO: Obediencia: El Poder de la Vida Abundante	52
QUINTO: Sabiduría: Una Visión para la Vida Abundante	69
SEXTO: La Eucaristía: El Corazón de la Vida Abundante	91
SEPTIMO: Resurrección: Renovación Para la Vida Abundante	109
OCTAVO: Cumpliendo con la Misión: Abrazando la Vida Abundante	128
NOTAS	150